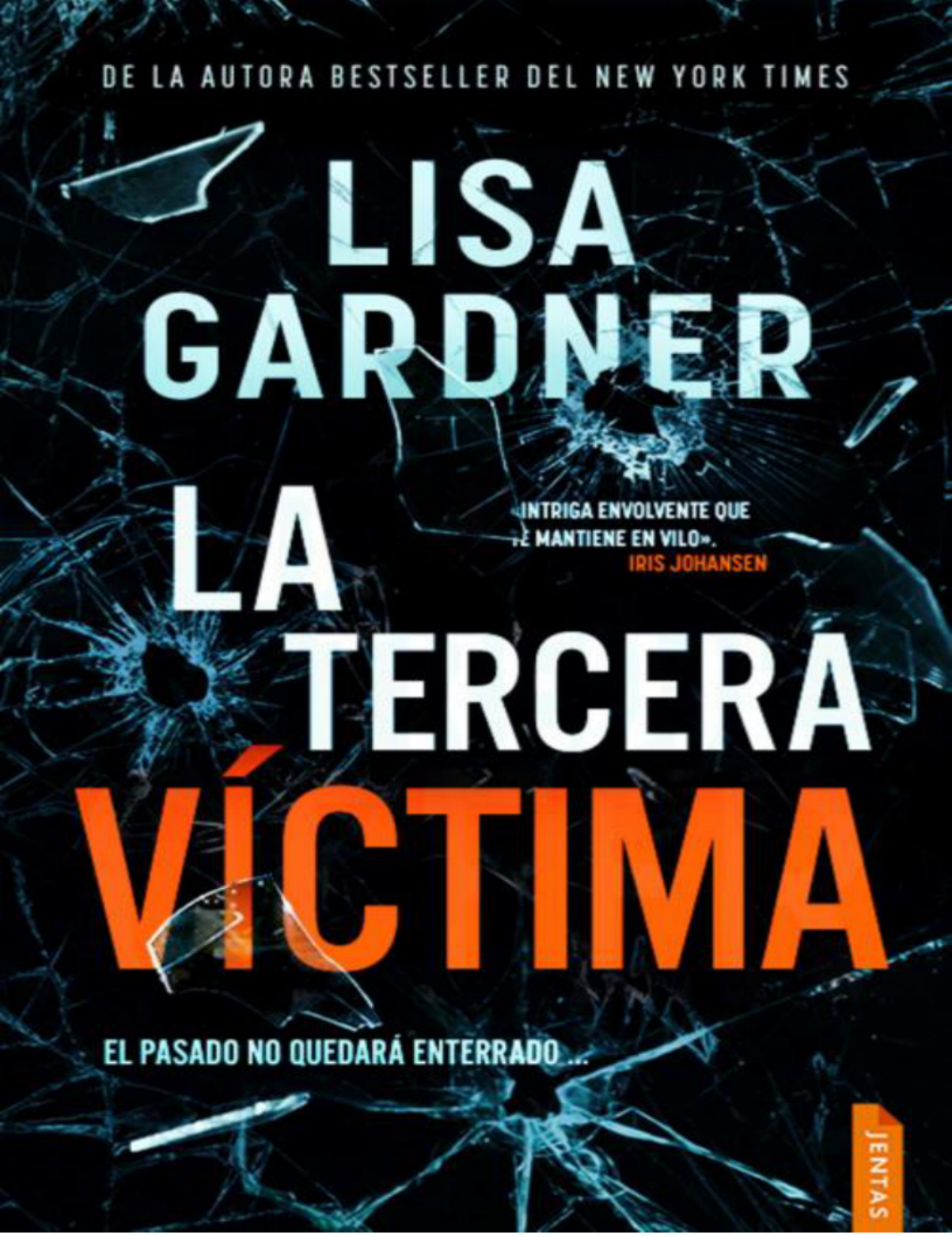

DE LA AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
LISA GARDNER
«INTRIGA ENVOLVENTE QUE
E MANTIENE EN VILO».
IRIS JOHANSEN
LA TERCERA VÍCTIMA
EL PASADO NO QUEDARÁ ENTERRADO...
JENTAS

La tercera víctima

La tercera víctima
Título original: The Third Victim
© 2001 by Lisa Gardner Inc. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Ana Lydia García del Valle, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1330-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Jane Rotrosen Agency, LLC., through International Editors & Yáñez Co' S.L.

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Cuando propuse por primera vez este libro a mi editor, era el invierno de 1998 y habían pasado casi siete meses desde el último tiroteo, la matanza protagonizada por Kip Kinkel en Springfield, Oregón, en mayo. A esa tragedia la siguió de cerca otra, la ocurrida en Jonesboro, Arkansas, el 24 de marzo de 1998, a la que a su vez siguieron las de West Paducah, Kentucky, el 1 de diciembre de 1997, Pearl, Mississippi, el 1 de octubre de 1997, y Bethel, Alaska, el 19 de febrero de 1997. Al igual que muchos estadounidenses que luchaban por asimilar cinco tiroteos en quince meses, yo quería entender por qué se habían producido esos asesinatos en masa y qué se podía hacer para evitarlos.

Después de discernir lo que sería apropiado incluir en una obra de ficción cuyo objetivo debía ser también el de entretener, empecé el trabajo de investigación para la novela. Un lunes, mientras concluía semanas de entrevistas, pregunté a un experto si creía que la racha de incidentes indicaba una nueva tendencia en el comportamiento juvenil. Aunque el asunto era controvertido, el hombre no dudó en responder:

—Por supuesto —afirmó—. Con respecto a futuros tiroteos, la cuestión no es si ocurrirán, sino cuándo.

Justo al día siguiente, Littleton, Colorado, se sumó a la triste lista de colegios afectados por tiroteos en una magnitud y alcance asombrosos. Vi las noticias y, al igual que la gente del mundo entero, reflexioné y recé mucho por una comunidad que no conocía.

Resulta desgarrador cada vez que se produce uno de estos tiroteos, pero, como intentará explicar el agente especial de supervisión Pierce Quincy en las páginas siguientes, no tiene por qué ser desalentador. Con cada tragedia hemos aprendido y seguiremos aprendiendo. Además de Littleton, Springfield y Jonesboro, se encuentra Burlington, en Wisconsin, donde la policía respondió a una denuncia anónima con tiempo suficiente para detener a tres adolescentes que tramaban un plan para asesinar a una serie de populares estudiantes; y también Wimberly, Texas, donde unos estudiantes, preocupados, se pusieron en contacto con la policía a tiempo para frustrar un complot de cinco chicos de octavo curso para hacer volar el instituto. La gente está aprendiendo a escuchar, y funciona.

Al final, creo que tenemos una enorme deuda de gratitud con cada una de las comunidades que han sufrido esta tragedia. Al compartir con nosotros su experiencia y su dolor, nos enseñan a ser mejores estudiantes, familias y vecinos, mejores personas. Ojalá llegue un día

en que los lirios blancos y las rosas rojas no se amontonen junto a las vallas de los patios escolares. Ojalá llegue un momento en que no nos persiga la imagen de adolescentes firmando notas de despedida sobre ataúdes blancos. Ojalá exista un futuro en el que nuestros colegios vuelvan a conocer la paz.

Las siguientes personas colaboraron en gran manera en mi investigación. Agradezco su ayuda y sus pacientes explicaciones. Por supuesto, todos los errores son míos y algunos hechos están sujetos a licencia artística.

Dr. Gregory K. Moffatt, catedrático de Psicología, Universidad Atlanta Christian College.
Dr. Thomas Grisso, catedrático de Psiquiatría (Psicología Clínica), director de Formación e Investigación Forense, Facultad de Medicina de la Universidad de Massachusetts.
Steve Ellis, agente, Departamento de Policía de Amity.
Rudolf Van Soolen, jefe de Policía, Departamento de Policía de Amity.
Jonathan McCarthy, técnico en emergencias sanitarias, Departamento de Salud de Nueva Orleans.
Amy Holmes Hehn, fiscal adjunta superior, División de Menores, Condado de Multnomah.
Stacy Heyworth, fiscal adjunta superior, condado de Multnomah.
Michael Moore, abogado.
Virgie Lorenz, profesora.
Bruce Walker, genio informático extraordinario.
Chad LeDoux, aficionado a las armas y colega escritor.
Debra Dixon, escritora.

UNO

Martes, 15 de mayo, 01:25 p. m.

La agente Lorraine Conner se encontraba en una mesa con bancos de vinilo rojo en el restaurante de carretera Martha's Diner, comiendo su ensalada de atún y escuchando los cotilleos de Frank y Doug, cuando recibió la primera llamada. Estaba sentada sola en la mesa, comiendo ensalada, porque acababa de cumplir treinta y un años y empezaba a notar que los kilos no desaparecían por arte de magia como cuando tenía veintiuno, o qué demonios, ni siquiera cuando tenía veintisiete. Aún podía correr un kilómetro y medio en seis minutos y entrar en una talla cuarenta, pero los treinta y uno eran, en esencia, diferentes de los treinta. Dedicaba más tiempo a arreglar su larga melena castaña para atraer esas segundas miradas, y para comer, había cambiado las hamburguesas con queso por ensalada de atún, cinco días a la semana.

Ese día, el compañero de Rainie era el agente de policía voluntario Charles Cunningham, de veintidós años, al que apodaban Chuckie. En la jerga del pequeño departamento de policía de Bakersville, Oregón, era conocido por ser un «novato inexperto», ya que aún no había asistido a la escuela de entrenamiento de nueve meses. Eso significaba que podía ver pero no tocar. La plena autoridad llegaría cuando completara los cursos obligatorios de la academia y obtuviera su certificado. Mientras tanto, adquiría experiencia patrullando y redactando informes. También podía llevar el uniforme estándar de color caqui y portar un arma. Chuckie era un chico bastante alegre.

Antes de que entrase la llamada, él se encontraba en el mostrador de la cafetería, intentando hechizar a una camarera rubia de piernas largas llamada Cindy. Tenía el pecho hinchado, la rodilla doblada hacia delante y la mano apoyada ligeramente en el arma. Por su parte, Cindy estaba intentando servir porciones de la tarta casera de arándanos de Martha's a seis granjeros a la vez. Un viejo cascarrabias murmuró al novato que se quitara de en medio. Chuckie sonrió todavía más.

En la mesa que había detrás de Rainie, los lecheros jubilados Doug Atkens y Frank Winslow empezaban a hacer sus apuestas.

—Diez dólares a que cede —anunció Doug, estampando un billete arrugado contra la mesa de formica rosa.

—Veinte a que le tira un vaso de agua helada en la cabeza a Romeo —replicó Frank, sacando la cartera—. Sé a ciencia cierta que a Cindy le importa más ganar buenas propinas que conquistar el corazón de Clark Gable.

Rainie dejó su ensalada y se dio la vuelta para mirar a los dos hombres. Era una tarde tranquila y ella no tenía nada mejor que hacer

con su tiempo, así que dijo:

—Me apunto a eso.

—Hola, Rainie —saludaron Frank y Doug, amigos desde hacía casi cincuenta años, sonriendo al unísono.

Los ojos de Frank se veían más azules en el rostro curtido por el sol, pero Doug tenía más pelo. Ambos vestían camisas de estilo Oeste con cuadros rojos y botones automáticos perlados, las oficiales para pasar la tarde en la ciudad. En invierno, complementaban sus camisas con americanas de ante marrón y sombreros vaqueros color crema. Rainie los acusó una vez de intentar hacerse pasar por el hombre Marlboro. A su edad, se lo tomaron como un cumplido.

—¿Día tranquilo? —preguntó Doug.

—Mes tranquilo. Es mayo, ha salido el sol... Todo el mundo está demasiado contento como para pelearse.

—¡Ah!, ¿no hay jugosos altercados domésticos?

—Ni siquiera una discusión sobre qué perro deposita qué recuerdos en el jardín de quién. Si continúa este buen tiempo, voy a quedarme sin trabajo.

—Una mujer hermosa como tú no necesita un trabajo —afirmó Frank —. Necesitas un hombre.

—¿Sí? Y después de treinta segundos, ¿qué iba a hacer?

Frank y Doug se rieron entre dientes y Rainie les guiñó un ojo. Frank y Doug le caían bien. Todos los martes, desde que tenía uso de razón, los encontraba sentados en esa misma mesa de ese restaurante de carretera a la una en punto de la tarde, igual que el sol salía y luego se ponía. Frank y Doug tomaban el pastel de carne especial de los martes de Martha's. La rutina les funcionaba.

Rainie echó entonces diez dólares en el bote a favor de Chuckie. Ya había visto al joven donjuán en acción, y a las jóvenes de Bakersville les encantaba su sonrisa con hoyuelos.

—Y bien, ¿qué opinas del nuevo voluntario? —preguntó Doug, haciendo un gesto con la cabeza hacia la barra.

—¿Qué hay que opinar? Poner multas de tráfico no es neurocirugía.

—Nos hemos enterado de que la semana pasada tuvisteis un pequeño encuentro con un pastor alemán —indagó Frank.

Rainie hizo una mueca.

—Tenía la rabia. Menudo maldito animal también.

—¿De verdad arremetió contra Romeo?

—Todos sus cuarenta kilos.

—Hemos oído que Chuckie casi se meó en los pantalones.

—No creo que a Chuckie le gusten los perros.

—Walt contó que eliminaste al pastor. Un tiro limpio en la cabeza.

—Por eso me pagan tanto dinero, para poder aconsejar a borrachos y disparar a animales domésticos.

—Vamos, Rainie. Walt comentó que era un disparo complicado. Esos perros se mueven rápido. ¿Chuckie está en deuda contigo ahora?

Rainie miró al novato, todavía henchido como un gallo en la barra.

—Creo que Chuckie ahora me tiene un miedo atroz —señaló ella.

Frank y Doug volvieron a reírse. Entonces Frank se inclinó hacia delante, con un brillo en sus viejos ojos azules, buscando pescar cotilleos de verdad.

—Seguro que a Shep le gusta tener más ayuda —expresó de modo significativo.

Rainie vio el cebo y optó por no morder el anzuelo.

—A todos los sheriffs les gusta conseguir gente dispuesta a trabajar gratis —respondió con neutralidad.

Era bastante cierto. El modesto presupuesto de Bakersville solo permitía tener un sheriff y dos agentes a tiempo completo, Rainie y Luke Hayes. Los otros seis patrulleros eran meramente voluntarios. No solo prestaban sus servicio de forma gratuita, sino que, además, pagaban su propia formación, uniformes, chalecos y armas. Muchas localidades pequeñas utilizaban ese sistema. Al fin y al cabo, la mayoría de las llamadas eran por disputas domésticas y delitos contra la propiedad. Nada a lo que unas buenas personas con la cabeza fría no fueran capaces de enfrentarse.

—He oído que Shep está reduciendo sus horas —insistió Doug.

—No llevo la cuenta.

—Vamos, Rainie. Todo el mundo sabe que Shep y Sandy tienen sus diferencias. ¿Está intentado arreglar las cosas? ¿Está acostumbrándose a que su mujer tenga trabajo?

—Yo solo registro incidentes civiles, Frank. No hago de espía para los contribuyentes.

—¡Ah!, danos una pista. Ahora vamos a la barbería, ya sabes. Si le proporcionas noticias frescas, Walt te corta el pelo gratis.

Rainie puso los ojos en blanco.

—Walt ya sabe más que yo. ¿A quién crees que llamamos para pedir información?

—Walt lo sabe todo —refunfuñó Frank—. Tal vez deberíamos abrir una barbería. Demonios, cualquier imbécil debería ser capaz de cortar el pelo.

Rainie lanzó una mirada a las manos de los dos hombres, retorcidas por toda una vida de duro trabajo e hinchadas por una década de artritis.

—Yo entraría —aseguró ella con valentía.

—Y mira, Doug, también podríamos ligar.

Doug estaba impresionado. Empezó a considerar los detalles, y Rainie decidió que era hora de hacer mutis por la derecha. Volvió a girarse hacia su mesa con una sonrisa de despedida y miró el reloj. Era la una

y media de la tarde. No entraban llamadas, no tenía que redactar informes de esa jornada. Una mañana de inusual tranquilidad en un municipio ya de por sí tranquilo. Miró a Chuckie, cuyas mejillas debían dolerle de tanto sonreír de esa forma.

—Termina ya, novato —farfulló, y tamborileó inquieta con las puntas de los dedos.

A diferencia de Charles Cunningham, Rainie nunca había pensado en hacerse policía. Cuando se graduó en el instituto de Bakersville, su primera idea fue largarse de ese antro de lecheros. Llevaba dieciocho años de claustrofobia acumulándose en su interior y ya no le quedaba familia que la mantuviera encadenada. Libertad, eso era lo que necesitaba. Se habían acabado los fantasmas, o eso creía ella.

Rainie cogió el primer autobús a Portland, donde se matriculó en la Universidad Estatal de Portland y estudió Psicología. Disfrutaba de sus clases. Le gustaba esa joven ciudad rebosante de escuelas de cocina, institutos de arte y «estilos de vida alternativos». Se involucró en una embriagadora aventura amorosa con un ayudante del fiscal de distrito de treinta y cuatro años que conducía un Porsche.

Pasaban noches al volante del vehículo de alto rendimiento con todas las ventanillas bajadas, pisando a fondo el acelerador y subiendo por las curvas cerradas de Skyline Boulevard con la melena al viento. Subían más y más y más alto, presionando más y más y más fuerte. Buscando... algo.

Luego, cuando por fin llegaban a la cima de la colina, la ciudad se extendía como un manto de estrellas, aparcaban y se quitaban la ropa mientras follaban de forma apasionada entre palancas de cambios y asientos de tipo deportivo.

Después, Howie llevaba a Rainie a casa, donde ella abría un paquete de seis cervezas para ella sola, aunque sabía que no debía hacerlo.

Rainie volvió a mirar el reloj.

—Vamos, Chuckie, que Cindy no va a irse a ninguna parte.

La radio que Rainie llevaba en el cinturón cobró vida. «Por fin —pensó con verdadero alivio—, algo de acción».

—¡Uno-cinco, uno-cinco! Llamando a uno-cinco.

Rainie cogió la radio y se levantó con rapidez de la mesa.

—Aquí uno-cinco, adelante.

—Nos han informado de un incidente en el colegio de preescolar a secundaria. Un momento... espere.

Rainie frunció el ceño. Podía oír ruidos de fondo, como si la central tuviera su propia radio muy alta o un teléfono junto al receptor. Rainie escuchó interferencias y gritos. Entonces oyó cuatro ruidos sordos distintos. Eran disparos.

«¿Qué demonios?».

Rainie se acercó a Chuck y le dio la vuelta en el mismo momento en

que la central volvió a escucharse. Por primera vez en ocho años, Linda Ames sonaba alterada.

—A todas las unidades, a todas las unidades. Informes de disparos en el colegio de Bakersville. Nos informan... hay heridos... sangre en los pasillos. Llamando a seis-cero... seis-cero... ¡Walt, lleva la maldita ambulancia! Estoy asegurando el canal tres. Creo que se trata de un tiroteo escolar. ¡Oh, Dios mío, se está produciendo un tiroteo en el colegio!

Rainie sacó a Chuck del restaurante. Estaba pálido y conmocionado. Ella esperaba sentir algo, pero fue en vano. Percibió un débil zumbido en los oídos. Lo ignoró mientras se deslizaba en el viejo sedán de la policía, se abrochaba el cinturón y estiraba el brazo de forma automática para poner las sirenas.

—No lo entiendo —murmuró Chuckie—. ¿Un tiroteo escolar? Nosotros no tenemos tiroteos en los colegios.

—Mantengan la radio en el canal tres. Ese es el canal designado, y toda la información se transmitirá por ahí.

Rainie metió la marcha y arrancó. Se encontraban en Main Street, a un cuarto de hora largo del colegio de preescolar a secundaria de Bakersville, y Rainie sabía que en quince minutos podían pasar muchas cosas.

—No es posible que estemos teniendo un tiroteo escolar —continuó Chuckie, balbuceando—. ¡Joder!, ni siquiera tenemos pandillas, ni drogas, ni... ni homicidios, de hecho. La central debe estar confundiéndose.

—Sí —respondió Rainie en voz baja, aunque el zumbido aumentaba en sus oídos. Hacía años que no lo oía. Habían pasado años desde que de niña volvía a casa del colegio y sabía desde el primer paso que daba en la entrada, el primer indicio de presentimiento en sus tímpanos, que su madre ya estaba borracha y que la situación acabaría mal.

«Ahora eres policía, Rainie. Tú tienes el control».

De repente, sintió una desesperada necesidad de agarrar una botella de cerveza.

La radio volvió a crepitar. La voz del sheriff Shep O'Grady sonó cuando Rainie pasó el primer semáforo de Main Street.

—Uno-cinco, uno-cinco, ¿cuál es tu posición?

—A doce minutos —respondió Rainie, sorteando bruscamente un coche aparcado en doble fila y esquivando a duras penas el siguiente.

—Uno-cinco, cambia al canal cuatro.

Rainie miró a Chuckie. El novato cambió al canal privado. Volvió a oírse la voz de Shep, que ya no parecía tan tranquilo.

—Rainie, tienes que llegar más rápido.

—Estábamos en Martha's. Voy tan rápido como puedo. ¿Y tú?

—A seis minutos. Demasiado lejos. Linda ha desplegado al resto de los agentes con rapidez, pero la mayoría tienen que ir corriendo a casa a buscar sus chalecos y armas. El agente del condado que se encuentra más cerca está tal vez a veinte minutos y el del estado, a unos buenos treinta o cuarenta. Si de verdad se trata de un incidente grave... —Su voz se entrecortó; luego dijo con brusquedad—: Rainie, tienes que ser la agente principal.

—No puedo ser la principal, no tengo experiencia. —Rainie miró a Chuck, que parecía igual de confuso. El sheriff era siempre el agente principal en un caso. Ese era el procedimiento.

—Tienes más experiencia que nadie —replicó Shep.

—Mi madre no cuenta...

—Rainie, no sé muy bien qué es lo que está pasando de verdad en el colegio, pero si es un tiroteo... Mis hijos están allí, Rainie. No puedes pedirme que no piense en mis hijos.

Se quedó callada. Tras ocho años trabajando con Shep, conocía a sus dos hijos tan bien como si fueran su sobrina y sobrino predilectos. Becky, de ocho años, estaba loca por los caballos, y a Danny, de trece, le encantaba pasar sus tardes libres en la pequeña comisaría. Una vez, Rainie le dio al niño una estrella de sheriff de plástico. La llevó puesta durante casi seis meses y exigía sentarse al lado de Rainie siempre que ella iba a cenar a su casa. Eran unos niños estupendos. Dos niños estupendos en un edificio lleno de otros doscientos cincuenta niños y niñas estupendos. Ninguno pasaba de los catorce años...

No en Bakersville. Chuckie tenía razón: Esas cosas no podían estar pasando en Bakersville.

—Seré la agente principal—accedió Rainie en voz baja.

—Gracias, Rainie. Sabía que podía contar contigo.

La radio se apagó. Rainie se encontró con otro semáforo en rojo y tuvo que pisar el freno para reducir la velocidad. Por fortuna, el tráfico transversal la vio venir y se detuvo enseguida. Percibió con vaguedad las expresiones de preocupación de los demás conductores. ¿Sirenas de policía por Main Street? Nunca se oían sirenas de policía en la calle principal. Aún les quedaban unos diez minutos de trayecto, y ya estaba preocupada de veras por que fuera demasiado tiempo... demasiado tarde.

Eran doscientos cincuenta niños pequeños...

—Vuelve al canal tres —pidió a Chuckie—. Ordena al personal sanitario que se mantenga a la espera.

—Pero se ha recibido un informe de que hay heridos...

—Los médicos deben mantenerse preparados hasta que la escena esté asegurada. Esa es la norma.

Chuck hizo lo que se le ordenó.

—Conecta con la central y pide refuerzos. Estoy segura de que los

chicos de la policía del estado y del condado ya están al corriente, y no quiero que haya ninguna confusión: aceptaremos toda la ayuda posible.

Hizo una pausa, escudriñando en su memoria las clases que recibió ocho años atrás en un aula mohosa de Salem, Oregón, en las que era la única mujer entre treinta hombres. La movilización completa o los procedimientos para manejar posibles víctimas a gran escala fueron cuestiones que le resultó extraño estudiar en aquel momento.

—Solicita a los hospitales locales que se mantengan en alerta —murmuró—. Pide al personal sanitario que contacte con el banco de sangre local por si necesitasen incrementar el suministro. Linda tiene que solicitar asistencia de los geos. Ah, y dile a la Unidad de Escena del Crimen del estado que estén preparados para actuar. Por si acaso.

La central volvió a comunicarse antes de que Chuckie pudiera coger la radio. Linda sonaba frenética.

—Tenemos llamadas que notifican que siguen produciéndose disparos. No hay información sobre el tirador. Tampoco hay información sobre las víctimas. Nos han comunicado que hay un hombre vestido de negro en la escena. El tirador puede encontrarse en la zona. Procedan con precaución. ¡Por favor, por favor, procedan con precaución!

—¿Un hombre? —cuestionó Chuck con voz áspera—. Pensé que sería un estudiante. Siempre es un estudiante.

Rainie llegó por fin a la carretera rural, en el límite del centro de la localidad, y aceleró el coche a casi ciento treinta kilómetros por hora. Ya estaban en camino. Siete minutos y contando. Chuck cogió la radio y repasó la lista de órdenes.

Rainie empezó a pensar en las otras comunidades y colegios que había visto en las noticias sin comprender del todo. Incluso la ciudad de Springfield, en Oregón, parecía muy lejana. Era una ciudad más grande, y todo el mundo sabía que las localidades grandes tenían sus problemas. Por eso la gente se mudaba a Bakersville. Se suponía que ahí nunca pasaba nada malo.

«Pero tú ya lo sabías, ¿verdad, Rainie? Tú más que nadie deberías haberlo sabido».

Chuckie había terminado con la radio. Después, sus labios empezaron a moverse en una oración silenciosa. Rainie tuvo que apartar la mirada.

—Ya voy —murmuró a los niños que podía imaginar con claridad en su cabeza—. Voy lo más deprisa que puedo.

Era martes por la tarde, y Sandy O'Grady se esforzaba por terminar unos informes de investigación de mercado, fracasando de manera rotunda. Sentada en un pequeño despacho de esquina, un antiguo dormitorio de una casa victoriana reconvertida, pasaba más tiempo

mirando por la ventana que a la pila de informes amontonados sobre su deteriorado escritorio de roble.

El día era precioso, no se divisaba ni una nube. Una auténtica rareza en un estado donde caía tanta lluvia que los lugareños se referían a ella como sol líquido, de forma afectuosa. La temperatura también era suave. No hacía tanto fresco como en primavera, pero tampoco tanto calor como para empezar a atraer a todos los turistas y estropear el ambiente.

El día era perfecto, un inusual regalo para todos los ciudadanos de Bakersville, que soportaban también todos los demás días: los otoños lluviosos, los inviernos helados, los aludes de lodo que a veces cerraban los pasos de montaña y las inundaciones primaverales que amenazaban con destruir todos los campos fértiles.

—Un buen día de cada cien —habría ironizado su padre. Aunque habría sido el primero en decir que era suficiente.

Sandra había vivido en Bakersville toda su vida, y no existía otro lugar donde quisiera criar a su familia. Enclavado entre la cordillera costera de Oregón, al este, y el océano Pacífico, al oeste, el valle presumía de exuberantes y onduladas colinas salpicadas de vacas frisonas de color blanco y negro, y rodeadas de imponentes montañas verdes. Las vacas lecheras superaban en número a las personas en una proporción de dos a uno. Las granjas familiares perduraban como forma de vida. La gente se conocía y participaba en la vida de sus vecinos. Había playas para divertirse en verano y rutas de senderismo para el esplendor otoñal. Para cenar, podías disfrutar de un cangrejo recién pescado, seguido de un tazón de fresas recién cogidas y coronado con nata recién montada. No era una mala vida, en absoluto.

Al final, la única queja que Sandra había escuchado sobre su comunidad era por el clima. Esos interminables inviernos grises, con una niebla tan espesa como un puré de guisantes, parecían deprimir a algunos. A Sandy, sin embargo, le encantaban incluso las mañanas grises y brumosas, en las que las montañas apenas asomaban por encima de sus sudarios de franela y el mundo quedaba envuelto en el silencio.

Cuando ella y Shep estaban recién casados, salían a pasear por la mañana temprano, antes de que él tuviera que presentarse al servicio. Se enfundaban en abrigos camperos y botas de goma negras y atravesaban los prados cargados de rocío, sintiendo la niebla como una caricia sedosa en las mejillas. Una vez, cuando Sandy estaba embarazada de cuatro meses y sus hormonas estaban descontroladas, hicieron el amor en la niebla, revolcándose bajo un viejo roble y calándose hasta los huesos. Shep la miró fascinado y admirado, y ella rodeó su delgada cintura fuertemente con sus brazos, escuchando los

rápidos latidos de su corazón y soñando despierta con el niño que crecía en su vientre. ¿Sería niño o niña? ¿Heredaría su pelo rubio rizado o los gruesos mechones castaños de Shep? ¿Qué se sentiría al tener una vida diminuta mamando de sus pechos?

Fue un momento mágico. Por desgracia, su matrimonio no había visto muchos de esos desde entonces.

Alguien llamó a su puerta. Sandy apartó con culpabilidad la mirada de la ventana y vio a su jefe, Mitchell Adams, apoyado en el antiguo rosetón de la moldura de la puerta. Tenía los tobillos cruzados y las manos metidas en los bolsillos de un traje color carbón de tres mil dólares. El pelo oscuro le rozaba el cuello por detrás y sus delgadas mejillas estaban recién afeitadas. Mitchell Adams era uno de esos hombres que siempre tenían buen aspecto, tanto si vestía de Armani como de L. L. Bean. Shep lo odió nada más conocerlo.

—¿Cómo van esos informes? —preguntó Mitch.

A pesar de la preocupación de Shep, Mitchell se dedicaba a los negocios al cien por cien. No contrató a Sandy porque siguiera siendo ágil y bella incluso a los cuarenta. La contrató porque se dio cuenta de que la antigua reina de las fiestas escolares tenía cerebro y necesidad de triunfar. Cuando Sandy intentó explicárselo a Shep, él se limitó a odiar más a Mitchell.

—La reunión con Wal-Mart es mañana —continuó Mitch—. Si de verdad queremos convencerlos de que se instalen en la localidad, debemos tener nuestros números en orden.

—Así que será mejor que ponga los números en orden.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Voy avanzando —respondió, vacilante. Lo que era señal de que no había hecho nada en absoluto. Señal de que había tenido otra gran pelea con Shep la noche anterior. Señal de que se quedaría hasta tarde a terminar los informes, y eso provocaría otra discusión con su marido, y ya no se sentía capaz de ganar. Pero era demasiado católica para cambiar nada, y Shep también.

No hacían más que dar vueltas y más vueltas, y entonces Becky se pasaba todo el tiempo recluida en su habitación con un ejército de peluches que creía que podían hablar mientras Danny pasaba cada vez más tiempo jugando por Internet en la sala de ordenadores del colegio. Le había dicho a Sandy que estaba ganando puntos extra de la señorita Avalon. Pero tanto Sandy como Shep sospechaban que su hijo ya no quería estar en casa. El mes anterior había ocurrido el incidente de las taquillas...

Sandy se frotaba las sienes de manera inconsciente. Mitchell dio unos pasos hacia el interior del despacho, pero se contuvo y retrocedió.

—Para mañana por la mañana —dijo en voz baja.

—Por supuesto. A primera hora de la mañana. Sé lo importante que

es la reunión.

Al final, él asintió, aunque Sandy se dio cuenta de que no estaba satisfecho. Ella no sabía qué más podía decir. Así era su vida en ese momento. Nadie estaba del todo satisfecho: ni su jefe, ni su marido, ni sus hijos. Se decía a sí misma que, si aguantaba un poco más, las cosas se arreglarían. La reunión con Wal-Mart era algo que llevaban preparando nueve meses. Habían estado trabajando hasta tarde, hasta pasada la medianoche. Pero, si salía bien, entraría mucho dinero. Al final, la empresa inmobiliaria comercial podría contratar a más empleados, y Sandy tal vez se llevaría a casa una buena bonificación. Shep podría darse cuenta por fin de que ella tenía verdaderas habilidades y ambiciones, al igual que él.

Era la una y cuarenta y cinco de la tarde. Sandy se levantó y bajó las persianas de su ventana, con la esperanza de que eso la ayudara a concentrarse. Se sirvió un vaso de agua, cogió un bolígrafo y se dispuso a ponerse seria.

Acababa de empezar a revisar los datos de mercado cuando sonó el teléfono que estaba junto a su codo. Lo cogió de forma distraída, una mitad de su mente seguía procesando números. No estaba preparada para lo que oyó.

Lucy Talbot sonaba histérica.

—¡Sandy, Sandy! ¡Oh, gracias a Dios que te he localizado! Se ha producido un tiroteo, en el colegio. Ha sido algún hombre, dicen que ha huido. Lo he escuchado en la radio. Hay sangre por los pasillos. De alumnos, profesores, no sé quiénes. La gente está acudiendo a toda prisa de todas partes. ¡Tienes que ir rápido!

Sandy no recordaba haber colgado, ni haber cogido el bolso, ni haberle gritado a Mitchell que tenía que irse. Lo único que recordaba era haber corrido. Tenía que llegar al colegio. Tenía que llegar hasta Danny y Becky.

Y recordó haber pensado por primera vez en mucho tiempo que se alegraba de que Shep O'Grady fuera su marido. Sus hijos lo necesitaban.

DOS

Martes, 15 de mayo, 01:52 p. m.

El colegio de preescolar a secundaria de Bakersville parecía una escena sacada del caos. Cuando Rainie se detuvo en seco a media manzana del enorme edificio de una sola planta, vio a los padres corriendo de forma frenética por el aparcamiento mientras los niños deambulaban por el patio vallado del colegio, llorando histéricos. Sonaban las alarmas de incendio. También la sirena de la ambulancia de 1965 de Walt, ¡maldito fuera! Más coches se acercaban de forma peligrosa por las calles residenciales, tal vez de padres que habían llamado desde el trabajo.

—¡Joder! —protestó Rainie—. ¡Joder, joder, joder!

Pudo ver cómo los profesores reunían a sus alumnos en pequeños grupos. Un hombre trajeado, quizá fuera el director VanderZanden, al que Rainie solo había visto una vez, se colocó junto al asta de la bandera y parecía intentar organizar el caos. No estaba teniendo mucho éxito. Había demasiados padres corriendo de un grupo a otro tratando de encontrar a sus hijos; demasiados niños dando vueltas sin rumbo en busca de sus padres. Un chico joven con los vaqueros empapados en sangre se alejaba tambaleándose del torbellino de locura arremolinada y se desplomó en la acera. Nadie pareció darse cuenta.

Rainie saltó de su coche y corrió. Cunningham la siguió de inmediato. Mientras se abrían paso entre el mar de gente, empujando hacia las puertas de cristal del colegio, Rainie vio el coche patrulla de Shep, aparcado de forma estratégica para bloquear la entrada oeste del aparcamiento. Sin embargo, el sheriff no se veía por ninguna parte.

Las puertas principales estaban abiertas de par en par. Rainie pudo distinguir a los dos técnicos en emergencias sanitarias voluntarios de Bakersville, Walt y Emery, agachados al final del amplio pasillo, donde ya estaban atendiendo a una víctima.

—¡Maldita sea! —volvió a soltar ella. Los dos hombres no tenían que estar en el edificio antes de que hubiera sido asegurado.

Un padre se acercó corriendo, dirigiéndose en directo a las puertas abiertas. Rainie lo agarró del brazo justo cuando intentaba pasar y lo empujó con fuerza.

—Mi hijo... —empezó a decir.

—Al aparcamiento —gritó Rainie—. ¡Que nadie entre en el edificio! ¡Eh!, usted, el del traje. Venga aquí.

Rainie atrapó al joven a mitad de carrera. Tenía cierto aire de autoridad, con su traje color oliva bien entallado y sus zapatos negros

recién lustrados. Miró a Rainie con el ceño fruncido, con claro gesto ansioso y con prisa.

—¿Es usted del colegio? ¿Cómo se llama? —exigió Rainie.

—Richard, Richard Mann. Soy el orientador del colegio, y necesito llegar hasta los alumnos. Tenemos algunos heridos...

—¿Sabe qué es lo que ha sucedido ahí?

—Hubo disparos. Luego sonó la alarma de incendios y todo el mundo echó a correr. En un momento estaba en mi despacho haciendo papeleo y al siguiente todo era un caos.

—¿Vio quién disparaba?

—No, pero alguien dijo que vio a un hombre salir corriendo por las puertas del lado oeste. No lo sé.

—¿Y los alumnos? ¿Están todos fuera?

—Seguimos el procedimiento básico de evacuación —respondió Richard Mann de forma automática. Entonces le cambió la cara. Bajó la voz para que solo Rainie pudiera oírlo—. Dos profesores dijeron que vieron a algunos alumnos por los pasillos. Pero tenían que ocuparse de sus propias clases, así que les pareció que no podían detenerse... y no querían que sus chicos se dieran cuenta. También he visto algunos niños heridos aquí fuera. Intenté avisar a los técnicos de emergencias, pero ya se dirigían al edificio.

—¿Tiene alguna formación médica?

—Aprendí a hacer reanimación cardiopulmonar en una asociación juvenil.

—Es suficiente. Esto es lo que va a hacer: forme un puesto de primeros auxilios en los jardines del colegio. Reúna a todos los niños heridos; acabo de ver a un chico desplomarse junto a la acera, así que tiene que enviar a alguien allí. Luego pregunte entre los padres. Tiene que haber por aquí más personas que tengan algún tipo de formación: reanimación cardiopulmonar, primeros auxilios de campamentos, cría de animales, me da igual. Que ayuden a los niños y defiendan el fuerte lo mejor que puedan. Walt parece tener las manos ocupadas ahí dentro, y quizá tengamos que esperar otros buenos diez o quince minutos hasta que llegue la ambulancia del condado de Cabot.

—Haré lo que pueda. Resulta muy difícil hacerse oír por encima del ruido.

Rainie señaló con el dedo el coche patrulla de Shep.

—¿Ve eso? En el asiento trasero hay un megáfono. Es todo suyo. Bien, una vez que tenga preparada la zona de primeros auxilios, tengo otra tarea para usted. ¿Me está escuchando?

El joven orientador asintió con lentitud. Tenía la cara pálida y el labio superior perlado de sudor, pero parecía prestar atención.

—¿Ve a toda esa gente que está bloqueando el aparcamiento? —preguntó—. Necesitamos que los trasladen a todos al otro lado de la

calle. Diga al profesorado que ponga en fila sus clases y realice un recuento. Cuando terminen, podrán emparejar a los alumnos con sus padres. Pero todos menos los heridos tienen que despejar este aparcamiento por razones de seguridad, ¿vale? Y que nadie se vaya a casa hasta que lo haya autorizado la policía. ¿Entendido?

—Lo intentaré.

—¿Ha visto al sheriff O'Grady?

—Corrió hacia el edificio. Creo que estaba buscando a sus hijos.

Richard Mann se dirigió hacia el coche de Shep. Rainie observó el extenso edificio blanco del colegio, que supuso que aún no estaba asegurado, y luego miró a su novato, que acariciaba nervioso su pistola.

Respiró hondo. La única formación que había recibido sobre ese tipo de cosas había sido en las aulas, y de eso hacía años, pero no le quedaba otra alternativa. Walt y Emery ya estaban en el colegio. Shep también. Ella y Chuckie bien podrían sumarse a la contienda.

Se volvió hacia él.

—Camina justo detrás de mí, Chuckie. Mantén los ojos abiertos, las manos fuera del arma. Walt está actuando sin autoridad, pero aun así no merece que le disparen.

Chuckie asintió con gesto obediente.

—Solo hay tres cosas que debes recordar en la escena de un crimen: no toques nada, no toques nada de nada y no toques nada en absoluto. ¿De acuerdo?

Chuckie volvió a asentir. Rainie miró el reloj. Era la 1:57 de la tarde. El aparcamiento seguía siendo un desastre y resultaba complicado pensar por encima del fragor de las sirenas y los llantos de los niños. Era difícil mirar muy de cerca, porque en ese momento se fijó en las manchas rojas de la acera, el inconfundible rastro de sangre que iba desde el colegio hasta el patio. De los niños heridos huyendo para salvar sus vidas. ¿Y los otros? ¿Esos que Richard Mann dijo que los demás profesores habían visto? Rainie no podía pensar en eso todavía.

Llevaba su pistola Glock en la mano derecha y su calibre 22 de reserva enfundada en el tobillo. Esperaba que fuera suficiente. Hizo un gesto tranquilizador a Cunningham y entró en el edificio con el walkie-talkie en la mano izquierda.

El ruido era más intenso dentro del edificio, los largos pasillos canalizaban el implacable pitido de la alarma de incendios y hacían llover el sonido sobre sus cabezas.

—¡Central! —gritó Rainie por su walkie-talkie—. Uno-cinco llamando a central. Linda, adelante.

—Central a uno-cinco.

—Comunícame con Hank. Necesito saber cómo apagar las malditas alarmas de incendio.

—Mmm, vale. Un momento.

Rainie y Chuckie se detuvieron en el vestíbulo, haciendo una mueca de desagrado por el ruido cada vez mayor.

Ante ellos, el pasillo principal estaba sorprendentemente limpio. No había mochilas desperdigadas ni libros tirados por el inmenso suelo de baldosas blancas. A la derecha asomaba la oficina de Admisión, cuyas ventanas de cristal estaban cubiertas con recortes de flores de papel en tonos pastel y el alegre saludo «¡Bienvenido!». Rainie seguía sin ver signos de violencia.

El walkie-talkie se activó. Rainie se lo acercó al oído para captar las instrucciones de Linda. Dentro de la oficina principal... Un panel central... Rainie observó la puerta cerrada. No podía ver qué había al otro lado y era imposible oír nada. Ese era el problema fundamental.

Le hizo un gesto a Chuckie para que se apartara. No había mejor momento que el presente.

Agachándose, avanzó con la pistola por delante. Abrió la puerta de una patada y entró a toda velocidad. Siguió adelante... Nada..., nada..., nada. La oficina estaba asegurada.

Se dirigió al panel de control principal y, un segundo después, las alarmas de incendio se desconectaron de golpe.

Chuckie parpadeó de forma abrupta. El silencio resultaba impresionante después de tanto ruido. Impresionante e inquietante.

—Así... así está mejor —manifestó Chuckie al cabo de un momento, esforzándose por sonar confiado, aunque su rostro había adquirido el color del pergamino.

—Es una de las grandes enseñanzas aprendidas del tiroteo de Columbine —murmuró Rainie—. Las alarmas de incendio ocultaron todos los ruidos e hicieron que al equipo de geos le resultara imposible localizar en qué parte del edificio se encontraban los tiradores.

—¿Te han entrenado para tiroteos escolares? —preguntó Chuckie, esperanzado.

—No. Leo la revista Time —respondió Rainie, y sacudió la cabeza—. Vamos. Mantén la cabeza erguida, utiliza los oídos y te irá bien.

Volvieron a la sala principal, ambos con sus armas y desplazándose con cautela. Pasada la oficina empezaban las hileras de taquillas azules, con todas las puertas cerradas. Rainie dedujo que el tiroteo debió producirse después de que todos los alumnos hubieran vuelto a clase después de comer. Se preguntó si eso era significativo. Luego se cuestionó qué encontraría en las aulas.

A medida que se adentraban, se dio cuenta de que había unas cuantas balas deformadas en el suelo. Sin duda, eran disparos perdidos de la zona principal del incidente, o tal vez restos arrastrados a la zona cuando la gente huyó en estampida. Pasó con cuidado alrededor de

todos los objetos, aunque no se hacía ilusiones sobre la situación que tenía por delante.

La máxima prioridad de un agente al acercarse a la escena de un crimen era preservar vidas humanas. El segundo objetivo era detener al autor, si todavía se encontraba en las inmediaciones, y asegurar el lugar de los hechos. Por último, debía retener a los testigos y proteger las pruebas, pues la labor del agente era siempre mirar más allá de la tragedia del momento. Durante las jornadas siguientes, los vecinos de Bakersville exigirían respuestas. Querrían reconstrucciones de lo ocurrido ese día, quién hizo qué a quién, qué había salido mal y a quién debía culparse.

Rainie ya sabía que esas preguntas no tendrían fácil respuesta. El colegio estaba situado en una zona residencial, y demasiados civiles habían llegado al edificio antes que los agentes. Entre ellos, los técnicos de emergencias y los alumnos; el pasillo estaba contaminado. Y ahí estaban Rainie y Chuckie, dos agentes armados e inexpertos en su primera escena de un crimen importante. Ni siquiera había comenzado y ya estaba en apuros, y aun así no tenía más remedio que continuar.

Rainie podía oír la agitada respiración de Cunningham a sus espaldas mientras Walt soltaba improperios a cincuenta metros por delante de ella.

—Maldita sea, Bradley —murmuró el técnico en emergencias voluntario—. No me dejes plantado ahora. ¡Joder!, tío, tenemos póker el viernes.

Rainie y Cunningham se acercaron en silencio por detrás de Walt a examinar lo que ocurría. El conserje, Bradley Brown, yacía en la intersección principal de dos amplios pasillos. Desde esa posición ventajosa, Rainie podía ver casi una docena de puertas de aulas a la izquierda. Estaban todas cerradas, lo que de inmediato hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Echó un vistazo a Chuckie, pero el novato estaba mirando hacia la derecha, donde el pasillo conducía a dos puertas laterales de cristal, destrozadas y manchadas de una sustancia oscura que con toda seguridad era sangre. Ahí había más taquillas abolladas, muchos más daños. Era el área principal del incidente.

Un cuerpo yacía no lejos de las puertas. Tenía el cabello largo y oscuro y un vestido de verano vaporoso. Podía ser una profesora. Al acercarse, Rainie divisó otras dos figuras, más pequeñas, inmóviles. No eran adultos.

Cunningham emitió un sonido parecido al hipo.

Rainie se dio la vuelta.

—Ya he estado mirando —señaló Walt con fuerza desde el suelo.

—Ni siquiera deberías estar aquí.

—Son niños, Rainie, solo niños. Teníamos que entrar.

Rainie no se molestó en reprenderle más. Walt era exmédico del ejército y voluntario en emergencias sanitarias. Conocía las circunstancias, y lo hecho, hecho estaba. Ella dirigió su atención al conserje.

Bradley era un hombre mayor de erizado cabello canoso. Vestía unos pantalones marrones y una camisa azul de cambray bastante desgastada. Llevaba un modesto reloj de oro, de los que se dan como recompensa después de prestar veinte años de servicio. Le habían disparado en lo alto del pecho, y la sangre se filtraba sin cesar a través de las vendas de gasa blanca.

—¿Y los otros? —susurró el conserje.

—Todo el mundo está bien, Bradley —respondió Walt con sequedad —. Preocúpate solo por tu miserable pellejo. ¿A qué te dedicas, que dejas que te disparen así?

Walt introdujo una aguja intravenosa en el brazo de Bradley, tratando de inyectarle fluidos mientras iba perdiendo los suyos propios.

—Lo estás haciendo muy bien —tranquilizó Rainie al conserje, arrodillándose junto a su cabeza y dedicándole una sonrisa—. ¿Qué ha ocurrido aquí, Bradley?

—Me... han disparado.

—¡No me digas! —Forzó una risita, como si estuvieran contando una breve historia durante un almuerzo—. ¿Pudiste ver quién lo hizo?

—Apareció... por... la esquina.

Ella asintió con la cabeza en señal de apoyo. La tez de Bradley estaba volviéndose azul. Estaba poniéndose cianótico. Luego sufriría un shock hipovolémico por la pérdida de sangre, seguido de la inconsciencia. Si no lograban contener la hemorragia, moriría. Walt y Emery trabajaban con frenesí, pero una venda tras otra seguía tiñéndose de rojo.

—Oí disparos... —añadió Bradley jadeando—. Quería... ayudar.

—Eres un hombre valiente, Bradley.

—Vino por aquí... —Hizo una mueca de dolor—. ¡Pum! No llegué... a ver...

—¿... qué te impactó?

—Sí. —Su aliento se escapaba como un silbido—. Serví en Vietnam. Tiene gracia... Creí que esto ocurriría... allí.

A Bradley se le pusieron los ojos en blanco. Walt soltó una repentina maldición.

—¡Maldita sea!, necesito más gasas. Emery.

Emery tenía abierto un botiquín vacío.

—Nos hemos quedado sin nada.

—Lo subimos y nos vamos —ordenó Walt, acercando la camilla

mientras Rainie se quitaba de en medio con rapidez.

—No servirá de nada —argumentó Emery—. El hospital está demasiado lejos.

—¿Helicóptero? —preguntó Rainie.

—Llamamos hace siete minutos. Tal vez todavía nos queden otros cinco de espera.

—¡Vale, mierda! —gritó Cunningham desde detrás de Rainie—. Detened la hemorragia, haced algo por él. Se está muriendo, ¿no lo veis? —El novato los miró a todos y luego, en un movimiento brusco, se arrancó la camisa color caqui que había comprado con orgullo hacía apenas dos meses—. Tomad, tomad, utilizad esto.

—Necesitamos más —expuso Walt—. Para vendar bien la herida.

—¡El armario vestidor del conserje! —exclamó Rainie—. Está justo ahí. Debe tener algo.

—Compresas femeninas —declaró Walt—. ¡Funcionan de maravilla!

Chuck estaba más cerca. Agarró el pomo metálico de la puerta y tiró con fuerza. La puerta estaba cerrada con llave. La golpeó una vez con la mano abierta. Cuando eso no funcionó, apuntó con su arma.

—¡Por Dios! —Rainie se abalanzó sobre su brazo extendido y le arrancó la Glock del 40 de la mano justo antes de que pudiera disparar. Luego se volvió hacia él con mirada severa—. ¡Maldita sea! ¡No vuelvas a desenfundar así! No en una escena de un crimen, donde contaminarías todas las pruebas, y no en un edificio donde todo el mundo está acojonado. La mitad de los padres habrían entrado corriendo con sus escopetas y te habrían hecho pedazos.

—¡Tenemos que abrirlo! —gritó Chuckie.

—¡Entonces, pégale un golpe con el hombro! No eres de cristal.

A Chuckie se le iluminaron los ojos. Dio un salto corriendo hacia el armario mientras Rainie se apartó, preparada para cubrirse. Todas esas aulas cerradas. ¿Quién se habría tomado la molestia de cerrar una puerta al salir corriendo para salvar su vida? ¿Quién cerraría cada sala de forma ordenada, como si tuviera todo el tiempo del mundo? «Los niños no —pensó—. Tampoco los profesores». Lo que solo dejaba una opción.

La puerta del armario se abrió. Cunningham cacareó su triunfo y se zambulló en las negras profundidades antes de que Rainie pudiera detenerlo. Entonces lanzó un grito que heló el corazón de Rainie.

—¡Oh, Dios mío! ¡Hay una niña aquí dentro!

Walt y Emery se apresuraron. Rainie los hizo retroceder.

—¡Dejadme comprobarlo! —declaró con fuerza—. ¡Jesús!, Walt, tú ya has gastado tus nueve vidas.

Entró en el armario vestidor y parpadeó tres veces mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. Cunningham estaba en un rincón, inclinado sobre una niña que se había hecho un ovillo tan apretado

que Rainie solo podía distinguir su pelo rubio dorado. Entonces la pequeña levantó la vista. Rainie la reconoció al instante.

—¡Becky O'Grady! ¡Oh!, cariño, ¿estás bien?

Rainie hizo un gesto a Walt y Emery para que entraran, luego enfundó su arma y cayó de rodillas frente a la benjamina de Shep. A primera vista, Becky parecía estar bien. Rainie pasó las manos por los brazos de la niña, buscando cualquier signo de lesión. No había cortes ni magulladuras. No había signos de quemaduras de pólvora ni agujeros de bala o Dios sabía qué en esas circunstancias. Entonces se fijó en la mirada vidriosa que tenían los brillantes ojos azules de Becky. Con cuidado, Rainie se la acercó a ella y la niña se desplomó sin fuerzas en sus brazos.

Rainie se apresuró a sacar a Becky del armario y la tumbó sobre el suelo fresco. Emery se hizo cargo.

—Tiene las pupilas dilatadas —declaró—. Falta de respuesta. ¿Puedes decirme tu nombre?

Becky no dijo nada.

—¿Puedes oírme?

La niña permaneció en silencio, pero, cuando él chasqueó los dedos, giró la cabeza hacia el sonido.

—Está conmocionada —explicó Emery después de un instante—. Sin duda, a causa del trauma. Solo necesita tiempo.

Rainie se agachó frente a la niña, no muy convencida y aún preocupada. Becky tenía una mancha de suciedad en la nariz y telarañas en el pelo. Llevaba una camiseta verde de Winnie the Pooh, con Pooh y Piglet bailando y una leyenda que decía lo feliz que era por tener un amigo.

Rainie frotó con delicadeza una de las manchas negras de la mejilla de Becky. Puso una mano en el rostro pálido de la pequeña.

—Cariño —manifestó en voz baja—. ¿Cómo has acabado en el armario?

Becky se limitó a mirarla.

—¿Te estabas escondiendo?

Despacio, la niña asintió.

—Becky, ¿sabes de quién te estabas escondiendo?

El labio inferior de Becky empezó a temblar.

—¿Era alguien que conocías?

Becky bajó la mirada.

—Está bien, Becky. Ya ha pasado todo. Estás a salvo. —Rainie miró todas las puertas cerradas de las aulas—. Ya nadie puede hacerte daño. Solo necesito saber quién hizo esto para poder hacer mi trabajo. ¿Puedes ayudarme a hacer mi trabajo, Becky?

Becky O'Grady negó con la cabeza.

—Solo piénsalo, cariño. Solo piensa.

Pasó un minuto después de otro. La niña permaneció en silencio y, al final, se apartó de Rainie y volvió a hacerse un ovillo. Frustrada, Rainie se puso en pie. Walt y Emery habían subido a Bradley a la camilla. La camisa de Chuck sujetaba un grueso montón de compresas en el pecho del hombre. Bradley seguía teniendo la piel de un pálido tono azulado, pero parecía respirar con más facilidad. Un punto para los buenos.

Rainie miró a su alrededor. La puerta del armario estaba astillada. En su búsqueda de compresas, Walt había arrojado la mitad de su contenido al pasillo. Él y Emery habían rastreado huellas ensangrentadas por todas partes. Las puertas del vestíbulo permanecían cerradas de forma inquietante y Becky O'Grady seguía acurrucada en posición fetal a los pies de Rainie.

Luego, más adelante en el pasillo, yacía la profesora y las dos figuras más pequeñas...

¡Santo cielo!, ¿qué había pasado en el colegio de Bakersville?

Rainie apartó a Chuckie y le dijo en voz baja:

—Tenemos que sacar a Becky de aquí. ¿Por qué no te la llevas fuera y ves si puedes encontrar a Sandy? El resto de los agentes deberían estar llegando ya. Haz que establezcan un perímetro alrededor de las instalaciones. Diles de mi parte que nadie puede entrar en el perímetro, y eso incluye a la prensa, al alcalde y al padre más rico del municipio. Después, dile a Luke que él está a cargo del registro de la escena del crimen.

—La prensa no tardará en llegar —murmuró Chuckie, con el rostro ya fruncido por el desagrado.

—Dejaremos que Shep se ocupe de ellos.

—De acuerdo —respondió él, y miró después alrededor del pasillo, el silencioso y tranquilo pasillo, con las puertas destrozadas al final—. ¿Rainie? ¿Por qué están cerradas todas las puertas de las aulas? El orientador dijo que evacuaron como en un simulacro de incendio. No parece probable que, huyendo del edificio, ninguno de los chicos cerrase las puertas ni apagase las luces. ¿Quién haría algo así?

—No creo que fueran los niños ni los profesores.

—¿El hombre de negro?

—¿Te tomarías la molestia de ir cerrando todas las puertas mientras huyes tras cometer tu delito?

—Lo más probable es que no, pero entonces, ¿quién queda? —respondió Chuckie, frunciendo el ceño.

Rainie le sonrió con gesto irónico.

—No lo sé, Cunningham, pero supongo que estoy a punto de averiguarlo.

TRES

Martes, 15 de mayo, 02:05 p. m.

Sandy O'Grady tomó las curvas en S de la calle residencial a más de setenta kilómetros por hora. Los neumáticos de su fiel Oldsmobile chirriaban a modo de protesta, pero ella no se daba cuenta. Tenía las manos aferradas con fuerza al volante. Sus ojos azules estaban fijos hacia delante.

A su alrededor, la gente corría, salía de sus casas a toda velocidad, galopando por las ordenadas aceras estrechas, con el rostro pálido por la conmoción y la boca gritando ya las terribles noticias a sus vecinos. Llevaban botiquines, mantas, toallas, botellas de agua y cualquier otra cosa que consideraran útil.

Sandy chirrió en la siguiente curva, golpeó con fuerza un badén y, al final, tuvo que frenar. Fue lo mejor. A dos manzanas del colegio, la calle estaba bloqueada por automóviles aparcados de forma apresurada y padres frenéticos. Sandy condujo hasta la mitad de la acera, aparcó de golpe su Olds y se sumó a la contienda.

Había mucho ruido. Se oía el sonido estridente de la vieja ambulancia de Walt, a niños llamando entre llantos «¡Mamá!», «¡Papá!», y a padres gritando los nombres de sus hijos. Escuchó sirenas de policía y motores revolucionados. Oyó un agudo y fuerte lamento, como si hubieran arrancado el alma del corazón de una madre, y se le heló la sangre.

Eso no podía estar pasando. No en Bakersville. No en el colegio de sus hijos. ¡Oh, Dios!, ¿no podía alguien hacer que todo eso desapareciera?

Vadeó el mar de gente y coches. No sabía a dónde ir. Se limito a seguir avanzando hacia el colegio, tratando de acercarse. ¿Dónde estaban sus hijos? ¿Dónde estaba su marido? ¿No podía alguien decirle qué hacer?

Más adelante vio a un agente de policía con uniforme del condado de Cabot. Parecía estar alejando a la gente del edificio del colegio y, al mismo tiempo, preguntando quién estaba al mando. Nadie sabía darle una respuesta. Los padres solo querían encontrar a sus hijos.

Sandy llegó por fin a la alambrada que rodeaba el patio del colegio. Se apretó contra ella y miró hacia el aparcamiento, donde pudo ver a niños tendidos sobre el asfalto, algunos con compresas frías en la cabeza, otros levantando codos o rodillas raspados para que se los vendaran. Cinco adultos atendían el improvisado puesto de primeros auxilios, utilizando los botiquines y las toallas tan rápido como otras personas se los entregaban. Sandy reconoció a Susan Miller, madre de Johnny y enfermera del hospital de Cabot. Vio a Rachel Green,

directora de la Asociación de Padres y Profesores y ama de casa, vendando la muñeca de un niño de ocho años. Vio a Dan Jensen, el veterinario de la localidad, agachado sobre un chico cuyos vaqueros estaban cubiertos de sangre. Sandy pudo distinguir el orificio rasgado en la resistente tela. El chico había recibido un disparo en la pierna.

Dios, una herida de bala. El tiroteo había sido real. Todo era real. Alguien había abierto fuego en el colegio de Bakersville.

A Sandy le pareció que estaba poniéndose enferma.

La subdirectora Mary Johnson pasó corriendo. Sandy le agarró el brazo.

—Mary, Mary. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo están todos? ¿Has visto a Becky o Danny?

Mary parecía agotada; su cabello, por lo general arreglado, estaba despeinado y encrespado, y el rostro, bañado en una pátina de sudor. Su expresión pareció ausente por un instante; luego reconoció a Sandy y le estrechó la mano.

—Oh, Sandy, lo siento mucho. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—¿Les ha pasado algo a mis hijos? ¿Dónde están Danny y Becky? ¿Dónde están mis hijos?

—Shhh, no te preocupes. Seguro que están bien. Tengo que pedirte que te alejes del colegio. Han trasladado a todos los niños al otro lado de la calle con sus profesores. Los hemos colocado en cada patio por orden de curso. Así que la clase de Becky está en el cuarto patio hacia abajo. La de Danny estaría a unos cuatro metros más abajo de ahí.

—¿Los has visto? ¿Están bien?

Mary Johnson dudó. Algo vaciló en su mirada. Sandy volvió a sentir que se le cortaba la respiración.

—No lo sé —respondió Mary—. Ha habido tantos niños...

—No los has visto.

—Hemos evacuado a la mayoría de los niños del colegio. Nos está costando un poco solucionarlo todo.

—Dios mío, no has visto a mis hijos.

—Por favor, Sandy...

—¿Hay víctimas mortales? Solo dime. ¿Hay víctimas mortales?

Mary Johnson apretó con fuerza la mano de Sandy. Entonces Sandy lo vio todo en su mirada sombría, la noticia que la subdirectora no quería decir en voz alta, la noticia que todos estarían intentando digerir durante los siguientes días, meses, años: habían disparado y matado a niños. De verdad estaba sucediendo ahí.

Sandy no podía respirar, no podía pensar. Quería retroceder seis horas en el tiempo, a cuando estaba en casa sirviendo tazones de Cheerios a sus hijos antes de despedirlos con un beso en la cabeza. Quería retroceder el reloj hasta diez horas antes de aquello, cuando

estaba arropando sus agitados cuerpos en la cama y leyendo historias de niños magos y hechizos fantásticos. Así debían ser sus vidas. Solo eran niños, por el amor de Dios, solo niños.

Un nuevo grito se alzó entre la multitud. Sandy y Mary se giraron hacia las puertas del colegio justo a tiempo para ver a Walt y Emery salir corriendo con una camilla.

—Apártense, apártense, apártense —vociferaba Walt.

El agente del condado de Cabot gritaba a la gente que despejara la calle. Había un coche bloqueando el camino. Nadie parecía saber a quién pertenecía. El agente abrió la puerta y puso el coche en punto muerto. Dos jóvenes corrieron para ayudar a apartar el vehículo. La gente aplaudió la pequeña victoria. Walt ya estaba poniendo en marcha la ambulancia.

Entonces Sandy vio a Chuckie Cunningham corriendo por el aparcamiento con una niña rubia envuelta con firmeza en sus brazos. Era Becky.

Sandy saltó hacia delante antes de que Mary Johnson pudiera detenerla. Cruzó corriendo el aparcamiento y abrió los brazos justo cuando Becky la vio y gritó:

—¡Mamá!

Al instante tenía a su niña entre sus brazos. Sandy la abrazaba, inhalando el dulce aroma del champú de manzana. La apretaba con mucha mucha fuerza, y Becky le agarraba el cuello con tanta intensidad que le hacía daño.

—Mi bebé, mi bebé, mi bebé.

—Mami, mami, mami.

—¡Mi pequeña!

Levantó los ojos llenos de lágrimas hacia Chuckie, y entonces se dio cuenta de que estaba medio desnudo y manchado de sangre.

—¿Y Danny? —preguntó con voz ronca.

—No lo sé, señora.

—¿Shep?

—Lo siento.

Sandy cayó de rodillas. Tenía a uno de sus hijos con ella, uno a salvo. Pero no era suficiente. El presentimiento volvió a apoderarse de ella. Algo frío y oscuro corrió por sus venas. Levantó la cabeza suplicante hacia el cielo.

—¿Dónde está mi hijo? ¡Oh, Dios!, ¿dónde está Danny?

Sola en el colegio, Rainie empuñaba su Glock del 40 con las palmas húmedas. Respiraba de forma entrecortada. Sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Hizo todo lo posible por ignorar las sensaciones mientras caminaba hacia el extremo izquierdo del colegio, el extremo más alejado de los cadáveres, y se preparó para llevar a cabo una búsqueda metódica en las aulas, ya segura de que no estaban

vacías.

Concentró sus pensamientos en los vagos recuerdos de las lecciones aprendidas en los cursos de policía de hacía años. Una especie de acrónimo. ACCESO... ÁGIL... ADAPTO. Eso era, ADAPTO.

A: Arrestar al agresor si continúa en el lugar de los hechos.

(¿Seguiría el agresor en el lugar de los hechos? Habían recibido informes de un hombre vestido de negro, y todas estas puertas cerradas...).

D: Detener e identificar a testigos y sospechosos.

(La multitud de estudiantes que ya había salido corriendo del edificio, Bradley Brown, que continuaba luchando por su vida... Ellos eran testigos tal vez, pero en ese momento eran responsabilidad de otros).

A: Analizar la escena del crimen.

(Los pasillos estaban limpios y la recepción, intacta; las taquillas abolladas más adentro; los casquillos usados en el suelo. No había que pasar por alto lo obvio, eso decían en clase. ¿Qué había de obvio en un tiroteo en un colegio? ¿Los muertos por el suelo?).

P: Proteger la escena.

(Rainie hizo una mueca. Los técnicos en emergencias sanitarias, el armario estropeado, los proyectiles que Cunningham había esparcido por el suelo de un puntapié, los padres que habían tomado el aparcamiento... La Unidad de Escena del Crimen del estado iba a llegar, y la carrera de Rainie estaría acabada).

T: Tomar nota.

(Rainie se quedó mirando su pistola. Pensó en la libreta de espiral que llevaba en el bolsillo de la pechera. Se preguntó cómo iba a sujetarla llevando el arma).

Tendría que olvidarse de tomar notas. Debía centrarse en el primer paso: detener al autor si era posible. Solo Dios sabía lo que implicaba que estuviera haciendo cosas fuera de orden. Al menos las estaba llevando a cabo e intentaba hacerlo lo mejor que podía.

Su mente siguió adelante. Estaba buscando a un sospechoso en una escena del crimen bastante amplia y compleja. Tenía un vago recuerdo de un conferenciante que explicó cómo realizar una búsqueda metódica en un recinto grande. Se empezaba desde el interior, se iba en espiral hacia fuera, ampliando poco a poco la zona de búsqueda. No podía recordar mucho más allá de la teoría y decidió que tendría que abordar esa escena del crimen como una franja horizontal. Trabajaría de izquierda a derecha, tranquila, calmada y preparada.

Rainie apoyó la espalda contra la pared, bajó la barbilla contra el

pecho para convertirse en un blanco menor y avanzó con la pistola por delante.

«Mantén la calma, sé profesional. Haz tu trabajo».

La primera aula era la más difícil. La mitad superior de la puerta cerrada era de cristal, pero estaba decorada con tantas fotos recortadas de conejitos y tulipanes que no podía ver hacia el interior. Las luces también estaban apagadas, como en todas las aulas del colegio.

Rainie giró despacio el pomo de la puerta con la mano izquierda. Desde la posición agachada, empujó la puerta para entrar en la clase. Se veían sombras largas y grises en el fondo de la estancia. En la parte delantera lucía un sol, brillante y feroz. Atravesó rodando el umbral y se enderezó con su Glock en posición Weaver a dos manos. Derecha, izquierda, delante y detrás. Nada.

Al final, Rainie se puso de pie en el aula vacía. Encendió las luces y abrió la puerta de par en par para dejar la estancia al descubierto. Y entonces se preparó para la siguiente clase.

Poco a poco fue avanzando por el pasillo. Luego llegó a la intersección, donde las gasas ensangrentadas seguían cubriendo el suelo y las abolladuras de las taquillas de color azul brillante empeoraban. Vio más salpicaduras de sangre. Una gran abolladura en un armario inferior, donde un cuerpo debió haber chocado con fuerza. Se veían casquillos esparcidos por el suelo de baldosas blancas como si alguien hubiera arrojado un puñado por el vestíbulo.

Ya podía imaginarse cosas. El fuerte estallido de los disparos, seguido de los gritos de pánico de los alumnos. El flujo de niñas y niños saliendo de las aulas al sonar la alarma de incendios, y los profesores rogándoles con voz temblorosa que mantuvieran la calma. El caos de cuerpos corriendo hacia las puertas principales, empujando, tropezando, cayendo. Sangre por los pasillos.

Respiró hondo y obligó a su pulso a ralentizarse.

«Sé profesional, Rainie. Haz tu trabajo».

Inspeccionó el aula de quinto curso y luego la de sexto. A continuación, la biblioteca, grande y amplia, con interminables filas de libros. Nada. Por fin llegó al fondo del pasillo, donde había cristales rotos esparcidos por el suelo de las puertas rotas y tres cuerpos yacían inmóviles y en silencio.

Rainie no quería mirar a las víctimas, en especial a los niños. Comprendió que esa visión le haría daño, la marcaría en algún lugar de su interior, donde incluso las personas duras como ella eran vulnerables. Sabía que, además, la haría recordar otros momentos, después de haberse esforzado durante tantos años por olvidar esas escenas.

Pero eso la superaba. Requería algo que nada tenía que ver con ella.

Se trataba de los derechos de las víctimas y de las necesidades de los padres que estaban fuera, aunque sabía que desde ese momento en adelante nada de lo que nadie hiciera por esas tres parejas de padres sería nunca suficiente.

La primera víctima, una niña pequeña, yacía de lado. Rainie buscó el pulso, aunque Walt ya se lo había advertido y la sangre teñía toda la parte delantera de la camisa de la chica. Tragó saliva y siguió adelante, tratando de no contaminar la escena.

La segunda víctima era otra niña. Parecía tener unos ocho años. También había recibido múltiples heridas de bala en el pecho. Estaba tendida justo delante de la primera víctima. Los brazos de cada una estaban estirados hacia la otra, con los dedos casi tocándose. ¿Habrían ido cogidas de la mano caminando por el pasillo? ¿Dos mejores amigas riéndose juntas? A Rainie le entraron ganas de cepillarle a la niña el pelo hacia atrás. Quería susurrarle que todo iría bien.

Su visión se nubló, las lágrimas empezaron a arderle en los ojos. No podía permitírselo.

«Sé profesional, avanza».

Tomó nota de la posición. Tomó nota de la victimología. Pasó hacia el tercer cuerpo.

Esa víctima, también de sexo femenino, yacía en la puerta del aula de informática y parecía ser una profesora. Tres mujeres muertas: ¿coincidencia o plan? Tenía el pelo largo y oscuro y rasgos exóticos. De igual forma, era joven, su piel tersa hacía que pareciera como si solo estuviese durmiendo. Entonces Rainie se dio cuenta del pequeño y limpio agujero de bala que tenía en la frente.

«Un arma de pequeño calibre —pensó Rainie—. Tal vez una del 22».

¡Cielo santo!, la profesora no aparentaba ser ni un día mayor que ella. Veintimuchos tal vez. Treinta y pocos. No llevaba alianza, pero era lo bastante guapa como para imaginarse que algún hombre se quedaría solo esa noche, sosteniendo su foto con manos temblorosas mientras intentaba olvidar el futuro que nunca llegaría. ¡Por Dios!

Rainie tuvo que volver a respirar hondo. Solo quedaban tres puertas. Todo cerca del epicentro de la violencia. Todo oscuro y a la espera. Era hora de seguir adelante.

Retrocedió hasta la pared y se sentó en cuclillas hasta que sus manos dejaron de temblar.

Pensó en que solo la profesora tenía una herida en la cabeza. Un disparo de una única entrada, en el centro, efectuado con gran precisión. Las dos niñas presentaban multitud de heridas, altas, bajas, a la izquierda, a la derecha, como si hubieran entrado en una tormenta de fuego. Pero la profesora... la profesora era diferente. ¿Tal vez habría sido el objetivo previsto? ¿El tirador fue a por ella primero, y luego se encontró con las dos niñas caminando por el pasillo?

O quizá empezó con las pequeñas en el pasillo y, al oír el ruido, la profesora del aula de informática abrió la puerta. Se habría encontrado justo frente al asesino. ¿Se había armado de valor para entonces? ¿Le pareció que no era muy diferente a un videojuego? ¿Pensaría que para qué gastar balas si podía hacerlo de un solo disparo?

Cualquiera de los dos escenarios inquietaba a Rainie. Que las niñas hubieran sufrido tantas heridas y la víctima adulta solo una. Había algo en eso, pero no tenía tiempo para pensar en ello en aquel momento.

De repente, oyó un ruido. El débil chirrido de una silla de metal que alguien arrastraba despacio por el suelo.

Rainie corrió por el pasillo. Se lanzó contra la pared junto a la puerta del aula justo cuando el pomo de metal giraba y la puerta se entreabría.

—No hagas esto —rogó un hombre—. Todavía podemos arreglarlo todo. Te juro, hijo, que no hay nada de lo que ha pasado hoy que no podamos solucionar.

Shep O'Grady apareció, con su uniforme color caqui ceñido a su corpulento cuerpo. Su pelo rapado brillaba por la humedad, mientras que sus rasgos de bulldog estaban inusualmente pálidos. Desde su ángulo, Rainie pudo ver que había conseguido desabrochar su pistolera, pero no había tenido tiempo de desenfundar el arma. En ese momento tenía las manos por delante en un gesto de sumisión. Se esforzaba con desesperación en abogar por su causa.

—Estoy seguro de que todo es un gran error. Un malentendido. Estas cosas pasan. Ahora tenemos que trabajar juntos, aclarar las cosas. Sabes que no hay nada que no haría por ti.

Shep dio otro paso atrás, con las manos todavía en alto y la mirada fija al frente. ¿Se veía obligado a retroceder? Rainie no sabía. Luego miró a unos cuatro metros por detrás de Shep, donde yacían los tres cadáveres. Se dio cuenta de que estaban conduciendo a Shep hacia la escena de la carnicería. Y cuando llegase ahí...

Era increíble lo firmes que Rainie sentía las manos, lo calmados que estaban sus nervios. Disparar era algo que había hecho toda su vida. Nunca en acto de servicio, pero Shep era su jefe, su amigo. Se conocían desde hacía mucho tiempo, tenían una historia juntos que pocos podían apreciar. Todo parecía natural, después de todo.

Una última reflexión: «Comprométete a disparar, porque la vacilación es la principal causa de muerte de los policías».

Ella se alejó de golpe de la pared y, al mismo tiempo, apartó a Shep de la puerta. Su arma se niveló, sus piernas se prepararon para el retroceso y sus dedos encontraron el gatillo justo cuando Shep gritó:

—¡No!

Y Rainie se encontró cara a cara con Danny O'Grady, de trece años, pálido como una sábana y portando dos pistolas.

CUATRO

Martes, 15 de mayo, 02:43 p. m.

El detective de homicidios del estado de Oregón Abe Sanders acababa de sentarse, algo tarde, a almorzar un gran bocadillo italiano con doble de pepperoni y doble de queso. Si su mujer lo hubiera visto, le habría gritado, sermoneándolo por poner en peligro su salud y dejarla viuda por culpa del colesterol. La mayoría de las veces estaba de acuerdo con ella y, a sus cuarenta y dos años, tenía una figura esbelta que lo demostraba. Pero aquel día no, porque era uno de esos días.

Margaret Collins, una atractiva rubia que atendía los teléfonos del departamento, se acercó a su escritorio y mostró un gesto de sorpresa.

—¡Vaya, Abe!, la próxima vez te veremos bebiendo cerveza.

—Se les había acabado el pavo —murmuró él, y agarró de forma inconsciente su submarino italiano más cerca de él, como si temiera que alguien fuera a quitárselo.

—El caso Hathaway se ha torcido, ¿no? —dedujo Margaret con discernimiento. Era aficionada a los crímenes reales y a menudo tenía mejores instintos que cualquiera de los detectives.

—¡Maldito juez! —vituperó Abe, y dio un enorme mordisco al bocadillo.

—Dentro de un cajón no significa a simple vista.

El masticó con ahínco, demasiado educado para responder con la boca llena. Tras tragar saliva, declaró:

—El cajón ya estaba abierto.

—Por otro policía de homicidios.

—¡Maldito policía! —exclamó Abe, y dio un mordisco al queso.

Margaret se rio. Le guiñó un ojo, haciéndole olvidar por un instante a su esposa, y luego se alejó, dejándolo a solas con su festín. Abe masticó otro bocado, pero su corazón no estaba de verdad en ello. La mostaza marrón de la tienda de delicatessen había goteado sobre su escritorio. Sacudió la cabeza y dejó el bocadillo para alcanzar una servilleta.

La verdad era que siempre se permitía caprichos cuando los casos iban mal, y luego no solía comer casi nada. Fantaseaba con lo que le gustaría comer, salivaba en la cola y pedía el tamaño mayor posible. Luego se lo llevaba, pensaba en las calorías, el contenido de grasa y el nivel de colesterol, y lo dejaba a un lado. La decadencia simplemente no formaba parte de él. Era un maniático del control hasta la médula, incluso cuando se enfrentaba a un submarino italiano bien cargado o a un plato lleno de brownies de doble chocolate. Era famoso hasta por volver a tapar una tarrina de medio litro de helado de trocitos de galleta con pepitas de chocolate de Ben & Jerry's después de tomar

una sola cucharada.

De joven, Abe Sanders era el boy scout galardonado con todas las medallas al mérito, el estudiante que sacaba mejores notas y la estrella del atletismo con los mejores tiempos. Leía los clásicos «porque le apetecía». Consiguió la chica que todos los tíos querían y se compró una casa de una planta con cuatro dormitorios en una zona antigua y «buena» de Portland, con un césped cuidado al milímetro.

Pero, al final, sorprendió a su familia y se hizo policía.

Sus padres bromeaban diciendo que su hijo, un maniático del orden, había decidido limpiar el mundo entero. Sus dos hermanos, uno mayor y otro menor, le decían que sufría un complejo de héroe demasiado desarrollado. Sus compañeros de ajedrez le informaron con seriedad de que toda la comunidad contable lloró el día en que se fue a la academia, y que las hojas de cálculo nunca volverían a ser lo mismo.

El propio Abe nunca comentó por qué se hizo policía. Quizá comprendía mejor que la mayoría que la vida era un desorden, incluso para los maniáticos del control. Estaba su mujer, a la que amaba y adoraba y que finalmente descubrió, tras cinco años intentándolo, que nunca podría tener hijos. Estaba la ordenada casa que eligieron como hogar a principios de los ochenta, para que, al final, pandilleros y adictos al crack se mudaran a la misma manzana. Y estaba el propio Abe, puntilloso, preciso, obsesivo-compulsivo, que se dio cuenta de que el camino que había previsto como director financiero no fue capaz de retener su atención.

Quería una sensación de realización y una sensación de cambio. ¡Demonios!, tal vez solo quería que el mundo entero fuera tan ordenado como los archivos de su escritorio.

Al final no importó, porque el detective Sanders era un policía muy bueno.

Los demás detectives lo criticaban mucho. Sacudían la cabeza con gesto de burla ante sus manos cuidadas y hacían chistes sobre sus lustrosos mocasines. Trataban de volverlo loco sustituyendo su cara grapadora negra, que había comprado personalmente, por una de las proporcionadas por el Gobierno, una barata gris, que siempre se atascaba. Un día incluso rotaron los neumáticos de su coche para ver si se daba cuenta, y lo hizo.

Luego trabajaban con él.

Con un caso, Abe Sanders se convertía en un hombre obsesionado. Con un caso, Abe Sanders era pura pasión y energía y, por razones que ni él mismo podía explicar, ira. Sentía pura rabia ante las injusticias de la vida y los malditos imbéciles con cara de culo y cerebro de guisante que se cobraban vidas buenas, honestas y trabajadoras.

Puede que otros detectives no comprendieran el valor de una buena

grapadora, pero todos los policías conocían la rabia. Era el denominador común del que nadie hablaba, pero todo el mundo entendía.

Abe volvió a envolver con cuidado su bocadillo, colocándolo en el centro del papel triangular, doblando las esquinas y enrollándolo bien. Limpió la mostaza de la mesa con una servilleta húmeda. Luego lo tiró todo.

El caso Hathaway lo había consumido. En realidad, no había sido culpa del juez. Snickers había redactado la orden de registro con demasiada vaguedad, por lo que los policías tuvieron que improvisar. Eso ya nunca funcionaba. Los abogados dirigían el mundo, y los policías inteligentes tenían que aprender a anticiparse a la letra pequeña. Así eran las cosas.

Abe podía contar con una mano el número de órdenes de registro y de arresto con las que había tenido problemas. Ser puntilloso era bueno.

Se levantó para ir a lavarse las manos y su teniente asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—¿Sanders? Tenemos que hablar.

Abe entró con curiosidad. Se sentó en el borde de la silla de plástico duro de la oficina de su teniente. Y un instante después oyó hablar de una pequeña localidad llamada Bakersville, a dos horas al suroeste de Portland, que ni siquiera tenía su propio Departamento de Homicidios. Permaneció sentado, callado y atónito, mientras el teniente describía lo que creían que era el segundo tiroteo en un colegio de Oregón en cuestión de pocos años. Ya había informes de víctimas mortales. La Unidad de Escena del Crimen estaba en camino, al igual que los agentes del condado, y los agentes del estado estaban desplazándose con rapidez. Aún no se sabía nada del tirador y, por extraño que pareciese, nadie había podido localizar al sheriff.

—La llamada ha venido del gobernador —informó su teniente—. Este caso es de alto perfil y, según todos los indicios, ya está fuera de control. Los jefazos quieren un buen hombre al frente, alguien con experiencia, sólidas dotes organizativas y capacidad para coordinar los recursos municipales, estatales y, con toda probabilidad, federales.

—Por supuesto.

Su teniente lanzó una mirada a su traje gris confeccionado a medida y a su figura fuerte y esbelta.

—Alguien que quede bien ante los medios.

Abe esbozó una sonrisa depredadora. Le gustaba la prensa. Sabía con precisión cuánto alimentarlos y luego los devoraba vivos. Le alegraba.

—¡Por supuesto! —repitió con más entusiasmo.

—Tendrías que viajar. Tal vez dos o tres semanas seguidas al principio, y luego volver a ir varias veces.

—No hay problema. —Y de verdad no lo había. Sara apenas notaba su presencia últimamente. Él había cedido al final a sus ruegos y le había comprado un cachorro de diez semanas. Ahora estaba ocupada mimando al cachorro, dándole de comer y acariciándolo debajo de la barbilla. Un día llegaría a casa y encontraría al perro vestido con ropa de bebé y un gorrito. Esa maldita cosa seguro que sonreiría y se aguantaría también; por el momento, el pastor Shetland parecía tener un carácter bien tranquilo.

Algunas veces, Abe se sorprendía acariciando a la criatura. El pelaje del pequeñín era muy suave al tacto. No porque quisiera acercarse mucho a algo que no controlara la vejiga, ¡por el amor de Dios!

—Entonces, estás en el caso —le notificó su teniente—. Abórdalo como si hubieras llegado ayer. Y Sanders...

Abe se detuvo en la puerta.

—Los técnicos de emergencias han informado de al menos dos niñas muertas. Va a ser duro, para todos.

—¿El tirador es un alumno?

—No se sabe nada del tirador todavía.

—Pero la mayoría son niños.

—Damos por sentado que ese es el caso. Sé precavido. Y rápido. Sería lo mejor para todos.

Abe lo comprendió. Cuando se hacía daño a niños, la gente se volvía un poco loca. A veces, también los policías.

Sanders se hizo con un coche. Llamó por teléfono para reservar una habitación de hotel, como hacía siempre, recopiló la poca información que tenía el departamento sobre la situación, todavía en desarrollo, y se puso en camino.

—Un mísero sheriff y dos agentes semientrenados —murmuró mientras se dirigía a casa para hacer las maletas—. Niños matando niños, y ni siquiera un Departamento de Homicidios para manejar el desorden. Menos mal que voy para allá, porque esos paletos tienen que estar cagándose en los pantalones.

Rainie apartó el dedo del gatillo justo antes de apretarlo.

—¡Danny! —exclamó en un grito ahogado.

El niño permanecía de pie, conmocionado. Su brazo derecho estaba extendido hasta la mitad, apuntando con la calibre 22 a algún lugar próximo a las rodillas de Rainie en un agarre seguro. Llevaba una 38 en la mano izquierda, a un lado, y por un momento Rainie no supo dónde mirar.

Mantuvo su arma apuntándole, entonces Shep dio un paso hacia ella.

—¡Alto! —gritó a nadie y a todos.

Shep seguía armado, y aunque confiaba en él como amigo, no podía contar con sus actos como padre. Si pensaba que Danny estaba amenazado o si Danny se creía amenazado...

Rainie podía sentir que la situación se descontrolaba de manera peligrosa. Contuvo el pánico.

—¡Tú! —le dijo a Shep, sin dejar de mirar a Danny—. ¿Estás bien?

—Es un error —se lamentó Shep de forma desesperada—. Todo esto es un gran error.

—Bien, pero, hasta que este error termine, mantén tus manos donde pueda verlas.

—Rainie...

—Danny, quiero que me escuches. Debes bajar las armas. ¿De acuerdo? Quiero que te muevas muy despacio y pongas las armas en el suelo.

Danny no se movió. Su mirada oscilaba de un lado a otro, y Rainie casi podía oler el pánico que desprendía su piel. Iba vestido con vaqueros y camiseta negros y zapatillas de correr blancas. No podía ver que llevase más pistolas, pero era difícil estar segura. Venía de una casa llena de armas de fuego, y ella sabía que Shep lo había llevado de caza desde que sabía andar.

—Danny —ordenó con voz más autoritaria—. Voy a contar hasta tres, y luego vas a dejar las armas en el suelo.

—Rainie...

—Cállate, Shep. Danny, ¿estás conmigo?

—No ha hecho nada.

—¡Cállate, maldita sea, o voy a hacer que te tiendas en el suelo tú también!

Shep se calló, pero ya era demasiado tarde. La expresión de Danny se había vuelto más salvaje y su mano derecha empezaba a temblar. Rainie cambió de postura para mantener el equilibrio. Volvió a deslizar el dedo sobre el gatillo, por si acaso.

—Danny —repitió en voz más alta—. Danny, ¿me estás escuchando?

El chico giró un poco la cabeza hacia ella.

—Esto es bastante intenso, ¿verdad, Danny?

Asintió con la cabeza, ahora le temblaban las dos manos.

—Creo que te gustaría que esto terminara, Danny. Yo sé que a mí me gustaría que terminara. Así que voy a decirte lo que vamos a hacer. Voy a contar hasta tres. Vas a bajar despacio las armas al suelo. Entonces, cuando yo te diga, vas a darles una patada hacia mis pies. A continuación, solo túmbate con las manos y los pies abiertos. Eso es. Todo acabará, Danny. Todo saldrá bien.

Danny no decía nada. Su mirada se desvió más allá de ella, hacia donde yacían las dos niñas con las manos aún extendidas la una hacia la otra. También pareció darse cuenta de la presencia de la profesora, y un profundo temblor recorrió su delgado cuerpo.

¡Dios!, Danny iba a hacer algo, a pegarse un tiro o a provocar que la policía le disparase. Rainie no sabía cuál de las dos cosas, pero el final

sería el mismo. Cadáveres, niños muertos... ¡Santo cielo, no!

—¡Danny! —exclamó Rainie con desesperación.

Ya era demasiado tarde. Su brazo derecho se elevó.

—¡No! —grito Shep con voz alterada.

—¡No lo hagas, Danny! —Ella no tenía elección, su dedo empezó a tirar del gatillo hacia atrás.

Y Danny giró el arma hacia su propia cabeza.

—¡Maldita sea! —Shep se lanzó hacia su hijo.

Rainie levantó el arma y disparó al techo, justo al mismo tiempo que Shep se lanzaba al suelo junto a su hijo. Las pistolas de Danny desaparecieron de la vista, atrapadas entre dos cuerpos. Entonces una salió deslizándose de entre ellos. Rainie la apartó de una patada y miró a tiempo para darse cuenta de que Shep agarraba la calibre 22 que Danny tenía en la mano derecha. Apretó con fuerza. Su hijo lanzó un grito. Shep soltó el arma de un tirón y la arrojó por el pasillo.

Así de rápido, todo había acabado. Danny se desplomó en el suelo, sin fuerzas para luchar, mientras su padre se incorporaba. El fornido sheriff respiraba con dificultad y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Maldita sea! —jadeó Shep—. Maldita sea, maldita sea. ¡Ah!, Danny...

Después intentó abrazar a su hijo. Danny lo apartó de un empujón.

Shep bajó la cabeza. Sus grandes hombros seguían temblando.

En silencio, Rainie tomó el control. Puso a Danny bocabajo, a dos metros de las tres personas que nunca volverían a moverse. Le abrió los brazos y las piernas y lo registró. Al no encontrar más armas, le dobló los brazos hacia la espalda y le esposó las muñecas.

—Daniel O'Grady —recitó mientras lo ponía en pie—, quedas detenido. Tienes derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra en un tribunal...

—No digas ni una palabra —ordenó Shep con brusquedad—. ¿Me oyes, hijo? ¡No abras la boca!

—Cállate, Shep. No puedes invocar el silencio para tu hijo, y lo sabes. ¿Comprendes estos derechos tal y como te los he especificado, Danny? ¿Entiendes que estás arrestado por lo que has hecho aquí, en el colegio?

—¡No digas una palabra, Danny! No digas ni una palabra.

—¡Shep! —volvió a advertir Rainie, pero no importó.

Danny O'Grady ni siquiera miró a su padre. Estaba de pie con los hombros encorvados, la camiseta negra de Nike le quedaba demasiado grande y tenía las facciones demacradas.

—Sí, señora —respondió al final.

—¿Has hecho tú esto, Danny? —Su voz se suavizó. Rainie escuchó su propia confusión, su necesidad de tranquilidad. Conocía a ese niño casi desde que nació. Era un buen chico. Solía llevar su placa de

ayudante. «Era un buen chico»—. ¿Disparaste a estas personas, Daniel? ¿Hiciste daño a estas niñas? —agregó con más firmeza.

—Sí, señora, creo que sí —respondió él, con voz lejana.

CINCO

Martes, 15 de mayo, 03:13 p. m.

Rainie y Shep permanecieron en silencio, tratando de procesar lo que acababan de oír. Shep no discutió la declaración de Danny, no trató de decir que era un malentendido, no trató de recordarle a ella que Danny era solo un niño. Parecía demasiado abrumado.

A la propia Rainie no se le ocurrió nada más que decir. Era policía, había escuchado una dura confesión. Su deber estaba claro.

Rainie condujo a su sospechoso de asesinato esposado hasta la puerta principal del colegio, donde una docena de flashes le estallaron en la cara. Los medios de comunicación habían llegado. ¡Mierda!

Retrocedió furiosa, apartando a Danny del resplandor de las luces y del frenesí de las preguntas a gritos. Él la miró aturdido y confuso, sometiéndose dócil a su voluntad. Ella deseaba que no la mirase de esa forma.

—No pueden verte salir con nosotros —advirtió a Shep al cabo de un instante, mientras los tres se pegaban contra las paredes del pasillo como fugitivos.

—No voy a dejarte a solas con él.

—No tienes nada que decir al respecto. Puedo interrogarlo sin ti y puedo meterlo en la cárcel sin ti, y lo sabes.

Shep asimiló esas palabras con el ceño fruncido. La ley de Oregón no prestaba mucha consideración especial a los menores sospechosos de asesinato. Mientras Danny tuviera al menos doce años, podría declarársele responsable de sus actos conforme al derecho penal y podría autorizarse su exención y remisión a jurisdicción para adultos. Sus derechos eran los mismos que los de cualquier persona detenida, y sus padres no tenían voz en el asunto. Lo mejor que podían hacer Shep y Sandy era contratar a un buen abogado para su hijo. Y alegrarse de que no tuviera quince años, en cuyo caso caería bajo la Medida 11 y sería juzgado de forma automática como un adulto. Y alegrarse aún más de que Oregón no tuviera las llamadas leyes CAP sobre prevención de acceso infantil, que responsabilizarían penalmente a Shep o a Sandy por permitir que las armas cayeran en manos de Danny.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Shep.

—Quítate la camisa.

Shep miró a su hijo, comprendió lo que ella tenía en mente y se desabrochó el uniforme de sheriff. Debajo llevaba una camiseta blanca lisa, desgastada por algunas partes y blanqueada por Sandy todos los domingos cuando hacía la colada. Verlo solo en camiseta interior lo hacía parecer demasiado humano y desgarraba un poco más las

emociones de Rainie. Eso la incomodó.

Shep colocó con cuidado su camisa sobre la cabeza de su hijo, como si el chico fuera de cristal y Shep no pudiera soportar romperlo.

—Todo irá bien —le susurró. Volvió a mirar a Rainie, humillado y esperando su siguiente orden.

—Ve a buscar a Luke —dispuso con voz inestable. Sacudió la cabeza hacia la salida este—. Que lleve el coche patrulla al lateral.

—Quiero ir con Danny.

—No. Luke encontrará a alguien del estado, alguien que no conozcamos, y te interrogará. No me mires así, Shep. Sabes que hay que hacerlo. Danny y tú habéis estado juntos a solas. Es tu hijo... Tenemos que saber lo que te ha contado. Lo que ha hecho. Por qué entraste solo en la escena del crimen y —esbozando una leve sonrisa— por qué nombraste agente principal a tu segundo al mando en cuanto recibiste la llamada.

Se encontró con la mirada de Shep y, por primera vez, lo vio sonrojarse.

—No creíste que fuera a caer en la cuenta, ¿verdad? ¿O esperabas que lo dejara pasar?

Él no dijo nada.

—¿Lo sabías, Shep? ¿Oíste las noticias y ya lo sabías?

—No fue así.

—Ni siquiera te creo y soy tu amiga. ¡Maldita sea! —Rainie se sintió harta de repente. Ella era la agente principal. Tenía horas de trabajo por delante: procesar a un chico de trece años, analizar sus manos en busca de residuos de pólvora, exigir saber por qué había disparado en su colegio... Luego retornaría a la escena del crimen y la recorrería una y otra vez para meterse en la cabeza de un asesino en serie. Por último, y lo peor de todo, a la mañana siguiente, con toda probabilidad, o por la noche, en el mejor de los casos, asistiría en persona a las autopsias de dos niñas que habían muerto cogidas de la mano. Tendría que escuchar el inventario de los traumatismos que habían sufrido sus cuerpos. Tendría que imaginar una vez más cómo habían sido sus últimos momentos. Después tendría que contemplar que otro niño, uno al que había conocido de primera mano, del que se había sentido orgullosa, les había hecho eso.

—Sal de aquí —le pidió a Shep—. Encuentra a Luke y pon esto en marcha.

—Primero tengo que encontrar a Sandy —replicó él con terquedad—. Tenemos un amigo... un abogado. Puede llamarlo.

—¡Fuera de aquí!

Al final, Shep cedió. Dirigió una última mirada a su hijo. Parecía que quería decir algo más, pero no encontraba las palabras.

El sheriff se dio la vuelta y salió por la puerta principal. Los flashes

centellearon. Un rugido se elevó desde la multitud ante la señal de nueva actividad. Entonces Rainie captó un nuevo sonido: el débil batir de los helicópteros acercándose sobre ellos. Los helicópteros de evacuación médica habían llegado por fin para llevarse a los heridos.

Y Rainie no pudo evitar pensar que pasaría mucho tiempo antes de que la oficina del forense fuera a recoger los cadáveres.

El agente Luke Hayes tenía treinta y seis años, era calvo y más bajo que la mayoría de las mujeres. Sin embargo, su complexión delgada era de unos compactos setenta kilos que hacían girar las cabezas de muchas damas y resultaban útiles en una pelea. Aunque, en opinión de Rainie, la mayor baza de Luke eran sus ojos, azules como el acero. Ella lo había visto aguantar la mirada a borrachos que le doblaban en tamaño. Lo había visto hipnotizar a enfurecidas amas de casa para que bajaran sus cuchillos favoritos. En una ocasión, incluso lo vio reducir a un rabioso dóberman a una masa sumisa con una sola mirada implacable.

Shep era como humo y vapor, y Rainie, intranquila e irritable. Luke equilibraba su pequeño departamento con su presencia firme y su lenta sonrisa arqueada.

Rainie nunca lo había visto desaliñado... hasta ese día.

Guiando a Danny hacia la salida del lado este, la opuesta a la zona del incidente, Rainie alcanzó a Luke justo delante de la puerta. Tenía la cabeza cubierta de sudor y el uniforme empapado. Llevaba cincuenta minutos intentando evitar que las madres, presas del pánico, entraran en el colegio, al tiempo que recogía nombres y declaraciones de testigos, y la tensión se le notaba en la cara.

—¿Estás bien? —le preguntó de inmediato a Rainie.

—Lo suficiente.

Su mirada se desvió hacia Danny y sus fuertes hombros se hundieron. Rainie comprendió en qué estaba pensando. Luke y Rainie jugando con Danny, de cinco años, en esa comisaría de un solo ambiente mientras Shep se ocupaba de alguna que otra cosa.

—Juguemos a policías y ladrones. ¡Ratatatatá! O tal vez a indios y vaqueros. ¡Bang, bang, bang!

—¿Sabes por qué las grandes ciudades tienen tantos problemas, Rainie? Porque no pueden hacer cosas como esta. No pueden traer a sus hijos al trabajo. No tienen a otros que los ayudan. No me extraña que nuestros trabajos sean tan lentos en Bakersville. Estamos demasiado ocupados cuidando de los nuestros para tener tiempo para problemas.

—Tenemos que irnos —señaló Rainie con suavidad.

Luke suspiró, asintió despacio y cuadró los hombros. Estaba preparado. Se situó a la derecha de la figura encorvada de Danny y pasó la mano por el brazo inmovilizado del chico. Rainie hizo lo

mismo a la izquierda. A la de tres, llevando a Danny entre ellos, corrieron hacia el coche patrulla que los esperaba.

En comparación con la relativa tranquilidad del interior del colegio, los sonidos y las sensaciones del patio exterior golpearon a Rainie como un puñetazo. Se oía a reporteros lanzando preguntas a voces al divisar a dos policías sacando a una persona encapuchada del colegio; a los técnicos de emergencias gritando órdenes mientras subían frenéticos al siguiente estudiante herido; a niños llorando y llorando sin parar en brazos de sus padres y a una madre, sola de rodillas en el suelo, sollozando con desesperación.

Rainie y Luke mantuvieron la atención enfocada hacia delante mientras otros agentes se apresuraban a ayudarlos.

—¡Muévanse, muévanse, muévanse! —gritaba alguien. Rainie pensó que era una estupidez. Todos se movían tan rápido como podían.

—Despejen, despejen. ¡Vamos, todo el mundo, échense hacia atrás!

Los periodistas se acercaban, los fotógrafos luchaban como locos por sacar la foto de portada.

Rainie oyó un nuevo grito y cometió el error de girar la cabeza. Shep había encontrado a su mujer. Apretaba a Becky con fuerza contra su pecho y se volvió hacia la línea policial en movimiento.

—¡No! —chilló Sandy, dio un paso, pero su marido la agarró por detrás—. ¡No, no, nooo!

Un sonido apagado brotó de debajo de la camisa. Danny había oído a su madre y se echó a llorar.

Por fin, llegaron al coche patrulla. Rainie se apresuró a meter a Danny en la parte de atrás, con la camisa todavía enrollada alrededor de la cabeza. Los reporteros intentaban entrar a empujones, pero los agentes los obligaban a retroceder.

Rainie rodeó el coche para sentarse al volante. Luke saltó al asiento del copiloto. Dando sendos portazos, dejaron fuera el caos y se quedaron a solas con su sospechoso de asesinato. La camisa de Shep se le había escurrido. A Danny no parecía importarle, y ya era demasiado tarde para volver a colocarla.

Luke encendió las sirenas. Rainie se apartó del bordillo.

Un momento después, se toparon con un muro de gente que obstruía la calle. Rainie pidió paso con el claxon y se apartaron a regañadientes, todos estirando el cuello para mirar al sospechoso que iba sentado en la parte trasera del coche. Algunas personas parecían atónitas y entristecidas, otras mostraban ya una mirada matadora.

—¡Maldita sea! —murmuró Luke.

Rainie miró por el retrovisor a su joven custodiado. Danny O'Grady, presunto asesino de tres personas, acababa de quedarse dormido.

SEIS

Martes, 15 de mayo, al anochecer

Rainie trabajó otras seis horas.

Juntos, ella y Luke procesaron de forma oficial a Daniel O'Grady por homicidio con agravantes. Le tomaron las huellas dactilares y una fotografía. Le realizaron pruebas de residuos de pólvora en las manos y le hicieron cambiarse de ropa y ponerse un mono naranja del servicio penitenciario que le doblaba la talla. Más tarde se analizaría su ropa en el laboratorio estatal de criminalística en busca de pólvora, cabellos, fibras y fluidos corporales, cualquier cosa que pudiera relacionarlo con el crimen.

Con la presencia del fiscal del condado de Cabot, llevaron a cabo un interrogatorio de diez minutos antes de que apareciera un abogado, Avery Johnson, que puso con frialdad fin a las preguntas.

Les reprochó que interrogaran a un niño, informó a Rainie de que era evidente que su cliente no se encontraba en un estado mental estable y exigió que Danny fuera trasladado de inmediato a las instalaciones de menores del condado, donde podría ser examinado por un médico y recibir tratamiento por la conmoción.

Durante todo ese intercambio, Danny permaneció desganado y parecía estar a un millón de kilómetros de distancia de la oficina del sheriff en la que en una época jugaba después del colegio.

Luke y el fiscal del condado de Cabot, Charles Rodríguez, se pusieron de acuerdo para llevar a Danny al centro de menores, un trayecto de cuarenta y cinco minutos en coche. Rainie tuvo que volver al recinto del colegio, donde por fin habían llegado los de la UEC, la Unidad de Escena del Crimen, y un detective estatal de homicidios llamado Abe Sanders estaba dando órdenes a todo el mundo como si fuera el dueño del lugar.

Intercambió una última serie de miradas desagradables con Avery Johnson, que le dijo que tendría más noticias suyas. Ella respondió que se moría de ganas. Él replicó que eso era una parodia de la justicia. Ella se quedó mirándolo con más fuerza, porque sabía cuál debía ser su respuesta, pero su corazón estaba en otra parte.

Mandó al abogado a paseo y, con Danny bajo la custodia de Luke, se dirigió de nuevo a la escena del crimen.

Durante las cinco horas siguientes, Rainie recorrió el lugar de los hechos con los técnicos de la UEC estatal. Repasó con ellos lo que sabía de la intrusión de los sanitarios en la escena, así como de sus propias actividades, que habían dejado restos de pólvora y yeso del techo en la zona clave de la incidencia. A los técnicos no les hizo ninguna gracia. Se llevaron su Glock del 40 para comparar los

residuos encontrados en ella con los encontrados en la escena. Después, Rainie ayudó a recoger más de cincuenta y cinco cartuchos usados de un tiroteo que había dejado tres muertos, seis heridos y una población entera devastada.

Los agentes de policía recuperaron cuatro cargadores vacíos para el arma del calibre 22 y tres cargadores rápidos para el revólver del 38. A ninguno de los policías le gustó encontrar los cargadores rápidos: eran una herramienta diseñada para facilitar la vida de un agente de policía, y les recordaba que ese crimen les tocaba de cerca.

A las ocho de la tarde, Rainie celebró una reunión informativa improvisada en el patio del colegio. Se presentó como agente principal y relató su experiencia capturando a Danny O'Grady esa tarde. Dio las gracias a los diversos funcionarios del Estado y del condado que habían acudido a la llamada y se habían quedado horas después de terminar sus turnos para ayudar en el caso.

A continuación, el detective Sanders, el enlace estatal, tomó el relevo, discutiendo la teoría del crimen, que estaban desarrollando a medida que procesaban la escena.

Al parecer, se trató de un ataque relámpago que se produjo poco después de la una de la tarde, cuando los alumnos habían vuelto a clase. Según el profesor de tercer curso, las dos niñas, Alice y Sally, habían pedido un pase para ir al baño. Poco después de salir al pasillo, todos oyeron los primeros disparos.

No estaba claro si habían sido las primeras víctimas o si había sido la profesora de informática, Melissa Avalon. Ella se encontraba sola en el aula de informática, por lo que nadie sabía si salió después de oír los disparos o si primero le dispararon a ella y luego a las niñas. Era dudoso que el forense pudiera arrojar alguna luz sobre todo eso, ya que la determinación de la hora de la muerte no era una ciencia exacta. En lo que estaban trabajando en ese momento era en averiguar el camino exacto que había seguido el tirador y la trayectoria de los disparos para poder extrapolar una secuencia lógica de los hechos.

—¿No hay testigos materiales? —preguntó Rainie.

Ninguno, coincidieron los demás agentes. La mayoría de los estudiantes registraron el sonido de los disparos y empezaron a correr hacia las salidas sin tener una idea clara de dónde estaban produciéndose. Seis estudiantes dijeron haber visto a un hombre vestido de negro, pero eran los niños más pequeños y ninguno de ellos pudo ser más específico. ¿De dónde había salido ese hombre? ¿A dónde había ido? ¿Era alto? ¿Era bajo? ¿Gordo, delgado? Cuando se les pidió que fueran más específicos, los niños se sintieron más confusos.

Dos agentes llevaron a cabo una investigación por las casas situadas en las inmediaciones del recinto escolar. Esos vecinos no habían visto

a ningún hombre extraño atravesando sus patios.

—Por lo tanto —concluyó Sanders—, esto del hombre de negro es un callejón sin salida. Es probable que solo sea el hombre del saco, alguien creado en mentes traumatizadas. Suele ocurrir.

—Espere un minuto —dijo ella.

Sanders le lanzó una mirada molesta. Rainie ya estaba dándose cuenta de que él estaba asumiendo el control del caso. Era el tipo del estado que vestía un bonito traje y tenía un escudo policial más grande que el suyo. Estaba claro que no le gustaban los policías de pueblo ni las teorías de pueblo. A los de las grandes ciudades nunca les gustaban.

—Todavía queda la cuestión de que seis niños declararon haber visto a un hombre extraño —expuso con firmeza—. Eso debe significar algo.

—Esa histeria es contagiosa —rebatió Sanders.

—O quiere decir que vieron algo fuera de lugar, a alguien fuera de lugar. Mire los disparos. Está diciendo que ha sido un ataque relámpago. La mayoría de las víctimas fueron acribilladas a balazos y tenemos agujeros por todo el colegio que coinciden. Pero luego está Melissa Avalon. Un único disparo en la frente. Es una herida muy precisa para un ataque al azar.

—Tal vez se la tenía jurada. ¿Sabemos algo de la relación de Danny con la profesora?

Los agentes hojearon sus cuadernos. Nadie había investigado aún los antecedentes de la víctima.

—Mire —apuntó Sanders con amabilidad, comprendiendo sin duda que Rainie no era una completa idiota—, el ángulo de Avalon parece interesante. Tomaré nota de ello. Y mañana, cuando empecemos a reunir al equipo del caso, asignaré a un par de chicos para que lo investiguen. ¡Demonios!, aún queda mucho trabajo de campo por hacer. Esto es lo primero que se me ocurre.

—Entonces, lo primero que se me ocurre a mí es que no creo que debamos descartar nada todavía.

Abe puso los ojos en blanco.

—Sí, señora. Por supuesto, fue usted quien arrestó al chico —farfulló entonces.

Rainie se puso tensa. Había tenido un día muy largo; no necesitaba ese tipo de tonterías. La rabia que se acumulaba en su interior era peligrosa. Además, era desproporcionada, no solo porque Abe Sanders parecía, sin lugar a duda, una especie de gilipollas, sino porque había arrestado a un chico que conocía y que, ¡joder!, le caía bien.

«Pequeño estúpido y egoísta, ¿cómo pudiste ser tan cruel?».

Abe Sanders seguía mirándola, esperando a ver si mordía el anzuelo. Si se enfadaba y despotricaba, mostraría falta de profesionalidad y él

podría sentirse mejor. Rainie no tenía intención de brindarle ese tipo de satisfacción.

—Tendremos que mantener una conversación mañana —añadió ella.

—Sí.

—A primera hora de la mañana.

—Por supuesto.

—¿Siete y media?

—Siete.

—Bien. Nos vemos entonces.

Volvieron a los técnicos de la UEC, que seguían trabajando en el colegio. El edificio estaba ya iluminado con focos, cubierto por una franja de cinta amarilla de escena del crimen y lleno de tiras de plástico de película Polaroid. En el pasillo, se habían acordonado algunas secciones para formar una cuadrícula. De las zonas más «activas» se ocupaban hombres con trajes espaciales blancos y aspiradoras específicas para absorber hasta la última partícula de polvo. En otros lugares, los técnicos raspaban la sangre de las ventanas para introducirla en pequeños viales o rociaban las paredes con Luminol con la esperanza de sacar a la luz más carnicería. Los agentes permanecieron a la espera, recogiendo con minuciosidad todos los hallazgos en un registro de la escena del crimen que con toda seguridad habría llenado tres carpetas a la mañana siguiente.

Rainie entró en un aula y, con una lupa, volvió a peinar las paredes.

Tardó otras dos horas en salir, y entonces la sensación del fragante aire de los pinos contra sus mejillas fue estremecedora, y las estrellas le parecieron casi demasiado blancas en el claro cielo nocturno.

Necesitaba terminar al menos dos pilas de papeles. El fiscal quería presentar cargos a las doce del día siguiente y necesitaría la primera tanda de informes policiales. Rodríguez adoptaría una postura agresiva: cinco cargos de homicidio con agravantes por tres muertes. Por un crimen tan atroz, Daniel O'Grady sería trasladado de inmediato a un tribunal de adultos para ser juzgado. Ese chico de trece años suponía una amenaza para la sociedad. Había matado a unas niñas pequeñas. Había traicionado a su comunidad. Había recordado a sus vecinos que el diablo podía ser el vecino de al lado. Había que encerrarlo por el resto de su vida.

Nunca podría tener una cita, asistir a un baile de graduación, enamorarse, casarse, tener hijos. Estaría vivo hasta los ochenta o noventa años, pero no viviría nunca.

Rainie no fue a la oficina. Condujo hasta su casa, donde pudo sentarse en su terraza trasera bajo el cielo despejado de la noche a escuchar el ulular de los búhos. Se fue a casa, donde pudo despojarse de un uniforme que olía a muerte y tomarse una cerveza fría. Se fue a casa, donde, por fin libre de miradas indiscretas, apoyó la frente en el

cuello de la botella de cerveza fría, pensó en aquellas dos pobres niñas, en la profesora, en Danny y en ella misma catorce años atrás. La agente de policía Lorraine Conner se fue a casa y, por fin sola, lloró.

No muy lejos, un hombre observaba.

Iba vestido de negro por completo y miraba a través de unos prismáticos de gran aumento. Los prismáticos eran una compra reciente, hecha cuando la necesidad de ver su rostro, su expresión, sus claros ojos grises, se volvió demasiado pesada. En ese momento la vista le daba vértigo. Podía verlo todo en su terraza trasera, cada matiz de su esbelto cuerpo, iluminado por la luna y rematado por las luces del porche. Estaba llorando. Llorando.

En todas las ocasiones que la había observado, nunca había visto tanta emoción en ella. Le excitaba.

Era difícil de imaginar, pero todos esos años atrás, cuando Bakersville captó su atención por primera vez, no tuvo nada que ver con la agente Lorraine Conner. Había estado leyendo un artículo en Internet: «Pequeña comunidad lechera destruida por las inundaciones promete reconstruirse». El periodista empezaba con una melodramática letanía de crecidas del río, aguaceros torrenciales y estruendosos desprendimientos de lodo que se abatieron sobre una diminuta localidad de la costa durante una semana de febrero. Contaba cómo un vecino se alió con otro para llevar sus vacas a un terreno más alto. Cómo el agua siguió subiendo, inundando las granjas más bajas, levantando casas enteras de sus cimientos, y siguió subiendo, dirigiéndose hacia las ondulantes colinas.

Hablaba de vacas de ojos saltones atrapadas durante días en aguas heladas que les llegaban al pecho, berreando de miedo. Camiones con remolque enteros que intentaban con valentía llegar a más ganado y fueron arrastrados de las carreteras inundadas. Esposas e hijos con rostros demacrados, a los que unos barcos rescataron por fin de sus últimos refugios, apiñados sobre los tejados metálicos de los graneros. Lecheros estoicos, disparando a sus propios rebaños para acabar con el sufrimiento de las frágiles bestias.

Como aseguró el periodista a todos los lectores, se trataba de una localidad que había conocido la ira de Dios.

Y que luego se reconstruyó mediante venta de pasteles, juegos de bingo, programas innovadores como «Adopte una vaca», que animaba a los niños de ciudad y a las grandes empresas a apoyar a vacas individuales con dinero para alimento y refugio. Media docena de explotaciones, construidas en terrenos más altos y a salvo de la inundación, abrieron sus graneros, pajares y salas de ordeño a sus vecinos durante todo el tiempo que necesitaron. El municipio estaba resurgiendo.

Al final del artículo, se citaba al alcalde diciendo: «Por supuesto que

nos ayudamos entre nosotros. Esto es Bakersville. Aquí somos fuertes. Nos importa nuestra pequeña ciudad. Y sabemos lo que nos conviene».

El hombre supo entonces que Bakersville sería la siguiente. Un pequeño lugar perfecto, con pequeñas personas perfectas que elogiaban sus pequeños valores perfectos. Donde todos querían a todos y todos eran amigos. Los quería a todos muertos.

Era un hombre paciente. Comprendía mejor que nadie la importancia de la planificación. «Un buen reconocimiento», ladraba siempre su padre. Un soldado inteligente hacía sus deberes. Su padre era un gilipollas de mierda.

Pero el hombre hizo sus deberes: identificó a su objetivo, investigó, estudió a políticos, funcionarios escolares, periodistas, grandes organizaciones, al departamento del sheriff y planificó. En lo que a él respectaba, tenía todo el tiempo del mundo. Lo más importante era hacer las cosas bien.

Le mostraría a esa pequeña localidad la ira de Dios. Les mostraría su ira.

Y luego estaba la agente Lorraine Conner... La primera vez que la vio en persona, paseando por casualidad durante una de sus muchas visitas de reconocimiento, casi se detuvo en seco. Pómulos altos, una intransigente barbilla, atrevidos ojos grises que poseían una mirada dura y directa. No era guapa, sino llamativa. Tenía arresto, si es que uno apreciaba el doble sentido.

Era una mujer que sabía cómo hacer las cosas. Ni rastro de la estupidez que esperaba encontrar en los policías de pueblo. No tenía ni siquiera un michelín ni una barriga cervecera que demostraran cómo pasaba en realidad las noches de los viernes. Estaba en forma, en condiciones de luchar, y se suponía que con un rifle no había quien pudiera con ella.

Después escuchó los rumores:

—Su madre... Hace catorce años. El brutal asesinato que nunca se resolvió. La mujer bebía, ¿sabéis? Usaba a su hija como saco de boxeo humano. ¡Sinvergüenza! —murmuraban las viejas chismosas con los ojos brillantes mientras se imaginaban sus propias manos haciendo contacto con la carne firme y joven—. Todo el mundo sabía que Molly Conner acabaría mal.

—Dicen que el disparo de escopeta le arrancó toda la maldita cabeza. No quedó ni rastro de carne por encima del cuello. Solo un torso decapitado con tacones baratos de diez centímetros, agarrando su botella de Jim Beam. Os dije que se llevaría el alcohol a la tumba. —Risas y más risas.

—La joven Rainie llegó a casa del colegio y se encontró el desastre. Al menos, eso es lo que le dijo a la policía. Entró y encontró el cuerpo, salió y vio un coche patrulla accediendo por el camino de entrada. Ese

joven ayudante del sheriff, ya sabéis, Shep, antes de ser sheriff, fue el primero en llegar. Informó de que Rainie tenía sesos goteándole por el pelo, por toda la espalda. La esposó de inmediato y se la llevó.

«Después retiraron los cargos. Los expertos afirmaron que el hecho de que los sesos gotearan demostraba que habían caído del techo, que ella había entrado cuando la escena aún estaba fresca, y no que hubiera apretado el gatillo, lo que habría provocado que la sangre saliera despedida hacia su cuerpo en franjas horizontales. O alguna tontería por el estilo.

«Dejadme deciros que nadie puede ser condenado en este maldito estado. Me refiero a que la chica está cubierta de vísceras frescas ¿y eso no es suficiente? Abogados. Ese es el problema. Abogados.

«Claro que al final Rainie salió bien. Desde luego, es mucho mejor mujer que su madre. Ni siquiera es tan mala policía.

El hombre estaba de acuerdo con ellas en eso. Unas cuantas pulsaciones en el teclado y ya había averiguado bastante sobre Rainie Conner. Se licenció en Psicología por la Universidad Estatal de Portland. A su regreso a Bakersville, se convertiría en la primera agente femenina del departamento del sheriff. Había aprobado los cursos de la academia a la primera. Tenía un expediente impecable. Se mantenía en forma saliendo a correr tres o cuatro veces por semana y siempre leía el último número del Boletín de Aplicación de la Ley del FBI en cuanto llegaba. Era dedicada, minuciosa y, según varios paletos borrachos, se movía con rapidez para ser una chica.

El hombre también había averiguado cosas sobre la vida personal sumamente privada de Rainie. Se relacionaba con hombres —lo que era objeto de debate en la localidad—, pero siempre de fuera. No salía mucho ni mantenía a su lado a ninguno durante mucho tiempo. Nunca dejaba que sus citas la recogieran ni la llevaran a casa, sino que se reunía con ellos en el restaurante elegido; tal vez irían después a casa de ellos, y Rainie se levantaría y saldría mucho antes de que los tipos se despertaran por la mañana.

Parecía tener alguna necesidad básica de sexo, pero nunca de compartir. Eso fascinaba al hombre.

También tenía otra peculiaridad. Todos los días, al volver del trabajo, abría una botella de cerveza Bud Light. Y todas las noches, antes de ir a acostarse, vaciaba la botella entera de cerveza en la parte trasera de su porche. El hombre suponía que era una oda a su madre borracha, muerta. ¿Se imaginaría a Molly Conner muerta en ese momento? ¿Recordaría el torso sin cabeza y la materia gris en el techo?

Era una de las razones por las que había comprado los prismáticos. Porque a veces sus labios se movían mientras vertía la bebida, y él ya había ido más allá del interés general, más allá del reconocimiento objetivo. Necesitaba con desesperación saber lo que ella decía.

¿Que te zurzan, mamá?

¿Jódete?

El hombre estaba loco por Rainie Conner. Se había convertido en su heroína personal. Y ella había añadido algo a su particular aventura: era la agente de policía destinada a descubrirlo, decidió él. Solo ella podría reconocer su genio, su maestría. Por fin, diez años después, tenía un adversario a la altura de su talento.

Al principio, sus planes para Bakersville eran modestos, pero habían cambiado desde entonces.

En ese momento, el hombre se replegó con cuidado al abrigo de los bajos arbustos. Guardó sus prismáticos, echó una última mirada de admiración a su arma y se permitió el lujo de recordar lo bien que se había sentido...

Luego siguió adelante. Aún le quedaban muchas cosas por hacer antes del largo viaje de vuelta a su hotel.

SIETE

Miércoles, 16 de mayo, 8:00 a. m.

INTERROGATORIO A DANIEL JEFFERSON O'GRADY
15 de mayo de 2000

Agente Lorraine Conner, llevando a cabo el interrogatorio de Daniel Jefferson O'Grady, sospechoso de asesinar a tres personas en el colegio de preescolar a secundaria de Bakersville, el martes, 15 de mayo de 2000. Me asiste el oficial Luke Hayes. También está presente el fiscal Charles Rodríguez. Se ha informado a O'Grady de sus derechos y ha rechazado la asistencia legal. Son las 4:47 de la tarde.

Conner: Danny, ¿puedes contarnos qué ha ocurrido hoy en tu colegio?
(Silencio).
Conner: Danny, ¿me estás escuchando? ¿Entiendes mi pregunta?
(Silencio).
Conner: ¿Qué día es hoy, Danny?
(Pausa).
O'Grady: Martes.
Conner: Muy bien. ¿El martes es día de clase?
O'Grady: Sí.
Conner: ¿Has ido hoy al colegio?
O'Grady: Sí.
Conner: ¿Cuándo has ido al colegio, Danny?
O'Grady: Esta mañana.
Conner: ¿Con tu hermana? ¿Con Becky?
O'Grady: Sí. Nos lleva mi madre. A Becky no le gusta el autobús. Atropelló a un gato.
Conner: Qué pena. A Becky le gustan los animales, ¿verdad?
O'Grady: Sí. Es una friki.
Conner: ¿Esta es la ropa que llevabas hoy en el colegio? ¿Los vaqueros y la camiseta negros?
O'Grady: Sí.
Conner: ¿Sueles llevas ropa negra?
O'Grady: No lo sé.
Conner: ¿Hay alguna razón especial por la que te hayas vestido de negro hoy?
(Silencio).
Conner: ¿Has ido a clase esta mañana, Danny?
O'Grady: Sí.
Conner: Estás en séptimo curso, ¿no? ¿Quién es tu profesor?
O'Grady: El señor Watson.

Conner: ¿Es un buen profesor? ¿Te cae bien?
O'Grady: Está bien, supongo.
Conner: ¿Qué has estudiado esta mañana?
O'Grady: Tenemos inglés por la mañana y luego matemáticas. Después íbamos a tener un juego de geografía esta tarde. Juegos de mapas, de las capitales...
Conner: El juego no ha tenido lugar esta tarde, ¿verdad, Danny?
(Silencio).
Conner: ¿Llevas mochila al colegio?
O'Grady: Tengo una mochila.
Conner: ¿Qué llevabas hoy en la mochila?
(Silencio).
Conner: Danny, ¿tenías dos pistolas en tu mochila? ¿Has llevado armas al colegio?
(Pausa).
O'Grady: Supongo que sí.
Conner: ¿De dónde has sacado esas armas? ¿Son tuyas?
O'Grady: No. (Pausa).Son de mi padre.
Conner: ¿Las has sacado de un cajón?
O'Grady: De la caja fuerte de las armas.
Conner: ¿La caja fuerte? ¿No estaba cerrada?
O'Grady: La caja fuerte estaba cerrada. Mi padre siempre cierra la caja fuerte.
Conner: Entonces, ¿cómo has sacado las armas?
O'Grady: Soy inteligente, ¿vale? Soy muy inteligente.
(Pausa).
Conner: Muy bien, Danny. Eres lo bastante inteligente como para abrir la caja fuerte, sacar dos pistolas y llevártelas al colegio. ¿Qué has hecho entonces con esa inteligencia, Danny?
(Silencio).
Conner: ¿Has disparado tus armas en el colegio? ¿Empezaste a disparar en el pasillo?
(Silencio).
Conner: Danny, estoy tratando de ayudarte. Pero, para hacerlo, necesito saber qué ha pasado esta tarde. Esas niñas y esa profesora están muertas, Danny. ¿Entiendes lo que significa estar muerto?
(Pausa).
O'Grady: Mi abuela murió. Fuimos al funeral. Eso es estar muerto.
Conner: ¿Y tus padres lloraron? ¿Les entristeció mucho? ¿Estaban igual de tristes que hoy? Has visto llorar a tu padre, Danny. ¿Entiendes por qué lloraba?
O'Grady: Sí. (Casi sin voz). Sí.
Conner: ¿Qué ha pasado esta tarde, Danny? ¿Qué has hecho? ¿Estabas muy enfadado, era eso?

(Silencio).

O'Grady: Soy inteligente.

Conner: Danny, ¿has matado a esas chicas? ¿Has abierto fuego contra tus compañeras?

O'Grady: Soy inteligente. ¡Soy inteligente, soy inteligente, soy inteligente!

Conner: ¿Has matado a esas chicas, Danny?

O'Grady: ¡Sí! Sí, ¿de acuerdo? ¡Soy inteligente!

Conner: ¿Por qué, Danny? ¿Por qué has hecho algo así?

(Sonido de puerta abriéndose de golpe).

Johnson: Me llamo Avery Johnson, y estoy aquí para representar a Daniel O'Grady. Este interrogatorio ha terminado.

Conner: ¿Por qué, Danny, por qué?

Johnson: No contestes.

Conner: ¡Dime por qué! ¿Por qué has matado a esas niñas, Danny?

O'Grady: Tengo miedo.

En el Boeing 747, el agente especial de supervisión Pierce Quincy se quitó por fin los auriculares y dejó a un lado la grabadora. Había escuchado el interrogatorio del nuevo asesino en masa de Estados Unidos tres veces desde que despegó de Seattle. Estaba tomándose un momento para anotar sus pensamientos en un cuaderno que compró de forma apresurada en el aeropuerto de Seattle-Tacoma. En el exterior del cuaderno de espiral rojo había escrito: «Estudio de caso núm. 12, Daniel Jefferson O'Grady. Bakersville, Oregón».

La azafata se acercó, cogió su taza vacía para dejarle más espacio y sonrió con encanto. Quincy le devolvió la sonrisa de forma automática y apartó la mirada antes de que ella se sintiera tentada a iniciar una conversación. Seguía preocupado por los estudiantes y las fuerzas que los impulsaban a matar.

A lo largo de los años, Quincy había recibido muchas sonrisas encantadoras de auxiliares de vuelo. A sus cuarenta y cinco años, tenía el pelo oscuro algo canoso en las sienes, pero era alto, delgado, musculoso y vestía bien. También sabía comportarse. Había estado en muchos lugares, había hecho de todo, sabía a dónde iba, creía que siempre había que ser educado y no soportaba a los idiotas. Se ganaba la vida volando a cuatro ciudades distintas de Estados Unidos en cinco días y cazando a los peores depredadores que podía ofrecer la raza humana. Y tenía una mirada directa y penetrante que la gente encontraba, o muy persuasiva, o del todo intimidatoria.

Realizaba sobre todo viajes de negocios, en los que su maletín estaba lleno de fotos de escenas del crimen de algunas de las matanzas más brutales del planeta. Tras quince años en la profesión, Quincy era muy dado a barajar las fotos como si de naipes se tratara, un acto que lo enorgullecía por su objetividad y lo entristecía por su insensibilidad.

Fue pura coincidencia que Quincy se encontrara en la Costa Oeste cuando lo llamaron desde Quantico por el tiroteo de Bakersville. En teoría, Quincy estaba de excedencia de su trabajo de búsqueda de asesinos y estaba impartiendo clases de investigación de homicidios en la Academia del FBI en Virginia. Sin embargo, la semana anterior recibió la noticia de que habían encontrado el cadáver de una prostituta estrangulada en la Interestatal 5 de Seattle. A la policía local le preocupaba que el caso pudiera estar relacionado con otra serie de asesinatos cometidos en los años ochenta por el famoso Asesino de Green River, que nunca fue capturado. Quincy había revisado ese caso el año anterior como parte de un proyecto para cerrar expedientes de casos sin resolver. Por desgracia, no encontró ninguna pista nueva. Luego se produjo el nuevo asesinato.

El subdirector del FBI le dio la noticia en persona a Quincy y le dijo que se quedara en casa.

—Estos son los momentos en los que hay que estar con la familia —apuntó el subdirector—. Lo entendemos. Lo más probable es que este caso no esté relacionado. No quiero que te preocupes por ello.

Quincy le agradeció al hombre su preocupación. Después se fue al aeropuerto de Dulles, compró un billete a Seattle y embarcó en el avión. Su hija menor volvía a la universidad al día siguiente, su exmujer no tenía intención de hablar con él aunque se quedara y en cuanto a su hija Amanda... Quincy ya no podía hacer nada por Amanda. Lo hecho, hecho estaba y, a decir verdad, Quincy necesitaba su trabajo.

Antes de su traslado a un puesto de investigación en la Unidad de Ciencias del Comportamiento hacía cinco años, el agente especial de supervisión Quincy se había ganado su reputación como uno de los mejores perfiladores del FBI. Cada año se enfrentaba a unos ciento veinte violadores en serie, asesinos y secuestradores de niños. Perseguía a hombres con un cociente intelectual muy superior al de un genio y los atrapaba en sus propias trampas. Analizaba escenas del crimen inundadas de sangre y encontraba la pista que resolvía el caso. Salvaba vidas y cometía errores que, en ocasiones, costaban vidas.

Sabía cómo manejar ese tipo de estrés. De hecho, su exmujer, Bethie, afirmaba a menudo que él no sabía vivir sin eso. Según ella, su mundo se había vuelto tan oscuro como los asesinos que analizaba, y sin una brutal masacre que desentrañar, simplemente no sabía qué hacer con su vida.

A Quincy no le gustaba esa imagen de sí mismo, pero tampoco la refutaba. Su profesión le había afectado de forma negativa. Había pasado tanto tiempo inmerso en casos de violencia extrema que era fácil perder la perspectiva. Todas las ferias rurales se convertían en lugares donde los pederastas acechaban a nuevas víctimas. Todos los

sótanos albergaban restos humanos. Todos los estudiantes de Derecho encantadores y guapos eran psicópatas encubiertos.

Y, para ser sincero, Quincy nunca en la vida se subiría a un escarabajo Volkswagen, el vehículo elegido por muchos asesinos en serie. Se negaba a hacerlo.

Y, como ya había descubierto, tampoco podía ver morir a su hija.

En Seattle, el asesinato de la prostituta resultó ser un crimen aislado que acabó atribuyéndose a un camionero que pasaba por la zona. A Quincy le había dado tiempo a examinar los expedientes de casos sin resolver de homicidios, en teoría para ofrecer una nueva perspectiva, pero en realidad era para retrasar la vuelta a casa, donde ya no sería el superagente, capaz de capturar incluso al más vil de los criminales, sino más bien un padre impotente, resignado a esperar junto a una cama de hospital, como cualquier otra persona, a que ocurriera lo inevitable.

Entonces un muchacho entró en su colegio de Oregón y se lio a tiros. Y Quincy, por así decirlo, se había salvado.

Como la mayoría de los estadounidenses, Quincy solo se enteró de forma circunstancial de un pequeño pero trágico tiroteo ocurrido en noviembre de 1995 en el instituto Richland de Lynnville, Tennessee, que dejó dos muertos y un herido. El diminuto pueblo, de trescientos cincuenta y tres habitantes, parecía demasiado remoto para tener ninguna relación con la vida de Quincy, y la pequeña oleada de asesinatos aparentaba un hecho aislado. Pero solo tres meses después se produjo otro tiroteo, en el instituto Frontier Junior High, en Moses Lake, Washington. Hubo tres muertos y un herido, a manos de un estudiante de catorce años. Casi justo un año después sucedió un nuevo tiroteo, en Bethel, Alaska. Dos muertos y dos heridos a manos de un pistolero de dieciséis años que reunió a una galería de amigos para que presenciasen su masacre. Pasados ocho meses, Luke Woodham, de dieciséis años, asesinó a tres personas e hirió a siete en Pearl, Mississippi. Dos meses después murieron otros tres estudiantes en el instituto Heath, en West Paducah, Kentucky. El patrón estaba claro. Jonesboro, Arkansas; Springfield, Oregón; Littleton, Colorado; y Fort Gibson, Oklahoma eran otros colegios, otras tragedias grabadas en la conciencia nacional.

Los titulares hablaban a gritos de una epidemia de violencia que azotaba a la juventud estadounidense.

—Son los videojuegos —se lamentaban algunos. Había demasiadas armas, y faltaban padres y madres. O quizá era Hollywood, el Capitolio o Jerry Springer. Pero había que hacer algo para frenar la marea: prohibir las armas, censurar los dibujos animados, instalar detectores de metales, imponer códigos de vestimenta, algo.

En la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI, investigadores

como Quincy se mostraban menos seguros. ¿Eran los tiroteos una tendencia genuina o una anomalía estadística? ¿Eran unos niños «normales» motivados por fuerzas externas, como los medios de comunicación, o apuntaban a un problema de desarrollo más profundo?

¿Qué llevaba de verdad a adolescentes a matar y cómo podían prevenirse los tiroteos?

Ni siquiera en Quantico los principales expertos criminales tenían respuestas para ello. Y eso los asustaba, porque también tenían hijos.

Hacía seis meses que Quincy había iniciado una importante labor de investigación para diseccionar la mente de los asesinos en masa juveniles e identificar formas de ayudarlos, así como de prevenir futuros tiroteos. El objetivo era idear un sistema que ayudara a los responsables de los centros escolares y las fuerzas de seguridad a identificar a posibles asesinos en masa. Además, Quincy esperaba formular medidas de actuación para ayudar a padres y educadores a tratar a adolescentes potencialmente violentos de forma más eficaz.

Sin embargo, identificar a futuros tiradores era más complicado de lo que parecía.

A diferencia de los asesinos en serie, los asesinos en masa no eran un grupo homogéneo. La gente se volvía loca porque le había ido mal el día, porque tenía desequilibrios mentales, porque alguien influía en ella, porque iba colocada, borracha o fumada, porque estaba enamorada, desenamorada o confundida por el amor, porque buscaba la gloria, porque buscaba la venganza o porque buscaba la muerte. Los asesinos en masa podían ser jóvenes, viejos, ricos, pobres, bien educados, mal educados, bien adaptados o solitarios. Sus ataques podían ser aleatorios o bien planificados.

Además, muchos asesinos en masa terminaban sus matanzas quitándose la vida, lo que hacía que resultase más complicado obtener información. ¿Qué había llevado a esa persona al límite? ¿En qué pensaba el tirador durante su masacre? ¿Repetiría su acto si tuviera la oportunidad o se trataba de homicidios aislados? La mayoría de las veces, nadie lo sabía.

Lo mejor que podían hacer los expertos en la actualidad era una «evaluación de riesgos» de los individuos, una lista de comprobación de los comportamientos que, a modo de estadística, se daban en los asesinos en masa. Los asesinos en masa:

1. Tenían antecedentes de violencia, por ejemplo, malos tratos a la mujer o a los hijos, peleas, etc.

2. Inspiraban «temor subjetivo» en las personas. Después de los tiroteos, siempre había algunos vecinos o compañeros de trabajo que habían tenido un «mal presentimiento» sobre esa persona. Evitaban a

ese hombre en el trabajo, no dejaban que sus hijos jugaran con aquel niño, se aseguraban de no quedarse nunca a solas con el tipo, etc.

3. Mostraban un comportamiento antisocial, ya fuera una personalidad de tipo solitario o alguien que violaba de manera deliberada las normas sociales.

4. Tenían escasas habilidades sociales.

5. Disfrutaban profiriendo amenazas, realistas o vanas.

6. Carecían de un sistema de apoyo, por ejemplo, procedían de una familia desestructurada, tenían pocos amigos, etc.

7. Se sentían maltratados por la vida, la empresa, sus compañeros, su cónyuge, etc.

8. Estaban sometidos a estrés situacional grave, por ejemplo, pérdida reciente del trabajo, divorcio inminente, fallecimiento en la familia, etc.

Quincy consideró que la lista de verificación no era una mala herramienta. Los Departamentos de Recursos Humanos de muchas grandes empresas lo utilizaban de forma habitual para identificar a empleados peligrosos en potencia. A raíz de los tiroteos en los colegios, los orientadores escolares de todo el país también solicitaban esa información para sus despachos.

Por desgracia, la lista de verificación resultaba demasiado imprecisa cuando se aplicaba a delincuentes juveniles. ¿Qué le suponía «estrés situacional» a un niño de once años? ¿Llevar aparato, tener un grano, una ruptura? ¿Qué era un «historial de violencia» para un alumno de primaria? ¿Tirar piedras, arrancar alas a las moscas, practicar deportes duros?

Si a eso añadíamos que un número significativo de menores procedían de familias desestructuradas y que todo adolescente que se preciase sentía de forma grave y profunda que la vida lo maltrataba, un número estadísticamente improbable de jóvenes se convertirían en futuros maníacos homicidas, una idea poco alentadora.

Los niños eran, así de simple, demasiado difíciles de entender o predecir para los adultos, en el mejor de los casos. Su habilidad para soportar la presión era limitada, eran un manojo de hormonas y, en general, creían que todo debía suceder en ese preciso instante, ese día, de inmediato, sin pensar en las consecuencias a largo plazo.

Por último, los menores estaban muy motivados por la presión de grupo, un factor poco frecuente en el homicidio de adultos. Además, se mostraban más susceptibles a las imágenes de los medios de comunicación y a influencias externas como sectas y grupos de odio.

En resumen, cuanto más aprendía Quincy, más se daba cuenta de lo mucho que le quedaba por aprender. Sería una larga misión, años, empezaba a pensar, de pasar tiempo de calidad con niños que mataban a niños.

La tarea le intrigaba y a la vez le repugnaba, es decir, lo normal en su estado de ánimo.

Se encendió el testigo del cinturón de seguridad. El avión se preparaba para el descenso. Quincy guardó la cinta de la entrevista de Danny O'Grady y sus notas. Su ceño se frunció.

Aún no tenía mucha información sobre el caso, pero ya había una serie de elementos que le inquietaban. El disparo de la profesora parecía muy exacto, para empezar. Quería saber más sobre la relación que tenían ella y Danny. Luego estaba el momento del tiroteo. ¿Por qué se produjo cuando todos los alumnos habían vuelto a clase? Le pareció una estrategia de ataque pensada para limitar daños, como si el tirador no quisiera que hubiese muchos heridos.

Por último, estaba el interrogatorio. A juzgar por el tono de voz del chico, Quincy apostaría a que estaba en estado de shock, no era el mejor momento para un interrogatorio minucioso. Además, aunque la investigadora responsable hizo un buen trabajo intentando abrir al chico al recurrir a preguntas más sencillas, utilizó demasiadas preguntas capciosas. Eso siempre era peligroso con los menores, ya que eran propensos a dar la respuesta que creían que el adulto deseaba en lugar de la respuesta correcta. La repetida referencia de Danny a su inteligencia también preocupaba a Quincy. Habría que cuestionar más cosas.

Se preguntó qué posibilidades había de que el abogado del chico accediera a un interrogatorio. Luego se preguntó qué posibilidades había de que la policía local aceptara su ayuda en el caso.

El agente especial de supervisión Pierce Quincy sonrió. ¿Un policía local recibiendo a un federal con los brazos abiertos? Apenas. Ya estaba haciendo apuestas sobre qué improperio utilizaría primero la agente Lorraine Conner.

OCHO

Miércoles, 16 de mayo, 11:08 a. m.

—¡Pedazo de mierda! Como vaya a mis espaldas al fiscal una vez más, lo ataré, lo llevaré a un campo y le presentaré en persona los pasteles de vaca caseros de Bakersville. ¿Entendido?

—Solo necesitaba algo de información...

—¡Ha intentado quitarme el caso!

—Solo cuando quedó claro que no estaba cualificada para ocuparse de él.

Rainie abrió los ojos de par en par y estuvo a punto de echar espuma por la boca. Estaba teniendo una mañana de perros, que ya había incluido una conversación muy seca con Abe Sanders a las siete de la mañana. Al parecer, eso no había servido de nada, porque eran más de las once y ella iba a tener que coger las tijeras y reducirlo a su tamaño. ¡¿Cómo se atrevía a ir a pedirle al fiscal que la destituyera como agente principal del caso?! ¡¿Cómo se atrevía a reclamar la jurisdicción estatal de su homicidio?!

¿No sabía que no debía meterse con una mujer que solo había dormido cuatro horas?

Rainie salió de detrás del escritorio: un trozo de madera contrachapada colocado sobre dos caballetes, que acababan de colocar en el flamante «centro de operaciones» del equipo de investigación de Bakersville. Bueno, el puesto de mando era en realidad el ático del ayuntamiento, sofocante, polvoriento y caluroso, pero ella había conseguido hacerse con una cafetera y una fuente de agua del despacho del alcalde. Eso ya hacía que las dependencias fueran lujosas en comparación con el cuartel general de veinte por veinte del departamento del sheriff.

Rainie había estado trabajando al máximo esa mañana. Se levantó a las cuatro y media para quemar los nudos de sus músculos con una buena y dura carrera, luego pasó a máquina los informes policiales de la noche anterior, se reunió con el alcalde para conseguir más espacio para su equipo de investigación y se preparó para su primera reunión con Abe. Le pareció que habían dejado las reglas bien claras en ese momento. El caso requeriría la cooperación estatal y local. Abe actuaría como coordinador de los recursos del Estado, se encargaría de las pruebas físicas, dirigiría la Unidad de Escena del Crimen y aportaría su considerable experiencia a los esfuerzos de investigación. El departamento de Rainie proporcionaría el personal de campo: ella misma, Luke y tres agentes voluntarios, para llevar a cabo interrogatorios y obtener registros. Eran los que mejor conocían a la gente del municipio, y conseguirían más cooperación del colegio y de

los padres que los funcionarios estatales.

Invitaron a Abe a procesar la escena del crimen y requisar los ordenadores del colegio en busca de más pruebas. Rainie sabía que ella necesitaba ayuda. Pero no quería ni podía, ni debía, renunciar a la jurisdicción del caso. Fin de la historia.

O eso pensaba a las siete de esa mañana.

—La ha cagado —criticó Sanders en ese momento, sin duda, preocupado de que no hubiera captado el mensaje la primera vez—. No tiene experiencia y se ha notado.

—Aseguré la escena y arresté a un asesino. ¡Qué vergüenza!

—Pisoteó la escena —corrigió con una mueca—. ¡Dios mío!, dejó entrar a los de emergencias. ¿No ha visto lo que hacen con un lugar? ¿Por qué no invita a los bomberos y montamos una fiesta?

—Ordené a Walt que se mantuviera a la espera. Él eligió violar esas órdenes. Algo por lo que Bradley Brown sigue estando muy agradecido.

—Puede que hubiera sobrevivido de todos modos.

—¿Puede que hubiera sobrevivido? ¿Les pagan por cuerpos o qué?

Sanders permaneció imperturbable.

—Los TEM estropean las escenas, es una simple realidad de la vida. También lo hacen los padres preocupados que corren detrás de sus hijos y los burócratas escolares que intentan hacer recuentos...

—Llegamos tan rápido como pudimos. La geografía es otra simple realidad de la vida y sitúa ese colegio en medio de una zona residencial y a nosotros, a quince minutos. No podemos detener algo si no estamos allí para controlar.

—Bien, ¿y qué me dice de cuando ya se encontraba allí? ¡¿Disparó su arma?! ¡¿En medio de la escena?! —Arqueó una ceja.

—¡Un sospechoso de asesinato armado se me echaba encima! —estalló Rainie—. Hay que evaluar la escena del crimen, pero no tengo intención de morir por ella.

—Oh, ahora lo entiendo. Temía por su vida, así que disparó al techo. Tiene razón, agente. Eso tiene mucho sentido.

—Es usted un insoportable...

Rainie se llevó las manos a los costados. Contó hasta diez por segunda vez y se dio cuenta de que otro hombre acababa de aparecer por la puerta, también vestido con un traje bien planchado. Que Dios la ayudase, los estatales se multiplicaban.

Hizo fuerza para abrir los puños y consiguió hablar con un tono de voz más razonable:

—Detective, como escribí en mi informe, que sin duda habrá leído, corregido e incluso habrá encontrado fallos hasta en el tipo de fuente, en el último instante, el padre del sospechoso se lanzó delante de mí, obligándome a cambiar el objetivo de mi disparo.

—Entonces, ¿es de gatillo fácil? ¿Así es como quiere que conste?

—Oiga, ¿alguna vez ha sacado su arma en el trabajo? ¿Ha estado alguna vez en la línea de fuego? ¿Qué coño sabrá usted de qué es ser de gatillo fácil?

Sanders frunció el ceño. Al parecer, don perfecto nunca había estado en primera línea. ¿Quién era el inexperto entonces? Sin embargo, el triunfo de Rainie duró poco tiempo.

—Bueno —replicó con energía el detective estatal—, eso nos lleva a todos los problemas de la detención.

—¿Qué?

—En primer lugar, la confesión. ¿Ha hablado ya con el fiscal sobre ello?

—¡Joder!, llamé a Rodríguez para que escuchara la confesión. Lo hice todo según las reglas.

—Al parecer, no todo. El abogado de O'Grady ya está intentando que se desestime la confesión...

—¿Creyó que él iba a pedir que se admitiera como prueba?

Sanders ignoró su sarcasmo.

—Él afirma que el chico se encontraba conmocionado en ese momento y no estaba en condiciones de renunciar a sus derechos. También señala que sus preguntas fueron capciosas, lo que no es apropiado cuando se interroga a un menor. Tiene una veintena de expertos dispuestos a sostener que usted puso palabras en boca de Danny, haciéndole decir justo lo que usted quería oír.

—Como si quisiera oír que el hijo de mi jefe ha matado a tres personas —refunfuñó Rainie, haciendo después un gesto despectivo con la mano—. Bien. ¡No importa! Todavía tenemos los resultados positivos de la respuesta galvánica de la piel, y las dos pistolas. Podemos preparar un caso cojonudo partiendo de eso.

Sanders esbozó una fina sonrisa. Por primera vez, Rainie comprendió que estaban de verdad en apuros.

—Sí, el residuo de pólvora hallado en las manos y en la ropa de Danny O'Grady. —Sanders adoptó la actitud de un abogado defensor de labios apretados—. ¿Es cierto, agente Conner, que descargó su arma en la escena?

—Sí, como expliqué...

—¿No es cierto que, cada vez que se dispara un arma, emite residuos de pólvora?

—Claro, pero no estaba tan cerca de Danny...

—Pero se mancharía las manos, ¿verdad, agente? ¿Y no cacheó después al sospechoso, Danny O'Grady? ¿Acaso no le tocó la ropa, los brazos, las manos cuando lo registró en busca de armas o cuando le colocó los brazos a la espalda para esposarlo? De hecho, ¿no podría toda esa pólvora encontrada en su persona proceder en realidad de sus

manos después de que disparase su arma?

Rainie se quedó de piedra. ¡Dios!, no había pensado en eso. Todo sucedió muy rápido. Primero, intentó por todos los medios no matar a Shep ni a su hijo. Después, tuvo que inmovilizar a Danny enseguida. ¿Qué se supone que debió hacer? ¿Decirle a un sospechoso de asesinato que se quedara allí como un buen chico mientras ella corría al lavabo a lavarse las manos?

—El laboratorio puede hacer más pruebas —murmuró Rainie con desesperación—. Encontrarán varios tipos de pólvora. Podrían probar cuál es de mi arma y cuál de la suya.

—¡Oh!, lo están intentando —le aseguró Sanders, retomando su tono contundente normal—. Sin embargo, todavía no sabemos si es posible. Al parecer, Danny estaba usando la munición de su padre, y mire por dónde, Shep es el que hace los pedidos al mismo fabricante para el departamento y para él. Complicado, ¿eh?

A Rainie le dolía la cabeza. Estuvo a punto de frotarse las sienes, pero se dio cuenta de que no podía permitirse revelar tanto. Además, aquel hombre seguía de pie en la puerta, observándolo todo sin ningún respeto aparente por su intimidad. Si era periodista, tendría que matarlo.

—¿Tenemos al menos las armas homicidas? —le preguntó a Abe, ya que él era el encargado de las pruebas.

—La ATF, la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, se llevó las armas para realizar pruebas de balística. Aún no tenemos los resultados.

—Pero ¿qué otra explicación iban a tener? Si todo lo demás falla, tenemos las huellas de Danny en las armas. Eso ya es algo.

—No hay huellas en las armas —respondió Abe.

—¡¿Qué?! No puede ser. Lo vi sosteniéndolas. Hice que Shep saliera del edificio antes que yo. No hay forma de que nadie haya limpiado las armas.

—No limpiado, sino manchado hasta el punto de que resulte imposible sacar una huella clara, como ocurriría si un policía experimentado fingiese arrancar una pistola de las manos de su hijo.

—No —objetó Rainie.

—¿Por qué no? ¿Porque Shep es su jefe? ¿Porque se siente en deuda con él?

—No vaya por ahí. Eso no tiene nada que ver.

Sanders, sin embargo, no necesitaba mucho para entender.

—Todo tiene algo que ver. En manos de un buen abogado defensor, Conner, el póster de Andy Gibb que usted besaba cada noche cuando tenía doce años puede tener relevancia. He estado investigando. La arrestaron por asesinato hace catorce años, a la tierna edad de diecisiete. El oficial que la arrestó fue un tal Shep O'Grady. Y el

hombre que trabajó para que se retiraran los cargos fue un tal Shep O'Grady.

—Porque se dio cuenta de que cometió un error.

—¿A quién le importa? El hecho es que trabajan juntos, cenan en su casa, y hace catorce años la ayudó a salir de un apuro, y seis años después le proporcionó un trabajo que algunos todavía cuestionan. ¿Cree que eso no surgirá durante el juicio? Shep le es leal a Danny, usted le es leal a él, y ustedes tres están solos en la escena. Acéptelo, la cadena de custodia en este caso está jodida.

—Nada inapropiado sucedió en ese edificio, detective. Usted no estaba allí. No sabe cómo transcurrió todo.

Sanders permaneció callado un instante.

—No, no creo que usted sepa cómo transcurrió todo —puntualizó después con peligrosa calma—. Shep la nombró agente principal antes de llegar a la escena. ¿Por qué? Cuando llegan al colegio, el coche de Shep está allí, pero durante cuarenta y cinco minutos no hay ni rastro de él. ¿Dónde está el sheriff? ¿Qué está haciendo?

—Él ya declaró que Danny lo tenía como rehén en esa aula.

—¿Y usted lo sabe? ¿Alguno de nosotros lo sabe de verdad? Desde mi punto de vista... Usted registra todo el colegio sin que asomen la cabeza. Luego, cuando ya va a entrar de todos modos en esa aula, por fin aparecen. Lo siguiente que sabe es que está en el centro de una pequeña exhibición que hace que dispare su arma por arte de magia, borrando una prueba clave, mientras le brinda a Shep O'Grady la oportunidad de ocuparse de las otras dos pruebas clave. Parece muy conveniente, si le soy sincero.

Rainie no podía creerlo.

—¿Cree que Shep puso en escena un enfrentamiento armado entre un agente de policía y su hijo con la remota posibilidad de eliminar alguna prueba contra Danny?

—No lo puso en escena para un agente cualquiera, Conner. Lo hizo para usted. Conoce a Danny desde hace ocho años. ¡Diablos!, según todos en esta pequeña ciudad, usted y Luke ayudaron a criar a Danny O'Grady, cuidándolo todas las tardes en la oficina. ¿Cuáles eran las posibilidades de que abriera fuego?

—Shep es un buen policía. No manipularía las pruebas.

—Es un padre. No se engañe.

—Yo estaba allí, vi cómo sucedió. Sé lo que pasó.

—Sí, bueno, Shep ya va por todo el municipio diciendo que hay problemas con las pruebas y que está seguro de que su hijo saldrá libre. ¿Quién cree que señaló que había disparado su arma antes de cachear a Danny? ¿Quién cree que afirma que la escena está hecha un desastre? Shep tiene su propia agenda. Es solo que usted no quiere verlo, y por eso tiene que transferir el caso. A alguien que sea del todo

objetivo. A alguien que tenga experiencia.

—A alguien a quien le encante lucirse frente a las cámaras.

Sanders sacudió la cabeza. Parecía disgustado.

—Conner, tengo una tasa de condenas del noventa por ciento. Ódieme si quiere, pero muéstreme un poco de respeto. Es usted quien mantiene el caso por puro ego. Yo solo quiero avanzar hasta la condena, para que todos puedan seguir con sus vidas.

—Entonces, es un idiota —soltó Rainie con rotundidad—. ¿De verdad cree que encerrar a un niño de trece años nos hará sentir mejor? ¿Nos dará una sensación de conclusión? Por mi parte, pasaré por delante de ese colegio el resto de mi vida, preguntándome qué ocurrió en realidad ayer por la tarde. Y todos los padres y profesores se preguntarán lo mismo. ¿Qué lleva a un chico a matar? ¿Por qué han tenido que morir dos niñas? ¿Por qué no evitamos que esto sucediera?

«Más que un arresto, mi ciudad necesita una explicación, y yo se la voy a dar. Ahora salga de mi despacho, detective, y la próxima vez que hable con Rodríguez, sáquese del culo ese palo que, la verdad, no está ayudando mucho.

Rainie volvió a su escritorio y se sentó. Un momento después, tuvo la satisfacción de oír cómo Sanders se alejaba furioso. Sin embargo, no mejoró su estado de ánimo. Ya estaba cansándose de sus batallas.

Y se sentía descorazonada. Sanders tenía razón: el día anterior la había cagado. Había hecho su trabajo con seriedad, aunque eso no significaba nada en el sistema de justicia penal. Había capturado a un sospechoso, pero había destruido las pruebas. Pronto solo sería apta para algún trabajo en la Policía de Los Ángeles. Y su credibilidad quedaría en entredicho. La gente seguía murmurando. Cómo no, era una localidad pequeña. Si la gente no murmurara durante los largos y lluviosos inviernos, todo el mundo perdería la cabeza.

«Rainie Conner es dura. Hay que tener cuidado con ella. Mató a su propia madre».

Rainie suspiró y se dio cuenta de que el hombre del traje azul marino seguía allí de pie, observando.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó con brusquedad.

—¿Agente Lorraine Conner?

—No lo sé. ¿Quién pregunta?

El hombre sonrió, con una irónica inclinación de un ángulo de la boca. El gesto, que arrugó las comisuras de sus ojos, sobresaltó por un instante a Rainie. Era el rostro delgado de un cazador, con penetrantes ojos azules. Lanzó una segunda mirada rápida antes de reaccionar. Después, se sintió avergonzada. Fuera quien fuera ese hombre, ya deseaba que se diera la vuelta y se marchara.

—Soy el agente especial de supervisión Pierce Quincy, del FBI —respondió.

—¡Ah, mierda!

Él volvió a esbozar una seca sonrisa. Y le afectó de nuevo, incluso ahora, cuando sabía que, desde luego, no debía hacerlo. Deseaba una botella de cerveza.

El agente entró en la sala y, sin esperar invitación, tomó asiento.

—Me imagino que ese caballero es del Estado, ¿no?

—Don perfecto es un detective de homicidios del estado. Que Dios nos guarde a todos.

—Una tasa de condenas del noventa por ciento es impresionante.

—También lo es su habilidad ortográfica. Entran ganas de darle una paliza después de una charla de cinco minutos.

—¿Problemas con el caso?

—La he fastidiado —le aseguró.

—¿Y ahora se duerme en los laureles?

—Apenas. Estoy planeando mi próxima línea de ataque.

La comisura del labio del hombre se contrajo. Rainie se alegró de ver que le había hecho gracia, pero seguía sin estar de humor para charlar. Se sentó hacia delante y fue al grano.

—¿Qué desea, señor agente del Gobierno? Estoy cansada, tengo un triple homicidio que investigar y no voy a renunciar a la jurisdicción de mi caso. Para que lo sepa.

—He venido a ayudar...

—¡Menuda gilipollez!

—Vale, soy un burócrata más puesto en esta tierra para manipularla y cuestionar sus habilidades.

—Por fin, algo de honestidad en las fuerzas del orden.

—También quiero hablar con Daniel O'Grady.

Rainie se echó hacia atrás. Esa respuesta sí se la creyó, aunque no estaba segura de lo que significaba.

Inclinó la silla sobre las patas traseras, apoyó con gesto distraído un pie sobre el escritorio y cruzó el otro. Aún le dolían las piernas de haber corrido esa mañana. Estiró las pantorrillas mientras volvía a mirar fijamente al agente especial de supervisión Pierce Quincy.

«Parece experimentado —pensó—, bien establecido en su carrera».

Tendría tal vez unos cuarenta años, con las sienes algo canosas. Combinaban bien con su pelo corto y su distinguido traje. Acrecentaban su poder. Estaba dispuesta a apostar lo que fuera a que el agente especial de supervisión Pierce Quincy hacía muchas cosas de forma consciente para aumentar su imagen de poder. Aunque no necesitaba mucha ayuda. Todo estaba en sus ojos, en esa mirada penetrante y firme. Ese hombre había visto unas cuantas cosas en su profesión. Y se había enfrentado a otras tantas. Ya nada lo abrumaba, y por un momento Rainie sintió envidia.

—¿Es perfilador? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Hago algo de perfilación. También imparto clases e investigo diversos temas para la Unidad de Ciencias del Comportamiento.

—Estudia asesinos en serie.

—Asesinos en serie, violadores y pederastas —respondió con rostro serio, y luego añadió—: Eso contribuye a tener sueños muy agradables.

—¿Qué quiere de Danny? Es sospechoso de asesinato en masa, no es lo mismo que un asesino en serie.

—Muy bien, agente. Además, es un asesino en masa joven, lo que también es muy diferente. Por desgracia, no entendemos estas distinciones, de ahí mi nueva tarea de investigación.

Las cejas de Rainie se dispararon hacia arriba.

—¿Está investigando tiroteos escolares?

—Correcto.

—¿Va de población en población, investigando a niños que asesinan a otros niños?

—Sí.

Rainie sacudió la cabeza; no sabía si asombrarse u horrorizarse.

—Puedo soportar accidentes de tráfico —le comentó—, riñas de borrachos, apuñalamientos, incluso algún que otro incidente doméstico. Pero lo que sucedió ayer en ese colegio... ¿Cómo puede concentrarse en algo así a tiempo completo? ¿Cómo puede evitar despertarse chillando todas las noches?

—Con el debido respeto, agente, tengo un poco más de experiencia con delitos violentos que usted.

Rainie hizo una mueca.

—Gracias. No he oído esas palabras doce veces todavía esta mañana —añadió, enderezándose en la silla y dejando que sus pies tocaran el suelo—. Siento decírselo, agente, pero dudo que pueda hablar con Danny. Sus padres le han conseguido un abogado defensor de primera que le ha prohibido todo tipo de entrevistas. A pesar de que Danny ha confesado dos veces y de que se le encontraron las armas del crimen, se declara inocente.

—¿Cree que es culpable?

—Creo que tengo un caso que armar.

—Esa es una respuesta cuidadosa.

—Puede que no tenga experiencia, AES, pero aprendo rápido —respondió ella sonriéndole con gesto depredador.

—¿Qué me has llamado?

—Agente Especial de Supervisión, en términos de la policía local. No nos gustan los títulos, ya sabe.

—Ya veo —contestó Quincy con aspecto algo aturdido.

Rainie tenía la sensación de que él aún no sabía qué pensar de ella ni cómo tratarla. La idea le agradó. Le gustaba mantener a los federales

en vilo. Al final, podría ser lo único destacable de su día. Entonces supuso que debería haberlo sabido. Nada más empezar a sentirse orgullosa, el cazador del FBI pasó al ataque.

—No creo que Daniel O'Grady disparara en su colegio —afirmó con calma—. Y tampoco creo que usted esté segura de ello, agente Conner. Creo que ambos seguimos preguntándonos qué ocurrió de veras ayer por la tarde. Y mejor aún, cómo podemos demostrarlo.

NUEVE

Miércoles, 16 de mayo, 11:43 a. m.

Rainie llevó a Quincy al colegio. Él iba sentado en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla con una mirada que temía que fuera de incredulidad. Hacía muchos años que no iba a Oregón y había olvidado su impresionante belleza. Atravesaron ondulantes praderas verdes salpicadas de vacas frisonas de color blanco y negro, y coronadas por granjas rojas con manojos de pensamientos amarillos. Podía oler la hierba recién cortada y el aroma salado del aire del océano. Podía ver las imponentes montañas que rodeaban el valle, con sus cumbres cubiertas de densos abetos Douglas.

Las camionetas de doble cabina pasaban zumbando, con sus potentes motores V-8 rugiendo. La gente saludaba a Rainie al pasar, y una media docena de perros labradores de color negro balanceaban su lengua al jadear contentos por la ventanilla. Más adelante, todo el mundo aminoró la marcha detrás de un tractor John Deere que avanzaba laboriosamente por la carretera. Nadie tocaba el claxon al anciano granjero ni le gritaba que se apartara. Se limitaban a esperar y a saludar con cortesía con la mano cuando por fin tenían espacio para pasar. En respuesta, el granjero se agarraba el ala de su desteñida gorra roja de béisbol.

—Ese es Mike Berry —señaló Rainie, mientras daban un amplio rodeo al tractor verde, rompiendo su silencio por primera vez desde que subieron al coche patrulla—. Él y su hermano poseen las dos mayores granjas lecheras de la zona. El año pasado compraron tres granjas familiares que quedaron destruidas por las inundaciones. Una pertenecía a Carl Simmons, que tiene sesenta años y ya no tiene familia. Mike organizó un fideicomiso en vida para que Carl pudiera quedarse en su casa hasta el día de su muerte sin preocuparse de nada. Los hermanos Berry son buena gente.

—No creía que quedaran muchos lugares así —comentó Quincy con sinceridad.

Rainie se volvió para mirarlo.

—Y no los hay.

Se centró de nuevo en la carretera. Quincy no volvió a molestarla. Se dio cuenta de que el estado de ánimo de Rainie se había vuelto pensativo y, a decir verdad, él también estaba cada vez más preocupado. Por mucho que hablara de objetividad y profesionalidad, era difícil contemplar un paisaje tan bello y pensar en las salvajadas que se habían cometido en el colegio de primaria. Por el momento, pocas cosas en Bakersville eran como él había imaginado.

Eso incluía a la agente Conner. Dejando a un lado todos los tópicos

políticamente correctos, la mayoría de las mujeres policía que había conocido eran anchas de hombros, de cintura gruesa y, a decir verdad, marimachos. No utilizaría esos términos para describir a la agente Conner. Su figura de metro setenta parecía estar en forma y tenía unas agradables curvas. Su larga melena castaña, suelta sin reparos, enmarcaba un rostro sorprendente y atractivo, de pómulos anchos, mandíbula firme y labios carnosos.

Luego estaban sus ojos. Ni azul ni gris, sino algo intermedio. Quincy imaginó que el color cambiaba con su estado de ánimo, volviéndose suaves como la franela cuando estaba contemplativa y azul gélido cuando se enfurecía. ¿Y cuando estaba intrigada? Su cabeza se inclinó algo, ¿mostrando sus labios entreabiertos como en anticipación de un beso?

Quincy alejó sus pensamientos y se removió incómodo en su asiento. No era propio de él pensar así de una agente de policía. El trabajo era el trabajo. Sobre todo esos días.

Trasladó su análisis a sus cualidades como policía. No tenía experiencia. Su gestión de la escena del crimen y del sospechoso así lo habían demostrado. Pero él no creía que fuera tonta. En su trigésimo segunda evaluación, le había parecido testaruda, inteligente y analítica por naturaleza. Ya se había dado cuenta de que era muy leal a su comunidad y, a veces, orgullosa hasta la exageración. Sospechaba que vivía para su trabajo, tenía pocos amigos íntimos y pocos intereses externos. Eso, sin embargo, era hacer trampa. Se basaba en gran medida en el perfil de la hija superviviente de una alcohólica, que podía ser de dos tipos: una borracha de bajo rendimiento o una adicta al trabajo de alto rendimiento. Como era obvio que Rainie no era lo primero, imaginó que sería lo segundo. Ella todavía tenía que demostrarle que se equivocaba.

En definitiva, era un tipo de policía distinto del que él esperaba. Tal vez era también diferente de lo que el detective Abe Sanders había esperado, y por eso chocaban. Con el debido respeto al departamento del sheriff de Bakersville, la mayoría de los policías de pueblo tenían don de gentes, pero no eran las bombillas más brillantes del árbol de Navidad. Ganaban unos veinte mil al año, sus casos eran rutinarios, tendían a acomodarse como señores de sus pequeños dominios y la capacidad de análisis que poseían se atrofiaba mientras patrullaban los partidos de fútbol de los viernes por la noche.

Por supuesto, Quincy era un agente federal arrogante al que pagaban un sobrecoste para que mirase por encima del hombro a todas las demás formas de orden público, en especial a esos enanos mentales de la ATF.

Rainie se desvió de la ruta rural y las tierras de labranza dieron paso a un vecindario. Minutos más tarde se vislumbró un enorme edificio

escolar blanco. La cinta policial de color amarillo acordonaba el aparcamiento, y montones y montones de flores envueltas amenazaban con sepultar la alambrada. Rainie detuvo el coche patrulla.

—Hoy todavía no ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó Quincy en voz baja.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de mirar los montones de flores, globos y ositos de peluche. Medio metro de profundidad que se extendía a lo largo de unos buenos tres metros de valla. Había rosas sueltas y cintas rosadas y cruces muy muy pequeñas, carteles hechos a mano que decían «La queremos, señorita Avalon», y un gran corazón hecho de claveles rojos que rezaba «Para mi hija».

Los ojos de Rainie se volvieron muy brillantes. Sorbió con fuerza por la nariz, y Quincy supo que estaba luchando con todas sus fuerzas por no llorar. Él se volvió hacia el monumento improvisado.

—Es una de las cosas más sorprendentes —apuntó al cabo de un rato —. Por un lado, estos incidentes son tan trágicos que nos hacen temer lo peor de la humanidad. ¿Qué clase de sociedad engendra niños que atacan a otros niños con fusiles de asalto? Por otro lado, estos incidentes son tan trágicos que sacan a relucir nuestra humanidad. Esos pequeños actos de valor que ayudan a los chicos a superar el día, desde los sanitarios que entran en una zona de guerra hasta los profesores que arriesgan su vida para enfrentarse a un tirador. Desde el hermano que protege a su hermana con su propio cuerpo hasta la madre que administra primeros auxilios, dejando a un lado el miedo por su propio hijo para ayudar al ajeno. Y toca una fibra sensible a personas del mundo entero, que sienten la necesidad de enviar flores, poemas, velas, cualquier cosa para que tu municipio sepa que no está solo. Bakersville está en sus pensamientos y en sus oraciones.

Rainie se secó el rabillo del ojo y parpadeó varias veces.

—Ayer —dijo ella con voz espesa—, avisaron de que el hospital necesitaba más sangre para atender a los heridos. La Orden de los Elks abrió de inmediato su logia a la Cruz Roja. Acto seguido, se formó una fila de personas que se extendía a lo largo de cuatro manzanas esperando para donar. La tienda de comestibles envió a sus empaquetadores con limonada gratis para todos. Un par de señoras mayores montaron puestos de juegos para los niños. Hubo gente que estuvo en la fila durante dos o tres horas, y en ningún momento se quejaron. Todos decían que era lo menos que podían hacer. Esa era la historia que el Bakersville Herald publicaba hoy en portada. La noticia del tiroteo estaba en un recuadro más pequeño, en la esquina inferior derecha. No todo el mundo estaba de acuerdo con esa priorización, pero me pareció que podían tener razón.

—El tiroteo habla de un individuo, las secuelas tratan de toda una

localidad.

—Algo así —manifestó Rainie, desabrochándose el cinturón de seguridad—. Si no le importa, agente, pasé casi todo el día de ayer en ese edificio, y ahora me gustaría acabar con esto. Al no ser una persona experimentada en perfiles, hay muchas cosas en ese colegio que me duele ver.

Quincy la siguió al interior de las instalaciones. Ya tenía su cuaderno preparado y su mente trabajando horas extra.

Antes, en su despacho, la agente Conner accedió a guiar a Quincy por la escena del crimen para que tomara notas, y así refrescar las suyas. Él no diría que trabajaban juntos; más bien, que Rainie compartía la inquietud que él tenía por la inocencia de Danny. Por tanto, le permitía acompañarla como cuasiobservador, cuasiexperto. Le advirtió con franqueza de que, por supuesto, en el momento en que él intentara reclamar el caso como suyo, ella se reservaba el derecho de cortarle las piernas. En ese instante, lo miró a las rodillas con gesto muy serio.

Quincy tenía la sensación de que la agente Conner no era conocida por llevarse bien con los demás. Por algún extraño motivo, eso le gustaba de ella.

En ese momento se dirigían por el pasillo hacia la parte trasera del colegio. Quincy observó los suelos espolvoreados con polvo de huellas y pequeñas secciones de baldosas recortadas que debían tener manchas de sangre y se enviaron al laboratorio.

Según Rainie, la UEC, la Unidad de la Escena del Crimen, había terminado la primera ronda de procesamiento de la escena esa mañana. La unidad especial realizaría otras visitas más adelante para ultimar un «recorrido» exhaustivo de los acontecimientos de aquel día. Luego estaban los montones de pruebas que llevaría meses revisar. Quincy calculó que en un colegio de ese tamaño habría cientos de huellas que clasificar y miles de huellas que cotejar. El registro de la escena del crimen alcanzaría tal vez los seis o siete volúmenes.

—Aquí es donde encontré a Walt y Emery atendiendo a Bradley Brown —explicó Rainie, señalando una zona ensangrentada en la intersección de dos pasillos principales. Miró a Quincy, expectante.

—¿Estaba Brown consciente?

—Sí. Le pregunté si había visto algo y me dijo que no. Oyó los disparos, vino corriendo por este pasillo, giró a la derecha y ¡pum!

Quincy giró a la derecha, donde el nivel de violencia se mostraba con claridad por el contorno de los tres cuerpos en el suelo.

—¿Todo sucedió ahí?

—Eso es lo que pensamos.

—En el pasillo, no en un aula.

—Correcto.

—¿Cómo acabó Danny en el pasillo?

—Según su profesor, no volvió a clase después de comer. El señor Watson comentó que se preguntó qué le habría pasado, pero Danny casi nunca llegaba tarde, así que supuso que debía haber una buena razón para que no hubiera regresado aún.

—¿Qué hora era?

—El colegio tiene tres turnos de almuerzo. El de Danny es el último, termina a la una y veinte. Los alumnos tienen cinco minutos para llegar a clase, avisados por un timbre a la una y veinticinco. Danny no estaba en su clase a la una y veinticinco. A la una y treinta y cinco, la central recibió una llamada que informó de disparos.

—Así que Danny se saltó su clase. Y las niñas estaban en el pasillo porque...

—Alice necesitaba ir al baño. Sally era su compañera... En tercer curso se va en parejas. Su profesora les dio un pase de pasillo.

—¿Qué hay de la otra víctima mortal, Melissa Avalon. ¿Estaba sola en el aula de informática?

—Sí, era su hora de comer. Mantenía el aula abierta para que los estudiantes la utilizasen durante las horas de almuerzo, y luego la cerraba al sonar el timbre de la una y veinte.

—Y eso está programado, ¿correcto? ¿Siempre estaba sola en el aula a la una y veinte?

Rainie asintió, siguiendo con facilidad su hilo de pensamiento.

—Cada vez parece más obvio que ella era el objetivo, ¿no? Sally y Alice solo estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Esa es mi suposición por el momento, pero no nos adelantemos —puntualizó Quincy, y se dirigió al armario vestidor del conserje, arqueando una ceja ante el desorden—. Deduzco que el agente Cunningham es un chico grande —murmuró.

Rainie hizo una mueca.

—Hizo cuanto pudo en ese momento. La situación era intensa.

—¿Becky O'Grady estaba escondida en el fondo del armario?

—Sí, en la parte de atrás, hecha un ovillo. Parecía estar en estado de shock y no conseguí que respondiera a muchas preguntas. Tengo entendido que Sandy la llevó a urgencias, pero el médico dijo que solo necesitaba tiempo.

—¿Cree que vio lo que pasó?

—No lo sé. Luke habló con su profesora esta mañana. Aseguró que Becky estuvo en el aula hasta el momento del tiroteo. La señora Lund cree que se separó de su clase durante la estampida para salir del edificio. Pasaron treinta o cuarenta minutos antes de que la señora Lund se diera cuenta de que Becky no estaba.

—Entonces, ahora tenemos dos cuestiones —precisó Quincy, contando con los dedos—. En primer lugar, ¿qué pasó con Danny

O'Grady entre el final del almuerzo, a la una y veinte, y cuando usted se enfrentó al final a él, a las...?

—Alrededor de las dos y cuarenta y cinco.

—Más de una hora en paradero desconocido —agregó él con el ceño fruncido.

Rainie esbozó una fina sonrisa.

—No en paradero del todo desconocido. Shep estaba con él. Afirma que llegó al colegio poco después de la una y cuarenta y cinco. Los estudiantes ya habían huido del lugar. Entró para ofrecer ayuda y se encontró con Danny, aturdido y confuso y recogiendo las armas.

—¿Recogiendo las armas? ¡Oh!, eso me gusta. Como si el chico solo se hubiera tropezado con ellas.

—Usted tampoco cree a Shep, ¿verdad?

—No es el testigo más objetivo —exteriorizó Quincy—. Seguiré con mi análisis por ahora: no sabemos qué hizo Danny entre la una y veinte y las dos y cuarenta y cinco. La siguiente pregunta que tenemos es qué le ocurrió a Becky O'Grady desde más o menos la una y treinta y cinco hasta que usted llegó hacia la una y cincuenta. —Volvió a fruncir el ceño—. No me gusta el hecho de que los dos estudiantes de paradero incierto sean hermanos. No creo en las coincidencias.

—No cree que Becky forme parte de esto, ¿no? —Rainie se sobresaltó —. ¡Por el amor de Dios, tiene ocho años!

—¿Alguien ha hablado ya con ella?

—Luke Hayes y Tom Dawson van a intentar entrevistarla esta tarde, aunque no soy optimista. Shep y Sandy se muestran bastante hostiles ahora mismo, y no tenemos derecho a interrogarla lejos de sus padres. Dudo que se consiga algo.

—Podría pedirle al fiscal que la citase como testigo para el gran jurado.

Rainie se encogió de hombros y luego le sorprendió diciendo:

—Lo he investigado esta mañana. Según Rodríguez, aún no hay forma de imponer el testimonio. Sus padres podrían entrenarla con facilidad para que dijera que no se acuerda, y eso sería todo. Creo que si queremos llegar a algo con ella, tenemos que hacernos los simpáticos. ¿Quién sabe? Shep y Sandy tienen que estar preguntándose qué pasó en realidad ayer. Quizá tarde o temprano estén dispuestos a dejar que Becky hable. Tal vez incluso dejen que Luke le haga preguntas esta tarde. Pero no apuesto por ello.

—¿Cuánto los conoce? —preguntó Quincy.

—Bien.

Quincy asintió con la cabeza y dejó que se alejara. No creía que ella fuera consciente, pero se había rodeado la cintura con los brazos, como si intentara bloquear emocionalmente la escena. La postura la hacía parecer más joven, más vulnerable. Rainie se quedó mirando el

contorno del cuerpo de Melissa Avalon. Según todos los testimonios, la señorita Avalon también era guapa, compasiva y dedicada a su trabajo.

Sin mediar palabra, avanzaron por el pasillo hasta las puertas destrozadas. Quincy se detuvo en la puerta que había frente a la sala de ordenadores.

—¿Danny salió de esta aula?

—Sí. Estaba sacando a Shep por la puerta a punta de pistola.

—¿Llevaba tanto la calibre 22 como el revolver del 38?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Agitado, nervioso. —Rainie frunció el ceño mientras le daba más vueltas a su pregunta—. Parecía hostil hacia su padre.

—Apuntarle con una pistola parecería hostil.

Ella sacudió la cabeza.

—Era más que eso. Shep le decía que todo iría bien, y luego intentaba decirle que no hablara conmigo. Pero seguía expresando todo como una orden, y eso hizo que Danny se retrajera aún más. Creo que tiene una actitud resentida hacia su padre. Shep es duro con él.

—¿En qué sentido?

—Shep era una gran estrella del fútbol en sus días de instituto, un superatleta. Danny... —Rainie se encogió de hombros—. Es bajo para su edad, no se le dan bien los deportes. Me parece que Shep cree que solo necesita esforzarse más, y me da la impresión de que Danny desea que su padre lo deje en paz.

—¿Ha oído alguna vez a Shep llamar estúpido a su hijo?

Rainie negó con la cabeza.

—Se refiere a la grabación del interrogatorio, ¿verdad? Esa obsesión de Danny con ser inteligente. Eso es lo más extraño. Verá, Shep no es el tipo de padre que se preocupa mucho por las notas. Por un mal día en el campo de fútbol, sí, pero un mal día en el boletín de notas..., bueno, esas cosas pasan. No sé a qué vino eso.

—¿Tiene Danny algún amigo íntimo?

—Seguimos trabajando en ello.

—Necesitaremos una lista completa de todos los alumnos que estuvieron ausentes ayer, además de notas sobre si conocían a Danny O'Grady y de si pueden justificar qué estaban haciendo.

—Coartadas para niños —murmuró Rainie, y puso los ojos en blanco —. ¿Por qué los ausentes?

—Porque nadie dice que el tirador tenía que haber ido a clase ese día. Además, aun así, podrían estar implicados. En varios de los tiroteos había otros estudiantes que desempeñaron algún papel, ya fuera alentando las acciones del principal sospechoso o disfrutando del espectáculo.

—¡¿Qué?!

—En Bethel, Alaska —respondió Quincy—. Evan Ramsey realizó los disparos, pero dos chicos de catorce años lo animaron. Uno llegó a enseñarle a usar la escopeta. Ambos reunieron a algunos de sus otros amigos para que se unieran a ellos en la cafetería para ver un «espectáculo».

—Maravilloso.

—Parece que a Luke Woodham también lo influenciaron otros chicos —informó Quincy—. En este caso, me pregunto si de ahí viene la obsesión de Danny con el «soy inteligente». Suena ensayado y demasiado vehemente. O es una frase que utiliza para compensar dudas genuinas sobre su inteligencia, o es una tapadera para otra cosa. Algo que todavía le asusta o le abruma demasiado como para decirlo. ¿Cómo estaba después del tiroteo?

—Distante, retraído. Sollozó un poco cuando oyó la voz de su madre. pero luego se durmió como un bebé en la parte trasera del coche patrulla.

Quincy asintió, no sorprendido por su descripción.

—Se está disociando, manteniéndose distanciado de los hechos hasta ser capaz de afrontarlos. Es una reacción normal ante cualquier tipo de trauma. La cuestión es cuánto durará la disociación y cómo reaccionará cuando su mente empiece a procesar lo ocurrido.

—Está bajo observación por riesgo de suicidio —indicó Rainie—. Entiendo que es el procedimiento estándar para un caso como el suyo.

—No es mala idea. Por desgracia, Danny tal vez sufra de trastorno de estrés postraumático y ahora pasará por sus diversos síntomas. Un día hablará de todo con mucha naturalidad y al día siguiente se derrumbará y llorará. A veces podrá sonar frío al repetir una y otra vez los acontecimientos de ese día. Es probable que se niegue a llamar a las víctimas por su nombre. Todo esto puede interpretarse de un modo u otro por personas bienintencionadas. Y nada de eso significa que sea culpable. Tan solo significa que ha sufrido un trauma, ya sea como autor o como testigo, y que su mente está luchando por superarlo. Sin embargo, ese hecho puede perderse con rapidez.

—No sé —manifestó Rainie después de suspirar—. Quizá estemos complicando todo demasiado. Por un lado, hay algunas cosas respecto al tiroteo que no tienen sentido. Por otro, ¿qué tiroteo tiene sentido? ¿Y qué otra persona podría haberlo hecho? Todos los alumnos presentes ese día estaban en clase cuando se efectuaron los disparos, así que están controlados. Los dos únicos alumnos con lapsus de tiempo son Danny y Becky, y ninguna de las dos opciones es atractiva. Al final, quizá solo sea demasiado difícil creer que lo hizo un niño, así que me centro en la pregunta porque es más fácil que la respuesta.

—Es bueno centrarse en las preguntas —añadió Quincy—. Es su

trabajo.

—Bueno, hoy no es un buen trabajo, agente. Tal vez mañana lo sea, pero hoy no es que lo esté disfrutando mucho.

Se dirigió hacia las puertas laterales, sin duda, alterada de nuevo. Quincy no se sorprendió al ver que ella se detuvo junto a las ventanas rotas y contempló las verdes colinas y el sol de la tarde. «Una recarga», pensó. A veces, él también tenía que hacerlo.

Se agachó e inspeccionó la zona de los disparos más de cerca. Observó la forma en que habían estado colocados los cuerpos e intentó imaginar en qué dirección habían caído. Luego exploró el marco de la puerta que rodeaba el aula de informática de Melissa Avalon en busca de agujeros delatores.

Diez minutos después había terminado de tomar notas. Ahora tenía muchas preguntas para el forense.

Se volvió hacia Rainie, que seguía de pie junto a las puertas rotas. Pero ya no miraba al exterior, sino a la silueta del cuerpo de Melissa Avalon. Sus ojos grises eran imposibles de descifrar; sus rasgos, inmóviles.

Quincy se preguntó cuántas horas habría dormido Rainie Conner la noche anterior. Y por un instante, tuvo la tentación de preguntarle, de traspasar la línea y entrar en su espacio, porque hubo una época en la que él había sido un agente inexperto frente a un homicidio y entendía cómo algunas imágenes se quedaban en tu cabeza mucho tiempo después de apagar las luces. Algunas noches se despertaba gritando.

Pero eso no venía al caso.

—Ya he terminado —anunció él.

Rainie lo condujo fuera del edificio.

DIEZ

Miércoles, 16 de mayo, 12:52 p. m.

Fuera, Rainie y Quincy se encontraron con el director Steven VanderZanden, un hombre de complexión delgada, rostro expresivo y ojos centelleantes, que en ese momento parecía apagado mientras observaba las rosas de color rojo sangre amontonadas contra la alambrada. El viento alborotaba su oscuro cabello ralo y le apretaba el traje gris contra el cuerpo. Parecía no notarlo. Recorrió la línea de la cerca, ajustando los arreglos para que los nombres se vieran con más claridad, y luego apartó dos osos de peluche para dejar a la vista un retrato enmarcado de Melissa Avalon.

Rainie y Quincy se acercaron a él en silencio. El director VanderZanden y su esposa eran relativamente nuevos en Bakersville, ya que se habían mudado a la zona tres años antes, cuando VanderZanden aceptó el puesto en el colegio. Al no tener hijos, Rainie nunca lo había visto hasta el verano anterior, cuando se codearon en un acto municipal. VanderZanden la impresionó entonces con su entusiasmo por sus alumnos y su relación con los padres. Ningún proyecto era demasiado grande a sus ojos; ningún alumno, demasiado pequeño para su atención. Estuvo riéndose como una colegiala por haber conseguido la subvención federal para la primera aula de informática de Bakersville, y él mismo estaba deseando navegar por la red.

También parecía gustarle coquetear, pero ya llevaba unas cuantas copas de vino cuando ella se cruzó con él y, a decir verdad, a esas alturas toda la gente estaba bastante desinhibida.

—Director VanderZanden —saludó Rainie, estrechándole la mano. Se dio cuenta de que estaba preocupado. La tarde anterior había ido al colegio para evaluar los daños y preguntar cuándo podría recuperar el edificio. Cuando solo faltaba un mes para el inicio de las vacaciones estivales, nadie sabía qué hacer con las clases. Podrían llevar a los niños en autobús a la vecina Cabot, pero esa ciudad estaba a cerca de cuarenta minutos, y después de todo lo sucedido, los padres querían tener a sus hijos cerca de casa.

—¿Cómo está, señor? —Rainie hizo las presentaciones entre VanderZanden y Quincy. Aún no estaba segura de lo que opinaba de la presencia del agente federal, pero de momento estaba resultando menos molesto que el detective estatal. Eso ya era algo positivo.

—¿Es usted un experto? —preguntó VanderZanden al fijarse en las credenciales de Quincy—. ¿Puede decirme qué pasó en mi colegio?

—No creo que existan expertos cuando se trata de crímenes así.

—Quizá deberíamos haber colocado detectores de metales —se

lamentó VanderZanden, volviéndose hacia el edificio—. Tras el tiroteo de Springfield, se advirtió a los educadores de Oregón. Pero incluso entonces pensé que era una cuestión que debían abordar los institutos. Aquí tenemos alumnos de guardería. No quería que empezaran su experiencia educativa pasando por gigantescos puestos de seguridad y siendo cacheados por guardias armados. ¿Qué clase de mensaje enviaría eso?

—Por mi parte, no creo en los detectores de metales —afirmó Quincy. Pero, antes de que el director pudiera sentirse demasiado alentado, añadió—: Simplemente convertirían a los alumnos en mejores objetivos al crear largas filas frente a los edificios.

—¡Oh, esto es ridículo! —VanderZanden sacudió la cabeza y exhaló un suspiro de pura frustración—. Llevo toda la noche recibiendo llamadas de padres frenéticos que quieren saber qué hacer. Los profesores están asustados; el consejo escolar, abrumado. Y, encima, los padres de Alice me han pedido que pronuncie el panegírico en su funeral. Claro que voy a hacerlo, es un honor, pero de todas formas... Uno se dedica a la educación y fantasea con ver crecer a sus alumnos, quizá incluso asistir a su boda o admirar a su primogénito. Desde luego que no esperas hacer el panegírico en su funeral. ¿Sabía que los padres de Sally y Alice van a pagar los gastos del entierro con dinero de los fondos universitarios de las niñas?

Era obvio que VanderZanden no esperaba respuesta. Se dio la vuelta para colocar bien otro ramo. Quincy y Rainie intercambiaron miradas. Se limitarían a dejar hablar al hombre. Al parecer, tenía unas cuantas cosas que decir.

—Las flores empezaron a llegar esta mañana a primera hora —añadió VanderZanden al cabo de un momento—. He visto fotos de las que se enviaron a otros colegios, por lo que ya me esperaba algo así, pero verlo... Notas y tarjetas de todo el país, ositos de peluche y globos de cientos de desconocidos. —Se volvió hacia ellos, con tono enfadado de nuevo—. He recibido llamadas de otros dos directores que han pasado por lo mismo y de media docena de profesionales en cuestiones infantiles con experiencia en este campo. Es como si nos hubiéramos unido a un club. ¡No quiero formar parte de un club! Ojalá estuviéramos solos. Ojalá fuéramos el único lugar donde esto hubiera ocurrido. En lugar de eso, ¿qué somos? ¿El undécimo, duodécimo, decimotercer colegio que pasa por esto? ¡Maldita sea, deberíamos haber sido más precavidos!

Se pellizcó el puente de la nariz, tratando sin duda de serenarse, aunque no lo conseguía. Su mirada volvió a la foto de Melissa Avalon. Se pellizcó la nariz con más fuerza.

—Lo siento. Han sido unas largas veinticuatro horas.

—No pasa nada —dijo Rainie—. Tómese su tiempo.

—Anoche necesitaba tiempo, ahora necesito unas vacaciones. Bueno, eso no viene al caso. Seguro que tienen más preguntas, aunque ya le he contado al detective Sanders lo poco que sé de todo.

—¿Al detective Sanders? —preguntó Rainie con brusquedad. En su cabeza se encendieron luces de alarma. No las ignoró—. ¿Qué le ha dicho al detective Sanders?

—No mucho. —VanderZanden se encogió de hombros, sin duda sorprendido por su tono—. Estaba en mi despacho cuando oí los disparos. Salí a la entrada principal para ver qué pasaba y oí a alguien gritar. Acto seguido, sonaron las alarmas de incendio y todo el mundo empezó a correr hacia la puerta. En ese momento pensé que era algo de menor importancia, que algún alumno había disparado una pistola de pistones por los pasillos y el humo había activado las alarmas. O que alguien había encendido unos petardos como broma. Esas cosas pasan.

«La primera vez que me di cuenta de que iba en serio fue cuando vi la cara de la señora McLain, la profesora de sexto. Estaba blanca como la tiza y le temblaban las manos. Le dije que se calmara, que solo era un simulacro, y entonces me miró. Me miró y me dijo: «Creo que han disparado a algunos estudiantes. Creo que alguien nos ha disparado. Me parece que sigue ahí». Hasta que no vi la pierna ensangrentada de Will en el aparcamiento, no me di cuenta de que tenía razón: alguien había abierto fuego en nuestro colegio.

—¿Escuchó a alguien nombrar a Danny? —preguntó Quincy.

VanderZanden negó con la cabeza.

—Oí a Dorie gritar que un hombre de negro iba a por ella. Claro que Dorie solo tiene siete años y ya hemos tenido problemas con su imaginación antes. Una vez convenció a toda la clase de segundo curso de que no podían ir al baño porque unos pequeños troles se escondían dentro de los inodoros para atrapar a los niños y almorzárselos. No tienen ni idea del lío que puede montarse cuando veintiuna criaturas de siete años se niegan a usar los aseos. Algunos padres estuvieron llamándome durante semanas.

—¿Había muchos niños alrededor cuando contó lo del «hombre de negro»? —preguntó Rainie.

—Todo el mundo estaba ahí. Habíamos evacuado el colegio entero y nos habíamos trasladado al aparcamiento delantero, como se especifica en nuestro manual de simulacros de incendio.

Rainie emitió un suspiro exasperado.

—Bueno, eso explica la serie de respuestas de las entrevistas —le susurró a Quincy—. Una niña histérica, doscientas cincuenta mentes impresionables. —Volvió con el director VanderZanden—. ¿Está seguro de que ninguno de los profesores vio nada? ¿Y la señora McLain? No puedo creer que alguien estuviera disparando un arma en

el pasillo y nadie se diera cuenta.

—No creo que el tirador estuviera en el pasillo. Uno de los profesores comentó que parecía que los disparos procedían de una clase al final del ala oeste. Tal vez el aula de informática. Solo sé que desde donde yo estaba en la entrada principal, no podía ver nada.

Rainie miró a Quincy. Él asintió con levedad, compartiendo su pensamiento. El asesino comenzó con la señorita Avalon, luego se volvió, para ver a Sally y Alice. También les disparó a ellas y se metió en la sala de ordenadores, ya vacía, mientras se desataba el infierno. Explicaría la falta de testigos, así como el patrón de disparo aleatorio.

—¿Qué puede decirnos sobre Danny O'Grady? —preguntó Quincy a VanderZanden—. ¿Era buen estudiante? ¿Se llevaba bien con los demás?

—Danny es un buen estudiante. Ha estado en el cuadro de honor en varias ocasiones. Casi nunca lo enviaban a mi despacho por problemas de disciplina. Melissa, la señorita Avalon, me contaba el otro día que nunca había visto a nadie tan bueno con los ordenadores. Tiene un talento natural para ello.

—¿Qué me dice de enemigos? —presionó Quincy de forma suave—. ¿Los demás alumnos se metían con Danny? ¿Sus compañeros de clase lo consideraban popular o solía ser blanco de su atención no deseada?

Rainie asintió con la cabeza a esa pregunta. Ella misma debió haber pensado en preguntárselo la noche anterior. Con razón o sin ella, la mayoría de los tiradores escolares se sentían, por desgracia, perseguidos por sus compañeros. Rainie incluso había leído en alguna parte que esos homicidios no se diferenciaban mucho de un suicidio adolescente: el chico menos popular sentía un dolor insoportable y decidía hacer algo al respecto. Sin embargo, en el caso de un tiroteo en un colegio, el chico no solo planeaba acabar con su propia vida, sino también con la de algunos de los agresores. Es lo que pasaba con los adolescentes, se les ocurrían sentencias que no siempre se ajustaban al delito.

VanderZanden parecía estar luchando con la pregunta de Quincy. Al final, negó con la cabeza.

—No estaba al tanto de nada —respondió, y luego añadió más, a regañadientes—: Pero soy un adulto y una figura de autoridad. En otras palabras, aunque intento estar en contacto con mis alumnos, quizá siga sin ser el mejor juez de lo que ocurre de veras entre veinte adolescentes durante un recreo de treinta minutos.

—¿Qué hay de amigos cercanos de Danny que puedan decirnos algo más?

—No creo que Danny tenga amigos íntimos. Es callado, reservado. —Un pensamiento pareció asaltar a VanderZanden de repente—. ¿Sabe?, hubo un incidente, no hace mucho...

Quincy y Rainie se espabilaron.

—Hay un chico mayor, Charlie Kenyon. ¿Lo conoce?

—¡Oh!, claro. —Rainie le aclaró a Quincy—: Charlie es el hijo de nuestro exalcalde. Tiene diecinueve años ahora, demasiado dinero y demasiado tiempo libre. Hace cuatro años fue enviado a una escuela militar en el este, pero regresó la primavera pasada sin mayores perjuicios. Ahora se cree una especie de gamberro de poca monta. Anda por lugares donde no es bien recibido, conduce bajo los efectos del alcohol un fin de semana sí y otro también. Lo hemos arrestado media docena de veces, pero siempre se trata de delitos menores, y su padre es rápido con el dinero de la fianza y los abogados caros. No tengo la impresión de que Charlie sienta la necesidad de reformarse en breve.

VanderZanden asintió con la cabeza con verdadera emoción.

—Ese es Charlie. Hace unos dos meses empezó a merodear por nuestro colegio después del horario lectivo. Los profesores lo veían holgazaneando al otro lado de la cerca, hablando con los niños que estaban en el patio. Sin embargo, mientras estuviera por el lado de la alambrada que daba a la calle, no podíamos hacer nada. Entonces, un día, la señora Lund vio a Charlie darle un cigarrillo a Danny a través de la alambrada. Le quitó el cigarrillo a Danny de inmediato y le puso una multa, pero no pudo hacer nada con Charlie. Él le dijo al chico que no se preocupara. «Es en la detención donde pasan cosas divertidas», o algo así. Enviamos una nota a los padres de Danny y nunca volvimos a pillarlo fumando, pero seguíamos viendo a Charlie por ahí. No sé por qué se empeñaba en venir a molestarnos al colegio. Lo normal habría sido que le interesara más el instituto.

—¿Conocía Charlie a la señorita Avalon? —indagó Quincy.

—No creo. Ella se mudó al municipio el año pasado, cuando conseguimos la subvención federal. Por otra parte... —El director VanderZanden se ruborizó. Miró a Rainie con algo parecido a vergüenza.

—Era muy guapa —completó Rainie por el cohibido director—. Muy muy guapa.

—Era una profesora muy buena —añadió de inmediato VanderZanden, pero sus ojos oscuros se volvieron melancólicos. Melissa Avalon había sido una mujer muy bella.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Rainie.

—Veintiocho.

—Lo bastante joven y guapa como para atraer a un chico de diecinueve años —concluyó Rainie, y miró a Quincy, que parecía sumido en sus pensamientos.

—¿La señorita Avalon se había mudado a Bakersville hacía poco?

—El verano pasado. La contratamos en agosto. Para serle sincero,

habíamos perdido la esperanza de conseguir la subvención, y de repente, ¡pum! Ya conoce a los federales, claro.

—¿De dónde venía la señorita Avalon?

—Acababa de terminar su máster en la Universidad Estatal de Portland.

—¿Era su primer trabajo?

—Su primer puesto de profesora a jornada completa. Antes de eso había sido suplente en el distrito escolar de Beaverton. Esa es una de las razones por las que la contratamos. —VanderZanden les dirigió la mirada compungida de un funcionario veterano—. Aquí tenemos un presupuesto muy ajustado, y los profesores noveles son más baratos que los experimentados.

—¿Sabe algo de su vida privada? —preguntó Rainie—. ¿Dónde vive su familia, algo?

VanderZanden vaciló. Volvió a mostrarse cohibido y no quiso encontrarse con la mirada de Rainie.

—Creo que sus padres viven en el área de Portland.

—¿Qué hay de relaciones pasadas? ¿Quizá un antiguo novio que dejó atrás? ¿Un novio actual que reclamase más de su tiempo?

—Creo... Creo que debería preguntar a sus padres sobre ese tipo de cosas. No es apropiado que yo comente la vida privada de mi personal.

—Director VanderZanden, no disponemos de mucho tiempo.

—Las llamadas telefónicas son rápidas, agente —alegó con firmeza—. Son las ventajas de la vida moderna.

Rainie frunció el ceño, no le gustaba la repentina falta de cooperación del director, pero antes de que pudiera presionar más, Quincy la cabreó haciéndose cargo de la entrevista.

—¿Qué puede decir de la relación de Danny con la señorita Avalon? ¿Se llevaban bien? ¿Tenía él algún problema en su clase?

—Para nada —declaró VanderZanden con rotundidad—. Eso es lo increíble de ayer. Hubiera jurado que la señorita Avalon era la profesora favorita de Danny. Desde luego, le encantaba estar en el aula de informática y era uno de nuestros alumnos más expertos en Internet. Antes del colegio, durante el almuerzo y después del colegio. Parecía que siempre estaba en el aula. A veces, la señorita Avalon incluso se quedaba hasta tarde solo por él.

—¿En Internet? —intervino Rainie—. ¿Sabe qué hacía en la web? ¿Dónde entraba?

—No estoy seguro. Visitaría sitios web, buscaría cosas...

—¿Entraba en salas de chat?

—Es probable. La señorita Avalon tenía todo configurado para que los alumnos no pudieran acceder a páginas de contenido para adultos. Había instalado uno de esos filtros. Por lo demás, los alumnos podían

navegar a sus anchas. Se trataba de animarlos a tener más conocimientos informáticos.

—¿Se entretenía con videojuegos? —indagó Quincy—. ¿Alguno en concreto?

—Lo desconozco. Para serle sincero, la única persona que podría saberlo es la señorita Avalon.

Rainie asintió, mordiéndose el labio inferior. A Danny le encantaba Internet. Eso daba un nuevo giro a las cosas. Un usuario experto podía ir a cualquier sitio y aprender cualquier cosa. El tirador de Springfield, Kip Kinkel, utilizó Internet para aprender a construir bombas y trampas explosivas. Justo antes de ser asesinados, sus padres incluso habían comentado a unos amigos que se alegraban de que su problemático hijo se interesara por los ordenadores. Por fin, algo no violento...

También significaba que Danny podría haber estado expuesto a multitud de chiflados y balas perdidas. Había que olvidarse de centrarse en Charlie Kenyon. Danny era un chico joven y con problemas cuya familia pasaba por un mal momento. Su vulnerabilidad sería ilimitada.

—Tenemos que registrar esos ordenadores —murmuró Rainie.

—Ya están en manos del detective Sanders. ¿No se lo ha dicho?

—Oh, ya conoce al detective Sanders. Es tan... eficiente. Se le debe haber olvidado. —Rainie le dirigió una dulce sonrisa a VanderZanden, aunque su sarcasmo no le pasó desapercibido a Quincy.

—¿Danny solía quedarse hasta tarde después del colegio? —preguntó Quincy, volviendo a la línea original del interrogatorio.

VanderZanden miró a Rainie. Ella se encogió de hombros.

—Es una investigación de asesinato. Todo va a salir a la luz tarde o temprano.

VanderZanden suspiró. Volvía a parecer cansado y decaído. Un hombre al que le esperaban muchas más noches de insomnio y luchas éticas sobre cómo prestar mejor servicio a sus alumnos.

—Los padres de Danny han tenido dificultades matrimoniales —puntualizó en voz baja.

—Sandy consiguió un nuevo trabajo —informó Rainie a Quincy sin rodeos—. A ella le gusta, pero son muchas horas. Para empezar, Shep no quería que trabajara, y mucho menos si eso interfería con tener la cena preparada.

—¿Están separados?

—Qué va, son católicos.

—¡Ah! Comprendo.

—Sandy vino un día a reunirse con los profesores de Danny y Becky —explicó VanderZanden—. Comentó que había mucha tensión en casa y sabía que resultaba duro para los niños. Quería que sus profesores

entendieran lo que estaba pasando y estuvieran pendientes de ellos. Sin lugar a duda, Becky ha estado más retraída este año. Y Danny ha tenido algunos... problemas.

—Lo de fumar —apuntó Rainie—. Y...

—Hace tres semanas, Danny llegó agitado al colegio. No recordaba la combinación de su taquilla y algo en él se desató. Empezó a golpear la puerta a puñetazos y a gritar lo mucho que odiaba la taquilla y el colegio y cómo se suponía que iba a recordar algo cuando todo el mundo sabía que era estúpido...

—¿Estúpido? —intervino Quincy—. ¿Lo oyó decir que era estúpido?

—Oh, sí, agente, yo estaba allí. Hicimos falta dos, Richard Mann y yo, para someterlo. Danny no dejaba de gritar «Estúpido, estúpido, estúpido». Me quedé muy preocupado por él.

Quincy miró a Rainie. Ella se encogió de hombros. Tampoco sabía el origen de eso, pero Danny parecía tener un problema con su inteligencia.

—¿Estaba en el cuadro de honor? —volvió a preguntar Quincy al director.

—Sí.

—¿Lo consideraba un buen estudiante? ¿Sus profesores estaban satisfechos con su rendimiento?

—Sí. No era el mejor en algunas materias, pero, luego, cuando algo le interesaba... No creo que hubiera nada que no pudiera hacer en un ordenador.

—Director VanderZanden, ¿alguna vez escuchó a sus padres llamarlo estúpido?

—¿Sandy? Nunca. Adora a esos niños. ¿Y Shep? —VanderZanden arqueó una ceja—. Digamos que le preocupaba más el tamaño de los músculos de su hijo que la potencia de su cerebro.

—¿Hacía Danny muchos deportes extraescolares?

—Shep hizo que intentase jugar al fútbol. Entró en el equipo, pero los deportes no son el fuerte de Danny. Es bajo para su edad, y un poco torpe. Por desgracia, su padre puede ser bastante... insistente. Quería que su hijo jugara al fútbol, así que Danny jugó al fútbol. Sin embargo, con toda honestidad, Danny calentaba el banquillo más que nada. Simplemente no era bueno. ¿Saben?, en realidad, deberían hablar sobre estas cosas con el orientador del colegio, Richard Mann. Se reunió con Danny unas cuantas veces después del incidente de la taquilla y podría decirles mucho más sobre su estado de ánimo.

—Nos aseguraremos de hacerlo —confirmó Rainie al director.

Recordaba a Richard Mann del día anterior. Fue muy eficiente montando el puesto de primeros auxilios y despejando el aparcamiento. También lo recordaba joven, y eso le hizo preguntarse de inmediato por él y la guapa señorita Avalon. Era otro punto más

para reflexionar.

—Vamos a necesitar que nos dé una copia de los expedientes escolares de Danny —solicitó Rainie al director—. Sus boletines de notas, informes de incidentes, todo.

—No estoy seguro...

—Podemos conseguir una orden si es necesario. Solo le pido que nos ahorre tiempo a todos.

—Está bien, está bien. Hay tanto que hacer...

VanderZanden contempló el edificio de su colegio. Las puertas principales estaban cerradas, y el interior parecía sombrío y amenazador desde la distancia. La cinta amarilla de la escena del crimen seguía delimitando el aparcamiento y zigzagueaba por la alambrada, mientras que manchas de color rojo oscuro teñían la acera del colegio. Era sangre de los alumnos heridos que se habían agarrado a las manos de sus compañeros mientras esperaban la llegada de los helicópteros medicalizados. Ya no era posible mirar el edificio y no pensar en la muerte.

—Tengo entendido que Columbine tuvo que reformar por completo el interior del instituto —murmuró el director—. Después del tiroteo arrancaron la moqueta, repintaron las paredes, rehicieron las taquillas... Incluso cambiaron el tono de la alarma de incendios, que estuvo sonando durante horas aquel día. Y su biblioteca, esa pobre y trágica biblioteca, simplemente ya no existe. Taparon la entrada con una nueva hilera de taquillas y llevaron un remolque para almacenar los libros.

Miró a Rainie y Quincy. No había brillo en sus ojos.

—No estoy seguro de qué se supone que debo hacer aquí —expresó él con sinceridad—. El daño no es tan grande, pero en realidad sí lo es. Quiero que los niños vuelvan a sentirse seguros, pero en estos tiempos los colegios pueden ser lugares aterradores. Quiero que el edificio sea acogedor, pero no quiero hacer como si no hubiera pasado nada. Quiero que sigamos adelante, pero no quiero que olvidemos.

«No sé cómo se supone que debo hacer todo eso. Cuando me formaba para ser director, la mayor amenaza que podíamos imaginar era un terremoto. Desde luego que no habían empezado a hacerse simulacros de cómo ir agachados huyendo de tiroteos desde vehículos en movimiento en los colegios de Los Ángeles. Tampoco habían imaginado nunca que los colegios se convertirían en zonas de guerra para bandas rivales y disputas callejeras. Ahora tenemos profesores y alumnos muriendo en los pasillos. Localidades pequeñas, ciudades grandes, negros, blancos, de clase alta, de clase baja... no parece importar. Y el humano que hay en mí quiere oponerse a ello, quiere vivir negándolo, mientras que el director que hay en mí sabe que no puede hacerlo. Tengo una obligación con mis alumnos. Si este es el

mundo en el que vivimos, entonces es el mundo para el que debo prepararlos. Pero ¿cómo lo hago? No estoy seguro de estar preparado para este mundo. Sé que la señorita Avalon no lo estaba.

—¿Ha organizado sesiones de terapia de duelo? —preguntó Quincy con suavidad.

—Por supuesto. Van a venir a la ciudad varios psicólogos infantiles.

—No me refería solo a los alumnos. También a usted y a su personal.

—Sí, claro, claro. —La atención del director VanderZanden volvió a centrarse en el monumento conmemorativo. Contempló el cartel que decía: «La queremos, señorita Avalon».

Su figura se tambaleó. De repente, el director le pareció pequeño a Rainie. Un hombre delgado y vulnerable que envejecía ante sus ojos.

—Ella intentaba de veras ayudarlo —comentó VanderZanden a nadie en particular—. Se preocupaba mucho por sus alumnos, sobre todo por Danny. Si hubiera visto el tiempo que pasaba con él, todas esas horas después de clase, porque sabía que él no quería irse a casa. Lo ayudó a aprender programación básica, se reía con él de los chistes de Internet. Era tan paciente, tan cariñosa... A veces odio a Danny O'Grady. Y eso me hace sentir peor. ¿Qué clase de director odia a un alumno? ¿Qué clase de hombre teme a un niño?

Era obvio que el director VanderZanden no esperaba ninguna respuesta. Enderezó los hombros. Caminó de vuelta a su coche mientras las nubes se movían por fin sobre el sol y empezaban a caer las primeras gotas de lluvia primaveral.

—Creo que necesita ayuda —opinó Rainie después de un momento.

—Tú también lo harías si acabaras de perder a la mujer a la que amabas.

—¡El director VanderZanden es un hombre felizmente casado!

—No cuando estaba con Melissa Avalon —replicó Quincy.

ONCE

Miércoles, 16 de mayo, 4:46 p. m

.

Sandy O'Grady seguía pensando que Danny estaba muerto.

Las pequeñas comunidades tenían sus rituales, sus formas establecidas de afrontar los principales trances de la vida. Casi todos tenían que ver con la comida. Si alguien iba a casarse, se hacía el pan favorito de la novia y se pegaba la receta en el molde para su futura cocina. Si alguien iba a tener su primer hijo, se horneaban montones de galletas de azúcar caseras en forma de patucos. A una barbacoa de graduación se llevaba la reconocida ensalada de tres legumbres de mamá. En la carrera anual para enfardar el heno antes de que las lluvias de Oregón arruinasen la cosecha, se servían maíz y tomates frescos del huerto, además de llevar bolsas de azúcar y sal gruesa para la máquina de helados. Tal vez se incluía un paquete de pepitas de chocolate.

Cuando alguien fallecía, había que sacar las cacerolas: el guiso de jamón y patatas de papá, el taco supremo de siete ingredientes de la abuela, asar un jamón, cocinar un pavo. Tenía que ser grande, contundente y sabroso. Y se entregaba con un montón de pañuelos de papel y un hombro en el que la viuda pudiera apoyarse. Después había que regresar dos días después con una bandeja de brownies o un par de tartas de manzana. Tarde o temprano, incluso los supervivientes más estoicos buscaban consuelo en el azúcar. Era solo una forma de vida.

La tarde anterior, en la puerta de casa de los O'Grady, apareció la primera cacerola. Iba acompañada de una nota que decía: «El más sentido pésame». No llevaba nombre. Sandy se dio cuenta entonces de lo malos que serían los días venideros. Los vecinos comprendían su tormento. Algunos incluso se compadecían. Pero en esas circunstancias nadie sabía qué hacer.

Cuando Danny fue trasladado al centro de detención de menores del condado de Cabot, llevaba puesto un chaleco antibalas.

La policía había pasado la noche en casa de los O'Grady. Unos hombres a los que Sandy y Shep no habían visto nunca, con gesto adusto y cazadoras azul marino con las letras UEC, acordonaron la habitación de Danny. Retiraron su cama, destriparon su armario. Se adentraron en su escritorio, desmontaron sus muebles y metieron en cajas todo lo que hubiera tocado alguna vez. Destrozaron el dormitorio de Danny O'Grady, lo cubrieron con polvo para huellas dactilares y se marcharon con el mismo gesto sombrío con el que

llegaron.

Becky se escondió en el armario de los abrigos.

Llegaron los padres de Sandy, la abrazaron y lloraron. Sacaron a Becky del armario y lloraron con más intensidad aún. Miraron a Shep con frialdad, para que supiera que, hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido, era culpa suya. Después, la madre de Sandy se trasladó a la cocina y empezó a hornear. Su padre se sentó en el sofá e hizo todo lo posible por parecer fuerte.

El párroco fue a verlos y se sentó con Sandy y Shep. Les recordó que el Señor no enviaba cargas que no se pudieran soportar. Les aseguró que la fe los ayudaría a superar ese momento de dolor. Empezó a hablar de Danny en pasado, lo que a la vez parecía natural, y eso casi sacó a Sandy de sus casillas.

Danny no estaba muerto. Danny no era una carga. Era un muchacho confuso y asustado que en ese momento se hallaba internado en un grisáceo correccional de menores con barrotes en las ventanas. Cuando intentaron visitarlo esa mañana, los médicos les dijeron a Sandy y Shep que se encontraba en estado de shock. Estaba acurrucado con los brazos alrededor de las rodillas, como si estuviera tan agotado por la vida que intentara volver al vientre materno.

No, todavía no podían verlo. Necesitaba más tiempo y más sueño. Tal vez al día siguiente.

Sandy no quería irse. No quería volver a una casa que producía guisos por arte de magia y a una madre que hacía filas y más filas de tartas como si una masa con unos bordes perfectos fuera el secreto para gestionar la vida. No quería pasar ni un minuto más con el sacerdote que los había casado a ella y a Shep y que ahora los miraba con la solemne compasión que suele reservarse a los leprosos. No quería quedarse mirando su garaje, donde temprano esa mañana alguien había garabateado «Asesino de niños» con chorreante pintura roja.

Danny no era un asesino a sangre fría. Era un niño. ¡Era su hijo, y ella quería recuperar a su familia! Quería ser una madre guerrera, cazadora de todos los dragones para sus hijos.

Excepto que nadie podía decirle qué dragón tenía que matar. Nadie podía decirle qué era lo que había sucedido la tarde anterior y que había convertido a su hija de ocho años en un fantasma silencioso y a su hijo de trece en un asesino en masa.

En ese momento, su abogado, Avery Johnson, estaba hablando con ellos en su cocina. Acababan de regresar de la vista preliminar ante el juez de menores, donde Sandy quedó sorprendida por la informalidad del procedimiento. La sala no era muy distinta a un aula de instituto, con sus paredes blancas y su suelo de linóleo. El juez, vestido con una toga oscura, se sorprendió sin duda al ver a dos abogados trajeados.

—No vienen a menudo por aquí, ¿verdad? —puntualizó para empezar.

En esa sala bien sencilla, con unos procedimientos bien sencillos, el fiscal del condado, Charles Rodríguez, un hombre con el que Shep había trabajado durante años, un hombre al que Sandy había invitado a cenar a su casa en numerosas ocasiones, presentó de manera oficial una petición de remisión al tribunal de adultos dada la «naturaleza atroz de los delitos de Daniel O'Grady contra la comunidad».

Había acusado a su hijo de cinco cargos de homicidio con agravantes, uno por la primera víctima y dos por cada víctima adicional, ya que formaban parte de un homicidio múltiple. Si era declarado culpable en un tribunal de adultos, Danny podría recibir cinco condenas consecutivas de treinta años a cadena perpetua. Había pasado a custodia del condado la tarde anterior. Nunca volvería a casa.

Sandy seguía pensando que Danny estaba muerto.

—Hay que ver el lado positivo —manifestó Avery Johnson—. Danny solo tiene trece años. Tiene las estadísticas de su lado.

—¿Las estadísticas? —preguntó Sandy con voz débil. Estaba destrozando una porción de tarta de manzana recién horneada. Su madre se la había servido con una bola gigante de helado de vainilla hacía apenas diez minutos. Sandy observaba cómo el helado se derretía formando pequeños ríos, y luego ella construía diques con trocitos de manzana asada. Al cabo de un momento, Shep cogió su plato y se comió él mismo el pastel. En tiempos de crisis, a él siempre le entraba apetito, mientras que ella perdía el suyo.

—En la próxima vista —continuó Avery—, debemos argumentar qué es lo mejor para el chico y para la comunidad. En esencia, una vista de exención se centra en dos aspectos clave de la personalidad de Danny: si supone un riesgo demasiado grande para los demás como para dejarlo a cargo del sistema penal de menores y si es susceptible de rehabilitación. Sin duda alguna, el fiscal va a argumentar que el acto de Danny demuestra que es un delincuente peligroso más allá de toda esperanza de rehabilitación, por lo que queda fuera de la jurisdicción del tribunal de menores. El juez debería transferir al niño al tribunal de adultos, que tiene los medios para tratar a un criminal experto.

«Nuestro trabajo es demostrar lo contrario, y la buena noticia es que las estadísticas están a nuestro favor. La mayoría de los niños que cometen actos violentos no reinciden en la edad adulta. Además, y debemos hacer hincapié en esto, los estudios demuestran que hay más probabilidades de reincidencia con un niño encarcelado con adultos que con uno recluido en centros de menores. Así pues, lo mejor para el propio Estado es mantener a Danny en la jurisdicción de menores, donde puede rehabilitarse y volver a empezar cuando cumpla veinticinco años como miembro productivo de la sociedad.

—Está asumiendo que Danny es culpable —manifestó Sandy con brevedad—. ¿Por qué asume que mi hijo es culpable?

Avery, un hombre mayor con gafas de montura de alambre y trajes caros, le dedicó una leve sonrisa. Se había comido su porción de tarta en pocos minutos, y luego se acarició con suavidad el labio superior con su servilleta de papel como si hubiera estado hecha del mejor lino. Sandy aún no estaba segura de si le caía bien. Le parecía que podía resultar demasiado pomposo, demasiado rico y rezumante de éxito para su gusto. Pero Shep se quedó prendado de él desde que se conocieron en algún acto de las fuerzas del orden en el que Avery fue el orador principal. Shep llegó incluso a referirse a él como «amigo», aunque Sandy sabía que no era cierto. Avery Johnson se movía en círculos más elevados que el suyo. Vivía en una preciosa casa en la localidad de Lake Oswego y no aceptaba este caso precisamente por su buen corazón. Sandy imaginó que el hombre cobraba quinientos dólares la hora y acumulaba tiempo facturable incluso mientras se comía la tarta que le habían servido ellos.

No sabía cómo iban a pagarle. No tenía ni idea de las mentiras que Shep le habría contado sobre su situación económica para que acudiera. Solo sabía que Shep quería a Avery Johnson. Era el mejor que había y Shep no deseaba menos para su hijo. Esa era su idea de la paternidad, y eso enfurecía a Sandy y le rompía el corazón.

—Sandy, puede estar segura de que nunca dejaré que un jurado piense que su hijo es culpable. —Avery volvió a sonreírle—. Pero todavía no estamos en un juicio con jurado. Dentro de seis meses estaremos Charles Rodríguez y yo «discutiendo» el futuro de Danny con el juez Matthews, que, para ser sincero, es un viejo miserable al que le gustaría que volvieran los castigos corporales a los colegios públicos. Es muy posible que piense que Danny es culpable. Es probable que piense que Danny debería ser ahorcado. Por fortuna, eso no es relevante para la audiencia. En este punto, nos limitamos a abordar qué tribunal debe tener jurisdicción sobre el caso. Así que tengo que argumentar que, culpable o no, los intereses de Danny, y de la comunidad, están mejor servidos manteniendo este caso en el tribunal de menores.

—¿Porque, aunque ahora sea un asesino en masa, cuando crezca se curará milagrosamente?

—Exacto. Y no se trata de ningún milagro. Llevo toda la noche leyendo artículos sobre delincuencia juvenil, y los expertos lo llaman «fenómeno de desistimiento». Entre los doce y los dieciocho años, los adolescentes varones presentan un pico de actividad delictiva a medida que el aumento de sus hormonas y los cambios en su desarrollo superan sus habilidades de afrontamiento. Luego, a los dieciocho, cuando se hacen adultos, consiguen trabajo y encuentran

relaciones más permanentes, se asientan. La actividad delictiva disminuye, e incluso los adolescentes que antes se calificaban de «problemáticos» pasan a llevar una vida normal.

—Entonces, si Danny es inocente, es inocente. Pero si es culpable, ¿simplemente está pasando por una fase? ¿Eso es lo que vamos a argumentar en el juicio? —La voz de Sandy estaba volviéndose estridente. No podía evitarlo. Sonaba ridículo. Parecía una locura.

Shep le lanzó una mirada impaciente.

—Por el amor de Dios, Sandy, ¿qué quieres oír? Acaba de decirte que su trabajo es mantener a Danny fuera del tribunal de adultos, y esta es la forma de hacerlo.

—Sandy... —comenzó Avery en tono tranquilizador.

Sandy lo interrumpió:

—¡No sé lo que quiero oír! Tal vez que mi único hijo no es capaz de matar a tres personas. Tal vez que mi primogénito no es un asesino, que todo ha sido un gran error. —Golpeó la mesa con la mano—. Miraos a vosotros, discutiendo teoría legal como si eso supusiera alguna diferencia. Esto no es un partido de pelota. No se reduce a quién gana o pierde al final de la noche. ¡Se trata de nuestro hijo! ¡Se trata de nuestra comunidad!

«¿Cómo vamos a ir por la calle si Danny es declarado culpable? ¿Qué le vamos a decir a Becky? Dios mío, Shep, ¿no has visto lo que escribieron en nuestro garaje? Van a matarlo. Nuestros vecinos consideran a Danny responsable del asesinato de dos niñas, y tarde o temprano alguien va a matarlo. Maldita sea. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

Sandy se apartó de la mesa. Se levantó, dio cuatro pasos alrededor de la pequeña cocina y se dio cuenta de que estaba llorando sin control. Shep no se levantó para consolarla. La noche anterior, intentó ir a su cama después de meses durmiendo en el sofá. Con voz desgarrada, le dijo que solo quería abrazarla. Tal vez podrían dejar de lado sus diferencias por un tiempo. Hubo una época en la que eran buenos amigos.

Sandy encerraba una ira demasiado tensa en su interior. Miró a su marido, el padre de sus hijos, frágil y vulnerable con sus grandes hombros caídos, y lo único en lo que pudo pensar fue que, si Danny se había visto abocado al asesinato, era culpa de Shep. Presionaba demasiado al chico. Nunca apreció que Danny fuera diferente, más intelectual, más como ella. En cambio, Shep intentó obligarlo a entrar en su mundo arrogante y machista. Había destrozado a su hijo. Había destrozado su familia. Sandy lo odiaba.

Y luego, del mismo modo súbito que la emoción se había apoderado de Sandy, recorrió su cuerpo y no le quedó nada. Permaneció de pie en su cocina vacía, exhausta y balanceándose sobre sus pies.

Se volvió hacia la puerta y allí estaba Becky, observándola con unos sombríos ojos azules.

—No dejes que el monstruo te atrape, mamá —rogó Becky. Luego se dio la vuelta y volvió a la sala de estar, donde los padres de Sandy estaban viendo la televisión.

Sandy volvió a la mesa y se sentó.

—Sé que es un momento inquietante para usted —empezó Avery.

—¡Maldita sea! —exclamó Sandy.

Shep lanzó un profundo suspiró, se levantó y se cortó un tercer trozo de tarta.

—Mire —expuso Avery de forma enérgica—, permítame que los guíe a través de todo el proceso. Quizá al final le quede más claro lo que intentamos conseguir. Los próximos seis a doce meses van a ser cruciales para el futuro de Danny.

Sandy levantó una mano.

—¿Por qué tenemos que esperar de seis a doce meses?

—Porque todo el mundo va a tardar ese tiempo en prepararse para la vista de solicitud de exención. No es poca cosa.

—Pero Danny no puede volver a casa, ¿verdad? Usted dijo que no había fianza para menores acusados de asesinato. Entonces, ¿qué es esto? Mi hijo aún no ha sido juzgado, ni siquiera se le ha declarado culpable de asesinato, ¿y va a pasar al menos seis meses encerrado en un centro de detención de menores? ¡Por el amor de Dios!, ¿cómo puede ser eso legal?

—Así funciona el sistema.

—¡Pues que le den al sistema! —Sandy había perdido la razón, y lo sabía.

Avery Johnson volvió a dedicarle esa pequeña sonrisa tranquilizadora. Entonces su voz se agudizó.

—Señora O'Grady, sé que no quiere oír esto, pero hay muchas posibilidades de que Danny cometiera esos crímenes. Lo encontraron reteniendo a Shep a punta de pistola. Llevó las armas de su familia al colegio y, además, confesó dos veces.

—Está en estado de shock. Usted mismo lo dijo. No sabe lo que dice.

—Las armas, señora O'Grady, las armas. ¿Cómo llegaron dos pistolas de su caja fuerte hasta el colegio?

Sandy miró a Shep con impotencia. Él agitó en el aire su tenedor cubierto de helado.

—Mi hijo no lo hizo —afirmó de manera estoica.

Por primera vez, Sandy sintió una oleada de calidez hacia su marido.

—Eres policía, Shep, y ni siquiera tú puedes probar la inocencia de tu hijo —expuso Avery Johnson con severidad.

—Conseguiré...

—No podrás...

—Tengo seis meses.

Avery Johnson suspiró. Estaba claro que pensaba que estaban negando la realidad. Lo intentó de nuevo:

—Incluso si consigues explicar cómo llegaron tus armas a la escena del crimen, por qué tu hijo te retuvo como rehén, y por qué tu hijo confesó dos veces tres asesinatos, el hecho es que Danny es un chico difícil. Es obvio que tiene problemas. Así pues, dejando a un lado todas las necesidades legales, como padres deberíais ser capaces de ver el valor de los próximos seis meses como una oportunidad para conseguirle a Danny la ayuda que necesita. Será examinado por expertos en desarrollo infantil, lo someterán a una serie de exámenes psicológicos y explorarán a fondo su infancia, su familia, sus amigos. Aunque estoy seguro de que a veces podrá resultar incómodo, el resultado debería ser una mejor comprensión de quién es Danny y a qué problemas se enfrenta. ¿Parece que tiene sentido?

Sandy por fin consideró el asunto. Miró a Shep, que estaba metiéndose un trozo de tarta en la boca de una manera que indicaba que no la saboreaba de veras. Se dio cuenta de que las palabras del abogado lo habían deprimido; sus hombros habían vuelto a caer. Danny tenía problemas. Danny tenía dificultades. Era el modo en que Shep negaba todo lo que no le gustaba oír cuando ya no le quedaban palabras. Los comentarios del abogado habían tocado demasiado de cerca las dudas secretas de sus corazones. ¿Y si Danny tenía de verdad problemas? ¿Y si habían convertido a su pequeño en un monstruo?

Bajo los ojos de su marido se veían sombras muy oscuras. Sandy tuvo que apartar la mirada.

Sabía que la noche anterior, tras salir de su habitación, Shep se tumbó en el suelo junto a la cama de Becky. Su hija había rechazado las ofertas de dormir en la habitación de sus padres, construyendo en su lugar un muro de animales de peluche alrededor de su cama. Gran Oso, su peluche favorito, estaba reservado para tareas especiales de guardaespaldas. El caballo Hannah estaba colocado en la puerta. Doce Beanie Babies acordonaban el alféizar de la ventana. Le entregó el perro Pugsley a Sandy, por si ella también necesitaba protección.

Becky gimoteó muchas veces en mitad de la noche. Una vez, sobre las tres de la madrugada, Shep la pilló saltando de la cama y corriendo hacia su armario. Cuando intentó sacudirla para despertarla, ella gimoteó con más fuerza, así que al final la llevó de vuelta a la cama con Gran Oso. Antes de caer en un sueño más profundo, Becky le dijo entre dientes que tuviera cuidado con los monstruos.

A las seis de la mañana, Shep se trasladó al sofá de la sala de estar. A las siete, cuando Sandy fue a ver cómo estaba Becky, la encontró acurrucada en la esquina más alejada del armario, con cuatro vestidos que había descolgado para ocultar su reluciente pelo rubio.

Becky aún no había contado nada de lo que había sucedido el día anterior, y los médicos predijeron que nunca lo haría. Lo que había vivido era demasiado traumático para su mente de ocho años, y ahora se esforzaba por guardarlo todo bajo llave. Sandy y Shep recibieron instrucciones de hacer que su hija se sintiera segura, pero procurando no parecer despectivos con sus temores. Fuera lo que fuera lo que eso significara.

Sandy tenía la sensación de que durante esos días ella y Shep estaban envejeciendo de manera exponencial. Le habría encantado coger el teléfono para hablar de ello con Margaret, Liz o Margie, del mismo modo que las cuatro madres habían comparado impresiones sobre sus hijos durante los últimos seis años. Salvo que ella no podía hacer eso. Tal vez sus dos hijos estaban sufriendo, pero, según parecía, la causa del dolor de todos era Danny. Ahora le tocaba a ella, como madre, pagar las deudas de su hijo.

—¿Y si... lo ha hecho Danny? —aventuró Sandy por primera vez, mirando temblorosa al rico y exitoso Avery Johnson, que tenía su futuro en sus manos—. ¿Y si todos los expertos estudian a Danny y concluyen que es un asesino?

—Esto es lo que he estado tratando de explicar. El objetivo de este juicio no es señalar que Danny es un asesino; es valorar si va a volver a matar. El tribunal de menores va a nombrar a un psicólogo forense para evaluar a Danny, su personalidad, comportamiento pasado, tendencias violentas, etcétera. Hay toda una serie de parámetros que ese psicólogo analizará, de ahí que lleve cierto tiempo. Cuando termine de estudiar a Danny, el experto redactará un informe. En este caso, dada la gravedad del presunto delito de Danny, es probable que el psicólogo forense haga dos declaraciones. Una dirá que, suponiendo que Danny cometiera un asesinato en masa, tiene un X por ciento de posibilidades de volver a matar. Si no cometió asesinato en masa, tiene un Y por ciento de posibilidades de rehabilitarse.

—No lo entiendo. Si Danny no cometió el crimen, entonces debería tener un cien por cien de posibilidades de llevar una vida normal y saludable. ¿Cómo puede haber una segunda declaración?

—El psicólogo forense analiza más allá de ese momento, señora O'Grady, toda la vida de Danny, no solo ese acto, del que puede o no ser culpable.

—Danny siempre ha sido un chico muy bueno —replicó Sandy de forma automática.

Avery Johnson la miró con compasión pero con gesto firme.

—Danny sufre explosiones de rabia violenta, pasa mucho tiempo con armas, tiene fama de antisocial. Estas cosas van a salir a la luz, señora O'Grady. El psicólogo forense analizará todo tipo de factores, incluidas las tensiones en su familia y otras fuentes de estrés.

Shep inclinó la cabeza. Sandy sabía lo que estaba pensando: en su desmoronado matrimonio. El mal genio de Shep no era un buen ejemplo de cómo manejar la agresividad, aunque Shep, que Dios lo bendijera, nunca había levantado la mano contra ella ni contra los niños. El mobiliario, sin embargo, no siempre corría la misma suerte.

Shep habló por fin.

—¿Y si no nos gustan las conclusiones del experto? ¿No podemos contratar a nuestro propio psiquiatra?

—Por supuesto. Mañana a primera hora pediré al tribunal de menores nuestro propio psicólogo forense. Ellos designarán al experto de todas formas, pero trabajará para nosotros.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Sandy, vacilante—. Quiero decir...

Miró a Shep y se dio cuenta de que estaba enfadado porque había sacado el tema del dinero, pero no podía evitarlo. El sheriff solo ganaba veinticinco mil al año, y Sandy apenas ganaba nueve dólares a la hora en su trabajo. Tenía esperanzas de ganar más, de tener un contrato fijo tras el cierre de ese nuevo acuerdo con Wal-Mart, pero eso ya parecía algo muy lejano. Había salido corriendo de la oficina sin mirar atrás. Esa noche Mitchell le dejó un mensaje muy amable diciéndole que se tomara todo el tiempo que necesitara, pero ella se dio cuenta de que estaba decepcionado. En aquel momento él necesitaba ayuda para la reunión. Sin ella, no tendría más remedio que encontrar a otra persona. Eso eran negocios.

—El tribunal de menores paga a los expertos. Sale de los fondos del tribunal.

—¿No nos costará nada? —preguntó Sandy.

Su marido gruñó. Avery Johnson le aseguró que así sería. Por primera vez, ella percibió algo de compasión en sus ojos. Tal vez entendía mucho más de sus finanzas de lo que ella pensaba.

—La ventaja de tener nuestro propio experto es que estará sujeto a la confidencialidad paciente-cliente. Danny puede ser del todo sincero con él, y si al final creemos que eso es demasiado condenatorio, simplemente no haremos testificar a nuestro experto. Nadie se enterará.

—Excepto nosotros —añadió Sandy.

—Si tenemos la información, podemos conseguir ayuda para Danny —aclaró Avery con calma.

—Si lo mantenemos fuera del tribunal de adultos —rebatió ella.

—Ese es el reto —coincidió—. Para un niño de trece años, el tribunal de adultos significa la perdición.

Todos guardaron silencio un momento, considerando el camino que tenían por delante y la joven vida que estaba en juego. Sandy se frotó sus doloridas sienes.

—Danny no lo hizo —repitió Shep, obstinado—. Voy a demostrarlo.

Sonó el teléfono. Shep lo cogió de forma automática. Dijo «Hola», luego se le heló el rostro y colgó de golpe.

—Número equivocado —murmuró, pero todos sabían que mentía.

El teléfono había estado sonando toda la mañana. Se oían voces incorpóreas que gritaban: «Espero que violen bien al cabrón. Espero que en la cárcel lo destrocen. Mataniños, mataniños, mataniños».

Sandy llevaba viviendo en esa pequeña ciudad toda su vida. La había amado con todo su corazón.

Se volvió hacia Avery Johnson.

—¿Qué posibilidades tenemos? Dígamelo con sinceridad. ¿Qué pasó con los otros chicos acusados de tiroteos masivos?

—Casi todos están en la cárcel de por vida. Pero la mayoría de los tiradores tenían dieciséis años, lo que les hizo entrar de forma automática en la jurisdicción de un tribunal de adultos.

—¿Pero no todos? ¿Ha habido alguna excepción?

—En Jonesboro. Aquellos dos chicos eran demasiado jóvenes, y Arkansas no tenía una ley que enviara menores al tribunal de adultos.

—¿Permanecieron en custodia juvenil?

—Creo que se ordenó retenerlos hasta que cumplieran veintiún años.

Sandy se sintió esperanzada por primera vez.

—¿Y funcionó, señor Johnson? —preguntó, ansiosa—. ¿Son ahora miembros seguros y productivos de su comunidad?

—Nadie lo sabe aún, señora O'Grady. Nadie lo sabe.

DOCE

Miércoles, 16 de mayo, 5:57 p. m.

Su proveedor de servicios de Internet favorito era AOL. Le gustaba la forma en que agrupaba los titulares y facilitaba el salto de una noticia a otra. Hizo doble clic en el resumen de la noticia: El hijo del sheriff, sospechoso de los asesinatos de la pequeña localidad. Dos párrafos después, volvió a hacer doble clic para leer el informe en profundidad. «El mundo entero está de luto. Tres familias devastadas, el presidente pide por un mayor control de armas...», bla, bla, bla. Una barra lateral le ofrecía opciones adicionales. Podía charlar con otras personas sobre el tema, ver una cronología de todos los tiroteos escolares recientes, leer una entrevista a otros supervivientes de tiroteos en centros escolares en la que relataban cómo cada nuevo incidente reabría sus heridas y les desgarraba el corazón. Leyó ese artículo sobre heridas abiertas y corazones sangrantes. ¡Dios!, le encantaba el periodismo en la actualidad. De hecho, tenía guardada en una vitrina la edición del 20 de diciembre de 1999 de la revista Time. Hacía lo que fuera para inspirarse.

Dos horas antes había descargado los artículos más recientes sobre la historia de Bakersville. No había recibido tanta cobertura como esperaba. Solo tres muertos, ese era el problema. Las portadas se habían vuelto mucho más competitivas que cuando él empezó. Tendría que recordarlo.

Eran las seis de la tarde. El hombre se apartó de su portátil. ¡Joder!, tenía hambre y ese motel no ofrecía muchos servicios. Esperaba un hotel más grande, de alguna cadena agradable e inocua. No tuvo la suerte de encontrar uno a poca distancia en coche de Bakersville. Tuvo que alojarse en un sitio barato, de gestión privada. Por un lado, el propietario parecía demasiado interesado en sus huéspedes. Por otro, no había mucho personal trabajando durante todas las horas de la noche para percatarse de las actividades que realizaba. A veces se ganaba, a veces se perdía.

El estómago del hombre volvió a rugir. Decidió probar el bar local.

Quince minutos más tarde, con el abrigo y el sombrero puestos, recorría la diminuta calle principal hasta una taberna poco iluminada. Tres lugareños, agrupados en torno al único televisor, levantaron la vista con curiosidad. El solitario camarero calvo lo saludó con una pequeña inclinación de cabeza. El hombre tomó asiento frente a tres grifos de bar plateados y pidió una cerveza.

—¿Algo interesante en las noticias? —preguntó, llamando la atención de los otros hombres.

—El Senado quiere una nueva ley de armas. Que se haga a los padres

responsables de cualquier daño que sus hijos hagan con armas —mencionó uno de ellos.

—Ya iba siendo hora —murmuró el amigo del hombre—. Como suele decirse, la manzana nunca cae lejos del árbol; estos chicos tienen que haber sacado sus ideas de algún sitio.

El tercer hombre se quedó mirando a los dos primeros con gesto ecuánime. Tenía un rostro viejo y curtido por toda una vida subido a un John Deere.

—Shep es un buen hombre —afirmó en voz baja.

Los otros dos se encogieron de hombros y casi de inmediato empezaron a estudiarse los pies. Al parecer, no se sentían capaces de discutir.

Así que el hombre de la barra añadió:

—Shep es un buen sheriff, desde luego. Pero como padre... ¿no creéis que un padre es algo diferente?

Los tres hombres se apartaron del televisor. Por primera vez, lo estudiaron de verdad. El mayor, de rostro sonrosado, habló primero.

—No creo que hayamos entendido su nombre.

—¡Oh!, solo estoy de paso. Negocios, ya saben. En general, me encanta viajar por la costa. Bonitos campos, gente agradable. Pero esta vez... Un chico de trece años que dispara a dos niñas, y luego asesina a esa pobre maestra... Una mujer tan hermosa, una pérdida tan horrible. —Se volvió hacia el camarero, cuyo gesto cordial ya había desaparecido—. ¿Puedo pedir una ración de alitas al estilo Búfalo? Extrapicantes, con extra de queso azul.

—Nadie sabe si Danny O'Grady lo hizo —repuso el tipo de rostro sonrosado con aspereza.

El camarero asintió con la cabeza.

—Vamos, Darren —objetó con suavidad uno de sus amigos—. Mi esposa escuchó de la boca de la madre de Luke Hayes que Danny había confesado.

—Y yo os digo que los O'Grady son buena gente.

—¿Hay algún otro sospechoso? —preguntó con tono despreocupado el hombre de la barra.

—Algunos niños contaron que habían visto un hombre de negro —mencionó el de rostro sonrosado al instante.

—Venga, Darren, nadie se cree eso. Son niños, tienen una gran imaginación y estaban asustados.

—Eso no significa que no sea verdad.

Los demás hombres fruncieron el ceño, pero una vez más se dignaron a no discutir.

—He oído que los O'Grady tienen problemas matrimoniales —agregó a continuación el hombre de la barra.

El sonrosado clavó en él su fría mirada. Era corpulento, de pecho

robusto y brazos gruesos, incluso a su edad, después de toda una vida de trabajo. El hombre de la barra no estaba impresionado. Los viejos como ese no se metían en peleas de bar. Utilizaban su edad y posición para avergonzar a sus oponentes y hacerlos callar. Bueno, por fin había encontrado a alguien a su altura. El hombre de la barra no tenía vergüenza.

—Solo repito lo que he oído —añadió con calma.

El sonrosado dio un paso adelante. Uno de sus compañeros lo agarró del brazo.

—Déjalo en paz, Darren. El hombre tiene derecho a tener su opinión.

—El verano pasado —relató el sonrosado con voz entrecortada—, yo iba conduciendo hacia Bakersville para la subasta semanal. ¡Maldita la gracia!, se me reventó un neumático del remolque y casi nos mató a todos. Shep O'Grady pasaba en su coche patrulla con su hijo sentado en el asiento del copiloto. Pararon y me ayudaron. Y Danny no se quedó ahí sentado. Salió del coche, ayudó a alinear la rueda de repuesto y se puso a apretar las tuercas como un buen muchacho. Cuando les di las gracias a ambos, me contestó: «No hay de qué, señor», y me estrechó la mano. No sé lo que pasó en ese colegio, pero no me apresuraría a juzgar a un chico, o a dos padres, que el resto de ustedes nunca ha conocido.

—En serio, resulta interesante —continuó el hombre de la barra—, porque he oído que Danny O'Grady tiene mal genio. Se junta con la gente equivocada, destrozó su propia taquilla. Mi cliente tiene un hijo en el colegio de Bakersville y me ha dicho que todo el mundo sabía que Danny O'Grady no estaba bien de la cabeza.

El sonrosado frunció sus pobladas cejas blancas lanzando una espesa y amenazadora mirada. Su amigo volvió a agarrarlo del brazo.

—Asúmelo —le insistió a su amigo con voz apaciguadora—. Las tragedias como esta no tienen sentido. Me hace preguntarme a veces si cada generación no necesitará una guerra, solo para tener una forma de desahogarse.

—¿Crees que la guerra ayuda a los jóvenes a ser mejores? —cuestionó, incrédulo, el sonrosado.

El amigo se encogió de hombros.

—Recuerdo haber disparado a alemanes y coreanos, pero nunca a nuestros colegios.

—Eso es una gilipollez, Edgar.

—Solo digo que...

—Drogadictos y amputados de ambas piernas, ¿eso es lo que estás diciendo? Sí, la guerra hace maravillas con los jóvenes.

—Bueno, ¿qué crees que está pasando, Darren? ¡Estos tiroteos siguen ocurriendo! ¡Jesús, cuántos han sido ya!

Todos los hombres se callaron, incluso el de la barra, que luchaba por

no sonreír.

—Supongo que tendremos que ver qué pasa —se limitó a decir el sonrosado.

—Si es que sucede algo —repuso Edgar después de resoplar—. Bakersville ya ni siquiera tiene sheriff. He oído que esa mujer está al mando.

—Agente Lorraine Conner —puntualizó el hombre de la barra, y el camarero lo miró con curiosidad.

—Sí, así es —ratificó Edgar—. Se ha hecho cargo del caso, y Dios sabe que apenas tiene edad para votar.

—También han traído un federal —soltó el hombre de la barra—. Un experto en tiroteos escolares.

—¿Los federales tienen un experto en tiroteos escolares? —El camarero habló por primera vez.

El hombre le sonrió.

—Interesante, ¿verdad? —opinó—. Ahora solo nos queda averiguar si el tipo es bueno.

A las ocho de la tarde, las calles de Bakersville se habían vuelto grises y el humor de Rainie se había tornado tenso.

Después de hablar con el director VanderZanden, Rainie y Quincy realizaron una visita al pequeño apartamento de Melissa Avalon, con la esperanza de descubrir más sobre su vida. Según todos los indicios, ella había sido el objetivo específico del tiroteo. Tal vez incluso había sido la única víctima prevista, y a Rainie le costaba creer que Danny O'Grady disparara a propósito a la única profesora que había sido amable con él. Lo que planteaba la cuestión de quién era Melissa Avalon y, mejor aún, quién podría haberla querido ver muerta. Tras oír las sospechas de Quincy sobre un romance Avalon-VanderZanden, Rainie empezó a inclinarse por el director. O tal vez su esposa traicionada...

Quincy, por su parte, todavía no estaba convencido de nada. Parecía creer que Melissa Avalon era el objetivo principal, pero no creía que eso significara que el tirador tuviera que conocerla. Murmuró algo sobre que muchos desconocidos habían asesinado a muchas mujeres jóvenes y guapas por el mero hecho de serlo. Rainie de veras no quería saber qué leía el agente por la noche.

Por desgracia, Sanders detuvo en seco su investigación al haber llegado primero al apartamento de Avalon. Habían desvalijado los cajones, desmantelado la cocina y destrozado la cama. Los técnicos de la escena del crimen incluso habían hurgado en los tampones de la chica.

Rainie tendría que esperar al informe estatal sobre la evidencia o suplicarle a Sanders que le proporcionara información sobre su propio maldito caso. No le hacía ninguna gracia.

Regresó al cuartel de la unidad especial con Quincy justo a tiempo para encontrarse con Luke Hayes y el ayudante del sheriff, Tom Dawson. Habían albergado la esperanza de entrevistar a Becky O'Grady antes de la hora de la cena, pero fracasaron. Avery Johnson estaba ya en casa de Shep. Exigió estar presente en la entrevista, y Sandy y Shep se empeñaron en asistir también. Como resultado, la testigo de ocho años acabó en un pequeño cuarto de estar con cinco adultos observándola con atención.

Becky hizo lo lógico: se abrazó con fuerza a su osito de peluche, se hizo un ovillo en el sofá y se quedó dormida.

Al cabo de quince minutos, Luke y Tom se dirigieron a la puerta. Shep no salió a despedirlos. El abogado se encargó de ello, tras informar a los agentes de que los O'Grady cambiarían de inmediato a un número no registrado debido a las llamadas de acoso. Además, quería patrullas que velaran por la seguridad de la familia. ¿No habían visto lo que algún palurdo hostil había escrito en el garaje de los O'Grady?

Las pintadas molestaron de verdad a Luke. Sacó dos fotos Polaroid para sus archivos. Luego se dirigió directo a la ferretería, donde compró un cubo de imprimación y otro de pintura blanca. Él y Tom pasaron la última hora repintando ellos mismos el garaje de Shep. Ni Shep ni Sandy salieron a darles las gracias.

Rainie no sabía qué decir. Las tragedias ponían de manifiesto lo mejor de los pueblos. Pero también podían sacar lo peor.

Poco después de irse Luke y Tom, el alcalde fue a ver a Rainie. Acababa de recibir una llamada de los padres de Sally Walker. ¿Qué era eso de retrasar las autopsias hasta el día siguiente? ¿Por qué no podían las familias recuperar los restos de sus hijas para poder proceder con los funerales? Los padres estaban furiosos.

Además, ¿Rainie había visto a George Walker en las noticias de las cinco? En efecto, el padre había aparecido ante las cámaras declarando a quien quisiera escucharlo que Danny O'Grady iba a salir impune del asesinato. Había matado a tres personas, y el departamento del sheriff de Bakersville nunca iría tras él porque era el hijo de Shep. Favoritismo puro y duro, así que sería mejor que todas las madres reunieran a sus hijos y cerrasen las puertas. Un día no muy lejano, Danny O'Grady volvería a la pequeña ciudad.

Durante toda la tarde hubo una gran demanda de rifles en la tienda de artículos deportivos. No solo en Bakersville, sino también en el vecino condado de Cabot.

La gente estaba asustada, había afirmado sin rodeos el alcalde. La gente estaba enfadada. Así que sería mejor que Rainie resolviera ese caso rápido o surgiría mucha más violencia por las calles de esa pequeña ciudad.

Justo después de que el alcalde se fuera, Rainie sacó una nueva caja de lápices del número dos. Se sentó frente al escritorio de Quincy y partió de forma metódica cada uno de ellos por la mitad. Luego partió los trozos por la mitad. Después se recompuso.

No le sirvió de nada. Era el segundo día de investigación y no tenía más que una lista más larga de preguntas. ¿Por qué había disparado Danny a la única profesora que por lo visto había intentado ayudarlo? ¿Habría influido Charlie Kenyon en él para que actuara? ¿O tal vez alguien que Danny había conocido por Internet? Parecía descabellado pensar que un desconocido pudiera influir en un adolescente para que matara, pero, por lo que decían, Danny era un chico vulnerable, y Dios sabía que cosas más raras habían pasado.

El disparo único de pequeño calibre en la frente de Melissa Avalon, las heridas dispersas en los demás... Parecía como si ya debiera saber más, pero no tenía respuestas, y se hallaba en un estado en el que el mero sonido del bolígrafo de Quincy rascando el papel le daba ganas de coger su cuaderno y golpearlo en la cabeza con él. Él se rio cuando Rainie estaba partiendo los lápices por la mitad. Los federales nunca sabían divertirse.

Pero en realidad él no estaba tan mal. Era relajado, al estilo desapegado del FBI. Era curioso, por el modo en que no apartaba su mirada del móvil como si esperara una llamada importante y a la vez la temiera. E intenso, más intenso de lo que ella hubiera imaginado esa mañana.

Había algo en la forma en que se movió por la escena del colegio, algo en la forma en que estuvo rebuscando de manera meticulosa en el destrozado apartamento de Melissa Avalon, como si cada bit de información entrase en su cerebro y por pura fuerza de voluntad hiciera encajar las piezas. A ella le daba la impresión de que Quincy podía ser algo brillante, algo serio y algo fuerte. Eso hizo que se le encogiera el estómago, lo que en ese momento necesitaba tanto como un agujero en la cabeza.

Maldito agente del FBI. Maldito detective estatal buscando demostrar algo. Maldito Danny O'Grady. Y maldito ese grupo de tontos borrachos que habían decidido que la única respuesta a la violencia era más violencia. ¡Por Dios!, ¿no sabían todo el papeleo que iba a tener que hacer por su culpa?

Rainie apartó la mirada de la ventana y de la noche, que descendía sobre las calles de Bakersville. Bajó la vista hacia su nuevo escritorio de caballete, se dio cuenta de que aún tenía las manos en los costados y supo que sus pensamientos confusos no eran más que ruido. Podría manejar a un agente del FBI y a un detective estatal. A decir verdad, le importaba un bledo lo que el alcalde quisiera para una rueda de prensa, y no temía a unos cuantos chicos de la localidad con poco

sentido común y que iban hasta arriba de cerveza; ya había lidiado con eso antes.

Lo que no sabía, lo que de verdad temía, era que al día siguiente, a las cinco de la mañana, conduciría hasta Portland para ver cómo el médico forense jefe abría en canal a dos niñas.

Pensar en ello la inquietaba. No quería volver a ver a Sally y Alice. Ya no, sabiendo sus nombres, y que habían sido mejores amigas desde que nacieron, y conociendo a sus familias. No quería pensar en su último paseo por aquel pasillo ni en la única parcela del cementerio que en breve albergaría dos ataúdes gemelos.

La noche anterior, por primera vez en más de cinco años, Rainie había soñado con la muerte de su madre. Con la sangre y los sesos esparcidos por la pared, el olor, el espantoso hedor de los fluidos humanos filtrándose y la pólvora fresca asentándose en la alfombra; el cuerpo sin cabeza desplomado en el suelo, con un aspecto tan extraño y ajeno que Rainie no habría sabido que era su madre de no ser por la botella de Jim Beam que aún sujetaba en su mano sin vida.

Y mientras ella miraba fijamente, otra vez con diecisiete años y la materia gris goteando sobre su pelo, Danny O'Grady salió de la cocina y le entregó con calma la escopeta humeante.

—Solo he hecho lo que tú querías —le dijo, y luego salió por la puerta principal.

Rainie se despertó con un sudor frío a las cuatro de la mañana, temblando sin control. Se obligó a entrar en la pequeña sala de estar, donde la alfombra marrón y el papel pintado con flores doradas habían sido sustituidos hacía tiempo. Estudió cada aspecto de la habitación, nueva y moderna, catorce años después, y podría haber jurado que vio sangre en el techo.

Rainie volvió a la cama, pero supo, por cómo le temblaban las manos cuando se despertó una hora más tarde, que sus sueños continuaron siendo desagradables. Ese caso la estaba afectando. No se lo esperaba después de tantos años. Eso la asustaba y la enfurecía.

—Necesito cenar —declaró de repente, poniéndose de pie ante el tosco escritorio y empezando a recoger sus cosas.

Quincy levantó la vista de su cuaderno. Su expresión era apacible, pero se había quitado la chaqueta, remangado la camisa y aflojado la corbata color burdeos. Le hacía parecer más accesible. También acentuaba sus ojeras. Al parecer, el superagente no había dormido mucho, ni siquiera antes de llegar a Bakersville.

—¿Tienen comida en este pueblo? —preguntó con fingida sorpresa—. Y yo que pensaba que nos habíamos saltado el almuerzo por necesidad.

—Almorzar es de blandengues —replicó Rainie—. Vamos. Lo llevaré a Martha's Diner. Tiene el mejor filete de pollo frito de la ciudad.

Quincy enarcó una ceja escéptico, tal vez cuestionando la pretensión de Martha a la fama, tal vez anticipando ya el endurecimiento de sus arterias. En cualquier caso, cogió su chaqueta azul marino y la siguió.

Martha's Diner estaba tranquilo a esa hora. La mayoría de los trabajadores ya habían cenado, y la mayoría de los agricultores pronto estarían en la cama. Nada como varios miles de vacas para arruinar la vida nocturna de una localidad. Rainie reconoció al presidente de la cooperativa de crédito, Donald Leyden, que estaba cenando a solas tras su divorcio. Después, Rainie divisó a Abe Sanders.

Sentado solo en una esquina, Sanders sujetaba el móvil con una mano mientras con la otra se comía una pechuga de pollo sin piel. Entre comentario y comentario por teléfono, masticaba zanahorias crudas de una bolsa con cierre hermético. Entonces Rainie se fijó en el táper de lechuga. El detective estatal viajaba con ensalada. Si no se había dado cuenta antes, ya no le quedaba duda alguna: Abe Sanders era el Anticristo.

—Sí, oigo al cachorro —confirmó con cierta exasperación al teléfono móvil—. No, Sara, no hace falta que lo pongas al teléfono. No, no. ¡Oye...! —Su voz cambió de repente a un tono más elevado—. Hola, Murphy. Sí, eres un buen perro. Eres un buen perro. Ahora, vuelve a poner a tu madre al teléfono. En serio, pon a tu madre... Sara. Sara..., ahí estás. Sí, sí, le he dicho hola, pero es un perro, por el amor de Dios, no entiende el milagro moderno de la telefonía.

«Espera un momento. ¿Está gimiendo ahora? ¿Por qué gime el cachorro? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo? ¿De verdad? —Sanders sonó sorprendido y luego complacido con gesto tímido—. ¿Que Murphy da vueltas por la casa cada mañana buscándome? Me echa de menos, ¿eh? ¡Que me aspen! De verdad que es una criaturita inteligente.

Sanders por fin se dio cuenta de que Rainie y Quincy lo miraban fijamente. Se incorporó de inmediato, como si lo hubieran pillado in fraganti, y se despidió a toda prisa. Todavía estaba ruborizado cuando cerró la tapa de su teléfono.

—Cachorro nuevo —murmuró—. Mi mujer... está un poco loca por el asunto. Ya saben cómo es. —Tragó saliva e hizo un gesto con la cabeza hacia el otro banco vacío—. ¿Quieren sentarse? Tengo noticias.

Rainie ya desconfiaba, pero se deslizó en el banco de vinilo rojo mientras presentaba a Quincy a Sanders. Ambos habían oído hablar sin duda el uno del otro y el apretón de manos fue superficial.

—Y bien, ¿qué le trae a Bakersville? —preguntó Sanders después de que Quincy rechazara la sugerencia de Rainie de filete de pollo frito y pidiera una ensalada César. Rainie sacudió la cabeza para hacerle saber que estaba equivocándose y pidió el filete, puré de patatas y una ración extra de salsa. No había comido en todo el día, pero antes muerta que dejar que dos hombres la avergonzaran para que comiera

ensalada. Todavía estaba tratando de decidir si un batido de chocolate sería excesivo cuando Quincy respondió.

—Estoy investigando tiroteos en colegios para la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Como es natural, me interesa este caso.

—¿Está de observador?

Quincy miró a Rainie.

—Más o menos.

—No necesitamos ayuda federal —espetó Sanders sin rodeos.

—No se preocupe, detective —contestó Quincy sonriendo—. No se me ocurriría pisotear a la agente Conner al reclamar jurisdicción sobre el caso. He oído que tiene sentimientos muy fuertes sobre el tema y que es muy hábil con su arma.

Rainie sonrió ante el inesperado cumplido. Sanders frunció el ceño.

—Bueno —añadió de forma enérgica el estatal, limpiándose las manos en la servilleta—, es probable que todo el asunto sea discutible por la mañana. De hecho, estoy bastante seguro de que hoy he resuelto la mayor parte del caso.

—¿En serio? —Rainie le dirigió una mirada dudosa—. Y yo que esta misma mañana pensaba que yo había destruido el caso.

—A veces las pruebas se unen a pesar de las mejores intenciones de un agente —le aseguró Sanders.

—Lo recordaré. ¿Qué nuevas pruebas?

—¡Oh!, ¿no se lo había dicho? —preguntó Sanders con fingida sorpresa—. Hoy he recibido información de la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Rastrear el revólver del 38 y la semiautomática del 22 de Danny fue sencillo. Ambos estaban registrados a nombre de Shep O'Grady. Además, la UEC había recuperado cinco proyectiles del calibre 38 de la zona de la incidencia la noche anterior. Hoy el forense ha confirmado que la sangre y la fibra de las balas coinciden con las de las dos menores fallecidas y, prepárense para esto, balística ha determinado que el estriado de las balas coincide con el del revólver de Danny. Tenía razón, Conner, tenemos al menos una de las armas homicidas.

—Entonces, el revolver del 38 se usó para matar a las dos niñas —comentó Rainie, frunciendo el ceño—. Eso aún no prueba que Danny fuera quien apretó el gatillo.

—Vale, pero también tenemos las huellas de Danny en todos los casquillos recuperados en la escena. Un buen abogado seguirá argumentando que eso solo prueba que Danny cargó las armas, no que las disparara, pero a estas alturas las pruebas circunstanciales son abrumadoras. Podemos relacionar a Danny con el arma homicida. No tiene coartada para la hora del tiroteo, y tenemos un testigo, usted, que lo sitúa en el colegio justo después del tiroteo, reteniendo a su padre como rehén. Incluso si no podemos conseguir que la confesión

del chico se admita como prueba, creo que tenemos suficiente para que un jurado conecte los puntos.

—¿Qué hay de Melissa Avalon? Hasta ahora, las pruebas lo relacionan solo con las niñas.

—No sé nada de Avalon todavía. Parece que le dispararon una vez en la frente con la semiautomática del 22. No hay orificio de salida, por supuesto, así que tenemos que esperar a que el forense recupere la bala durante la autopsia de mañana. Sin embargo, casos como este no suelen ser prometedores. Los proyectiles del calibre 22 solo tienen cuarenta granos y están hechos de plomo blando. La mayoría de las veces están demasiado deformados por rebotar alrededor del cráneo como para dejar marcas de estriado. Habrá que ver. Por otra parte, hoy, mientras me cortaban el pelo, me he enterado de algunos trapos sucios. Según los rumores, Avalon y el director estaban muy unidos... Ya me entienden.

—¡Y qué! —manifestó Rainie—. Quincy se dio cuenta después de una charla de diez minutos con el director. Bien hecho, agente.

Quincy se encogió de hombros con modestia. Sanders parecía contrariado.

—¿Sabía que estaba dejando a su mujer?

—Su reacción ante la muerte de la señorita Avalon pareció demasiado intensa para las circunstancias.

—¡Hum! —Sanders frunció el ceño, cogió un palito de zanahoria fresco y se recuperó—. No es de importancia para la investigación —señaló con firmeza—. Lo he comprobado con el personal administrativo, y el director VanderZanden estaba en su despacho cuando se produjeron los disparos. Por lo que puedo decir, Danny es el único en paradero desconocido en ese momento. Algo más para poner en nuestros informes.

—Todavía hay que tener en cuenta a los estudiantes que faltaron ayer —añadió Rainie.

—Había veintiún estudiantes enfermos —informó Sanders—. Dieciséis ya tienen coartada en forma de padres ansiosos. Apuesto a que las otras cinco estarán aclaradas para mañana por la tarde.

—¿Qué pasa con los ordenadores? —preguntó Quincy—. El director VanderZanden dijo que Danny pasaba mucho tiempo en Internet. Siento curiosidad por saberlo.

—Está usted pensando en alguna influencia externa —sospechó Sanders, mirándolo con astucia.

—Ha sido un factor importante en varios de los tiroteos. Y me sorprende la sofisticación de Danny para forzar lo que yo supondría una caja fuerte de armas de última generación.

—Todavía no se sabe lo suficiente sobre la caja fuerte de armas para determinar cuánto tuvo que trabajar para acceder a ella —gruñó

Sanders—. Sé que Shep tenía una colección de armas increíble. Tenemos suerte de que Danny fuera con dos pistolas pequeñas en lugar de los rifles. Dios sabe el daño que podría haber hecho entonces.

—¿Sabemos por qué eligió el revolver del 38 y la calibre 22? —preguntó Quincy.

Sanders miró a Rainie. Ella negó con la cabeza.

—No hizo ningún comentario y no se me ocurrió preguntar. Supongo que asumí que porque eran más fáciles de meter en una mochila, por ocultación.

—Pero Danny era cazador, ¿no? —inquirió Quincy.

—Claro. Desde que era bien pequeño.

—¿Pasaba mucho tiempo con pistolas también?

Rainie tuvo que pensárselo. Mientras tanto, llegaron sus cenas. La ensalada de Quincy parecía fresca y crujiente, era la ventaja de estar en el campo. El filete de pollo frito de Rainie, en cambio, estaba bañado en una espesa salsa, con un poco de mantequilla derritiéndose por encima. El olor hizo que su estómago rugiera, pero, cuando cogió el tenedor, descubrió que la conversación ya le había quitado el apetito.

—Shep suele contar historias de caza —explicó al cabo de un momento—. Sé que Danny ganó algunas competiciones de puntería, pero creo que fueron con un rifle del 22.

—Primer puesto, división júnior —confirmó Sanders—. Incautamos el trofeo de su dormitorio.

Rainie hizo una mueca. No quería pensar lo que debió ser para Sandy y Shep ver cómo el personal de la Unidad de Escena del Crimen empaquetaba la habitación de su hijo. O qué tipo de impresión debió haber causado en Becky.

Quincy seguía hablando.

—Danny se siente más cómodo con un rifle, pero elige dos pistolas. Tiene una relación de amor-odio con los deportes, pero ataca a la profesora del aula de informática, a la que supuestamente adora. Se esconde en una clase para que nadie lo vea, pero no sale del edificio después del tiroteo. Interesante. —Se volvió de nuevo hacia Sanders —. Sobre los ordenadores del colegio...

—Los técnicos los están examinando ahora —respondió Sanders—. Parece que se trata de un ordenador principal y tres terminales de trabajo. El colegio tenía un servidor con cortafuegos, así que la buena noticia es que es muy probable que encontremos un registro de los sitios de Internet que visitó cada terminal y la hora de acceso. En teoría, las ratas de laboratorio me enviarán un resumen completo de todos los sitios visitados al final de la semana. Esta tarde me han llamado para decirme que los ordenadores habían sido manipulados: habían borrado la memoria caché, el historial del navegador, etcétera,

así que parece que alguien ha intentado borrar sus huellas. A los técnicos no les preocupó mucho. Comentaron algo de que era probable que pudieran encontrar cosas en las cookies, o en Dios sabe qué. Iban a empezar a trabajar en ello por la mañana.

—Si hay algún problema, tenemos excelentes agentes de recuperación en el Buró —mencionó Quincy con tono despreocupado.

—Sí, sí, sí. —Sin lugar a duda, Sanders no tenía intención de separarse de sus pruebas. Hizo un gesto despectivo con la mano—. Estoy seguro de que no tendremos ningún problema. Ya hay muchas pruebas. En este momento, la cuestión de los ordenadores solo afectará al estado de ánimo.

—No tenemos nada que conecte a Danny con Melissa Avalon —señaló Rainie.

—En ese caso, el fiscal solo perseguirá los cargos por los asesinatos de las chicas. Me parece bien. Hay un número limitado de cadenas perpetuas consecutivas que un hombre puede cumplir.

—Que un niño puede cumplir —corrigió Rainie con tono distraído, abandonando por completo su cena y robando un trozo de la lechuga de Quincy—. Un número limitado de cadenas perpetuas consecutivas que un niño puede cumplir.

Sanders puso los ojos en blanco.

—Como si la edad tuviera algo que ver en la actualidad. Estamos a punto de que nos invada toda una generación de psicópatas juveniles. ¿No es cierto, Quincy? Las familias con dos sueldos han creado un montón de superdepredadores sin compasión ni remordimientos. Juegan a matar en Nintendo; juegan a matar en la calle. Asesinan a mujeres embarazadas y luego corren a casa a ver a Bugs Bunny en la tele. El New York Times publicó un artículo entero sobre ello.

—Yo no creería todo lo que uno lee —replicó Quincy.

—¿Por qué no? Leí ese artículo a principios de los noventa y ¿cuántos tiroteos escolares hemos tenido desde entonces?

—Media docena, estoy seguro —afirmó Quincy con calma—, pero aun así, en 1998 tuvimos uno de los años escolares más seguros que se han registrado.

Sanders miró dudoso a Quincy. El agente del FBI le devolvió una mirada ecuánime.

—En el curso escolar 1992-1993 —prosiguió Quincy—, un periodo de tiempo que estoy seguro de que cita el artículo, hubo cincuenta y cinco víctimas mortales. Sin embargo, como usted señala, esto fue antes de que experimentáramos la oleada de tiroteos en los colegios. En el curso 1997-1998 se produjeron tres tiroteos en colegios. Y sin embargo, el total de víctimas mortales ese año fue solo de cuarenta, casi un treinta por ciento menos. La verdad es que la violencia en los colegios es muy parecida a los accidentes aéreos: trágica, impactante y

acaparadora de titulares, pero en modo alguno es indicativa de todo el sector. Los niños siguen estando más seguros en el colegio y en un avión que en el monovolumen de la familia.

—Pero, por otro lado, estos incidentes no van a desaparecer por arte de magia — expuso Rainie. Robó un picatoste de la ensalada de Quincy dirigiéndole su propia versión de mirada dura y directa—. Al principio, tal vez podía descartarse como una fase, pero ya han pasado años. Un tiroteo asusta. Siete son francamente aterradores.

—Nos enfrentamos a problemas preocupantes —compartió Quincy—, pero no debemos perder la perspectiva. En general, los delitos juveniles han disminuido en los últimos cinco años. Y, como hemos tomado medidas enérgicas contra las drogas y las bandas, los colegios son ahora más seguros. Esa es la buena noticia.

«Por otra parte —agregó al ver el creciente escepticismo de ambos—, algunos adolescentes se comportan con una horrible violencia y carecen de remordimientos. Y, por desgracia, los medios de comunicación distorsionan ese hecho. Chico normal mata a diez. Familia perfecta asesinada por hijo de catorce años. Eso nos lleva a la paranoia desenfrenada y, si no tenemos cuidado, al miedo a todos los niños. La verdad, sin embargo, es que la inmensa mayoría de los chicos que cometen estos tiroteos no son, entre comillas, normales. Varios han padecido trastornos mentales diagnosticados y se supone que están medicados. Incluso es probable que los que no han estado bajo atención médica tengan un fuerte grado de trastorno de apego, lo que hace que les resulte más fácil pensar en algo como el asesinato.

—¿Qué es el trastorno de apego? —preguntó Sanders.

—Es la incapacidad para establecer vínculos —contestó Rainie al instante, luego se encogió de hombros y se sirvió más de la ensalada de Quincy—. Estudié Psicología en la universidad. Recuerdo un par de cosas.

—Muy bien —le confirmó Quincy, luego frunció el ceño y tiró de su ensalada para protegerla. Ella robó otro picatoste, y él se rindió.

—Todo el mundo necesita estrechar lazos —explicó Quincy a Sanders —. En teoría, cuando somos niños, establecemos vínculos con nuestros padres. Lloramos, nuestros padres responden a nuestro llanto dándonos de comer y deducimos que nuestros padres son buenas personas y nos quieren: establecemos un vínculo. A medida que crecemos, este vínculo se extiende al resto de la sociedad, ayudándonos a ser buenos amigos, vecinos, maridos, etcétera. Por desgracia, no todos los niños establecen vínculos. Si un bebé llora y le pegan, en ese caso, en lugar de aprender a confiar en los demás o a preocuparse por ellos, el niño se vuelve egocéntrico, miente de forma compulsiva, manipula a los demás y es incapaz de sentir empatía. En la mayoría de los casos, vemos este fenómeno en niños maltratados o

abandonados. Sin embargo, la falta de vínculos afectivos también puede darse en hogares «buenos». Solo que no es tan común.

—¿Unos buenos padres tienen malos hijos? —preguntó Sanders, y puso los ojos en blanco para mostrar su opinión.

Quincy no se inmutó.

—Por supuesto. Cuando una madre sufre una grave depresión posparto y es incapaz de satisfacer las necesidades de su hijo; o el recién nacido padece una enfermedad dolorosa y no está en poder de su madre satisfacer sus necesidades; o simplemente el recién nacido no se presta a establecer un vínculo afectivo. Por mucho que la madre lo intente, el bebé se aleja. Es raro, pero ocurre. Así que sí, unos buenos padres pueden acabar teniendo un hijo muy sociable y otro muy antisocial.

Sanders dirigió a Quincy otra mirada dudosa.

—No me lo creo —dijo sin rodeos—. Me está diciendo que estos niños son unos malditos psicópatas de nacimiento. Bueno, si ese es el caso, ¿por qué nadie se da cuenta? ¿Por qué todos los titulares dicen Chico normal mata a diez?

—Piense en Ted Bundy —mencionó Rainie en tono conversacional—. Todo el mundo pensaba que era un hombre guapo y encantador. El único problema era que violaba y asesinaba a chicas jóvenes como hobby. ¡Vaya!

—Exacto —coincidió Quincy, ofreciéndole una aprobatoria inclinación de cabeza.

Rainie se encontró a sí misma devolviéndole la sonrisa. El federal tenía unos cálidos ojos azules cuando sonreía así, unos ojos deslumbrantes, como los de Paul Newman.

—A mí me sigue sonando a charlatanería psicológica —rezongó Sanders después de carraspear—. Esos chicos son asesinos. Fin de la historia. La mejor solución es encerrarlos y tirar la llave.

—¿La edad no importa? —preguntó Quincy con voz suave. Seguía mirando a Rainie. Después, ambos volvieron a prestar atención a la ensalada.

—No —respondió Sanders—. Si el chico es capaz de cometer el acto, es capaz de pagar el precio.

Quincy se encogió de hombros, sin duda, menos convencido. Se llevó otro bocado de ensalada a la boca y luego sorprendió tanto a Rainie como a Sanders diciendo:

—Tal vez. Dios sabe que he visto algunas cosas. —Hizo una pausa—. Algunos chicos son peligrosos —afirmo al final con más contundencia —. Puede que algunos de los jóvenes a los que he entrevistado estén más allá de toda ayuda disponible, más allá de lo que podemos imaginar. Pero no todos son así. Y nuestro sistema jurídico se basa en la filosofía de que dejaríamos libres a cien culpables antes de

condenar a un inocente. Me parece evidente, entonces, que tenemos la obligación de intentar identificar a los jóvenes susceptibles de rehabilitación. No limitarnos a meter a todos los delincuentes en el mismo saco y luego perderlos de vista.

—¿De verdad se puede ayudar a un chico que ha cometido un asesinato? —preguntó Rainie con curiosidad.

—A veces. Cuanto más joven es el niño, mayores son las posibilidades. Además, el trastorno de apego es una escala. Algunos de los chicos que he entrevistado representaban el extremo del espectro. Por decirlo en términos de Sanders, son «pequeños psicópatas». Y en eso estoy de acuerdo con él: es más seguro para todos encerrarlos y tirar la llave. —Quincy dirigió una sonrisa seca al detective estatal. Luego bajó la voz. Parecía más sombrío—. Sin embargo, ese no es el caso de todos nuestros delincuentes adolescentes. Como discutimos antes, agente Conner, los asesinos en masa no son homogéneos. Algunos de los tiradores del colegio eran, sin lugar a duda, más seguidores que líderes. Tenían problemas, eran vulnerables. Se dejaron manipular para realizar un acto violento, porque estaban heridos y perturbados y no sabían cómo afrontarlo. Hicieron lo que hicieron, pero después también sintieron remordimientos y arrepentimiento. Creo que estos chicos quizá podrían reformarse. Dada su edad, parece una pena no intentarlo.

—¿Y si nos equivocamos y vuelven a matar? —cuestionó Sanders—. ¿Va a ser usted quien vaya al hogar de la familia a contarles cómo su fallido experimento científico asesinó a su mujer, hermana o madre? ¿Va a ser usted quien salga en la televisión intentando explicar por qué nos pareció tan buena idea dejar suelto en la sociedad a un consabido asesino?

Quincy le dedicó una leve sonrisa.

—Suele ocurrir. Algunos de nuestros asesinos en serie más prolíficos, Kempner, por ejemplo, procedían del sistema de menores. Mataron siendo jóvenes, fueron condenados a rehabilitación, alcanzaron la mayoría de edad y asesinaron a más gente aún.

—En momentos como éste, me alegro de no tener un hijo —manifestó Sanders.

Al final, Quincy suspiró. Dejó el tenedor y pareció haber perdido por completo el interés por la ensalada.

—Las cosas se están complicando —murmuró—. ¿Saben que ahora usamos nuestras técnicas de perfilación de asesinos en serie en los institutos?

Rainie arqueó una ceja y Sanders exclamó en tono mucho más elocuente:

—Me está tomando el pelo.

—No le tomo el pelo, detective. A raíz de los recientes tiroteos, varios

distritos escolares han implementado la «perfilación de alumnos». Los administradores escolares tienen una lista de comportamientos «sospechosos» para evaluar el potencial de violencia de cada estudiante. Cosas como crueldad con los animales, lenguaje abusivo, escritos que contengan violencia gráfica. Algunos de nuestros agentes imparten ahora clases de ciencias del comportamiento y elaboración de perfiles psicológicos a los profesores.

—¿Qué ocurre si un alumno es calificado como potencialmente peligroso? —preguntó Rainie frunciendo el ceño—. ¿Llaman a la policía, lo cachean y le confiscan los videojuegos?

—La mayoría de los distritos tienen la norma de avisar a los padres, y luego el alumno o la alumna puede remitirse a los orientadores o ser expulsado. Se lo están tomando bastante en serio.

—También se tomaron en serio los juicios a las brujas de Salem.

—Sí, pero las brujas nunca mataron a trece personas. Los colegios están bajo presión. Hace tres años, el director VanderZanden no aceptaba la idea de que aquí pudiera producirse un tiroteo. ¿Qué se apuesta a que ahora se arrepiente? Y si el consejo escolar se entera de la elaboración de perfiles la semana que viene, ¿que se apuesta a que sus profesores estarán buscando futuros maníacos homicidas entre corrección y corrección de trabajos?

Todos permanecieron en silencio. Sanders sacudió la cabeza.

—¡Uf!, yo no podría ser profesor —expresó con vehemencia—. Veo de dos a cuatro homicidios a la semana, asesinatos frescos, y aun así la idea de lo que está pasando dentro de las aulas me asusta muchísimo. A la mitad de estos profesores los están intimidando y acosando sus propios alumnos, y ahora se supone que deben preguntarse de manera activa qué chiquillos son máquinas de matar a sangre fría. Sí, me imagino lo bien que dormirán por la noche.

—Los profesores ya deberían estar acostumbrados —añadió Rainie encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo fue la última vez que la Asociación de Padres y Profesores abogó por una mejor formación para los padres? Siempre es culpa del colegio. Pase lo que pase, ¡Dios mío!, ¿por qué los colegios no hacen un mejor trabajo educando a nuestros hijos?

—Dicho por dos personas que no tienen hijos —Quincy esbozó una seca sonrisa.

—Me pregunto qué le habrá pasado a Danny O'Grady —reflexionó Sanders en voz alta—. No me parece tan diferente de otros autores de tiroteos escolares. Es algo solitario, pasa todo el tiempo en el laboratorio de informática y es un incompetente en el campo de fútbol. Aún no he encontrado ningún profesor que sepa de ningún amigo íntimo. Si además añadimos que su padre parece tener complejo de Dios, sus padres se pelean todo el tiempo y el pequeño

Danny se ha curtido con un rifle de caza... Diablos, tal vez la perfilación criminal podría haber salvado al colegio de él. Parece que era solo cuestión de tiempo.

Quincy sacudió la cabeza.

—No creo que una perfilación hubiera identificado a Danny O'Grady. Era un buen estudiante, educado con sus profesores, diligente en sus estudios. No hemos escuchado historias de torturas a mascotas y ni siquiera una fascinación por el fuego. Danny está enfadado, pero aún no hay pruebas de que sea un homicida.

—¡Oh!, el chico lo cometió —afirmó Sanders con confianza—. Conner lo atrapó in fraganti con las armas homicidas, y ha confesado dos veces. Caso cerrado. Ahora solo tenemos que acabar con todo antes de que esta maldita localidad explote. ¡Paletos gilipollas! Debería exigirse un coeficiente intelectual mínimo para posesión de armas.

Rainie no dijo nada. Eran más de las nueve y media, la cafetería estaba casi vacía y, a pesar de las palabras mayores de Sanders, todos parecían pensativos.

—Un punto para la reflexión —invitó Quincy en la silenciosa soledad del restaurante, limpiándose las manos en la servilleta de papel y preparándose para levantarse—: todos los autores de tiroteos escolares ansiaban notoriedad. Entraron sin ocultarse en sus colegios y sacaron sus armas a la vista de todos. Querían que sus compañeros supieran que eran ellos. Querían el pleno reconocimiento de su venganza. Pero Danny O'Grady consiguió que no lo viera ni una sola persona. De hecho, uno de los profesores afirmó que los disparos se hicieron desde dentro del aula de informática, como si el asesino buscara de forma deliberada pasar desapercibido.

—Entró en pánico, estaba asustado —argumentó Sanders.

—Otro punto para reflexionar: los tiroteos en los colegios tienen que ver con agresión desplazada. Danny tiene un padre dominante e intimidante. Imagino que tiene algo de agresión desplazada. Entonces, ¿por qué no se dirigió al entrenador de fútbol, un macho como su padre, o a los atletas estrella, que representarían el tipo de chico que su padre quiere que sea, o al director del colegio, una figura paterna clásica? ¿Por qué buscaría de forma deliberada a Melissa Avalon, joven, mujer y experta en el tema que más amaba? ¿Qué había en ella que despertara su ira?

—Tal vez se enamoró de Melissa, ella rechazó sus atenciones y él estalló.

—Tercer punto para la reflexión: la mayoría de los tiradores van tras el mayor número de víctimas posible. El ensañamiento y la incitación al terror entre sus iguales forman parte de su fantasía. Quieren sentirse poderosos. Entonces, ¿por qué Danny esperó hasta después del

almuerzo, cuando todo el mundo estaba de vuelta en sus aulas? ¿Y por qué eligió pistolas pequeñas cuando se siente cómodo con rifles, que causarían más daño?

—Quizá no fue un tiroteo escolar de verdad —arguyó Sanders con el ceño fruncido—. Quizá solo quería vengarse de la señorita Avalon porque le hirió sus sentimientos o lo miró mal, y eso era más de lo que él podía soportar. Así que estalló, tramó su venganza contra ella, y las otras dos chicas solo se interpusieron.

—No es una mala teoría, detective, pero tiene un problema.

—¿Cuál?

—No puede relacionarlo con la muerte de Melissa Avalon. Está diciendo que ella es lo que motivó todo esto, y sin embargo es la única víctima que no puede probar que él matase. ¿Cómo explica eso?

Al final, Sanders se detuvo de repente. Tenía los ojos muy abiertos y pensaba con intensidad.

Los labios de Quincy se curvaron en una media sonrisa irónica.

—No sé lo que pasó ayer por la tarde en ese colegio, detective, pero creo que hay más de lo que parece. Tenemos que mantener nuestras mentes abiertas en este momento. Y necesitamos saber qué hay en esos ordenadores. Sobre todo después de lo que han dicho sus técnicos.

—¿Qué han dicho mis técnicos?

—Que alguien intentó borrar el historial del navegador web y los archivos de caché. No se borra lo que no es importante.

—¡Mierda! —exclamo Sanders.

Quincy sonrió de nuevo, pero sus ojeras eran más profundas. Todos se levantaron de la mesa. Rainie fue a sacar su dinero, pero Sanders la sorprendió pagando la cuenta.

Luego salieron al exterior, donde el aire de la noche olía a agujas de pino y a lluvia fresca de primavera. Nadie tenía nada más que decir. Sanders regresó a su vehículo. Rainie y Quincy se quedaron solos. Ella estudió de nuevo su rostro, sus ojos azules, que podían ser cálidos y duros a la vez. Se preguntaba si tendría razón sobre Danny, y el hecho de que aún supieran tan poco la frustraba.

Quería respuestas para su comunidad. Quería respuestas para Shep y Sandy. Quería respuestas para sí misma, para poder quitarse por fin de la cabeza las visiones del colegio y que la oscuridad dejara de cernirse sobre ella. El federal la observaba con una expresión difícil de interpretar. Ella volvió a estudiar sus manos, esos callos ganados con el esfuerzo, la ausencia de anillo de boda...

—Necesito un sitio donde dormir —mencionó Quincy al fin.

—Conozco el lugar perfecto —respondió ella.

TRECE

Miércoles, 16 de mayo, 10:03 p. m.

El hotel-motel Ginnie's no era sórdido. Los colchones tenían veinte años y las cómodas de arce procedían de mercadillos, pero las cortinas de flores estaban cosidas a mano, las sábanas blancas estaban recién lavadas y las alfombras se aspiraban con energía a diario.

Ginnie se encargaba de la recepción, con su cabello canoso recogido en rulos de espuma rosados y su enorme cuerpo cubierto por un vestido tipo bata de color azul oscuro con un estampado de flores naranjas. Le explicó a Quincy que abrió el hotel-motel hacía diez años, cuando falleció su cuarto marido, George. Después de tantos años cuidando de hombres, decidió montar un negocio en el que pudiera invitar a un hombre diferente cada noche. Al decir esto, le guiñó un ojo con gesto seductor. Quincy albergó la esperanza de que estuviera bromeando.

Ginnie siguió con su discurso. Servía magdalenas caseras todas las mañanas y galletas con pepitas de chocolate todas las noches. Te lavaba la ropa por dos dólares por carga; solo había que dejar la ropa sucia amontonada delante de la puerta. Al final, el hotel-motel no era tan rústico como parecía. Había instalado líneas de datos de última generación para poder consultar su cartera de acciones cada hora por internet.

Puso encima del mostrador una lista plastificada de números de acceso a proveedores locales de Internet. Luego invitó a Quincy a visitar su página web, BigMama.com.

Rainie reprimió una sonrisa. Quincy empezó a alejarse lentamente de la mujer de la bata. Momentos después, él y Rainie estaban en el aparcamiento, donde la pequeña hilera de habitaciones se extendía en forma de V pintada de rosa.

—Ahora tendré que tutearte. ¿A dónde diablos me has traído? —preguntó Quincy a Rainie mientras encontraba su puerta y tanteaba con la llave.

—Color local —contestó Rainie—. Solo los turistas se alojan en el Motel 6.

—¿No puedo ser un turista federal?

—Por supuesto que no. Ginnie conoce los mejores cotilleos de Bakersville, después de Walt, claro. Ve a desayunar mañana por la mañana. Tómate unas magdalenas integrales. Te sorprenderá lo mucho que aprenderás.

—Y lo limpio que estará mi colon —murmuró Quincy, y abrió de un empujón la vieja puerta.

En el interior, Rainie observó cómo Quincy dejaba su bolsa de viaje

sobre la cama de matrimonio, colocaba su ordenador debajo de la mesa de pino e identificaba la ubicación del enchufe del teléfono. Se imaginó que estaba observando un ritual que el agente habría realizado en cientos de habitaciones de hotel de cientos de pequeñas ciudades. Revisó el armario, cogió una almohada adicional para la cama y luego colgó su chaqueta con cuidado en el respaldo de una silla. A continuación, entró en el minúsculo cuarto de baño e inspeccionó las existencias de jabón y champú. Al final volvió a la parte delantera de la habitación y examinó la ventana y las cerraduras de la puerta.

Un único pestillo curvado, que parecía más viejo que la tos, mantenía cerrada la ventana. Quincy hizo una mueca. La puerta lo animó de la misma manera. Una cadena que se podía romper con facilidad y un pestillo que hasta un niño de dos años podría forzar. Sacudió la cabeza.

—¿Alguien por aquí es consciente de la seguridad básica?

—¿Y estropear nuestro encanto de ciudad pequeña? El ayuntamiento nunca lo permitiría. Además, ¿qué clase de idiota roba a un federal?

—Voy a necesitar un palo de escoba para atascar esta ventana —indicó con seriedad—. Y una silla para encajar debajo del pomo.

—¿No llevas un arma encima, AES?

—Sí, pero requisar palos implica menos papeleo.

Quincy salió, encontró una ramita adecuada para atascar el marco inferior de la ventana y arregló la habitación lo mejor que pudo. Al parecer, sí se tomaba en serio la seguridad. Por otra parte, Rainie había visto de reojo las fotos que llevaba en la bolsa del ordenador. Supuso que si no hiciera otra cosa que contemplar víctimas de asesinato todo el día, también ella estaría obsesionada con los cerrojos y con la protección de las ventanas.

Por último, Quincy se quitó el polvo de las manos. Había hecho todo lo que podía con su alojamiento. Entonces su mirada se desvió hacia el teléfono. Rainie lo vio apartar con rapidez la mirada. Por desgracia, había poco más en la estancia que mantuviera su atención. Ginnie no creía en la televisión.

En el exterior, la noche era densa. La habitación se llenó de sombras. No quedaba más remedio que dar las buenas noches y esperar no despertarse demasiadas veces, soñando con niños armados con fusiles de asalto y niñas huyendo por largos y oscuros pasillos.

—Rainie —dijo Quincy al cabo de un momento—, ¿puedo invitarte a una copa?

Rainie se quedó desconcertada. La invitación la pilló de sorpresa. Lo miró fijamente y trató de decidir qué significaba. Se trataba de una copa. ¿Solo una copa? Con el inteligente y capaz agente especial de supervisión Pierce Quincy. Le pareció el tipo de hombre que vivía su

vida según ciertas reglas. Pero en ese momento su mirada era más suave. «Ya no es un agente —pensó—. Es un hombre dirigiéndose a una mujer».

En verdad, no estaba segura de qué hacer. Se sentía inquieta, nerviosa. Había visto demasiada muerte, y al día siguiente se levantaría al amanecer para examinarla un poco más. Debía estar sola, sentarse en su terraza trasera, acunar una botella de cerveza helada y escuchar el ulular del búho. Pero le apetecía ir a un bar, a algún lugar donde la música estuviera alta y la pista de baile abarrotada, todas las mujeres fueran guapas y todos los hombres tuvieran un brillo en los ojos. Podría escoger una cita o podría escoger una pelea. En noches como esa, no estaba segura de qué prefería.

Solo sabía que a veces era la hija de su madre, y nunca confiaba en sí misma cuando estaba de ese humor. «Vete a casa, Rainie. Ya conoces el procedimiento».

En su lugar, estudió a Quincy: la firmeza de sus labios, la fuerte línea de sus hombros y esa mirada azul, tan azul, de un hombre que sabía lo que hacía. ¡Maldito fuera!

Treinta minutos después, se había puesto ropa de civil y se encontraban sentados en un bar.

Tequila's era un lugar de moda. Tenía el suelo de madera cubierto de cáscaras de cacahuete, diminutos cubículos con bancos de vinilo marrón rayado, jarras de cerveza a un dólar cincuenta los miércoles por la noche y todos los palitos de mozzarella que pudieras comer durante la hora feliz. De la gramola emanaban canciones country. En la pista de baile, la mitad de las parejas se movían con facilidad al compás de los pasos rítmicos del baile en línea. Más alejadas en las sombras, otras parejas se movían al son de otras melodías a ritmos perfectos.

Rainie gritó por encima del estruendo para pedir una botella de Bud Light. Quincy la sorprendió pidiendo lo mismo. Le parecía más un hombre de Heineken, pero ¡vivir para ver!

Durante un rato estuvieron simplemente sentados, observando la pista de baile, absorbiendo el ruido y relajándose hasta que las clases del colegio de Bakersville, y Danny O'Grady, parecieron lejanas.

—Un sitio agradable —elogió Quincy con brevedad.

—Es alegre —añadió Rainie.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Cuidado, AES. Acto seguido, me preguntarás por mi signo del zodiaco.

Quincy sonrió. Le favorecía en el semblante, sobre todo con la camisa arremangada y la corbata de seda aflojada. Bebió un largo trago de la botella de cerveza.

—Bien rica y fría —celebró él—. ¿Cómo está la tuya?

—No lo sé. Soy alcohólica, Quincy. De madre alcohólica. Es muy probable que mi padre también fuera alcohólico. Lo sabría si mi madre hubiera estado lo bastante sobria como para recordar su nombre.

La miró con curiosidad.

—No hacía falta que viniéramos a un bar.

—No hay problema. Llevo diez años sobria. Sé lo que hago.

—Pero ¿sigues pidiendo una cerveza?

—Sí. Me gusta tener la botella en la mano y saber que puedo volver a dejarla. Es la sensación de poder, estoy segura. Además —le lanzó un guiño—, las botellas de cerveza son una puta delicia fálica.

Quincy estalló en una carcajada. Ella le lanzó una sonrisa. Seguro que no se reía a menudo, lo cual era una lástima. Su risa sonaba bien. También le sentaba bien.

—¿Y tú? —preguntó Rainie, dejando la botella—. Dime la verdad, AES, ¿qué te trae realmente a Bakersville?

—El trabajo, por supuesto. Tanto crimen, tan poco tiempo.

—¿Viajas mucho?

—Tres o cuatro ciudades a la semana. Así, o soy agente federal, o estrella del rock.

—Un infierno para las relaciones —manifestó ella con indiferencia.

Una comisura de los labios de Quincy se curvó. No lo había engañado.

—Estuve casado —confesó—. Duró quince años, tal vez siete más de los que yo merecía. Solía llevar una foto suya en un marco plateado en mi maletín. En cada habitación de hotel en la que me alojaba, lo primero que hacía era colocar su foto sobre la mesa. Por desgracia, eso no coincidía con su idea de tiempo de calidad. Nos divorciamos. Aprendí a trabajar sin su foto en mi mesa. ¿Y tú?

—No me gustan las relaciones. Tengo una política estricta contra ellas. La mitad de los estadounidenses se divorcian, con eso es suficiente para mí.

Quincy la miró con escepticismo. Ella se dio cuenta de que él estaba tratando de evaluar su declaración de la verdad frente a la bravuconería.

—Eres joven, inteligente, guapa. ¿No quieres formar una familia?

—¡Uy, no! No me gustan los niños. Son pequeños, necesitados, se destruyen con facilidad. Seamos sinceros. Me he alejado mucho de mi historia familiar, pero sigo siendo hija de un alcohólico maltratador y no somos un buen material para tener hijos. Para los Conner, el ciclo termina aquí.

—No deberías subestimarte, Rainie.

—No me subestimo. Me limito a ser sincera.

Lo observó mientras daba otro trago a su cerveza. Sin duda, estaba

interesado. Podía ver la luz en sus ojos. Se mostraba reacio y desconcertado, pero interesado. Tal vez fuera una tonta, pero eso la hizo sonreír.

Se inclinó hacia delante, apartando su larga melena hacia un lado mientras se preparaba para ponerse seria.

—Cuéntame más, Quincy. Estamos aquí en un bar, muy lejos de las escenas del crimen, y ya casi has terminado tu primera cerveza. Háblame de todo tu equipaje. Me gusta empezar con la basura al descubierto. Ahorra tiempo después.

—No tengo un equipaje interesante.

—Todo el mundo lo tiene.

—No, solo tengo cosas típicas de los que estamos en las fuerzas del orden: una exmujer, dos hijas adultas que apenas saben que existo, demasiada dedicación al trabajo, poca atención en casa. Los errores de siempre.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué evitas los teléfonos?

Se sobresaltó, le pilló desprevenido. Luego le dirigió una mirada más comedida. A ella le complacía sorprenderlo. Empezaba a darse cuenta de que, con un académico como él, era una forma de flirteo.

—No sabía que fuera tan obvio.

—Tu nombre es Pierce, ¿no?

—No me llames así. Solo mi exmujer usa mi nombre de pila. Todos los demás me llaman Quincy, como el forense de la antigua serie de televisión. Los asesinos en serie y su sentido del humor —murmuró.

Rainie no dejaba de mirarlo. Al final, él dejó la cerveza sobre la mesa.

—Una de mis hijas —contó de repente— está en el hospital.

—¿Es grave?

—Se está muriendo. Bueno, no, no es verdad —se corrigió—. Ya está muerta. Lleva muerta cuatro semanas. Veintitrés años y un accidente de coche tan grave que el parabrisas delantero lleva su rostro impreso. Lo sé, hice que la policía me lo enseñara. —Miró a lo lejos un instante.

A Rainie le llamó la atención lo demacrado que parecía. Después, lo agotado.

—Ahora yace en una habitación de hospital —dijo en voz baja— en la que las máquinas respiran por ella, bombean su corazón y le dan de comer, mientras los demás nos sentamos a su lado día tras día, desesperados por que algún milagro la salve. Salvo que su cerebro está muerto y las máquinas no pueden arreglarlo. Los milagros de la ciencia nos llevan muy lejos, pero no lo suficiente.

—¡Dios mío! ¿No deberías estar allí?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué no estás ahí?

—Porque si tenía que pasar un minuto más sentado en esa

habitación, viendo cómo se desarrollaba ante mí esa burla de vida humana, iba a perder la cabeza. —De repente, sus ojos brillaron por las lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano y la miró a ella casi con impaciencia—. Rainie, mi hija ya no tiene cara. Su vehículo chocó con un poste telefónico yendo a sesenta kilómetros por hora sin el cinturón de seguridad puesto. ¿De verdad quieres escuchar cómo la fuerza del impacto empuja un cuerpo no solo hacia delante, sino hacia arriba en el aire? ¿Que las columnas de dirección de los volantes están diseñadas para colapsarse de modo que no aplasten el pecho o los órganos internos de una persona, pero que tampoco pueden detener todas las fuerzas de la gravedad una vez que se han desatado? ¿Cómo el cuerpo sigue avanzando, sigue subiendo, cómo el cráneo de la persona choca después contra el marco metálico del parabrisas, que no está diseñado para colapsar, que no está diseñado para ceder? Y luego viene la nariz y la cara, golpeando contra el parabrisas, rompiendo todos esos huesos, mientras que el cráneo se hunde más en el cerebro de la persona...

«Mi hija ya no tiene cabeza. Tiene una masa carnosa sujeta con cuidado por grapas e hilo y kilómetros de esponjosa gasa blanca. La única razón por la que la mantenían con respiración asistida era que los médicos estaban esperando permiso para extraerle los órganos. Pero ahora está ahí, una muñeca grotesca animada puramente por máquinas, y mi exmujer, Bethie, sigue confundiendo eso con la vida, así que no quiere soltarla. Pero no creo que eso sea bueno. No creo que exista ninguna... dignidad... en ello. Y no creo que mi hija menor, Kimberly, deba sentarse al lado de su hermana y escucharnos a su madre y a mí discutir sobre cuándo desconectar. Mis sentimientos al respecto están claros. Ahora le toca a Bethie averiguar cuándo puede dejar que se vaya.

—Así que llegaste, diste tu experto consejo y te fuiste.

Quincy parpadeó varias veces.

—¿Sabes?, al menos podrías fingir que no ves a través de mí —protestó al final—. Sobre todo cuando estás sobria.

Bebió otro trago de cerveza, como si ya lo necesitara. Su botella estaba casi vacía. La camarera se detuvo para preguntarle si quería una segunda. Vaciló, con la mirada claramente sedienta, pero luego negó con la cabeza.

—Me sorprende que no te hayas dado al whisky —comentó Rainie.

—Lo hice, durante una semana. Luego tuve que dejarlo por ironía. A Amanda la mató un conductor borracho.

—¡Ah!

—Lo intenté con la comida: patatas fritas, chocolatinas, ositos de goma. Cualquier cosa que saliera de una máquina expendedora de hospital. Pero me olvidaba de masticar y eso dificultaba las cosas.

Volví a salir a correr. Parece que me da resultado. ¿Y tú?

—Veinte kilómetros, cuatro días a la semana. Apuesto a que podría hacerte polvo.

—Soy casi quince años mayor que tú, Rainie. Apuesto a que podrías hacerme polvo.

—Quincy, no eres tan viejo.

Volvió a saltar la chispa entre ellos. Él desvió la mirada primero.

—Ahora te toca a ti —soltó de repente—. Ojo por ojo.

—Está bien. —Levantó la barbilla y agarró bien su Bud Light—. Mi madre era una borracha, una borracha malvada, una borracha promiscua. Escoria, ya sabes a qué tipo de persona me refiero. Se metía en muchas peleas, salía con hombres que le pegaban y, siguiendo el efecto derrame en la gestión familiar, volvía a casa y me pegaba a mí. Excepto que un día, cuando llegué a casa, la habían decapitado de un escopetazo en la cabeza. Y, por desgracia para mí, fui la primera persona en llegar a la escena.

—¿Te arrestó Shep O'Grady?

—Sí —respondió, encogiéndose de hombros—. Yo también me habría arrestado. Todo el municipio sabía lo que ella estaba haciendo. Luego estaba muerta, y yo tenía sus sesos por el pelo. Eso me convirtió en la sospechosa perfecta. Solo que no era la persona correcta.

—¿Y quién era la persona correcta?

—Oficialmente, sigue sin resolverse. Extraoficialmente, están bastante seguros de que fue su hombre del momento. Una vecina lo vio en la casa justo antes de oír el disparo. Tal vez fue una especie de pelea de amantes, o tal vez estaba demasiado borracho para pensar con claridad. Mi madre no salía con ingenieros espaciales que digamos. Era camionero, creo. Emitieron una orden de búsqueda, pero nadie volvió a verlo. Era solo un tipo que pasaba por aquí. Y ahora han transcurrido tantos años que ni siquiera recuerdo su nombre. —Rainie volvió a encogerse de hombros—. Dada la forma en que vivía mi madre, no creo que la historia pudiera haber terminado de otra manera.

—¿Y tú que hiciste? —preguntó Quincy en voz baja—. Después de todo eso, supondría que habrías abandonado Bakersville para siempre.

—Lo intenté. Me fui a Portland, me matriculé en la universidad, me emborraché... Durante cuatro años. Luego me apunté a Alcohólicos Anónimos. Cuando por fin me gradué, decidí que lo mejor era volver a casa, porque por más que corría acababa en el mismo sitio donde empecé. Además, me gusta estar aquí. Heredé la casa de mi madre, toda pagada, lo que viene bien cuando ganas quince mil al año.

—¿Aún vives en la casa donde creciste? —La miró con escepticismo.

—No me importa. De todas formas, lo que más me gusta es la terraza —respondió, dedicándole una curiosa sonrisa—. En realidad, me gusta

el trabajo de policía de pueblo. Trato con personas, no con papeles. Y Bakersville es una buena comunidad. Tenemos mucha gente buena.

—Excluyendo a los vecinos que nunca dijeron una palabra sobre que tu madre te pegase todas las noches. Y excluyendo a los vecinos que todavía creen que eres una asesina.

—¡Ah!, a los que creen que maté a mi madre no les importa. En su opinión, recoges lo que siembras.

—Pero tú no crees eso, ¿verdad, Rainie? Y estos dos últimos días, viendo a Danny O'Grady... Debe haberte resultado muy difícil.

Se puso tensa. Sus manos se apretaron alrededor de su Bud Light.

—No me psicoanalices.

—No lo hago —respondió él con calma—. No puedo evitar darme cuenta, sin embargo, de que hoy has dado una explicación instantánea del trastorno del apego. Combina eso con el hecho de que creciste en un hogar abusivo, en circunstancias no muy diferentes de las que experimentan la mayoría de los niños violentos. Estos problemas no son nuevos para ti. Le has dado unas cuantas vueltas. Mucho después de que este caso se haya resuelto, seguirás pensando en ello.

—Bueno, al menos mi interés es personal y no un complejo de héroe fuera de lugar.

Arremetió de manera instintiva. No se dio cuenta de lo amarga y cruel que sonaba hasta que lo vio hacer una mueca.

—¡Tocado! —murmuró.

Rainie bajó enseguida la vista, avergonzada. Era de mal gusto pedir a un hombre que compartiera sus problemas y luego echárselos en cara. Quería ser mejor persona que eso, pero sabía que no lo era. Tenía un temperamento rápido y una personalidad erizada. Le costaba disculparse.

—No pretendo hacerte sentir incómoda —expresó Quincy con calma.

—Danny me preocupa —manifestó ella de repente, antes de cambiar de opinión—. Vi sus ojos. Estaba atrapado, enojado y confuso. Conozco esa mirada, y contemplé aquellos cuerpos y me pregunté... Todo el mundo dice que los niños no pueden estar tan enfadados, tanto como para matar, pero yo sé que sí pueden. A veces es difícil no estarlo. Siendo joven e indefenso... —Su voz se quebró. Se quedó ahí, conteniendo el resto de las palabras y sintiendo el corazón latir contra su pecho como un pájaro atrapado.

—¿Te preocupa haber podido ser Danny O'Grady? —preguntó Quincy.

Ella no dijo nada.

—Tú no eres Danny —agregó con firmeza.

—¡Ya lo sé! Soy mujer, y las mujeres no redirigimos la agresividad. No nos convertimos en asesinas en masa ni asesinas en serie. En lugar de eso, concentramos nuestra agresividad en perseguir a quien nos ha

hecho daño o en autodestruirnos. Aunque no importa, no se trata de eso. Es por la violencia, creo. Porque ha sido un tiroteo y no un accidente de coche o un accidente con una cosechadora. No estoy segura, pero está haciendo que vuelva todo. Como si hubiera ocurrido ayer. Y todo el mundo estaba tan ocupado ese día preguntándose si la había matado yo que nadie se molestó en preguntarme cómo me sentía. Ni siquiera yo misma me molesté en preguntarme cómo me sentía. Todas esas veces, todas esas noches, los ataques de llanto... Pero era mi madre, e hizo falta mucha lejía para quitar la sangre del techo. Creo que estuve fregando durante días y aun así se veían las manchas rosas, y era mi madre, por el amor de Dios. La única familia que tenía.

—Rainie, ¿estás bien?

—Sí, vale. Maldita sea, tengo que callarme.

Él le había cogido la mano en algún momento. No recordaba cuándo, y el hecho de no haberse dado cuenta de tal cosa la sobresaltó. Siempre se daba cuenta cuando la tocaban. Todos estos años después, seguía siendo muy recelosa de su espacio físico. Retiró la mano, se la pasó por el pelo y descubrió que estaba más agitada de lo que pensaba. Quincy volvía a mirarla con preocupación. Eso hizo que a ella le entrasen ganas de soltar una carcajada, pero no serviría de nada.

—Lo siento —se disculpó con brevedad—. Te acuso de que me tratas como a una paciente, y luego te trato yo como a un psiquiatra.

—No soy tu terapeuta —dijo con tono inexpresivo—. Dejemos eso claro.

—Por supuesto que no. No necesito un terapeuta.

Él arqueó una ceja. Ella se puso más nerviosa. Él volvió a cogerle la mano. Su mirada era tranquilizadora.

—Rainie, escúchame. Lo que estás pasando es muy real. Se llama síndrome de estrés postraumático. Hace catorce años sufriste un trauma importante. Y, aunque hayas lidiado con ese trauma a muchos niveles, te ha seguido afectando. Ahora estás pasando por una situación parecida y eso está trayendo de vuelta aquella. Le pasa a todo el mundo. Cuando estalló la Guerra del Golfo, la Administración de Veteranos tuvo que crear líneas telefónicas de ayuda para los veteranos de Vietnam a quienes, de repente, les asaltaban recuerdos de combates de hacía veinte años. Por desgracia, cada vez que se produce un tiroteo en un colegio, todas las demás familias de todas las otras comunidades vuelven a sufrir las consecuencias. Recuerdos, pesadillas, ataques de ansiedad. Todo forma parte del proceso.

—Soy una profesional. Es mi trabajo. Asistiré a escenas de homicidios sin pestañear.

—Eres humana. —Sus dedos apretaron los de ella—. Eres una

humana inteligente. Tu cerebro va a funcionar a pesar de ti misma.

—Pues te lo devuelvo. Está atascado en el modo de repetición instantánea y ya estoy harta.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Cuanto más antiguo sea el trauma, antes desaparecerá. Mientras tanto, puede ayudarte hablar con alguien. ¿Proporciona el departamento del sheriff algún recurso de salud mental?

—Nuestro departamento ni siquiera proporciona café.

—Quizá alguno de los profesionales que vienen para dar apoyo a los niños.

—Sí, tal vez. —Pero su tono de voz les indicaba a ambos que nunca iría. Acudir a un profesional de verdad sería demasiado parecido a admitir una debilidad. Ella ya no hacía esas cosas.

—Se está haciendo tarde —señaló Quincy.

Rainie miró a su alrededor. La música iba apagándose y habían retirado las mesas. Tenía razón; los dos debían empezar a irse. Habitaciones separadas, lo sabía. Había revelado demasiado, y no se podía tener una aventura de una noche después de desnudar el alma.

Se levantó sola. Al cabo de un instante, Quincy hizo lo mismo.

—Quincy... Siento lo de tu hija.

—Gracias. No ayuda, pero sí lo hace.

—Lo sé —respondió ella vacilando—. También lamento lo que dije antes. Lo del complejo de héroe fuera de lugar. No soy la mejor jugando limpio con los demás.

—Y yo que pensaba que era parte de tu encanto.

Quincy le puso la mano en la espalda y la guio hacia la puerta.

Fuera, la noche era fresca y Rainie volvía a observarlo expectante. Su mano seguía apoyada en la espalda de ella. Su cuerpo estaba cerca. Podía oler su aftershave, sutil y caro. No sabía qué tenía. Era fuerte, inteligente y sofisticado. Nunca había intentado encontrar a alguien que la desafiara. Siempre se había conformado con algún joven semental, de esos que no hacían demasiadas preguntas. Era más seguro.

En ese instante estudió el hueco expuesto del cuello de Quincy, donde ondulaba un ligero mechón de pelo oscuro. Observó su otra mano, con aquellos dedos largos y hábiles. Le miró el rostro y esos ojos azules que veían demasiado.

Dio un paso instintivo hacia atrás, confusa y asustada de repente. La cabeza de él ya se había inclinado hacia delante y sus labios le rozaron la mejilla.

—No soy tu terapeuta, Rainie.

—Lo sé.

Sus labios le rozaron la otra mejilla, cálidos, firmes, secos.

—No sé qué estoy haciendo aquí. Tengo mis políticas sobre estas

cosas. —Los labios de Quincy se posaron en el hueco del cuello de ella, que había echado la cabeza hacia atrás. Sabía que no debía, pero no le importaba. El beso fue ligero. La provocó.

—¿Nada de confraternizar? —murmuró ella.

Él levantó la cabeza.

—Nada de rollos de una noche. Nada pasajero. Soy demasiado viejo para esa mierda, Rainie. He estado en demasiadas ciudades, he pasado demasiado tiempo estudiando lo peor que pueden hacer los hombres. He probado el matrimonio y he probado la paternidad, y tengo todas las cosas de las que estoy orgulloso en mi vida y todas las cosas que desearía no haber hecho nunca. Ya no creo en el escapismo de una noche. No le veo sentido.

Ella intentó abrir la boca para discutir, pero él la interrumpió rozando sus labios con los de ella. Rainie se sobresaltó de repente. Él se detuvo, se quedó ahí, con su boca húmeda, explorando. Tenía las manos extendidas por la espalda de ella. La abrazó con suavidad, dejándole mucho espacio, y eso la hizo sentirse agradecida y decepcionada a la vez.

Ella acababa de empezar a inclinarse hacia delante cuando él detuvo el beso.

—Me interesas, Rainie —murmuró contra su oído—. No eres lo que esperaba. Eres inteligente, eres complicada... Y ya sé que no te vendrás conmigo esta noche.

—No lo haré —susurró.

—Vas a torturarte con el viaje a la oficina del forense mañana. Vas a soñar con tu madre y con niñas muertas.

—No...

—No soy tu terapeuta, Rainie. Solo soy un hombre que ha pasado por lo mismo.

Retiró las manos de su espalda, se apartó y ella sintió que la noche irrumpía con amargura. Sus brazos se enfriaron. Se estremeció al verlo caminar hacia su coche, pero no le pidió que volviera. Ella tenía su propio vehículo para volver a casa. Era una de sus reglas, una de sus muchas reglas para mantenerse a salvo.

El agente especial de supervisión Pierce Quincy se alejó. Y, después de un rato más, Rainie se fue sola a casa.

CATORCE

Jueves, 17 de mayo, 1:08 a. m.

Cuando Rainie llegó a su casa, Shep la estaba esperando en su porche trasero. A juzgar por la pila de botellas de cerveza vacías que tenía a sus pies, llevaba allí un buen rato, y la espera no había hecho nada por mejorar su humor.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó cuando por fin cruzó la puerta corredera de cristal.

Rainie lo miró durante un instante. Era tarde, pasada la medianoche, y no tenía paciencia para esa conversación. Por otro lado, supuso que debería haberlo visto venir. Se aflojó los puños de su desgastada camisa de cambray.

—Vete a casa, Shep.

—¿No te vas a reunir con el forense a primera hora de la mañana? ¡Por Dios, Rainie!, esto es una investigación de asesinato. ¿Qué haces por ahí hasta altas horas de la madrugada?

—Creo que estoy actuando como agente principal en el caso. Ahora, lárgate de mi terraza trasera.

Shep fingió no oírla. Dejó la cerveza y se levantó autoritario, como si siguiera actuando de sheriff. El hecho de que se balanceara sobre sus pies no ayudaba. Rainie sacudió la cabeza.

—Tenemos que hablar de este caso.

—Estás borracho, no piensas con claridad, y si alguien te ve aquí, George Walker tendrá aún más munición para llevar a las noticias de las cinco. El padre del sospechoso retozando con la policía.

—¡Danny no lo hizo!

—Tenemos sus huellas en los casquillos, Shep.

—No en todos.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—¡Oh!, Sanders no te lo dijo, ¿verdad? —comentó Shep con un brillo de suficiencia en los ojos. Se golpeó el pecho—. Tengo mi propio contacto en el laboratorio criminalístico estatal. Cuando hablé con él esta tarde, me dijo que habían encontrado huellas en los casquillos del calibre 38 y en los del 22, excepto en uno de los casquillos del 38. Un solo casquillo, sin manchas, sin suciedad, sin huellas. En otras palabras, lo han limpiado. Y, no te lo pierdas, hay algo raro en el casquillo. Mi contacto no sabía decirme qué, pero lo ha enviado para que lo analicen con más detalle. Así que ahí lo tienes. Hay algo raro en las pruebas, Rainie. Algo más ocurrió en esos pasillos, y esto lo prueba.

—¡Oh, santo cielo, Shep! No todos los casquillos tienen huellas, y lo sabes. Ahora, por última vez, vete a casa.

—¡Un casquillo que han limpiado, Rainie! Te lo digo, alguien más estaba en esa escena. Esto lo prueba. Tal vez Danny ayudó. ¿Está bien, vale? Eso puedo verlo. Consiguió las armas, tal vez pensó que estaba ayudando a un amigo. Pero alguien más apretó el gatillo. Tienes que ayudarme con esto, Rainie. Tienes que creerme.

—No tengo que hacer tal cosa.

—¿Qué significa eso?

Rainie miró a su jefe a los ojos.

—Primero me nombras agente principal, Shep —replicó en tono seco —. No has llegado todavía al colegio y ya sabes que algo pasa. Luego está todo ese enfrentamiento con Danny. Haces que descargue mi arma. Te las arreglas para dejar tus huellas en todas las pistolas. Treinta segundos después, la mayoría de las pruebas físicas han sido destruidas. Después, te aseguraste de que todo el mundo lo supiera. La agente Conner ha jodido el caso, Danny saldrá impune. ¿Qué demonios sucedió en ese pasillo, Shep? Si quieres que te ayude, cuéntame qué ocurrió en realidad aquella tarde.

—Rainie, te juro...

—¡Mentira! Basta de estupideces. —Perdió los estribos. De repente, se sintió cansada y resentida sobremanera con Shep. La había convertido en parte de esa tragedia. Y en ese momento estaba en su terraza trasera, suplicando que lo ayudase, después de haberla tomado por tonta. ¿Cómo se atrevía a hacerle eso? Sobre todo cuando ella lo consideraba un amigo.

—Sabías lo que estaba pasando, Shep. Sospechabas de Danny. ¿Por qué?

—No me grites, Lorraine Conner. Puede que no esté en servicio activo, ¡pero sigo siendo el sheriff de esta localidad!

—¿Qué coño ha pasado, Shep? ¿Qué has hecho?

—¡Esta no es forma de tratarme! ¿No te ayudé hace tantos años? Todas esas preguntas que podría haber hecho, todas esas preguntas sobre lo que ocurrió aquel día que siguen sin tener respuesta. Nunca llevé a cabo un seguimiento. No removí el avispero. Ahora te toca a ti hacer lo mismo.

—¡Fuera de mi propiedad!

—¡Es mi hijo! Maldita sea, Rainie, es mi hijo...

Los hombros de Shep empezaron a temblar de repente. Estaba de pie en su porche, rodeado de media docena de botellas de cerveza vacías, llorando con la cabeza entre las manos por su hijo.

«¡Dios santo!». Rainie entró en su casa y sacó dos botellas de cerveza de la nevera. Cuando volvió a salir, le entregó una a Shep sin mediar palabra. La otra la acunó en sus manos, esperando esa sensación de poder, de control. Pero esa noche no ocurría. «¡Dios santo!».

Al cabo de un momento, Shep se recompuso. Se secó la cara con la

manga de la camisa. Le quitó la chapa a la botella y se bebió la mitad de un trago. Luego se bebió la otra mitad.

—¿Cómo has venido hasta aquí, Shep?

—En coche.

—No vas a volver conduciendo a casa.

—Lo sé.

Permanecieron en silencio. Rainie miró al cielo nocturno. Estaba despejado tras la lluvia de esa tarde. Las estrellas eran como puntitos de plata sobre terciopelo negro. Le encantaban ese tipo de noches. Era perfecta para sentarse en su terraza, escuchar a los búhos e imaginar las olas rompiendo contra la costa rocosa. Puede que el interior de su casa albergara todos los malos recuerdos de su infancia, pero el exterior guardaba las pocas cosas preciosas que habían sido buenas: la tierra, los árboles y el cielo. El conocimiento de que, pasara lo que pasara, al final ella solo era una pequeña parte y las estrellas seguirían ahí mucho después de que ella se hubiera ido y se hubieran secado sus últimas lágrimas.

Quizá a otras personas les abrumara el pensar en su diminuto tamaño en relación con el cosmos. A ella la reconfortaba.

—Le di a Danny la combinación de la caja fuerte —le contó Shep en voz baja—. Me la pidió hace dos semanas y se la di.

—¿Te tomaste la molestia de conseguir una caja fuerte para armas de último modelo y luego le diste la combinación a tu hijo?

—Sandy me va a matar.

—Shep, estás en un gran apuro.

—¡No lo sabía! Danny dijo que quería practicar cómo se desarmaban las pistolas, porque ya había sabía hacerlo con su rifle. ¡Joder!, me encantaba que estuviera interesado. Tienes que entenderlo, Rainie, las armas son todo lo que nos queda a Danny y a mí. Lo intenté con el fútbol, pero no se le da bien. Lo intenté con el baloncesto, el béisbol y el fútbol. El chico no tiene habilidad para los deportes. Solo quiere leer, navegar por la red o chorradas de ese tipo... No sabes lo que es ser padre, Rainie, y darte cuenta un día de que tienes el hijo que siempre quisiste y, de alguna manera, resultó ser como su madre.

—¿Sabías que las pistolas no estaban?

Shep se quedó en silencio, lo cual fue suficiente respuesta.

—¡Dios!, ¿cómo puedes ser tan inteligente y a la vez tan tonto?

—¿No crees que ya he recibido suficiente castigo?

—No, creo que George Walker ha recibido suficiente castigo. Creo que los padres de Alice Bensen han recibido suficiente castigo. ¡Maldita sea!

—No lo sabía, Rainie. Hace tres días fui a comprobar si las pistolas estaban en la caja fuerte. Seguían sin estar allí. Así que le pregunté a Danny por ellas. Me dijo que todavía no había vuelto a ensamblarlas,

eso fue todo. Que, en cuanto las volviese a montar, las metería en la caja fuerte. No volví a pensar en ello.

—Hasta que recibiste la llamada.

—¡Pero Danny no lo hizo! Te lo juro, Rainie, ese chico no tiene un pelo de agresividad en su cuerpo. ¡Joder!, si se pareciese más a mí, tal vez podría imaginarlo, pero es hijo de su madre. No haría daño ni a una mosca.

—¿Qué encontraste cuando llegaste al colegio, Shep?

—Es lo que decía en mi informe. Cuando llegué, el edificio ya estaba evacuado. Alguien dijo que vio al tirador salir corriendo del edificio. Alguien más dijo que todavía había niños heridos dentro. Así que entré. Y en el aula de informática encontré a Danny sosteniendo el revólver y la semiautomática...

—¿Sosteniéndolos? No recogiéndolos, sino sosteniéndolos.

—Acababa de recogerlos...

—¡Shep!

—¡Vale! Los estaba sosteniendo, maldita sea. Sosteniendo ambas armas y con aspecto de que fuera a desmayarse. En cuanto dije su nombre, me apuntó a la cabeza.

—¿Y eso no te dice nada?

—¡Estaba aterrorizado, Rainie! Asustado y, ¡ah, demonios!, había estado llorando. Te lo juro, había lágrimas en sus mejillas. Por Dios, es Danny. El Danny que solía llevar tu placa de ayudante. El Danny al que le gustaba jugar debajo de los pupitres. Danny el que siempre quería sentarse a tu lado en la cena...

—¡Cállate! No quiero seguir escuchando más.

Rainie se alejó de él. Se quedó de pie en el borde del porche, con los brazos apretados alrededor de la cintura para entrar en calor. A lo lejos, vio un destello de luz, como si la luna hubiera atrapado un trozo de cristal. La inquietó, y estaba intentando identificar el origen cuando los árboles crujieron de repente y un gran pájaro levantó el vuelo.

—Si Danny está involucrado —continuó Shep desde detrás de ella—, es solo porque alguien lo ha metido en esto. Ha estado... conflictivo últimamente. Y quizá sea impresionable. A los trece años, todos los chicos jóvenes son impresionables.

—Sabemos lo de las taquillas, Shep. Y sabemos lo de Charlie Kenyon. El Danny que conozco es un muchachito encantador, y ayer por la mañana habría estado de acuerdo contigo, pero ya no estoy segura. Esconde mucho más de lo que se ve a simple vista. Y estos chicos... siempre son los hijos de alguien, Shep. Siempre son hijos de alguien.

Shep bajó la cabeza. Rainie le había dicho la verdad con la mejor de las intenciones, pero no soportaba verlo tan derrotado.

—Estamos intentando obtener más información de los ordenadores

del colegio —comentó ella en voz baja—. Tal vez si pudiéramos encontrar un registro de él hablando con alguien en Internet..., enganchando con alguna influencia externa... No sé.

—Bien, bien. —La voz de Shep sonó más animada—. De eso se trata, de averiguar quién hizo de verdad todo esto.

—Si quieres saber en serio lo que pasó, Shep, hablemos con Danny. El agente del FBI, Quincy, es un psicólogo entrenado y un experto en asesinos en masa. Sabrá cómo manejar a Danny. Llegará al fondo de esto.

—No.

—Shep, quieres que ayude a Danny, pero a la vez no quieres. Decídete.

—¡Nada de entrevistarle! Ahora está confundido. Quizá incluso quiera atribuirse el mérito de las cosas; algunos chicos son así. Pero no quiero que mi hijo pase el resto de su vida en la cárcel porque sintió la necesidad de jactarse.

—¿Y Becky? Ella pudo haber visto algo...

—Los médicos dicen que está conmocionada.

—Quincy es un experto.

—¿Desde cuándo has empezado a fiarte tanto de un forastero? Espera un momento. Ahí es donde has estado, ¿no? ¡Has salido con el federal!

—Pues átame piedras a los pies y tírame a un río.

—Eso no tiene gracia.

—Shep, si quieres respuestas, ayúdame. Al menos deja que Quincy entreviste a Becky.

—Nuestro abogado nunca lo aceptará.

—No es su decisión.

—No puedo. No... Tengo que hablar con Sandy primero. Déjame hablar con Sandy.

—Gracias, Shep —manifestó Rainie con gesto serio—. Sandy tiene la cabeza bien puesta. Hará lo correcto.

Shep, sin embargo, no parecía convencido.

—Tengo un hijo detenido por asesinato en un centro de menores —agregó, cansado—. Tengo una hija que duerme en un armario, y tengo vecinos que escriben con spray cosas como «Mataniños» en mi garaje. ¿Es lo correcto? Ya no sé lo que es eso. El alcalde me ha dicho que no podemos asistir a los funerales. Cree que disgustaría demasiado a la gente. Por el amor de Dios, esta es mi ciudad, Rainie. Conozco a George Walker. Solía jugar a los bolos con el tío de Alice. Ahora... Ahora se ha reducido a esto.

Rainie no dijo nada. No tenía palabras para consolarlo.

—Ese gatillo lo apretó otra persona —afirmó Shep, cansado, obstinado—. Recuerda mis palabras. Y tienes que ayudarme a demostrarlo, porque a un detective estatal y a un agente federal no les

va a importar. No viven aquí. No conocen a Danny como nosotros. Así que solo quedamos tú y yo. Igual que hace catorce años. Solo tú y yo otra vez.

—No me hiciste ningún favor hace catorce años, Shep.

La mirada de Shep se posó en el suelo del porche.

Ella suspiró, se acercó a la barandilla y tiró la botella de cerveza. Dijo lo que tenía que decir, en voz baja, para que nadie la oyera.

Shep no se entrometió. Después de todos esos años, sabía que no debía hacerlo.

Al cabo de un momento Rainie se volvió hacia él.

—Vamos, Shep. Te llevaré a casa.

Agazapado tras una densa cubierta de árboles, el hombre liberó por fin el aliento. No había servido de nada. Ella siempre agachaba la cabeza cuando hablaba, así que ni siquiera con los prismáticos podía ver con suficiente claridad. Tal vez si trajera una cámara de vídeo una noche... Podía grabar sus acciones y luego reproducirlas para alguien especializado en leer los labios. Un experto podría ver lo suficiente.

Pero eso sería compartir, y él no quería hacerlo. Rainie era especial. Era suya. Pensaba seguir así.

El hombre se balanceó sobre sus talones, frunciendo los labios mientras consideraba sus opciones. La cabeza le zumbaba un poco. Se había quedado en el bar el tiempo suficiente para tomarse dos cervezas, aunque no debía haberlo hecho. Pero el sonrosado se había quedado ahí de pie, mirándolo con severidad y dureza. Eso apretó botones que era mejor no tocar y él se dio cuenta de que no podía echarse atrás. Así que se quedó, tomando una cerveza que no podía saborear y sintiendo esa mirada medida y llena de odio.

Entonces se limitó a echarse a reír. Todo el asunto era demasiado divertido para contarlo con palabras. Viejos pensando que la guerra sería buena para los niños. Dales un Hitler y no tendrán que matarse unos a otros.

El hombre había comenzado a reírse, y seguía riéndose cuando salió del bar, viendo cómo el viejo sonrosado sacudía la cabeza. Que se jodiera el sonrosado. Que se jodieran todos. Si ellos supieran...

La primera vez que el hombre eligió una localidad para uno de sus proyectos, no estuvo ansioso. Más bien, sintió curiosidad por lo que podría hacer. Tuvo una visión. Todo empezó como un sueño a altas horas de la noche, una forma de pasar las horas cuando estaba solo y a nadie le importaba. Luego se apoderó de sus horas de vigilia. Se convirtió en una obsesión, una necesidad feroz y ardiente que le corroía las entrañas.

Tenía que enséñaselo al viejo, poner en evidencia al viejo. Poner en evidencia al puto viejo. Se dirigió al cementerio, engullendo botellas de cien dólares del preciado brandy del cabrón y sintiendo la furia

latir como un tambor en sus venas.

«¿Crees que soy débil? ¿Crees que soy tonto? Bueno, déjame mostrarte...».

La primera vez tuvo mucho cuidado. Sin vínculos entre él y la comunidad. Seleccionó el municipio por ordenador, llevó a cabo la investigación por ordenador, se acercó a los jugadores por ordenador. Cuando por fin fue necesario realizar algunas actividades in situ, se disfrazó y solo utilizó dinero en efectivo. Las tres pes del éxito de una misión: paciencia, planificación y precauciones. «¿Ves?, te escuchaba, viejo cabrón».

Al final, resultó sencillo. Gritos, humo y sangre, muerte hermosa y fantástica. Ni un temblor en su mano, ni una preocupación en el mundo.

Pero luego se acabó. La policía llegó, investigó, arrestó y pasó página. Caso cerrado. Él volvió a la vida cotidiana, volvió a visitar el cementerio y engulló otra botella de brandy.

«¿Quién es el débil ahora, viejo? ¿Quién no se cree muy listo?».

Y luego...

Nada. La historia desapareció de las noticias. La pequeña ciudad continuó con sus cosas. La gente siguió adelante con su vida. Y él estaba solo otra vez, sintiendo su poder, sabiendo las cosas que sabía y... aburrido.

Era hora de atacar una segunda vez. Aumentar las apuestas, demostrar su punto de vista, elevar el juego.

Eligió la siguiente localidad con más cuidado, pasó más tiempo reconociendo la zona, estudiando los ritmos de vida. Continuando con mucha paciencia y planificación, con muchas muchas precauciones. Los ordenadores eran una herramienta maravillosa.

Entonces, un día todo estuvo en su sitio: gritos, humo y sangre, muerte hermosa y fantástica. Esa vez se quedó observando después, desde lejos, por supuesto, con la ayuda de unos prismáticos, pero aun así se quedó, añadiendo un toque extra.

La policía acudió al lugar. Eran pueblerinos aburridos y sin imaginación. Vieron lo que él quería que vieran, pensaron lo que él quería que pensaran. Llevaron a cabo su arresto, se sintieron bien consigo mismos.

De hecho, todo fue tan bien que el hombre decidió no volver a casa de inmediato. Se le ocurrió el plan del hotel, en una población separada, por supuesto, aunque en realidad no estaba convencido de que esa precaución fuera siquiera necesaria. Alquiló un coche y condujo de vuelta a la ciudad. Pasó el rato en los bares locales y escuchó hablar a los lugareños. Se divirtió tanto que hasta fue a los funerales y vio llorar a las madres.

«¿Quién es el listo ahora, viejo cabrón?».

Cinco días después, todo había terminado. Los periodistas hicieron las maletas y los abogados llegaron a un acuerdo. Volvió al mundo ordinario de su «vida aceptable» y, con el tiempo, esa película también desapareció de su mente.

Necesitaba algo más. Sus planes funcionaban, pero faltaba emoción. Por lo que podía ver, era demasiado listo («¿Lo oyes, viejo?»). Podría hacer bailar a los polis sobre la cabeza de un alfiler y le darían las putas gracias por dejarles espacio en el suelo.

Necesitaba un lugar más desafiante, un objetivo más fascinante y un adversario más digno. Necesitaba ampliar el campo de juego.

Bakersville llegó a él como un maldito sueño erótico. El lugar perfecto, el objetivo perfecto y un elenco perfecto digno de los incompetentes policías de la Keystone del cine mudo pisándole los talones. Por fin estaba divirtiéndose.

El grande y fornido Shep lloraba por su hijo, la inteligente y guapa agente Conner estaba preocupada por su localidad. Y luego estaba el agente especial de supervisión Pierce Quincy, el mejor de los mejores de Quantico.

Por fin tenía un juego que valía la pena. Y era bueno, porque en lo que a él respectaba ya no estaba produciendo una obra de un solo acto. Ese juego no había hecho más que empezar.

«¿Recuerdas lo que sentiste cuando apretaste el gatillo, agente Conner? ¿Todavía sueñas con el sonido húmedo de la cabeza de tu madre al explotar? Algún día me gustaría oírlo todo».

Pero no esa noche. Esa noche tenía que conducir hasta Portland. Aún le quedaba trabajo por hacer.

La primera vez que Becky O'Grady se durmió, soñó que se enfrentaba al monstruo de su colegio. Se plantó en el pasillo y gritó:

—Monstruo malo, malo. ¡Deja en paz a mi hermano! ¡No hagas daño a mis amigas!

El monstruo se avergonzó y se alejó arrastrándose. Entonces Alice y Sally la abrazaron y lloraron. La guapa señorita Avalon le dio un beso en la mejilla y le dijo que era muy valiente. Todos estaban contentos, incluidos su mamá y su papá, que no volvieron a pelearse, y también Danny, que le regaló un gatito.

La segunda vez que Becky se durmió, soñó que se enfrentaba al monstruo y él le arrancaba la cabeza de un mordisco.

A las cinco de la mañana, Becky O'Grady se arrastró hasta el armario del pasillo y se echó un montón de abrigos sobre los hombros. Pero sabía que no serviría de nada.

El monstruo se acercaba. Becky no había salvado a Danny, y tanto ella como el monstruo lo sabían. Pronto vendría a por ella. Pronto sería su turno.

Gimió llamando a su madre. Pero sobre todo lloró por Danny,

porque, cuando más la necesitó, ella no lo salvó.

QUINCE

Jueves, 17 de mayo, 7:50 a. m.

Sandy estaba junto al fregadero de la cocina, lavando una y otra vez el mismo plato adornado con flores. Fuera brillaba el sol. Abrió la ventana para que entrara el aire fresco de la mañana y pudo escuchar los sonidos de su vecindario preparándose para un nuevo día. En algún lugar de la calle estaban cortando el césped. Tal vez fuera el señor McCabe. Era un director de colegio jubilado que cuidaba religiosamente su jardín. En junio, la gente se acercaba en coche desde muchos kilómetros a la redonda solo para admirar sus rosas.

Un perro ladró tres o cuatro casas más lejos. Entonces se oyeron los gritos de una madre llamando a su hijo. ¿Andy? ¿Anthony? Tal vez era Andrea, la hija de cuatro años de los Simpson. El último Halloween se disfrazó de vaquero, no de vaquera, le recalcó a todo el mundo, de vaquero. A Sandy le caía muy bien la niña, aunque insistiera en llamarla señora O'Grady, lo que hacía que Sandy se sintiera mayor.

Giró el plato en su mano y lavó con ritmo el dorso.

Cuando ella y Shep se mudaron a ese barrio hacía once años, eran una de las pocas parejas con hijos. Desde entonces, el barrio había crecido y las familias también. Debía haber cinco niños pequeños solo en esa manzana. Dos de las niñas de la clase de Becky vivían a cuatro manzanas. También había varios chicos, aunque la mayoría eran demasiado pequeños para Danny. Sandy siempre pensó que era una pena. Para Becky era muy fácil encontrar a alguien con quien jugar, mientras que a Danny había que llevarlo en coche a casa de alguien. Eso requería planificación. Eso requería tener a uno de los padres en casa para hacer de chófer.

Sin embargo, Danny nunca se quejaba. Parecía contentarse con leer libros, quedarse en el colegio o jugar con el ordenador. Por las tardes, a veces salía a pasear con él por el barrio. Saludaban a las otras familias. Danny se fijaba en las casas que tenían antena de televisión vía satélite. O a veces ella iba andando y él la rodeaba con la bici y hacía acrobacias para divertirla, como ir sin manos.

Siempre le gustaron esos paseos. Se sentía segura al atravesar su modesta comunidad, donde todos trabajaban duro y se conocían por sus nombres.

Esa mañana Sandy no se sentía lo bastante cómoda como para salir a buscar el periódico matutino. Tenía demasiado miedo de que la gente se parase a mirarla. Y no estaba segura de qué le molestaba más, si las miradas de rabia o las de lástima.

Se quedó en su cocina, como un preso bajo arresto domiciliario,

limpiando sus electrodomésticos hasta que quedaron relucientes. Luego atacó el suelo de la cocina mientras fingía que era un día más en el barrio y que su vida no se había acabado en realidad hacía dos días.

Esa mañana Sandy llamó al centro de detención a las siete de la mañana. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que habló con su hijo, y necesitaba verlo de manera desesperada. ¿Estaba asustado, tenía miedo? ¿Entendía lo que le estaba pasando? ¿La echaba de menos o gritaba su nombre en mitad de la noche?

¿Y si tenía pesadillas? ¿Y si no comía lo suficiente, las mantas le raspaban o las sábanas le picaban? Por el amor de Dios, era su madre y necesitaba estar con su hijo.

El jefe del centro de detención, un tal señor Gregory, la informó con firmeza pero con educación de que Danny ya les había rogado que no dejaran entrar a su madre. El director había localizado a Danny en la cafetería a primera hora de la mañana para comentarle que sus padres deseaban visitarlo. Danny se puso tan nervioso que los miembros del personal no tuvieron más remedio que devolverlo a su habitación.

Parecía que estaba demasiado traumatizado para tratar con sus padres. Tal vez en una semana o dos.

Sandy nunca había oído hablar de algo tan ridículo. Si su hijo estaba traumatizado, razón de más para que ella acudiera. Podría llevarle su juguete favorito, hacerle su pastel favorito. Por favor, algo, lo que fuera...

«No me apartes de esa manera. No me dejes tan desamparada».

El señor Gregory la informó de que su hijo seguía bajo observación por riesgo de suicidio. Y que tuvieron que devolver a Danny a su habitación porque, ante la mención de ver a sus padres, le quitó un tenedor a otro chico e intentó pincharse en la muñeca. Ella y Shep no debían visitarlo, y punto.

El sonido de la cortadora de césped se detuvo. Se oyó un golpe seco cuando el señor McCabe sacó la bolsa de hierba cortada. Era muy probable que estuviera esparciendo la hierba por los parterres. Sandy lo había visto hacerlo cientos de veces. Mezclaba los recortes de hierba en los lechos para reponer el nitrógeno. Trabajaba la tierra con cariño con sus viejas y nudosas manos.

Sandy colocó por fin el plato en el escurridor. Había acabado con los platos, sus encimeras brillaban y su suelo estaba recién fregado. Incluso había limpiado los fogones y el microondas. Eran las ocho de la mañana y Sandy no sabía qué hacer.

Se volvió hacia Becky, que la miraba con ojos sombríos desde la mesa de la cocina.

—¿Quieres más cereales, cariño?

Becky sacudió la cabeza. El bol de Cheerios que le había puesto

delante hacía quince minutos seguía intacto.

—¿Y un poco de fruta? —insistió Sandy—. ¿O qué tal tortitas? Puedo hacerte tortitas con pepitas de chocolate.

Sandy se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo. Las tortitas con pepitas de chocolate eran las favoritas de Danny.

Becky sacudió la cabeza.

Sandy se volvió hacia el frigorífico, buscando más opciones. Becky llevaba casi dos días sin comer.

—Ya sé —pronunció Sandy con alegría—. ¡¿Qué tal un poco de macedonia?!

Sacó con impaciencia el cuenco de cristal transparente. La macedonia era uno de los cuatro platos que habían dejado en su porche el día anterior. Los otros contenían macarrones con queso, un plato de jamón y patatas y algún tipo de sorpresa de carne misteriosa. Sin embargo, ese cuenco había impresionado a Sandy. La mezcla de gelatina de fresa, manzanas, plátanos, nueces y nata montada era una de las macedonias favoritas de los niños, y le emocionaba que otros pensaran en Becky. Dios sabía que la niña también sufría.

Sandy levantó la mezcla de colores brillantes para que Becky la examinara. A ella siempre le había gustado la gelatina con la nata montada...

Una ligera vacilación, y al final Becky asintió. ¡Tenían un ganador!

Sandy le sirvió un gran cuenco a su hija, tarareando ligeramente para sí misma en honor a la victoria conseguida. Sirvió un vaso de zumo de naranja para acompañar el desayuno de Becky. Tras pensárselo dos veces, se sirvió un vaso de zumo para ella y se sentó a la mesa con su hija.

Desde el salón llegaba el sonido de los ronquidos de Shep. Había estado fuera casi toda la noche y regresó a altas horas de la madrugada, apestando a cerveza. Sin preguntarlo, Sandy sabía dónde había estado: en casa de Rainie. Siempre que estaba preocupado, siempre que tenía algo en mente, iba allí.

Una época, Sandy estuvo alimentando ideas descabelladas de lo que debía estar ocurriendo en la residencia de los Conner. Todos habían oído historias de la madre de Rainie y de la clase de mujer que había sido. Sandy se imaginó a su marido y a su ayudante revolcándose en un tórrido abrazo. Fantaseó con verlos riéndose juntos y carcajeándose como locos de lo idiota que debía ser la pequeña y guapa Sandy Surmon para no sospechar nada.

Una noche, en un ataque de celos, se dirigió a la casita de Rainie en medio del frondoso bosque. Subió por el camino de tierra a toda velocidad, ya formulando una audaz confrontación en su cabeza.

Descubrió a su marido y a Rainie sentados en la enorme terraza trasera en completo silencio, cada uno con la mirada fija en el bosque

y una cerveza en la mano.

Sandy se volvió a casa sin decir una palabra.

Con los años se dio cuenta de que no podía entender la relación entre su marido y Rainie. No sabía a qué se debían los largos silencios entre ellos ni los intercambios tácitos. No entendía cómo a veces Shep parecía pertenecer más a Rainie que a ella, cuando Sandy le había dado dos hijos y, por lo que ella sabía, Rainie solo le facilitaba botellas de Bud Light.

Lo que les unía era profundo, pero al menos no era sexual. Así que Sandy hizo todo lo que pudo para luchar contra su persistente y doloroso deseo de que Shep acudiera a ella cuando tenía problemas, en lugar de irse a casa de otra mujer a pasar horas en silencio.

—Mami, ¿qué pasó con el colegio?

Sandy miró a su hija, sorprendida de veras por la pregunta y el sonido de la voz de su hija. Becky apenas había hablado desde el tiroteo y, cuando lo hacía, solía ser una declaración de una sola palabra.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Hoy no hay colegio.

—No, Becky, hoy no hay colegio.

—¿Y mañana?

—Tampoco tienes que ir al colegio mañana, cariño. No quiero que te preocupes por el colegio. Está todo parado por un tiempo.

Su hija siguió mirándola con intensidad.

—¿Los otros niños van al colegio?

—¿Te refieres a tus compañeros de clase? No. —Sandy intentaba elegir sus palabras con cuidado—. También han dejado de ir al colegio por un tiempo.

—No es verano.

—Es casi verano.

—Mami, no es verano.

—Becky... Sabes que algo malo pasó en el colegio, ¿verdad? ¿Lo entiendes?

Becky asintió.

—Bueno, esa cosa mala ha entristecido a todo el mundo. Tú estás triste, ¿verdad?

Becky volvió a asentir.

—Yo estoy triste —prosiguió Sandy con voz suave—. Papá está triste. Y los otros niños también están tristes. Así que durante un tiempo, como todos están tan tristes, no habrá colegio.

—Pero ¿algún día...?

—Sí, Becky, algún día sí habrá colegio. Pero está bien, cariño. No será hasta que estés preparada, y nos aseguraremos de que el colegio sea muy seguro. Así que esa cosa mala...

—El monstruo.

Sandy vaciló.

—Sí, para que el monstruo no pueda aparecer más.

Becky la miró fijamente. Sus ojos eran grandes y serios. Sandy no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mayor que se había hecho su niña. Luego Becky volvió a centrar su atención en su bol de nata montada y gelatina. Sandy lo entendió, Becky no la creía. Ya suponía que su mundo no volvería a ser seguro. No en una época en la que los monstruos podían ir al colegio.

Sandy volvió al fregadero, se bebió el último zumo de naranja y lavó el vaso con cuidado, de forma metódica. La luz del contestador parpadeaba enloquecida, pero ya había escuchado el mensaje el día anterior. Era Mitchell intentando encontrarla, antes de que Shep hubiera cambiado su número de teléfono para acabar con las incesantes llamadas. Mitchell sentía mucho molestarla en un momento así, pero intentaba con desesperación hacerse con los informes de Wal-Mart. Quería saber si podría ser tan amable de darle un toque y decirle dónde podía encontrar los archivos.

Sandy sabía lo que buscaba. Podía imaginarse los archivos con claridad en su cabeza. Pero ni contestó el teléfono ni le devolvió la llamada.

Tal vez Shep tenía razón. Quizá había estado trabajando demasiado, anteponiendo sus propias necesidades a las de los niños. Si hubiera estado más en casa, prestando más atención... Si Danny se hubiera sentido más seguro, más importante, más querido...

Si... si... si...

Sandy cerró el agua. Le temblaban las manos sobre el grifo; tenía lágrimas en los ojos.

—Mami, ¿qué pasó con el colegio?

«Quiero que el mundo sea seguro. ¡Oh, Dios, cariño! Ojalá pudiera hacer que el mundo fuera seguro para ti».

—Mami.

Sandy se volvió hacia Becky. Por un momento, creyó ver sangre en la cara de su hija y estuvo a punto de gritar.

«Gelatina de fresa —le hizo ver su mente al instante—. Es gelatina de fresa».

Pero entonces vio las lágrimas en los ojos de su hija.

—Me duele la lengua.

Sandy cruzó corriendo la cocina. Miró la boca de su hija y, para su consternación, se dio cuenta de que estaba sangrando. La lengua de la pobre Becky sangraba.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has mordido la lengua? ¡Ah!, cariño, déjame traerte una toallita y un cubito de hielo. Espera un segundo.

Recogió la ensalada y la llevó al fregadero. No fue hasta que puso

una toallita limpia bajo el grifo que miró en el cuenco y se dio cuenta de cómo la luz brillaba en los fragmentos de gelatina.

Muy despacio, Sandy sacó una cuchara. Hurgó en la ensalada. Sacó cinco fragmentos de cristal.

«Mataniños, mataniños, mataniños».

¡Es una macedonia para niños! Aunque nos odiéis, ¡qué clase de animales ponen cristales rotos en una puta macedonia para niños!».

Volvió a Becky con sorprendente calma. Limpió la cara de su niña y le dio un cubito de hielo para que lo chupara. La hemorragia parecía haberse detenido. Los fragmentos de cristal eran pequeños. Tal vez no le habían provocado mucho daño.

Con ternura, Sandy echó hacia atrás el fino cabello rubio de Becky.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Bien.

—¿Has comido mucho? —preguntó en tono tranquilo.

Becky negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Si te duele la barriga, me lo dirás, ¿verdad?

Becky asintió. Sandy decidió dejarlo pasar. Becky parecía estar bien y Sandy no quería asustarla con otro viaje a urgencias.

—¡Ya sé! —exclamó Sandy, enérgica—. ¡Hagamos galletas de canela y azúcar! Saco todos los ingredientes y me ayudas a medirlo todo. ¿Qué te parece?

Becky se encogió de hombros.

—¡Genial! Déjame limpiar esto y lo hacemos.

Sandy dedicó a su hija una sonrisa brillante y tranquilizadora. Mantuvo la barbilla alta y los rasgos serenos. Luego volvió al fregadero de la cocina, donde tiró toda la macedonia y los otros tres guisos al triturador de basura mientras se juraba a sí misma que no lloraría, que no lloraría.

—No dejes que el monstruo te atrape, mami.

—Becky, ni en sueños dejaría que ocurriera algo así.

DIECISÉIS

Jueves, 17 de mayo, 6:33 a. m.

Quincy no soñó con su hija. En las horas grises de la mañana, se revolvió en la cama del hotel-motel rosa, atrapado en un caso que había ocurrido hacía casi una década. El de Candy Wallace, de trece años, que tenía un bonito cabello rubio y una sonrisa de cien vatios. La bella y alegre Candy Wallace, criada como devota baptista y que no tenía ni idea de la verdadera maldad que acechaba en el corazón de los hombres.

La secuestraron cuando volvía del colegio una tarde de un miércoles cualquiera. Un minuto estaba caminando por la calle y al siguiente, solo quedaba un montón de libros.

Pero el captor de Candy en realidad no quería a Candy, quería a Polly, su hermana de dieciséis años, y equivocarse de hermana lo enfureció. Así que empezó a llamar a casa de los Wallace. Ponía a Candy al teléfono, y luego le hacía cosas mientras su hermana y sus padres escuchaban.

Después de la primera llamada, llevaron también a Quincy para que escuchase. Consideraban que tenía oídos expertos.

Ahora, en medio de la pesadilla, no recordaba los gritos de Candy Wallace ni el rostro agonizante de su madre. No recordaba a su hermana Polly suplicando al hombre que se detuviera, que, por favor, fuera a llevársela en su lugar. Se iría con él si liberaba a su hermana pequeña. Suplicaba por favor, por favor, por favor...

Quincy recordaba sobre todo las últimas palabras de Candy, tras cinco días de interminable agonía.

—Por favor, no estéis tristes, mamá y papá. Todo acabará pronto y sé que voy a un lugar mejor. Dios me ama y cuidará de mí. Voy a estar bien. Os quiero. Amo incluso a este hombre malo. Mi corazón es sincero.

Quincy se despertó con lágrimas en las mejillas. Permaneció largo rato tumbado en la cama, pensando en la fuerza de una niña de trece años, pensando en Dios y en la fe y en las cosas que había dejado atrás después de demasiados años de trabajo.

Un día, después de la última llamada encontraron el cadáver de Candy Wallace, desnudo, magullado y mutilado. Tres semanas después detuvieron al hombre que lo hizo, un manitas en paro que había arreglado una vez el aparato de aire acondicionado de la casa de los Wallace. Dijo que Candy insistió en decirle que Dios lo amaba, así que le cortó la lengua. Quincy pensó que no había nada que pudieran hacerle a ese hombre que fuera suficiente.

Voló de vuelta a Virginia sintiéndose aislado y agotado. Entró en su

casa, pero se apartó de su familia, porque nunca aprendió a pasar directamente de la escena de un crimen a la gente a la que quería. En momentos así, no podía mirar a sus hijas sin ver todos los horrores que podían ocurrirles. Los manitas, los vagabundos, los encantadores estudiantes de Derecho. No podía contemplar a su familia sin ver dolor, sufrimiento y muerte.

Quincy se levantó por fin de la cama. Llamó al hospital, donde le informaron de que el estado de Amanda no había cambiado. Su exmujer estaba durmiendo en la habitación, por si quería hablar con ella. Quincy le dijo a la enfermera que no la despertara. Su otra hija, Kimberly, no estaba en el hospital. Seguro que ya había vuelto al colegio. Al igual que él, parecía haber aceptado que su hermana se había ido, una deserción al bando de Quincy que Bethie no podía soportar.

Claro que la relación entre su exmujer y su hija menor llevaba tensa ya desde el año anterior, cuando Kimberly anunció que iba a estudiar Sociología en la Universidad de Nueva York. Algún día quería ser perfiladora del FBI. Igual que su padre.

Quincy se puso unos viejos pantalones cortos de correr y una camiseta gris del FBI. Salió a la calle, inspirando hondo el frío punzante de la mañana. Luego se puso en marcha, pensando todavía en los gritos agonizantes de una joven y en su amor indefectible. Seguía pensando en su propia hija y en la tragedia de la que no la había protegido después de tantos años intentando hacer del mundo un lugar seguro.

Y entonces pensó en Rainie y en sus ojos grises ensombrecidos y su barbilla fuerte y testaruda. En la forma en que recibía sus golpes, la forma en que seguía levantándose para luchar.

Él cometió una vez el error de pensar que el aislamiento era protección, que centrarse solo en su trabajo marcaría la diferencia para la gente, para su familia. Oyó morir a una joven, pero no escuchó lo que decía. Quincy era viejo, pero estaba aprendiendo.

Corrió durante largo rato, con el fresco y limpio aire de la montaña azotando sus mejillas. Saludó a una hermosa mañana en un exuberante valle costero y comprendió a la perfección por qué Rainie Conner seguía viviendo ahí.

Poco antes de la una, Quincy se presentó en el diminuto cuartel de la unidad especial, en el ático del ayuntamiento. No esperaba que Rainie hubiera vuelto aún de las autopsias programadas en Portland, pero ya estaba sentada en su escritorio de caballete cuando él llegó. Estaba garabateando con atención en algún papel y no levantó la vista enseguida.

Él se tomó un momento para estudiarla. Su rostro estaba más pálido que el día anterior; las ojeras, más pronunciadas. Otra noche sin

dormir, supuso, unida a una mañana brutal. Las autopsias nunca eran fáciles, sobre todo cuando eran de niños.

Sin embargo, a juzgar por sus movimientos concentrados, Rainie aún no tenía intención de aminorar la marcha.

Le recordaba a otra persona. Tardó un momento en situar el nombre. A Tess... Tess Williams. Otro caso, de hacía años, pero con mejor final. Tess cometió el error de casarse con el hombre perfecto, del que otras mujeres siempre decían que era demasiado bueno para ser verdad. En el caso de Jim Beckett, tenían razón. El apuesto y dedicado agente de policía tenía una pequeña actividad secundaria: obligaba a hermosas rubias a parar por exceso de velocidad, y luego las asesinaba. Tess fue la primera persona en descubrir las maldades de su marido, y poco a poco reunió pruebas contra él mientras seguían compartiendo cama.

Jim Beckett no se rindió sin luchar. Dejó una larga y sangrienta huella en la unidad especial, incluidas algunas cicatrices visibles en el pecho del propio Quincy. Pero Tess demostró ser más dura de lo que nadie había sospechado. Cuando Beckett la cazó tras fugarse de la cárcel, ella se aseguró de que los contribuyentes de Massachusetts no tuvieran que volver a pagar por su alojamiento y manutención.

Quincy no había pensado en ella en años. Intentó hacer cuentas sobre la edad que tendría ahora su hija, Samantha. ¿Diez años? Había pasado bastante tiempo. Se preguntó cómo estarían ella y Tess.

Nunca hacía un seguimiento de las personas de sus casos. Incluso los que terminaban bien seguían constituyendo un recuerdo de una época oscura. De alguna manera, no le parecía apropiado enviarles tarjetas de Navidad.

—¿Vas a quedarte ahí mirando toda la tarde? —preguntó Rainie desde su escritorio, todavía con la mirada fija en su papel.

—Solo admiraba el paisaje.

Ella levantó la vista el tiempo suficiente como para lanzarle una dura mirada.

—¡Oh, por favor!

—Así de bien han salido las autopsias, por lo que veo.

—Todo lo que me temía, más diez. Por el amor de Dios, entra en la sala o cierra la puerta. No soporto a la gente parada en el umbral sin hacer nada.

Quincy se tomó su tiempo para entrar, mirándola con más cautela. Estaba más desgastada de lo que él esperaba. Al hablar, su voz sonaba con el matiz de alguien que se tambaleaba al borde de un lugar oscuro. Apostaría a que no se había permitido llorar. Era una mala señal. A veces había que llorar después de las autopsias. Era la única forma de liberar el dolor.

—¿Estás escribiendo el informe? —preguntó con neutralidad.

—No. Estoy elaborando una lista. ¿Qué piensas del misterioso

hombre de negro?

—¿Perdón?

—El hombre de negro, la figura que varios niños dijeron haber visto en el colegio. ¿Realidad o ficción?

—No sé.

—¿Y si existe? ¿Podría un extraño estar involucrado en un tiroteo en un colegio?

—Te sorprenderían las cosas que puede hacer un desconocido —expuso Quincy despacio—, o incluso alguien conocido a través de Internet. Mira a cuántos menores se engaña hoy en día en salas de chat para quedar en persona con pedófilos.

—Bien —dijo, garabateando de forma frenética—. El hombre de negro conecta con Danny por Internet y luego intenta cubrir sus huellas borrando los discos duros de los ordenadores. Salvo que entonces volvemos a Melissa Avalon. ¿Por qué un disparo preciso en la cabeza? Odio esa maldita herida. —Rainie se recompuso, soltó una bocanada de aire y volvió a escribir con energía—. Podemos trabajar en ese ángulo más tarde. El siguiente es el orientador escolar, Richard Mann.

—¿Qué pasa con Richard Mann?

—Es joven, treinta y tres años según su expediente, aunque no parece mayor de quince, si quieres que te diga. Si volvemos a suponer que Melissa Avalon era el objetivo previsto, podría tener un motivo. Quizá le gustaba Melissa Avalon y no le hacía gracia enterarse de sus reuniones privadas con VanderZanden. Además, como orientador, sabría qué botones presionar para llevar a Danny al límite. Eso resuelve el método.

Quincy lo entendió al final.

—Estás trabajando en una lista de otros posibles sospechosos.

—Sí. Así que el federal puede aprender.

Quincy arqueó una ceja. Esa tarde no solo estaba nerviosa, sino bien cortante.

—¿Puedo preguntar a quién has incluido en la lista?

—Charlie Kenyon, el director VanderZanden, el misterioso hombre de negro y ahora Richard Mann.

—Pensé que el director tenía una coartada.

—A primera vista, pero nunca lo sabes hasta que empiezas a presionar.

—Charlie Kenyon tiene sentido —reflexionó Quincy al cabo de un instante, pensando que lo más productivo sería seguirle el juego—. Es un chico mayor e influyente. Ya sabemos que tiene problemas con la autoridad y le gusta merodear por el colegio. El director me convence menos. Incluso si fue una aventura amorosa que salió mal, me cuesta verlo disparando a dos estudiantes y aún más, verlo coaccionando a

Danny para que cargue con la culpa.

—Es una fuerte figura de autoridad. Danny no puede enfrentarse a su propio padre, así que ¿por qué iba a poder enfrentarse al director del colegio? Además, escuchaste sus últimas palabras en la entrevista. El chico está asustado. Cuando estás en primaria, ¿quién parece más todopoderoso y omnisciente que tu director?

Su lógica no era mala.

—Pero también hay que considerar la reacción de VanderZanden. Parece que está desconsolado de veras.

Rainie lo admitió. Entonces se le iluminaron los ojos.

—¿Y su mujer?

Quincy exhaló despacio y la observó garabatear. Sus movimientos eran febriles. Estaba esforzándose demasiado.

—Rainie, ¿por qué estás haciendo esta lista?

—Enfoque. Esta investigación carece de enfoque.

—Ya tenéis un sospechoso detenido. Eso me parece muy enfocado.

—Sí, pero no sabemos si es el sospechoso correcto.

—¿Sus huellas en los casquillos no te han convencido?

—A ti no te convencían.

—Me pagan más por ser escéptico.

Rainie dejó el bolígrafo. Se detuvo el tiempo suficiente para mirarlo a los ojos, y Quincy se sorprendió al ver su pálida piel estirada sobre el rostro demacrado. Al parecer, renunciaba tanto a la comida como al sueño. Era solo cuestión de tiempo hasta que colapsara.

—Shep me fue a ver anoche —soltó de repente.

—¡Ah! —exclamó Quincy. Todo se volvió mucho más evidente—. Movido por el sentimiento de culpabilidad.

—Por supuesto. ¿Para qué están los amigos? Mejor aún, contactó con el laboratorio criminalístico a través de un amigo. Resulta que Abe Sanders nos ha estado ocultando algo.

—Me muero de ganas.

—Hay un problema con uno de los casquillos del 38. No solo carece por completo de huellas o manchas y parece que lo han limpiado, sino que balística encontró algo extraño en él. Cuando hice el seguimiento esta mañana, me enteré de que tenía algún tipo de residuo dentro, tal vez un polímero.

—¿Plástico? ¿Tal vez como hilos de tejido de poliéster?

—¿Quién sabe? Pero el interior de un casquillo es un sitio raro para encontrar restos de tela. Además, Danny llevaba puesto algodón cien por cien cuando lo arresté. Están haciendo más pruebas, por supuesto, pero volvemos a tener más preguntas que respuestas.

—Vas a matar al detective Sanders, ¿verdad?

—Sí. A las tres de la tarde. Te invito a presenciarlo —propuso Rainie con una amplia sonrisa—. Tuve una charla fascinante con la forense a

las siete de la mañana. Llevó a cabo la autopsia de Avalon anoche para que pudiéramos empezar directamente con las chicas esta mañana. Qué suerte la mía. Y escucha esto: la bala del calibre 22 que mató a Melissa Avalon no estaba deformada. De hecho, la maldita cosa viajó en una bonita línea recta a través del centro de su cerebro y se detuvo en la base del cráneo, sin rebotes. Una bonita bala recuperable con la base intacta. Debería tener muchas marcas de estrías para que balística analizase, pero no tiene ninguna.

—¿No hay marcas de estriado? ¿Está pensando la forense en un arma de ánima lisa?

—No sé en qué demonios está pensando Nancy Jenkins. Sin lugar a duda, la mujer está intrigada y, por desgracia para mí, es evasiva. Déjame ver si puedo repetir sus palabras exactas. Algo así como «La bala parecería provenir de una calibre 22, pero no creo que haya sido así».

—¿Ella cree que no?

—Resulta que Nancy Jenkins es una aficionada a las armas. No hará comentarios oficiales hasta que reciba el informe de balística, pero hay algo raro en la bala que mató a Melissa Avalon. Y tiene muy claro que no es solo algo raro. Es algo raro, pero indica inteligencia e ingenio.

—¿Demasiado inteligente e ingenioso para un niño de trece años?

—Ya lo estás entendiendo.

—¿Y la bala se detuvo en la base del cráneo de Avalon?

—Así es, en la base del cráneo. Como en una trayectoria descendente. Como en... ¿Cómo puede un chico de menos de un metro cincuenta disparar hacia abajo a una mujer de casi un metro setenta?

—... que no estaba de rodillas —completó Quincy por ella—, teniendo en cuenta cómo cayó el cuerpo.

Rainie asintió disgustada.

—Así que ahí lo tienes. En este punto, parece que algo huele a podrido. Como mínimo, es poco probable que Danny matara a Melissa Avalon, lo que también plantea dudas sobre Sally y Alice.

—Es posible que hubiera alguien más presente y un arma homicida que aún no hemos identificado.

—Sí, un arma homicida que aún no hemos identificado y un motivo. ¿Por qué Melissa Avalon? No puedo sacármelo de la cabeza. ¿Por qué la joven y guapa señorita Avalon?

—Y ahora estás construyendo la nueva teoría del caso.

—Ya que soy la agente principal, he pensado probar suerte.

—Rainie, ¿puedo alegrarte el día?

—Por supuesto, inténtalo.

—Tengo una cita a la una y media con Richard Mann para preguntarle por Danny O'Grady. Ven conmigo. Yo seré el poli bueno;

tú, la poli mala. Juntos, le tenderemos una emboscada.

Un destello feroz apareció en los ojos de Rainie. La satisfacción de su rostro fue suficiente para hacer sonreír a Quincy, y para desplegar algo lento y tierno en su interior.

—¿Me dejas ser la poli mala?

—Eres la más cualificada.

—AES, podría besarte.

—Promesas, promesas... —manifestó con ligereza, y condujo a su agente de la ley favorita fuera de la sala.

DIECISIETE

Jueves, 17 de mayo, 1:28 p. m.

Se reunieron con Richard Mann en su despacho del maltrecho colegio, que por fin se había abierto al personal. Él le había dicho a Quincy que necesitaba ponerse al día con el papeleo, y la impresión que Rainie tenía del joven orientador era la de alguien profundamente descorazonado. Tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos. Se había esforzado por arreglarse para la reunión con unos chinos color canela y un jersey verde salvia, pero mantenía un cierto aire desaliñado que denotaba noches en vela y preguntas sin respuesta. ¿Se estaría preguntando si debería haber visto venir el tiroteo? En las oscuras horas posteriores a la medianoche, ¿pensaría que tenía que haber hecho algo más?

Rainie no sabía mucho del hombre. Había preguntado a algunos padres, y todos opinaron que parecía muy agradable. Con poca experiencia, comentaron algunos, pero muy trabajador. El martes, cuando las cosas se complicaron en el colegio, asumió sin duda la responsabilidad e hizo lo que ella le pidió. Eso ya suponía algo positivo.

Pero Rainie seguía cuestionándose su relación con la señorita Avalon. Incluso cansado, Mann tenía ese aspecto pulcro de típico chico americano: figura esbelta, pelo castaño corto y ojos azules. En un instituto habría inspirado media docena de enamoramientos juveniles. ¿Y en el colegio de Bakersville?

—¡Agente Conner! —expresó Mann con evidente sorpresa al verla aparecer por la puerta junto a Quincy—. Me alegro de volver a verla. —Le sonrió, sin duda no alarmado por su presencia, y le tendió la mano.

—Señor Mann —saludó Rainie, aceptando su apretón de manos.

«Poca fuerza —pensó ella—. Joven, desde luego. Nada que ver con Quincy», añadió de forma innecesaria en su cabeza.

—¡Oh!, llámenme Richard. El señor Mann es mi padre.

—Conozco esa sensación.

Ella y Quincy tomaron asiento. Situado junto a la oficina de Admisión y al lado del despacho de VanderZanden, el espacio de Richard Mann era pequeño pero ordenado. La principal atracción era una gran ventana que daba al aparcamiento del colegio, por la que entraba mucho sol. El suelo era de color azul bereber, las paredes de un blanco inmaculado y la multitud de archivadores de color gris industrial. Salvo dos plantas y un póster de caras de dibujos animados que mostraban diferentes emociones humanas, no había muchos elementos decorativos. «Es, sin lugar a duda, la oficina de un soltero»,

consideró Rainie. Habría apostado a que su apartamento tendría el mismo aspecto funcional.

En ese momento, el suelo se encontraba lleno de cajas de cartón vacías y carpetas desechadas.

—¿Haciendo limpieza? —preguntó Quincy.

—Revisando viejos archivos —confesó Mann. Hizo un gesto de disculpa con la mano sobre el montón—. Empezamos a quedarnos sin espacio, y la mayoría de estos archivos son anteriores a mi época.

—Es verdad, es nuevo aquí.

—Ha pasado un año entero. Ya no me siento tan nuevo.

—Bakersville es un gran cambio con respecto a Los Ángeles —observó Rainie.

—Eso es lo que estaba buscando.

—¿Vida de ciudad pequeña?

—Algún lugar sin simulacros de tiroteos —respondió esbozando una sonrisa débil—. Por supuesto, eso no ha salido como yo lo había planeado.

—¿Dónde estaba cuando empezó el tiroteo? —preguntó Rainie.

—En mi oficina. Era mi hora de comer.

—¿No come durante el horario normal del almuerzo?

—No. Tengo una política de puertas abiertas para los alumnos. Cualquiera puede entrar si quiere hablar de algo. Ese tipo de cosas.

—Entendemos que Melissa Avalon también dejaba su puerta abierta para los niños durante el almuerzo.

—Así es. —Asintió con la cabeza.

—Entonces, los dos almorzaban al mismo tiempo.

Rainie entrecerró los ojos con gesto sugestivo y vio cómo Richard Mann empezaba a desconcertarse. Él esperaba una entrevista sobre Danny O'Grady, no sobre las actividades que realizó el día del tiroteo.

—Sí, creo que sí —respondió con menos seguridad. En su regazo, sus manos ya empezaban a inquietarse. Rainie supuso que eso iba a ser como pescar peces en un barril.

—¿Alguna vez almorzaban juntos?

—Bueno, éramos compañeros de trabajo...

—Tenemos entendido que a la señorita Avalon le gustaba conocer a algunos de sus compañeros.

—No entiendo...

—Ella y el director VanderZanden... ¿O no lo sabía? —Rainie endureció el tono de su voz y Richard Mann se revolvió en su asiento.

—Pensé que íbamos a hablar de Danny.

—¿Conocía bien a Melissa Avalon?

—Trabajábamos juntos, eso es todo.

—Era muy guapa.

—Supongo...

—Joven, ¿de la misma edad que usted?

—Sí, me imagino.

—También nueva en la zona. Vamos, señor Mann, no me diga que ustedes dos no tenían nada en común.

—Espere un momento. ¿Cree que Melissa y yo...? —Mann hizo un pequeño gesto con la mano, los miró con asombro y luego negó de forma enérgica con la cabeza. Por primera vez desde el comienzo de la entrevista, se relajó de forma visible—. Lo siento, agente, pero, si creen que tenía alguna relación con Melissa, entonces no saben mucho sobre ella.

—¿A qué se refiere? —preguntó Quincy con calma.

—Melissa tenía problemas, problemas freudianos.

—¿Quiere decir con su padre? —cuestionó Rainie con aspereza.

—No conozco todos los detalles —respondió—, pero ella mencionó una vez que estaba distanciada de su familia. Su padre era un hombre duro, me contó, muy exigente y poco indulgente. Y si tenemos en cuenta que se fue con VanderZanden en cuestión de semanas y que el hombre casi le dobla la edad...

—Un sustituto de la figura paterna —completó Quincy.

—Ese fue mi análisis, sí —añadió Mann, y mostró a Quincy una sonrisa de agradecimiento. Sin lugar a duda, estaba encantado de tener la oportunidad de mostrar su propia formación psicológica a un gran perfilador.

—¿El padre la visitó alguna vez? —presionó Rainie.

—No lo sé.

—¿Y su madre?

—No lo sé.

—Para ser alguien con quien trabajó todo un año, no sabe mucho de ella, ¿no?

—¡Era muy reservada en lo que respectaba a su familia!

—No con el director VanderZanden.

—Yo no tenía nada con Melissa Avalon —insistió el orientador apretando los dientes—. Éramos compañeros de trabajo, eso es todo. Si están tan preocupados por su vida privada, hablen con Steven. O, mejor aún, llamen a su padre. He oído el rumor de que aún no se ha molestado en reclamar su cuerpo.

—Nos aseguraremos de hacerlo —señaló Quincy.

—Entonces, ¿qué puede decir de Danny O'Grady? —lanzó Rainie—. Entendemos que ha estado viéndolo como orientador.

—Solo durante unas semanas...

—Ah, ¿sí? ¿Y cuánto tiempo se tarda con exactitud en averiguar que un chico que destrozó su taquilla del colegio tiene problemas para controlar la ira?

—Sus padres están pasando por un mal momento. No había razón

para pensar que la ira de Danny era algo más que una fase de adaptación. Cuando los matrimonios se vuelven amargos, los niños se enfadan.

—¿Dónde decía que estaba cuando ocurrió el tiroteo?

—¡En mi despacho!

—¿Tiene testigos?

—¡Cómo se atreve! —Richard Mann se levantó de forma brusca de la silla, con la cara roja como un tomate y expresión herida—. Hice todo lo que pude para ayudar a esos niños, agente. ¿No se acuerda? Fui yo quien organizó el centro de primeros auxilios. Fui yo quien desalojó a los padres del aparcamiento para que pudieran pasar los vehículos de emergencia. Y ahora soy yo quien atiende decenas de llamadas de padres cuyos hijos se despiertan gritando. ¿Cómo se atreve a insinuar que tengo algo que ver con esto? Dios mío, ¡esto me parte el alma!

—La agente Conner no pretende insinuar nada, señor Mann —indicó Quincy con calma, levantando las manos en un gesto tranquilizador—. Hacer este tipo de preguntas forma parte de su trabajo. Por supuesto que agradecemos la ayuda que nos prestó el día del tiroteo.

Mann se volvió hacia Quincy, sin duda todavía inseguro. Quincy esbozó una sonrisa cálida.

—Creía que íbamos a hablar de Danny —dijo Mann al cabo de un momento—. No esperaba este tipo de... ataque.

—Los interrogatorios policiales pueden ser intensos —explicó Quincy con diplomacia—. Por supuesto, consideramos a todo el mundo inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Mann se quedó mirando a Rainie. Ella levantó un hombro con gesto negligente. Pensó que el chico guapo no tenía coartada y se había puesto a la defensiva muy rápido. Por otra parte, el estudiante al que había estado asesorando había asesinado presuntamente a tres personas. Era muy posible que eso no lo dejara dormir bien por las noches.

—Volvamos a Danny O'Grady —alentó Quincy.

—No sé qué puedo decir al respecto —lanzó Mann malhumorado—. Algunas cosas son confidenciales.

Quincy le sonrió.

—Por supuesto, nunca le pediría a un psicólogo que violara su juramento quebrantando la confidencialidad del cliente —puntualizó con una dulzura empalagosa que casi hizo que Rainie pusiera los ojos en blanco—. Incluso la información general nos resultaría útil.

Mann tuvo que pensar en ello. Por fin, se recostó en su asiento, se llevó las manos a la cabeza y miró al agente del FBI con más atención.

—Para serle sincero, no sé mucho —dijo al final—. Acababa de empezar a hablar con Danny hacía unas semanas, y las primeras sesiones fueron conversaciones triviales. Ya sabe, establecer la

confianza, construir una relación. No habíamos tenido ocasión de entrar en materia.

—Estas cosas llevan su tiempo.

—Hablamos un poco del interés de Danny por los ordenadores —comunicó Mann—. A Danny le encantaba navegar por Internet y jugar con programación. Nunca lo admitió de manera rotunda, pero me dio la impresión de que podía estar involucrado en piratería informática. El ordenador era emocionante para él, pero también suponía un reto. Puede que se pasara un poco de la raya.

—¿Quizá entrando en sitios en los que no debía?

—Tal vez. Creo que es obvio para todos que Danny tiene problemas de autoestima. Su padre es demasiado duro con él. Reprende a Danny, intenta obligarlo a hacer cosas que no quiere. No es un modelo de apoyo.

—¿Hace él que Danny se sienta tonto?

—Tonto, inferior, débil, indefenso. Para serles sincero, creo que debería exigirse a la gente una licencia de paternidad antes de permitirles tener hijos.

—Puede que Shep no sea el padre perfecto —intervino Rainie frunciendo el ceño—, pero quiere a su hijo y desea lo mejor para él.

—Bien, pero eso a Danny no le servirá de nada. —Mann agitó la mano para acallar su siguiente ronda de protestas. Volvía a mostrar seguridad, y los padres tenían razón, su seriedad era convincente—. Mire, agente. Yo soy el que está en las trincheras, y puedo decirle de todo corazón que las intenciones no importan en la paternidad. Los niños no entienden lo que quieres decir, entienden lo que haces. Y la mayoría de las cosas que hace Shep provocan que Danny se sienta impotente e incompetente. Los ordenadores, en cambio, lo ayudan a sentirse fuerte.

—¿Alguna vez le habló de gente que pudiera haber conocido por Internet? ¿Lugares a los que pudiera haber ido? —presionó Quincy.

—No puedo hacer comentarios al respecto.

—Oiga, Mann... —empezó Rainie, impaciente.

—Danny es mi paciente y no violaré los privilegios —la interrumpió él con educación.

—¿Puede de verdad ejercer esas atribuciones si solo es orientador escolar? —preguntó Rainie a Quincy.

Él le dirigió una mirada que le decía de manera clara que no llevara demasiado lejos lo del poli malo. Mann estaba poniéndose nervioso y necesitaban sacarle más información.

—Deberían probar con los ordenadores —espetó Mann con sequedad. Se inclinó hacia delante, diciendo casi en un susurro—: Quiero ayudar, pero no puedo empezar mi carrera rompiendo la confidencialidad. Por otro lado, Danny estaba usando los ordenadores

del colegio. Bien, no sé mucho de ordenadores, pero creía que los policías tenían la capacidad de rastrear cualquier cosa hoy en día...

Quincy y Rainie intercambiaron miradas. Mann había hecho todo lo posible para reconducir la conversación, así que volvían a los ordenadores. De acuerdo.

—¿Había alguna persona que Danny mencionase mucho? —trató de indagar Quincy—. ¿Tal vez un nuevo amigo que hubiera hecho recientemente?

—Todo el mundo sabe que fumaba con Charlie Kenyon.

—Pero ¿y alguien por Internet? Quizá una figura adulta de un chat o de algún hilo de correo electrónico. ¿Algo así?

Mann volvió a dudar. Su mirada pasó de Rainie a Quincy y, de nuevo, a Rainie. ¡Qué demonios! Ella dejó que sus facciones se relajaran y le dedicó una sonrisa al chico guapo.

—Sería de gran ayuda, señor Mann. Junto con lo que hizo en el aparcamiento del colegio el martes y lo rápido que ayudó a controlar la situación... eso le convertiría en una especie de héroe en todo este asunto.

Héroe, al parecer, era la palabra adecuada.

—Había alguien —confesó Mann—. Danny pensó que era otro chico, un compañero hacker del que se había hecho amigo en Internet. Leí algunos de los correos y el lenguaje parecía más sofisticado. Me daba la impresión de que en realidad era un hombre adulto haciéndose pasar por adolescente.

—¿Y eso no le preocupó? —preguntó Quincy.

—¡Oh!, sí, me preocupó —afirmó Mann con vehemencia—. Por eso le pedí a Danny que empezara a enseñarme los correos electrónicos. Sé las cosas que pueden pasar en la web: pederastas, pornografía, terroristas... Internet no es más seguro que un paseo nocturno por Nueva York, pero lo que Danny me mostró era inofensivo. Eran notas amistosas, admirando sus logros con el ordenador, compartiendo información sobre otros programas que probar, sitios web que visitar. Por otro lado... —Hizo una pausa—. He oído rumores de que Danny dijo algo justo después del tiroteo. Que decía una y otra vez que era inteligente.

Quincy miró a Rainie. Ella confirmó esa información asintiendo con la cabeza.

—Las notas que Danny recibía siempre terminaban con que el tipo le decía a Danny lo inteligente que era. Cosas como «No puedo esperar a ver lo que el niño prodigio va a hacer a continuación. Eres muy inteligente». —Mann se encogió de hombros con impotencia. Por primera vez, Rainie pensó que Richard Mann tenía aspecto triste—. Me parece que eso viene del tipo. Así que tal vez había otras notas, otras cosas de las que Danny no me habló. No sé...

La voz de Mann se apagó. Luego dijo en voz más baja, más sombría:

—Quería ayudar de verdad a Danny O'Grady. Me preocupaba la relación que tenía con Internet y me preocupaban los problemas matrimoniales de sus padres, pero pensé que podría llegar hasta él. Ni siquiera leyendo los correos lo vi venir. Creía... Creía que los chicos que hacían estas cosas solían tener antecedentes de violencia, como torturar animales domésticos, provocar incendios, jugar a videojuegos violentos... Danny no hacía nada de eso. A mí me parecía un chico decente pasando por un mal momento. En serio, no tenía ni idea. Lo juro, no tenía ni idea...

Los hombros de Richard Mann se hundieron. Se limitó a quedarse ahí sentado, sacudiendo la cabeza.

—Señor Mann, ¿tiene por casualidad una copia de alguno de los correos electrónicos? —pregunto Quincy, inclinándose hacia delante.

—Danny no me dejaba quedármelos. Le preocupaba estar violando la confianza de la persona al enseñármelos.

—¿Recuerda algo sobre ellos? ¿Un nombre, una sala de chat, una dirección de correo electrónico?

—Yo no... Espere un minuto. La dirección de correo electrónico. Recuerdo que intenté entender lo que quería decir el tipo. Algo sobre que no hubiera incendios. Algo de volcanes, lava... Eso es, «No Lava». ¿No es una firma extraña?

—»No Lava». ¿Qué es eso de «No Lava»? ¿Recuerda el operador, el proveedor de Internet?

—Uno de los principales, creo que tal vez AOL, o CompuServe. Algo así.

Rainie lo garabateó y miró a Quincy.

—Tenemos algunos agentes federales especializados en operaciones encubiertas en Internet —explicó el agente—. Podríamos enviar a alguien, fingiendo que es un adolescente, para ver si «No Lava» muestra interés.

Richard Mann se sentó. Se pasó una mano por su cabello corto y expulsó un suspiro contenido.

—Estoy tratando de verdad de hacer las cosas bien. Sally y Alice eran un encanto de niñas. Y esto... simplemente no debería haber pasado aquí.

—Veremos.

Rainie se levantó. Le dio a Mann su tarjeta y le dijo que llamara a la oficina del sheriff si se le ocurría algo más, aunque dudaba mucho que estuviera de humor para hablar con ella. Sin embargo, cuando ella abrió la puerta del despacho, él volvió a pronunciarse.

—Agente Conner. —Rainie se detuvo y el orientador señaló el espacio que había detrás de ella, donde se encontraba un gran escritorio para la secretaria del colegio—. Como puede ver, mi oficina

está justo al lado del espacio administrativo principal. Aunque es posible que estuviera almorzando solo en el momento del tiroteo, no había manera de que pudiera haberme marchado sin que alguien lo advirtiese. Pregúntele a nuestra secretaria, Marge. Estoy seguro de que ella puede confirmar que me llevé un bocadillo de rosbif a mi despacho al comienzo del descanso y que no había ido a ninguna parte cuando se produjo el primer disparo. Para que lo sepa.

Rainie asintió. Se daba cuenta de cuándo la ponían en su sitio. Entonces su mirada se posó en las viejas carpetas esparcidas por el suelo y leyó los dos nombres de las que estaban encima: Sally Walker y Alice Bensen. Claro, ya no necesitarían expedientes de forma permanente.

Richard Mann había seguido la dirección de su mirada y su expresión se volvió igual de apagada.

—Debería llevármelas —murmuró Rainie al cabo de un instante—. Para los informes victimológicos.

Mann la miró con curiosidad. ¿Le sorprendió que ella pensara así? ¿O se preguntaba, lo mismo que ella, cuándo había aprendido a ser tan fría?

Recogió las dos carpetas y se las entregó.

Después de eso, ya no había nada más que decir.

DIECIOCHO

Jueves, 17 de mayo, 3:12 p. m.

Para cuando Rainie y Quincy terminaron de almorzar en Dairy Queen y regresaron al cuartel de la unidad especial, Abe Sanders ya los estaba esperando. El detective estatal lucía un traje gris bien planchado y unos zapatos negros relucientes, lo que hizo sospechar a Rainie que el hombre que viajaba con la ensalada también llevaba una plancha y un kit de limpieza de calzado. ¿Qué haría para divertirse en su tiempo libre?

Se había acomodado detrás del escritorio de Rainie y estaba leyendo un fax. Rainie le arrebató el papel de las manos sin preámbulos.

—Dudo que sea para sus ojos.

—¿Quiere decir que no formamos parte de una gran familia feliz? —dijo arrastrando las palabras con tono inocente.

Rainie lo fulminó con la mirada y luego leyó el fax. Era del bufete Johnson, Johnson y Jones. Seguro que en esa oficina tenían unas fiestas de Navidad divertidísimas. El fax le informaba de que ni ella ni sus ayudantes debían ponerse en contacto con Shep, Sandy o Becky O'Grady sin la presencia de un abogado. Si algún miembro de la unidad especial insistiera en incumplir esa orden, se interpondría una demanda por acoso contra el departamento del sheriff de Bakersville. Avery Johnson firmaba con un cordial saludo.

—Maravilloso —farfulló Rainie.

Estaba claro que la conversación entre Shep y Sandy había ido bien. ¿O habría mencionado Shep el interés que ella tenía por entrevistar a Becky a Avery Johnson como parte de su deseo de hacer todo muy bien por Danny? Uno pensaría que un sheriff experimentado habría sido más sensato.

—Parece que no vamos a entrevistar a Becky O'Grady en breve —comentó Sanders.

—Ya veremos —replicó Rainie. Le entregó el fax a Quincy, que parecía despreocupado.

—Rutina —manifestó.

—Solo es el principio —convino Sanders, hablando con el aire confiado de un oficial experimentado a otro—. Al final de este caso, toda la ciudad estará nadando en abogados representando, protegiendo y demandando a las masas. Me sorprende que George Walker no haya presentado ya una notificación para demandar al departamento del sheriff. Dios sabe que él piensa que todo esto es culpa de Shep.

Rainie se mordió el labio inferior. Odiaba admitirlo con Sanders presente, pero estaba fuera de su nivel.

—¿Cree que me demandarán?

—Seguro —respondió Sanders con naturalidad—. Es muy probable que los Walker y los Bensen presenten demandas civiles contra el departamento del sheriff por no advertir a la comunidad sobre Daniel O'Grady o por estropear la investigación contra él. Eso, por supuesto, la involucrará a usted. Después es muy posible que presenten una demanda civil personalmente contra los O'Grady, por si las cosas no funcionan en el tribunal penal. No me sorprendería que los padres de Melissa Avalon hicieran lo mismo. Por último están todos los chicos que resultaron heridos, aunque ninguno de ellos sufrió heridas muy graves. Tal vez se dividan en dos bandos: los que preferirían dejar todo esto atrás y los que unirán sus recursos e irán a por sangre.

—Pero ¿por qué demandar a un departamento del sheriff? —preguntó Rainie con el ceño fruncido—. Estamos tan arruinados que la mayoría de nuestros agentes trabajan gratis. Y el dinero que tenemos procede del ayuntamiento, lo que significa que, al final, la gente no hace más que demandar a sus vecinos.

—La ciudad y el departamento tienen un seguro de responsabilidad civil —explicó Sanders—. Esas pólizas son millonarias, por lo que un buen abogado argumentará que hay dinero de por medio y que solo se perjudica a las aseguradoras.

—Pero las primas suben y los impuestos también, y de nuevo todos los vecinos pagamos la factura.

—Está pensando con demasiada lógica, Rainie. Hubo niños heridos y el sistema defraudó a la gente. Ahora quieren culpar a alguien. ¿No aprendió nada en los noventa? Las fuerzas del orden son tanto la primera línea de defensa como el mejor chivo expiatorio de la ciudad.

Rainie sacudió la cabeza. Odiaba a los abogados. Se hacían con todo y lo complicaban todo demasiado. Y parecían pensar que el dinero curaba todas las heridas. «No se limite a llorar la pérdida de su hijo, sáquele partido».

Rainie pasó detrás de su escritorio, dio un codazo a Sanders para que se levantara de su asiento e hizo todo lo posible por concentrarse en los asuntos que tenía entre manos.

—Bien —pronunció con brevedad, cruzando las manos delante de ella y mirando a ambos hombres—. Me reuní con balística y con el médico forense en Portland esta mañana. Sanders, ¿hay algo que haya querido decirme, o debo disparar primero y preguntar después?

El detective estatal se encogió de hombros.

—¡Ah!, se refiere al supuesto casquillo misterioso.

—¡Qué demonios! Empecemos por eso.

—Balística tiene algo raro, eso es todo. Un casquillo que no tiene huellas en el exterior y algún tipo de sustancia en el interior.

—Un polímero —añadió Quincy.

Sanders le lanzó una mirada. Luego dirigió una expresión de descontento a Rainie. Estaba claro que no le gustaba que ella compartiera información con el federal. A Rainie no podía importarle menos.

—Sí, un polímero —confirmó Sanders al final—. Pero no lo había dicho porque aún no sabemos nada. Tienen que hacer más pruebas. Hasta entonces, no tenemos ninguna información nueva.

—Sanders, un casquillo extraño es información...

—Conner, un caso de esta magnitud, con tantas pruebas, tiene un millón y medio de cosas extrañas. Tenemos restos que no pueden clasificarse, huellas que no coinciden y fluidos corporales fuera de lugar. Forma parte de esto. Si le cuento cada una de las cuestiones que surgen, va a volverse loca.

—Soy la agente principal, Sanders. Si me vuelvo loca es mi problema, no el suyo.

—Está bien, está bien —protestó Sanders, levantando las dos manos en señal de paz—. En serio, estaba tratando de ser útil.

—Mentira. Solo quiere resolver este caso de manera rápida y simple.

—¡Sí! Que sea rápido y simple es mejor para todos. Por el amor de Dios, toda esta ciudad está hasta el cuello de armas de fuego.

—Razón de más para asegurarnos de llegar a la verdad. Y ahora mismo no estoy segura de que Danny lo hiciera.

—¿Por un estúpido casquillo?

—¡Por un estúpido casquillo, una estúpida bala y una estúpida trayectoria que indica que el asesino de Melissa Avalon medía al menos unos centímetros más que ella!

—¿Qué?

Abe Sanders pareció sorprenderse de veras. Rainie también se detuvo en seco. Después lo entendió. El detective aún no sabía nada de ese informe. Solo se había comunicado con el laboratorio criminalístico, no con la oficina de Medicina Legal.

—¿No lo sabía? —No pudo evitar arrastrar las palabras en una burlona imitación—. La bala del calibre 22 siguió una trayectoria descendente desde la frente de la víctima hasta la base posterior del cráneo. En otras palabras, un niño pequeño de trece años no disparó a una mujer adulta de pie.

Sanders pareció atónito, luego perplejo, después pensativo. Rainie podía ver cómo daba vueltas a los hechos en su mente. ¿Había alguna forma de que Danny hubiera levantado el brazo y sujetado el arma en ángulo descendente? ¿Y si Danny hubiera estado subido a algo? ¿Sobre qué se habría subido y por qué?

Entendía las cavilaciones mentales de Sanders, porque ella misma había pasado por todo eso a las siete de la mañana. La forense y su ayudante incluso realizaron una demostración de logística a Rainie. La

única forma de recrear la trayectoria aproximada de la bala era que alguien de al menos la misma altura disparara.

—¡Mierda! —exclamó Sanders al cabo de un instante.

—Exacto. Así que ahora este misterioso casquillo no es tan poco importante como pensaba. Además de que tenemos el problema de la bala del 22 sin marcas de estriado. En resumen, ninguna de nuestras pruebas coincide ya.

—Un momento, un momento —anunció con rapidez Sanders—. No tiremos el grano con la paja. Recuperamos un revólver del 38 de la escena, que fue usado para matar a dos víctimas. Tenemos las huellas de Danny en la mayoría de los casquillos del 38, además de tres cargadores rápidos. No sé de Melissa Avalon, pero todavía tenemos un caso contra Danny por Sally y Alice.

Rainie miró incrédula al detective estatal.

—¿Esto no cambia las cosas? ¿Tenemos un agujero importante en el caso y para usted no cambia nada?

—Plantea algunas cuestiones que debemos responder —contestó Sanders con ecuanimidad—. Pero no, para mí no cambia el caso.

—¿Cómo no va a cambiarlo todo?

—¡Porque todo no ha cambiado! Mire, sé que este es su primer homicidio, Conner, pero la verdad es que no todos terminan en cajitas ordenadas. Se terminan con preguntas, y a veces las pruebas son un desastre. Nuestro trabajo es hacer un caso, y todavía tenemos suficiente para argumentar que Danny mató a dos niñas. Bien, tal vez no mató a Melissa Avalon, tal vez había alguien más en la escena o alguien decidió aprovechar el caos para su propia agenda, pero desde mi punto de vista, Danny O'Grady mató a Alice Bensen y Sally Walker, caso cerrado.

—No —insistió Rainie con vehemencia—. El caso no está cerrado. En el momento en que tenemos una persona misteriosa en la escena, el caso se va a la mierda. Cuando intervenga el abogado defensor Avery Johnson, verá cómo argumenta que Danny consiguió las armas y Danny cargó las armas, pero que alguien más, digamos, el conspirador de un metro setenta, apretó el gatillo. Ya verá que el jurado se lo traga como una esponja. En el momento en que tenemos una persona misteriosa en la escena, nuestro caso, por así decirlo, está oficialmente muerto.

Sanders frunció el ceño. Abrió la boca para discutir, luego la cerró, volvió a intentar hablar, pero al final se conformó con fruncir más el ceño. Era obvio que creía de verdad que Danny había disparado, pero tampoco podía criticar la lógica de Rainie. Una persona misteriosa aportaba una duda razonable; ya no tenían suficiente para que el fiscal presentara su caso.

Sanders se volvió hacia Quincy.

—Siéntase libre de intervenir en cualquier momento —gruñó el detective estatal.

Quincy se encogió de hombros.

—Me ha parecido que la agente Conner estaba haciendo un buen trabajo.

—Bueno, usted es el experto, maldita sea. Díganos lo que nos estamos perdiendo.

—Para serle sincero, creo que hemos vuelto a lo básico de la investigación. Me parece que tenemos una serie de preguntas clave. Primero, ¿por qué Melissa Avalon? Su asesinato tiene elementos únicos, por lo que una teoría sería que ella constituye el eje de lo ocurrido. Sabemos que es probable que ella y VanderZanden tuvieran una relación. Según Richard Mann, tenía relaciones fracturadas con su familia, en particular con su padre. Bien, me pregunto si su padre tiene acceso a un ordenador.

—Luke Hayes está a cargo de los informes victimológicos —añadió Rainie—. Puedo pedirle que se centre en Melissa Avalon por ahora e intente tener algo para nosotros mañana.

Quincy asintió con la cabeza.

—Segunda área de interés: los ordenadores del colegio. Sabemos que Danny pasaba mucho tiempo en Internet, es muy posible que estuviera hablando con alguien llamado No Lava. ¿Quién es esa persona? ¿Y cuál era su intención al contactar con un chico de trece años? Averiguar qué hay en los ordenadores debería ayudarnos con una segunda posible teoría de este caso: que el hombre de negro es un extraño que Danny conoció por Internet.

—Hablando de eso —intervino Sanders con tono sombrío. Tanto Rainie como Quincy se giraron para mirarlo. Se centró en Rainie y dijo a la defensiva—: Iba a decírselo. Es solo que no he tenido ocasión.

—Escúpalo, Sanders.

—Recibí una llamada de nuestros técnicos esta mañana. Están teniendo problemas para recuperar los datos de los ordenadores del colegio.

—¿Qué tipo de problemas?

Sanders esbozó una tensa sonrisa.

—Les gustará esto. Como mencioné antes, había algunas señales de que Danny...

—Ese alguien —corrigió Rainie.

—Bien, de que alguien hizo un intento de limpiar las máquinas. Habían borrado el historial del navegador web y habían vaciado el archivo de caché. Pero eso son cosas bastante obvias que la mayoría de la gente con conocimientos informáticos sabe hacer, así que los técnicos no estaban muy preocupados.

—Deduzco que se pone peor.

—En pocas palabras, supongo que cada vez que se visita un sitio web, se introduce un poco de información en el archivo cookie del ordenador para poder «recordar» datos sobre el usuario cada vez que visita el sitio. Un buen técnico puede extraer el archivo cookie del disco duro y obtener registros bastante completos de todos los lugares en los que ha estado el usuario. Pues no. En los cuatro ordenadores, los archivos de cookies se borraron a las seis de la tarde el lunes, catorce de mayo. Las únicas cookies presentes son las nuevas del martes por la mañana, y son un batiburrillo de eToys.com y varios sitios de Pokémon, con toda probabilidad de los niños de esa mañana.

—¿Qué pasa con los correos electrónicos? —presionó Quincy—. Sé que puedo conectarme a Internet y recuperar correos antiguos, incluso los que he leído y borrado.

—En general sí. Alguien, sin embargo, limpió los correos antiguos y los guardados, y luego compactó los archivos para que sean irrecuperables. Por último, la persona accedió al servidor cortafuegos y borró todos los registros de datos. En resumen, los cuatro ordenadores quedaron limpios.

—Los quiero —se limitó a decir Quincy.

—Puedes quedártelos —aceptó Rainie.

—Un momento —protestó Sanders—. Tenemos buen personal...

—Los del FBI son mejores.

—¡Maldita sea!, nuestros técnicos ya han empezado a trabajar...

—Así los agentes de recuperación de datos del FBI tardarán mucho menos en terminar.

—Es verdad —manifestó Quincy a Sanders, que parecía dispuesto a montar en cólera—. Incluso después de todo lo que ha descrito, la información se encuentra en algún lugar de los ordenadores. Cuando se borra un archivo, el ordenador generalmente solo borra la referencia del directorio al archivo, no los datos reales. Así que, a menos que a nuestro infame individuo se le ocurriera utilizar un programa de borrado aprobado por el Departamento de Defensa que sobrescriba los datos con ceros, la información está en la máquina. La necesitamos. Lo que Danny estaba haciendo en Internet con No Lava es muy relevante para saber qué ocurrió el martes por la tarde. Por lo tanto, permita que nuestros agentes de recuperación de datos se encarguen. Tendremos respuestas más pronto que tarde.

—Nosotros también podemos conseguir la información —insistió Sanders con sequedad—. Puedo poner una orden urgente. No hay razón para que el FBI se involucre.

—Demasiado tarde —señaló Rainie.

—¡Maldita sea!, es solo una excusa para robar jurisdicción...

—¡Me importa una mierda! —gritó Rainie de nuevo. Golpeó con la mano la parte superior de su escritorio—. Había alguien más en el

colegio. Alguien más le disparó a Melissa Avalon. Quiero saber quién, maldita sea, y por última vez, Sanders, no es su decisión.

Sanders volvió a sumirse en un férreo silencio. Cruzó los brazos sobre el pecho y murmuró:

—¡Oh!, cuánto daría por un helado con salsa de chocolate caliente ahora mismo.

Rainie lo fulminó con la mirada. Todos se callaron. Pasaron los segundos, y después de un momento, Quincy dijo:

—Tercer paso de acción.

Los miró a ambos. Rainie asintió para mostrar que estaba prestando atención. Sanders retomó la conversación más a regañadientes.

—Volvemos a lo que estaba haciendo esta mañana, Rainie, una lista completa de otros posibles sospechosos. VanderZanden, Charlie Kenyon, Richard Mann, el padre de Melissa Avalon y esta persona de la red, No Lava.

—Estoy trabajando en ello, pero no tengo mucha mano de obra.

—De acuerdo —interrumpió Sanders—. Vamos a repartirlo entre nosotros. Qué demonios, podemos fingir que las investigaciones entre jurisdicciones funcionan de verdad. Me quedo con VanderZanden. Los federales pueden investigar a No Lava, ya que ha robado mis ordenadores. Luke Hayes indagará sobre el padre de Melissa Avalon...

—Yo llevaré a Charlie Kenyon y Richard Mann —se ofreció Rainie.

—Perfecto —accedió Sanders de manera inexpresiva. Sus ojos se encontraron con los de Rainie con un desafío evidente—. Eso solo nos deja con un último sospechoso: Shep.

—¡No puede ser! Es el sheriff...

—¡El tiempo que pasó en el colegio es del todo inexplicable! Sabemos que tiene problemas en casa. Sabemos que es un hombre mayor, lo que lo convierte justo en el tipo de Melissa Avalon. Y sabemos que tiene una larga historia con usted, Conner, lo que hace que este maldito caso sea aún más interesante.

Rainie decidió ignorar ese último comentario.

—Shep me llamó desde su radio después de los disparos, lo que significa que estaba en su coche patrulla, no en el colegio —replicó con firmeza.

—O lo hizo, volvió a su coche en el aparcamiento y realizó la llamada.

—¡Shep no incriminaría a su propio maldito hijo!

—¡O no sabemos que lo hizo! Vamos, las pruebas están por todas partes. Fue Danny. Espere, no, hay una segunda persona presente, tal vez fue él. Usted misma lo dijo, Conner, Danny tiene la defensa perfecta ahora: el conspirador. Me parece que está a punto de librarse. Lo que significa que Shep, o es muy listo, o tiene mucha suerte.

—Oiga —dijo Rainie, acalorada—, usted ha estado viendo

demasiadas películas de Oliver Stone.

—Yo lo haré —manifestó Quincy con calma. Ambos lo miraron un segundo después, como si acabaran de recordar que estaba allí—. Yo investigaré a Shep —repitió, y luego cortó de inmediato la objeción de Rainie—. Es debida disciplina, Rainie. Hay demasiadas cosas en este tiroteo que no tienen sentido. Hasta que lo tengan, todos deben ser sospechosos: los misteriosos hombres de negro y, sí, también el sheriff del municipio.

Rainie se sentó. No le agradaba, pero ya no tenía sentido discutir. Quincy volvió a la conversación general.

—Una última cosa —añadió—. Si el sujeto es un desconocido, un sudes, tenemos que ampliar la búsqueda, porque lo más probable es que todavía esté en la zona.

—¿Quieres decir en Bakersville? —preguntó Rainie con incredulidad.

—No, esta localidad es demasiado pequeña para esconderse. Habrá buscado una ciudad cercana, tal vez un centro turístico grande. Algún lugar donde pudiera ir a bares y establecimientos locales y ver toda la cobertura que recibe en los medios. Tal vez esté siguiendo la investigación muy de cerca y preguntando a otros al respecto. Es su manera de revivir el momento, de seguir divirtiéndose. Deberíamos ponernos en contacto con los departamentos de policía vecinos. Que sus agentes pregunten a trabajadores de hoteles y a camareros. ¿Hay alguna cara nueva que muestre mucho interés por la tragedia de Bakersville? ¿Algún hombre blanco de entre veintitantos y cuarenta y tantos años que haya estado hablando del tema o haciendo muchas preguntas? Ese tipo de cosas.

Sanders asintió con la cabeza.

—Puedo hacer algunas llamadas —confirmó, y luego se encogió de hombros, dubitativo—. Pero no quiero que mis hombres pierdan el tiempo en una búsqueda inútil. Puede que a ustedes les guste la idea de un hombre misterioso, pero yo sigo pensando en la herida de la víctima. He visto muchos homicidios, y una sola herida de bala en la frente es una víctima buscada, se mire por donde se mire. Tal vez no fue Danny, pero alguien quería a Melissa Avalon muerta.

Quincy no discutió. Tampoco Rainie. La conversación parecía volver a Melissa Avalon y al hecho de que siguieran sin entender por qué les incomodaba a todos.

—Bueno, al menos tenemos una buena noticia de nuestro lado —apuntó Quincy al final.

Sanders y Rainie intercambiaron miradas sorprendidas. Sanders hizo los honores:

—¿Tenemos una noticia?

—La recuperación de la bala del calibre 22. Usted mismo lo dijo, detective. La mayoría de las del 22 se deforman demasiado para una

prueba de balística. Supongo que nuestro tirador también lo sabía, así que le dice a Danny que lleve una del 22. Lo más probable habría sido que su bala rebotase dentro del cráneo, borrando la trayectoria y las marcas de estriado. Dadas todas las demás pruebas circunstanciales, Danny también sería culpado de la muerte de Melissa Avalon. Salvo que la bala no rebota. Tiene una trayectoria que nos hace saber de inmediato que el tirador debe haber sido otro adulto. Y mantiene suficiente parte de la base intacta como para revelar su pequeño secreto: es perfectamente lisa, lo que indica que es un arma única. Después de esa bala de cuarenta granos, sabemos que algo más pasó en ese colegio.

Ella asintió despacio. Sin la bala y su trayectoria, nunca habría habido motivos para mirar más allá de Danny O'Grady. Sobre todo cuando el chico confesaba cada vez que podía. Sanders, sin embargo, frunció el ceño.

—No lo entiendo. Está diciendo que alguien le pidió a Danny que llevara una del 22 para cubrir su propia 22. Pero ¿por qué demonios haría eso? ¿Por qué no se limitaría a usar el arma de Danny?

Rainie se detuvo y fijó la mirada. La dirigió a Quincy, que por una vez parecía del todo desconcertado.

—La bala del 22 es suave —murmuró ella—. Desde luego, no salió del arma de Danny. Y eso plantea otra pregunta: si el tirador llevó su propia arma para matar a Melissa Avalon, ¿por qué una del 22? No es tan potente, sobre todo para un tiro en la cabeza. A decir verdad, mucha gente sobrevive a ese disparo. Y, sin embargo, solo le efectuó un tiro en la frente con su propia arma, arriesgándose a que viviera para contarlo. Arriesgándose a que alguien lo viera armado. No lo entiendo... Algo aquí no tiene sentido.

Todos se miraron. Nadie tenía respuesta. Había una víctima preseleccionada. Una bala misteriosa. Un hombre no identificado que había engatusado a un chico de trece años para que participara en un asesinato.

Habían recorrido un largo camino desde un acto de rabia sin sentido, y en ese momento, de repente, Rainie ya no sabía a dónde iban. Pensó en su pequeña y tranquila localidad. Pensó en los imponentes árboles y en las suaves colinas. Pensó en Danny, tan asustado y decidido a atribuirse el asesinato. Pensó en los pasillos del colegio, todavía manchados de sangre.

Y, por primera vez en catorce años, Rainie tuvo miedo.

DIECINUEVE

Jueves, 17 de mayo, 4:21 p. m.

Danny estaba sentado solo en su habitación de ocho por ocho, mirando fijamente a una araña que se abría paso despacio por el suelo de fina moqueta.

La puerta estaba abierta. Todas las mañanas, a las seis, fornidos miembros del personal abrían las puertas de par en par gritando: «Chicos y chicas, es la hora». Las puertas permanecían abiertas todo el día y unían una serie de habitaciones parecidas con un pasillo principal hasta las nueve de la noche, cuando todo el mundo se preparaba para irse a la cama. Acudían más miembros del personal —no guardias, según le dijeron a Danny, sino guías— y encerraban a todo el mundo desde fuera. A las diez en punto se apagaban las luces. Danny se encontraba con una cara que miraba a través de la ventana de plexiglás, asegurándose de que cumplía las normas.

Seguía las reglas, no causaba ningún problema y se levantaba cuando debía. Dejaba que el guía lo acompañara a la cafetería. Se quedaba mirando su bandeja. Dejaba que otro guía lo condujera a un aula en la que veinte chicos, de edades comprendidas entre los doce y los diecisiete años, fingían estar estudiando bajo la mirada de una alegre señora que insistía en que podían ser lo que quisieran. Más tarde se les permitía socializar.

Danny siempre volvía a su habitación, donde se sentaba solo. A nadie le importaba. El centro de menores del condado de Cabot era una instalación moderna. Funcionaba como un gigantesco internado de color beige, a diferencia de los otros lugares sobre los que susurraban los chicos: viejas prisiones reconvertidas en centros juveniles donde las paredes y los suelos eran losas de hormigón y todo el mundo podía ver cómo orinaban los demás. El del condado de Cabot no era nada de eso. Algunos de los menores podían llevar su propia ropa, siempre que no vistiesen con los colores de las pandillas ni con camisetas ofensivas. El salón social tenía muchas ventanas de plexiglás y plantas vivas de verdad. Si los chicos ganaban suficientes puntos por méritos, podían ver la televisión o incluso alquilar películas de vídeo.

En su mayor parte, los guías los conducían a lo largo de sus días, con un minucioso horario de comidas, clases y tiempo de recreo. Mientras hicieras lo que te decían y fueras donde te decían, nadie armaba ningún alboroto. Incluso podías estar solo durante el horario social, sentarte en tu habitación a contemplar tu bata azul de hospital, examinar las arañas... No importaba.

La cuestión era que nunca podías llegar más lejos. Las agradables habitaciones tenían ventanas de plexiglás por una razón. Y todas las

puertas exteriores eran de acero de un centímetro de grosor. Luego estaba la valla de tres metros de altura que rodeaba el patio, rematada con espirales de alambre de espino. Había focos reflectores y los guías tenían llaves para sacar rifles cargados con balas de goma.

Cuando Danny llegó allí por primera vez, los chicos mayores se quedaron fascinados con él, y le contaban historias de jóvenes que habían intentado escapar. Chicos que habían sido aplastados por colchones, rociados con gas pimienta o, rara vez, si lograban traspasar la valla, cazados por enfurecidos dóberman.

—Si los perros te atrapan, le permiten un mordisco a cada uno como recompensa —mencionaron los chicos—. Los guías eligen el lugar.

Danny pensaba que los chicos no contaban más que gilipolleces, pero no decía nada. Desde el día en que llegó, ese había sido su lema: no soltar ni una palabra.

«Soy inteligente, soy inteligente, soy inteligente».

«Tengo miedo».

En ese momento observaba a la araña trepar con esfuerzo hacia la ventana enrejada, sedienta de luz solar o tal vez del viento en su pequeña cara peluda. Intentando acallar su mente, Danny se pasaba los dedos por su uniforme, que, por estar él bajo observación por riesgo de suicidio, no tenía cordones, botones ni cinturón.

El abogado fue a visitarlo el día anterior para hablar con él. Danny no quería verlo. Llevaba un elegante traje gris y un reloj caro, y Danny sabía que debía costar mucho dinero, lo que le hizo sentirse peor. A su madre le estresaría eso, tratando de averiguar cómo pagar, y su padre le diría a gritos que no importaba, porque el bueno de Shep no entendía cómo funcionaba el mundo. Seguía perdido en sus fantasías de fútbol en las que él o su hijo anotaban la jugada ganadora durante el gran partido de vuelta.

Danny odiaba preocupar a su madre. Sabía que había llorado. Él mismo la había oído. A altas horas de la noche intentaba taparse los oídos con las manos para alejar el sonido, pero luego tenía que mover la mano y metérsela en la boca para no gemir.

El abogado charló de temas triviales. Le contó a Danny lo que hacía un abogado y en qué consistía un juicio, cuál sería su papel y cuál el de Danny. Hablaba como si Danny tuviera cuatro años, pero le dejó. Se quedó mirando a un punto fijo un poco más allá de la oreja del abogado mientras el hombre balbuceaba durante una hora.

Le habían dicho a Danny que no debía hablar con los orientadores. En teoría, trabajaban para el centro de detención, por lo que podría argumentarse que eran agentes de la ley y que cualquier cosa que les dijera podría ser utilizada en su contra en el juicio. Para estar seguro, si le apetecía desahogarse, Danny debía pedir un capellán, un pastor o un rabino. El secreto ministerial sacerdote-penitente era absoluto.

Danny no habló. Sabía muy bien que no podía hablar, que no podía confiar en nadie, ni siquiera durante las horas tranquilas de la noche, cuando las palabras se agolpaban en su interior y se alojaban como un nudo feroz y duro en el centro de su pecho. Fue entonces cuando volvió a ver lo que había pasado, con claridad, pero de algún modo distanciado, como si todo hubiera sido un sueño y no tuviera nada que ver con él. Entonces levantó la mano, vio que ni siquiera temblaba y quiso gritar y gritar y gritar.

El abogado le dijo que también lo visitarían dos peritos. Había más normas sobre con quién hablar. Uno de ellos no era de fiar, y Danny debía tener cuidado. El otro —¿se llamaba Schaffer?— trabajaba para sus padres. A él podía contárselo todo. Quizá debía pensar en contárselo todo. Tal vez se sentiría mejor desahogándose.

El abogado lo miró con gesto amable.

Danny pensó en la señorita Avalon. En la expresión que afloró en su rostro, la forma en que se volvió hacia él, sus últimas palabras, que no entendió.

—¡Danny, corre! ¡Corre, corre, corre!

La araña llegó a la ventana. Danny la vio correr felizmente sobre el cálido e irrompible cristal.

Tenía tantas cosas en su cabeza, todas esas imágenes... Pero estaban muy lejos. Había sangre, ruido y olores que nunca había imaginado. Tenía armas calientes en las manos. Pero estaban muy lejos. «Tal vez era solo un sueño. Haz un chasquido, abre los ojos y se ha ido. O tal vez era un programa de televisión malo. Haz clic, apágalo y vete a la cama».

Sally, Alice y la señorita Avalon. Sally, Alice y la guapa señorita Avalon.

—¡Corre, Danny, corre!

Danny se levantó. Levantó la mano y la estampó contra la araña. ¡Paf! Tenía tripas de araña feliz por toda la mano. Se estudió los dedos. Seguían sin temblar. Se miró la mano y quiso que temblara. Nada.

Danny, el asesino a sangre fría.

Volvió a su cama.

Rainie se abalanzó sobre Charlie Kenyon como alma que lleva el diablo. Se había cruzado cuatro veces con el joven de diecinueve años, y esa vez ya no tuvo paciencia. Lo vio conduciendo una pequeña motocicleta todoterreno Huffy por un camino forestal lleno de baches en la finca arbolada de su padre, encendió las luces y lo persiguió.

Quincy iba de copiloto. No pestañeó ante el despliegue de sirenas, luces y polvo cuando Rainie apartó a Charlie a un lado de la carretera y frenó en seco. Salió del coche con la mano apoyada en la parte superior de la porra que llevaba en su pesado cinturón multiusos.

—Bájate de la moto, Charlie.

—¡No joda, agente!, ¿iba a mucha velocidad? —Charlie, con su chupa de cuero negra y sus vaqueros bien ajustados, permaneció sobre la moto. Le dedicó una sonrisa burlona a Rainie, que se contuvo para no romperle la cara. Necesitaba dormir más. Incluso para como solía ser ella, esos días estaba de muy mal genio.

La mirada de Charlie se posó detrás de ella, en Quincy, que estaba saliendo del coche.

—¿Quién es ese trajeado? —preguntó Charlie.

—No es asunto tuyo.

—¿Estrenando nuevo compañero? ¿No debería haberle informado sobre el código de vestimenta? ¡Joder!, he visto a tíos asesinados por llevar corbatas de seda por estos lares.

Rainie hizo caso omiso de sus comentarios.

—¿De quién es la moto, Charlie?

—¿Por qué? ¿Va a hacerme una oferta?

—¿De quién es la moto, Charlie?

—Mía...

—Tiene el tamaño de la de un niño de ocho años.

—Soy un nostálgico.

—¿En serio? Y yo que pensaba que solo eras un mentiroso de mierda. Charlie, bájate de la moto y levanta las manos.

Charlie abandonó por fin su actitud de James Dean el tiempo suficiente para fruncir el ceño y quejarse.

—Oiga, gané la moto con todas las de la ley. No es mi culpa que el chico nunca aprendiera a esquivar a la izquierda en una pelea.

—Ahora, he dicho.

—Estoy en la propiedad de mi padre...

—¡Ahora!

Charlie guardó por fin silencio. Se quedó mirándola. Después, a Quincy. Luego, a regañadientes, pasó una pierna por encima de la moto y la dejó caer al suelo.

—Está bien, está bien, no se ponga así.

—Manos arriba. Date la vuelta. Colócalas contra el tronco del árbol. Abre las piernas.

—¿Me va a cachear? ¿Por robar una moto?

—¿Quién ha dicho que esto tuviera algo que ver con una moto?

—¿Qué dem...?

Era demasiado tarde. Rainie ya se había acercado lo suficiente como para engancharle el pie alrededor del suyo. Retorció al chico contra el tronco del árbol, le puso las manos por encima de la cabeza y lo cacheó. Un minuto después era la orgullosa propietaria de un sacacorchos, una navaja automática, doscientos dólares en efectivo y un rollo de monedas de veinticinco centavos.

Quincy cogió las monedas. Levantó el rollo con la mano, lo rodeó con los dedos y admiró su peso. Charlie Kenyon sabía cómo dar un puñetazo.

—¿Noches lentas, señor Kenyon? —le preguntó a Charlie.

Rainie dejó de presionar la espalda del adolescente. Él se dio la vuelta sin prisas, haciendo ademán de sacudir los brazos y arreglándose el cuello de su chaqueta de cuero. Tras alisarse su ondulado pelo castaño, miró a Quincy con desdén.

—Perdone —manifestó el adolescente con vigoroso sarcasmo—, pero no he entendido su nombre.

—Agente especial de supervisión Pierce Quincy. Del FBI.

—¡Ah, mierda! —soltó Charlie.

Rainie sonrió por fin.

—Es curioso, tu padre dijo lo mismo cuando hablé con él esta tarde. Parece que una cosa es enfrentarse a los locales, pero ni siquiera a tu padre le apetece meterse con los federales.

—Pueden llevarse la moto.

—No me digas. Charlie, háblanos de Danny O'Grady.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Queremos saber todo lo que le dijiste a Danny. Y, yo que tú, nos prestaría cooperación absoluta, porque unos cuantos testigos presenciales ya nos han dicho lo suficiente para ficharte como cómplice de asesinato. Tienes diecinueve años, Charlie. Si acabas siendo cómplice de un asesinato en masa, ya no habrá nada que tu cabreado padre exalcalde pueda hacer para ayudarte. Te gradúas en toda una nueva liga de delincuencia adulta. Estamos hablando de una dura sentencia, y ni siquiera en una de esas encantadoras cárceles que parecen un club de campo. Te mandarían a una de verdad.

—¡Eh, eh, eh, eh! —Charlie levantó las manos e hizo ademán de retroceder—. ¿Creen que estuve involucrado en hacer daño a esas niñas? De ninguna manera. Tengo una coartada. —Miró a Quincy—. Y es un encanto, si entienden a qué me refiero.

—¿Por qué andabas rondando por el colegio? ¿Los chicos del instituto son demasiado duros para ti? ¿Más grandes, más fuertes, oponen resistencia?

—No sé de qué está hablando. Solo me gustan los patios de recreo.

—Me estoy enfadando, Charlie. No estoy durmiendo mucho estos días y el alcalde me dijo esta mañana que hiciera lo que fuera necesario para resolver este caso, así que yo intentaría no hacer que me enfadara en este momento.

—Tengo un testigo federal —afirmó Charlie con prontitud.

—¿Dónde? —preguntó Quincy después de mirar al cielo.

—¡Mierda!, pensé que ustedes tenían principios.

Quincy dirigió una malévola mirada a Rainie.

—Supongo que eso explica lo que ocurrió en Waco.

Charlie se estremeció.

—Eso me duele, ¡hombre!

—Se me parte el corazón —le aseguró Rainie—. ¿Por qué estabas en el colegio, Charlie?

—Porque me aburro, ¿vale? Porque no hay nada que hacer en «Putaville», EE. UU., y a veces necesito un poco de distracción.

—¿Es eso lo que Danny O'Grady era para ti? ¿Distracción?

Charlie se encogió de hombros.

—Danny era interesante. Un verdadero potencial, si saben a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Era un buen estudiante, inteligente, no se metía en líos. El único potencial que yo veía en él era llegar mucho más lejos en la vida de lo que tú llegarás nunca.

Charlie se apartó de ella y miró a Quincy con picardía.

—Sabe lo que quiero decir, ¿verdad, agente? He oído hablar de usted. Es un gran perfilador. El mejor que ha habido nunca, encerró al infame Jim Beckett. Sorpréndame, agente. Las cosas por aquí están muy aburridas. Necesito que alguien diga algo interesante para mantenerme despierto.

—Creo que deberías seguir hablando tú —replicó Quincy con tono inexpresivo—. A los que nos dedicamos a hacer cumplir la ley nos obsesiona poder oír las cosas con vuestras propias palabras. Además, estoy seguro de que te encanta escucharte hablar.

—No es usted nada divertido.

—Es una exigencia del trabajo.

—Charlie, ¿qué estabas haciendo con Danny?

—Nada, ¿de acuerdo? Ejerciendo nuestros derechos de la Primera Enmienda. Si me ataca por eso, haré que la Unión de Libertades Civiles persiga su paleto trasero.

Rainie se volvió hacia Quincy.

—Esto no está funcionando.

—Parece muy beligerante —coincidió Quincy.

—Creo que vamos a tener que hacer algo al respecto.

—Dañen una sola célula de piel muerta de mi cabeza y mi padre los demandará hasta hacerlos regresar a la Edad de Piedra.

—Llegados a este punto, tu padre tendría que ponerse a la cola. —Rainie se volvió hacia Quincy y comentó pensativa—: Estoy pensando..., ¿el pelo o la chaqueta?

Quincy examinó con detenimiento la chaqueta negra de motorista de Charlie y su pelo peinado de forma meticulosa.

—La chaqueta —respondió.

—¡Vale! —Rainie dio un paso adelante. Charlie la vio acercarse y trató de esquivar a la derecha. Ella contraatacó, encontró una manga y

giró con habilidad a Charlie. Un segundo después tenía en la mano la chaqueta de cuero negro y Charlie se quedó de piedra.

Rainie le sonrió. Estaba de muy mal humor esos días. No quería tratar con gamberros. Estaba harta de niños que empuñaban pistolas y navajas sin tener un concepto real de la muerte.

—Vamos a jugar a un juego, Charlie. Voy a hacerte unas preguntas y tú vas a contestar. Quincy, el experto, va a evaluar tus respuestas para ver si son verdaderas. Si no le gusta lo que dices, o vuelves a hacerme enfadar, empezaré a hacer trizas tu chaqueta. Si me vienes con impertinencias, tu chaqueta pierde una manga. ¿Entendido?

—Es solo una maldita chaqueta. Puedo comprarme otra.

—De acuerdo. —Rainie abrió su navaja y buscó el cuello.

—¡Espere, espere, espere, espere! —rogó Charlie jadeando. Tenía la mirada clavada en el cuello de la chaqueta y gotas de sudor le resbalaban por el labio. La chaqueta era vieja y llevaba el símbolo de una banda de motoristas en la espalda. El chico podía negarlo todo lo que quisiera, pero Quincy y Rainie lo tenían calado. La chaqueta formaba parte de la indumentaria de Charlie Kenyon, y sin ella se sentía sobreexpuesto. Era como haberle arrebatado la capa a Superman.

—Primera pregunta, Charlie. ¿Por qué te relacionabas con Danny O'Grady?

—Porque era guay, ¿vale?

—Danny es un friki de los ordenadores. ¿Qué tiene eso de guay?

—No, no, no —negó Charlie, sacudiendo la cabeza—. No lo entiende. Había que mirarlo a los ojos. ¡Joder!, era mayor. Y... y... estaba resentido. Con su padre. Yo sé de eso.

—¿Danny es un espíritu afín? —preguntó Rainie con voz seca.

—Más o menos.

—¿Qué me dices de Melissa Avalon? —intervino Quincy—. ¿Qué era ella?

La respuesta de Charlie fue más comunicativa.

—¡Estaba buena! ¡Dios!, agente, ¿la ha visto? ¡Guau, madre mía!

—¿Alguna vez te acercaste a ella?

—Claro, lo intenté. —Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos. Estaba claro que se sentía cohibido sin su chaqueta—. A ella, eh, le intimidaba mi atractivo. Además, después me enteré de que yo violaba sus reglas de edad. Avalon tenía un fetiche por los viejos.

—¿Era un espíritu afín?

—¿Qué quiere decir? ¡Ah!, ¿si estaba resentida? No lo sé. No me parecía resentida. Debería preguntarle a Danny. Él era el que pasaba mucho tiempo con ella.

—¿Alguna vez te mencionó sus sentimientos por la señorita Avalon?

—No tuvo que hacerlo. El chico estaba enamorado de ella. Se le

notaba en la cara.
—¿Lo sabía Avalon?
—Lo más seguro. No creo que los enamoramientos de adolescentes fueran nada nuevo para ella.
—¿Cómo trataba a Danny?
—No sé. Yo solo merodeaba por el recinto del colegio, no por la maldita aula de informática.
—¿Sabía Danny lo de su «fetiche por los viejos»?
—Claro, se lo conté. ¿Qué, creen que Danny la mató en un ataque de celos? No, no lo entienden. —Charlie negó con la cabeza, sonando sincero por primera vez—. Danny es más listo de lo que creen. Él sabía que le gustaba, pero, ¡joder!, era una profesora. Comprendía lo que eso significaba, idolatrarla desde lejos, fin de la historia. No se imaginaba una casita con vallas blancas ni a la madre de sus hijos. El chico tiene trece años, por Dios.
—¿Y las otras dos niñas? —preguntó Rainie—. Sally y Alice.
—No podría identificarlas en una fila aunque lo intentara.
—¿Vas a ir a sus funerales, Charlie?
Se encogió de hombros.
—Mi viejo me obliga.
—¿Crees que es triste que estén muertas?
—No las conozco. No me importa.
—Eres muy duro, ¿verdad, Charlie Kenyon?
—Es usted la que está amenazando a mi chaqueta.
—¿Alguna vez hablaste con Danny sobre matar gente?
—Hablábamos de muchas cosas.
—¡Charlie! —Levantó la navaja y luego su chaqueta.
La mandíbula de Charlie se endureció. Ella pensó que iba a bloquearse. Luego acercó el cuchillo al cuello de la chaqueta y él volvió a rendirse.
—Sí. Claro. ¿Quiere saberlo? A veces, sueño con volar toda esta maldita ciudad y borrarla del mapa. Sueño con tener en mis manos una maldita bomba nuclear y decir «Sayonara, baby». Ya sabe, la vegetación vuelve a crecer más grande y más fuerte después de un holocausto nuclear. Tal vez eso es lo que esta localidad necesita.
—¿Le contaste todo esto a un niño de trece años?
—Solo después de que me dijera que quería cortar a su padre en veinte trozos diferentes y pasarlo por una batidora.
Ella se quedó mirándolo y un músculo se le tensó en la mandíbula. Le dijo con más rabia de la que quería desatar:
—Un niño te dice que fantasea con asesinar a su propio padre, ¿y no se te ocurrió ir a la policía?
—¿A quién voy a acudir? ¿A Shep, a su padre? O, mejor aún, ¿a usted? —Charlie se rio entre dientes de forma desagradable—. ¿No es

una bonita imagen? Medio municipio sigue hablando de lo que le hizo a su madre. ¿Qué habría hecho con Danny? ¿Enviarle una escopeta?

—Nunca hice daño a mi madre —repuso Rainie, acalorada—. Y si hubiera hecho algo así, estaría en la cárcel, donde debería estar, no aquí, hablando contigo.

Pero Charlie tenía de nuevo esa mirada astuta en su rostro.

—Ya sé, ya sé —replicó con un guiño de conspirador—. El federal está aquí. No quiere estropear su tapadera. Está bien. Pero no tiene que mentirme, nena. Ya le digo que puedo ver estas cosas. Y también es usted miembro del club de los niños guais. Diablos, por estos lares, es muy posible que sea la miembro fundadora.

—Una última pregunta —intervino Quincy con rapidez, porque el comentario de la escopeta había llevado a Rainie al borde del abismo y todos lo sabían—. ¿Alguna vez Danny te mencionó algo de que tuviera un amigo por Internet? ¿Alguien llamado No Lava?

—¿Algún friki de la informática? Sí, puede ser. Danny siempre estaba metido en algo. No me explicaba cómo una persona podía pasar tanto tiempo mirando una pantalla.

—¿Alguna vez viste alguno de los correos electrónicos?

—¿Por qué demonios iba yo a querer leerlos?

—A Danny de verdad le caía bien No Lava. Tal vez te sentías celoso.

—Mire, nunca he oído hablar de ese No Lava, y para serle sincero, el nombre me suena como a tipo impotente. A Danny le gustaba recibir correos, ¿vale? Hace seis u ocho meses, no me acuerdo, estuvo entusiasmado con alguien que había conocido por Internet. Tenía que revisar su maldito correo electrónico en todo momento. Eso es todo lo que sé.

—Tú lo animaste —afirmó Rainie en voz baja—. Danny tenía problemas y tú ayudaste a llevarlo al límite. Ahora, tres personas han muerto, y algo de eso está en tu cabeza, Charlie. Vas a tener que vivir con ello.

—¿A quién coño le importa? En términos legales, soy libre como un pájaro. Ahora, devuélvame mi chaqueta. Por muy divertido que haya sido esto, tengo sitios a los que ir y gente a la que ver.

—Claro —contestó Rainie, y le sonrió. Luego levantó la navaja y le cortó por completo el cuello de la chaqueta.

Charlie soltó un grito. Quincy dio un paso adelante, sorprendido.

Rainie recuperó el trozo de cuero cortado. Un instante después, apretaba sobre la palma de la mano la bolsa de plástico alargada con polvo blanco que había dentro del cuello.

—Heroína. Unos ochenta y cinco gramos, lo que constituiría un poco más que la posesión simple. Felicidades, Charlie. Hablando en términos legales, tus problemas acaban de empezar.

—¡Maldita zorra! ¡Cómo se atreve! ¡No es mejor que yo! No es mejor

que ninguno de nosotros.

—Claro que sí, Charlie. En este mudo existen dos opciones para la gente resentida, y solo una de ellas lleva placa.

Charlie volvió a lanzar un grito. Rainie disfrutó subiéndolo al coche.

VEINTE

Jueves, 17 de mayo, 09:05 p. m.

Rainie tardó cuatro horas en procesar a Charlie Kenyon. Tuvo que catalogar la heroína como prueba. Luego tuvo que guardarla en la caja fuerte que hacía las veces de almacén de pruebas del departamento. Acababa de tomar las huellas dactilares a Charlie cuando llegó el abogado de su padre y trató de decirle que había utilizado una trampa para encontrar las drogas. Rainie ofreció a un agente del FBI como testigo presencial. FitzSimons se puso bien ofensivo. Ella no tenía derecho a registrar a Charlie Kenyon, ni justificación alguna para mutilar su chaqueta, y había violado todas las leyes constitucionales jamás concebidas por los antepasados, y algunas más.

Rainie se lo tomó con calma. Le sorprendió lo reconfortante que le había parecido la redada antidroga después del relativo caos de los últimos tres días. Conocía a Charlie, conocía a FitzSimons, conocía al padre de Charlie. Todos los sospechosos habituales, todo el papeleo habitual, todos los delitos habituales. Podría haber llevado a cabo ese arresto hasta dormida.

Pasó dos horas redactando con todo detalle el informe de la detención y elaborando el expediente contra Charlie. Una vez terminado el papeleo, regresó al cuartel de la unidad especial, donde las sombras se habían alargado y la oficina del ático se encontraba sumida en un inquietante silencio. Eran bien pasadas las diez; otro largo día de un largo y extraño caso.

Luke Hayes se había ido a Portland, donde con suerte entrevistaría a los padres de Melissa Avalon. Sanders estaba fuera haciendo Dios sabía qué. Tal vez ordenando las latas de sopa del supermercado o colándose en una fiesta de Tupperware para conseguir más tapas herméticas. Quincy estaba investigando a No Lava. O tal vez había empezado con Shep. Encontrase lo que encontrase, lo más probable es que ella fuera la última en saberlo. Se sentía frustrada y agradecida a la vez.

En ese momento solo estaban ella y el zumbido del viejo ordenador, con el runrún de todos los pensamientos que seguían agolpándose en su cabeza.

Charlie la había puesto nerviosa. No solo con sus acusaciones contra ella. Rainie sabía lo que la gente pensaba y decía. Admitía que los rumores jugosos siempre fueran más atractivos que los hechos fríos y duros. Eso no le afectaba, pero la había asustado con sus comentarios sobre Danny.

—Solo después de que me dijera que quería cortar a su padre en veinte trozos diferentes y pasarlo por una batidora.

Rainie no podía dejar pasar esa declaración, que reflejaba tanta violencia, tanta rabia. Sabía que esas cosas pasaban. Dios sabía que algunas noches... acurrucada en el armario, magullada y temblorosa, y sintiendo todavía el sabor de la sangre de su labio partido, deseó que todo desapareciera. Deseó tener la fuerza para detenerlo.

Tuvo esas fantasías de que ella se levantaría y su madre por fin se acobardaría ante ella. De que solo una vez le devolvería el golpe, tal vez abofetearía con fuerza a su madre, y entonces ella se arrepentiría y diría llorando: «No sabía cuánto te dolía. Te juro que nunca me di cuenta. Ahora lo sé y nunca volveré a hacerlo».

Tal vez esa fuera la diferencia. A pesar de todo su dolor, Rainie nunca olvidó que Molly era su madre. Y el núcleo de sus fantasías seguía siendo el amor y el perdón. Que su madre se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Que dejara la botella. Que cogiera a su niña en brazos y jurase no volver a hacerle daño. Que por una vez Rainie pudiera relajarse en el abrazo de su madre y sentirse segura.

Ni siquiera en los peores momentos había deseado la muerte de su madre. Habría hecho falta mucho más que eso para llevarla al límite.

Rainie se paseaba por el pequeño ático. Le dolía el cuerpo y le dolía la mente, y ya no soportaba estar sola con sus propios pensamientos. Necesitaba dormir, una comida decente, una buena carrera. Era demasiado tarde para salir a correr, no tenía apetito y, en realidad, le daba miedo cerrar los ojos.

—¿Qué habría hecho con Danny? ¿Enviarle una escopeta?

No, ella le habría dicho que lo entendía. Se lo habría llevado a su terraza trasera, donde los pinos de montaña se alzaban sobre ellos y los búhos ululaban en las sombras y resultaba difícil tomarse en serio a una misma al verse tan pequeña en el esquema general de las cosas. Ella lo habría dejado hablar, sacar todo, de niño resentido a otra resentida si hubiera hecho falta. Entonces tal vez habría hablado. Quizá le hubiera contado cosas que nunca le había contado a nadie. Sentados en su terraza, con los árboles a su alrededor y el aire puro de la montaña en la cara. Tal vez habría salvado a Danny O'Grady.

Pero no había hecho nada así. Lo había visto solo dos semanas antes del tiroteo. Le dio la impresión de que estaba pálido, nervioso y brusco con su padre. Y al instante siguiente se encogió de hombros porque, como todo el mundo, pensaba que era un bache. Los problemas solo sucedían en las malas familias. No le ocurrían a un chico normal y corriente como Danny.

Ella, un espíritu afín, le había fallado. Y aún no sabía cómo iba a vivir con eso.

Quincy estaba encorvado sobre su portátil en la estrecha habitación de hotel cuando llamaron a la puerta. Llevaba dos horas buscando en varios portales de Internet algún registro de un miembro llamado No

Lava. Tenía la vista borrosa y sus hombros soportaban nudos del tamaño de pequeñas rocas. Cada vez que se movía para ponerse más cómodo, el desvencijado escritorio amenazaba con derrumbarse y llevarse consigo el portátil. Hacía treinta minutos que había empezado a meter fotos de escenas del crimen debajo de las patas desiguales para nivelarlas. No quería saber cuánto decía eso de su vida.

Volvieron a llamar a la puerta.

Quincy se apartó de la mesa, se frotó la nuca y se miró nervioso en el espejo. Su camisa blanca, recién planchada esa misma mañana, era ya un desastre arrugado. Su corbata estaba en algún rincón del suelo. Sus mejillas lucían la sombra de las cinco en punto y su pelo oscuro estaba revuelto de tanto pasarse los dedos una y otra vez. Si no le fallaba la memoria, ese look le funcionaba con treinta años, cuando le hacía sexy de una forma oscura y melancólica. Ahora tenía unos cuarenta y algo y pensó que solo le aportaba aspecto de cansado.

«Algunas décadas han sido, desde luego, mejores que otras —pensó —. ¡Qué demonios!».

Comprobó la mirilla de la puerta y no le sorprendió ver a Rainie allí de pie.

Abrió la puerta y durante un momento se limitaron a estudiarse el uno al otro.

Ella se había quitado el uniforme de policía. En ese momento vestía unos vaqueros desteñidos de pierna recta y un jersey holgado de color verde oscuro con cuello alto que le enmarcaba la cara. Llevaba el pelo castaño suelto y recién cepillado, con destellos dorados y rojos bajo las luces exteriores del hotel. No parecía llevar ni una gota de maquillaje, y a Quincy le gustaba así, con la piel pálida, fresca e intacta. Que no hubiera barreras entre su mano y el tacto de la mejilla de ella, ni entre sus labios y la comisura de la boca de ella.

Había pasado la última parte de la tarde enterándose de cosas sobre Lorraine Conner que no había previsto. Desde luego, empezaba a comprender que su pasado escondía mucho más de lo que parecía. Tal vez nada, pero tal vez algo. Dudaba que ella le contara toda la verdad aún, y se preguntaba sobre los peligros de enterarse de todo en el último momento, cuando podría ser demasiado tarde para ambos.

Debía tener cuidado. Era un hombre inteligente y lógico que conocía mejor que nadie el oscuro potencial de la naturaleza humana. La advertencia no le sirvió de nada. Ella estaba ahí, en su habitación de hotel, y Quincy sospechaba que su rostro ya albergaba una sonrisa de vértigo.

—¿Qué tal? —saludó ella al cabo de un instante.

—Buenas noches, Rainie.

—¿Trabajando?

—Ya estoy terminando.

—¿En serio? —Se metió las manos en los bolsillos traseros y estudió el pavimento. Se notaba que estaba cohibida, y eso le conmovió.

—Estaba a punto de pedir comida china —mencionó con tono amable—. ¿Te gustaría acompañarme?

—No tengo mucha hambre.

—Yo tampoco, pero podemos fingir juntos.

Entró en su habitación. Él hizo un esfuerzo por apartar sus papeles de la cama, ya que la habitación era pequeña y no había otro sitio para que ella se sentara. Rainie estudió su portátil mientras él volvía a meter carpetas de papel kraft en su maletín de cuero negro.

—¿Estabas buscando a No Lava? —preguntó.

—Sí. La mayoría de los proveedores de Internet tienen directorios de miembros donde puedes introducir tu nombre virtual y datos personales. Mucha gente rellena los formularios, así que pensé ver si teníamos esa suerte. Por desgracia, no la tenemos. El siguiente paso es conseguir una citación y contactar directamente con los operadores.

—¿Has comprobado hoy los antecedentes de Shep? —preguntó ella.

Quincy se detuvo, sosteniendo aún cuatro carpetas, y parpadeó. Rainie no perdía el tiempo. Metió las carpetas en la bolsa y cerró la cremallera.

—¿Te gustan los fideos lo mein? —preguntó él con tono ligero.

—Pide lo que quieras.

—Lo mein, entonces. —Cogió el lote de menús de comida para llevar que Ginnie había dejado junto al teléfono y revisó entre ellos hasta encontrar uno de La Gran Muralla China. Hizo un pedido de lo mein y té verde. Rainie seguía estudiándolo.

—No creo que debamos tener esta conversación —declaró él al final.

—Eso significa que has encontrado algo.

—No. Significa que tengo principios profesionales y este es un caso claro de conflicto de intereses. Shep es tu amigo. Él y tú os conocéis desde hace mucho. —La miró sin vacilar.

—Nunca me he acostado con Shep —señaló Rainie con naturalidad.

—Sabes que la mayoría de la gente piensa que eres la razón por la que su matrimonio y el de Sandy se está desmoronando.

—No tenemos ninguna relación sentimental. Nunca la hemos tenido, nunca la tendremos.

—Pasa mucho tiempo en tu casa.

—Lo sé.

—Rainie...

—La gente habla. ¿Aún no lo entiendes? Es una localidad pequeña, llueve el ochenta por ciento del año y el número de vacas duplica al de personas. La mayor parte del tiempo no hay nada más que hacer por aquí que hablar. Así son las cosas.

—¿Por qué no me contaste lo de la escopeta, Rainie? La escopeta que

mató a tu madre tenía tus huellas hasta que desapareció del armario de pruebas de la policía. Luego, un día, como por arte de magia, volvió a estar bajo custodia, pero completamente limpia. ¿Por qué no me dijiste que desapareció de las pruebas?

El rostro de Rainie se enfrió, su barbilla se levantó, sus ojos grises se volvieron de color pizarra. Él reconocía esa expresión. Era su postura de luchadora.

—¿Crees que maté a mi madre?

—No.

—¿Crees que le disparé a sangre fría? ¿Que un día llegué del colegio y le volé la maldita cabeza? ¿Que solo soy una versión femenina de Charlie Kenyon, no mejor que Danny O'Grady?

—No, Rainie, no lo creo —repuso con suavidad.

—Entonces, ¿qué importa, Quincy? Fue hace catorce años y yo no lo hice, así que olvídalo. Una cosa es lidiar con todas las miradas y rumores de mis vecinos, ¡pero no espero eso de ti!

—No me tomes por tonto —replicó con brusquedad—. No soy un ayudante del sheriff de un pueblo al que puedes abrumar levantando un poco la voz. Sé que algo pasó, Rainie. Algo pasó, Shep te ayudó con ello, y eso es lo que os une, ¿no? Todavía no sé qué es. Quizá no necesite saberlo, pero hay algo entre tú y Shep. Y va más allá de los lazos profesionales, y hace que el hecho de que estuvieras sola en el colegio con Shep y Danny sea muy dudoso. Sanders tenía razón. Deberías haber renunciado a la jurisdicción sobre este caso. Y sospecho que tú también lo sabes.

Se quedó callada, con los labios fruncidos. La había pillado desprevenida. Al principio se preguntaba qué hacía una mujer tan inteligente como Rainie trabajando en un puesto tan limitado, y ese día obtuvo su respuesta: porque eso la mantenía bajo control. Trabajaba con gente agradable, pero ninguno de ellos era de los que se entrometían. Sospechaba que ella salía con hombres más musculosos que inteligentes y que sus relaciones eran cortas. Nadie podía cuestionarla demasiado. Nadie podía acercarse demasiado. Había convertido la protección de sí misma en una forma de vida.

—No podía renunciar a la jurisdicción —dijo de golpe.

—¿Porque le prometiste a Shep que serías la agente principal del caso?

—Sí —respondió vacilando—. Le debo mucho.

—¿Cuánto le debes, Rainie?

—Shep tuvo fe en mí. Ha sido un buen amigo y siento lealtad hacia él. Pero yo también tengo principios profesionales, Quincy, y no los comprometo. Todos vamos por la vida tomando nuestras decisiones y todos somos responsables de lo que hemos hecho. Si Danny disparó a esas niñas, sabe Dios que tiene que rendir cuentas por ello.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto que estoy segura! Encubrirlo no le hace ningún favor. ¿Por qué la gente no se da cuenta de eso? Tenemos una necesidad humana básica de enmendar para absolver nuestra culpa. Dejar que menores salgan impunes o protegerlos de las consecuencias de sus actos no los ayuda. Un error momentáneo, un momento de mal juicio, puede convertirse en toda una vida de odio, autodesprecio y destrucción. Hasta que se convierte en una mancha oscura que no puedes olvidar y no puedes dejar ir y se acumula y acumula...

Se detuvo. Respiraba con fuerza. Su mirada se había clavado en la colcha de flores azules y tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Las pesadillas son peores, ¿no? —preguntó Quincy en voz baja.

—Sí.

—No estás comiendo.

—No puedo.

—Eres demasiado inteligente para hacerte esto.

—Parece que no puedo parar.

—¿Por qué has venido aquí esta noche, Rainie?

Ella lo miró con ojos frustrados y preocupados.

—Creo que necesito hablar.

—Entonces habla. Pero di algo nuevo, Rainie, porque ya no tengo paciencia para mentiras.

Llegó la comida china. Quincy repartió el lo mein, aunque sospechaba que ella no comería. No lo hizo, apartó el recipiente blanco a un lado, pero aceptó una taza de té. Él tomó un bocado de su propia cena. Tampoco tenía mucha hambre, pero hacía tiempo que había aprendido que dejarse abatir durante un caso, sobre todo uno muy difícil, no le hacía ningún favor a nadie.

—El funeral de Sally y Alice se celebrará mañana por la tarde —informó Rainie con brevedad—. El alcalde acaba de llamar para decírmelo. Han retirado los cuerpos de la oficina del forense esta tarde, y las familias no quieren esperar. Todos opinan que sería mejor dejar esto atrás.

—Será una tarde dura.

—Sí. Hemos pedido refuerzos al condado de Cabot, patrullas extra durante el funeral y después, además de coches patrulla aparcados fuera de los bares.

—Las emociones ya están a flor de piel, y si le añades un poco de alcohol... —Quincy se interrumpió. Ambos sabían lo que podía pasar. Si hay hombres jóvenes y armas, se toman la justicia por su mano.

—Doblaremos la guardia en los alrededores de la casa de Shep —añadió Rainie en voz baja—. Luke ha pedido dirigir la operación.

—¿Y tú?

—No puedo. Daría más que hablar.

—George Walker no está muy contento contigo.

—No. Hay mucha gente que no lo está. Albergaba la esperanza de... Quería poder decir que Danny no lo hizo. Antes de llegar a los funerales, quería tener tantas pruebas que pudiera mirar a George Walker a los ojos y decirle: «Un chico de trece años no asesinó a su hija, señor. Lo hizo otro cabrón». Como si eso fuera a cambiar las cosas.

—Ya no estás tan segura de Danny, ¿verdad?

Su expresión se volvió tensa.

—No —respondió con suavidad.

—¿Charlie Kenyon?

Ella asintió despacio.

—Su relato de lo que Danny le dijo, que quería cortar a su padre en pedazos, pasarlo por una licuadora... Toda esa rabia. No me había dado cuenta... No sabía que las cosas habían empeorado tanto.

—No es culpa tuya, Rainie. Es difícil para cualquiera de nosotros creer que personas que conocemos en persona y por las que nos preocupamos sean capaces de cometer actos violentos. La gente parece olvidarlo: los asesinos no salen de tubos de ensayo. Nacen en este mundo como el resto de nosotros, y también tienen familia y amigos.

—Eso es solo un tópico. No quiero más tópicos. Estoy harta de respuestas fáciles o análisis de treinta segundos de crímenes complicados. Niños que llevan a cabo tiroteos en sus colegios, hombres adultos que entran en las oficinas y acribillan a sus compañeros de trabajo. Y entiendo tu argumento de que los colegios y las empresas siguen siendo más seguras que conducir por la autopista, pero esa explicación no es suficiente. Estos tiroteos están ocurriendo en todas partes, incluso en lugares como aquí, donde no es su sitio. Y le están ocurriendo a todo el mundo, incluso a Danny O'Grady, que hace solo tres días parecía un chico normal pasando por un mal momento. Y... Y siento que me he perdido algo. Debería haberlo visto venir. Pero luego vuelvo a pensar en ello y sé que, de todas formas, nunca habría me habría esperado tanta violencia. Porque no lo entiendo, Quincy. Incluso yo, que fui criada por una mujer que hacía de sus puños su forma de vida, no puedo imaginarme disparando a desconocidos. Y necesito saber por qué le ha pasado esto a mi ciudad, porque, por mucho que lo intento, no consigo conciliar el sueño.

—No es culpa tuya, Rainie —volvió a decir él.

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—Explícame los tiroteos. Necesito saberlo. ¿Es por las armas? Como agente, ¿debería prohibirlas en mi comunidad? ¿O son los videojuegos y las películas violentas, y los libros...? ¿Es todo por eso?

—Esas cosas son factores. Por otro lado, si me preguntas si creo que

censurar Hollywood y prohibir las armas acabaría con toda la delincuencia... No. Hay personas, incluso niños, que albergan mucha ira.

—Entonces, ¿es inevitable? ¿Nos hemos convertido en una cultura violenta y no podemos hacer nada al respecto?

—No lo creo. Siempre habrá algo que podamos hacer. Somos una sociedad inteligente, Rainie. Nada está fuera de nuestro alcance.

—Díselo a George Walker. Díselo a los padres de Alice Bensen. Seguro que ahora están sentados en casa pensando en lo capaz que es la sociedad.

Quincy guardó silencio. Rainie estaba de mal humor esa noche.

—¿Quieres una solución, Rainie —preguntó al cabo de un momento — o quieres una excusa para enfadarte?

—¡Quiero una solución!

—Bien —respondió de forma tajante—. Te daré mi opinión por lo que vale. La sociedad no está llena de almas perversas. Pero está llena de personas que están en constante movimiento, fragmentadas, sobrecargadas de trabajo, con sobrepeso, viviendo en condiciones de hacinamiento y agotadas. Es una combinación muy potente, sobre todo para personas con poca capacidad de aguante y temperamento volátil. Y estamos viendo la prueba de ello en el creciente número de actos impulsivos y de ira, como asesinatos en masa y arrebatos al volante.

Rainie suspiró y se frotó las sienes.

—¿Es un signo de los tiempos?

—Es un signo de una vida estresante —puntualizó Quincy, y luego se encogió de hombros—. La buena noticia es que algunas de las soluciones son bastante sencillas. ¿Por qué no se imparten clases de control de la ira y de afrontamiento del estrés en el colegio? Ya que estamos, podríamos hacer hincapié en las buenas habilidades de comunicación y el autocontrol. Los cuidados físicos también marcan una gran diferencia. De hecho, lo primero que hace un psicólogo infantil cuando inicia el tratamiento de un nuevo cliente es abordar los hábitos de sueño, ejercicio y alimentación. ¿Crees que tienes problemas de ira? Intenta dormir ocho horas por la noche, come más fruta y verdura y haz ejercicio. Aunque parezca irónico, muy poca gente se molesta ya en seguir estos pasos básicos, y luego se preguntan por qué están tensos todo el tiempo.

Le dirigió una mirada mordaz, deslizando la vista hacia el cartón de comida intacto que ella tenía a su lado. Rainie asintió con lentitud y dijo, casi vacilante:

—Asistí a una clase de gestión de la ira.

—¿En Portland?

—Sí. Después de apuntarme a Alcohólicos Anónimos. El alcohol

adormece muchas emociones. Luego lo dejas y...

—Creo que hiciste algo estupendo —alabó Quincy con sinceridad—. Ojalá más gente pensara así.

Rainie negó de inmediato con la cabeza.

—No soy tan genial, Quincy. No me admires demasiado.

Él no dijo nada, esperando a ver si ella se explayaba. La oscuridad seguía rodeando sus ojos y se aferraba a su taza de té como si deseara que fuera una botella de cerveza. Al parecer, sin embargo, todavía no estaba de humor para compartir.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó con brevedad.

—Igual. Llamé esta mañana.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿No te hace sentir peor? Es tu hija, se está muriendo, y tú no estás a su lado. Una llamada parece poca cosa frente a todo eso.

—Rainie, cuando te conté que a mi hija la mató un conductor ebrio, no fui del todo sincero.

—Entiendo —manifestó, atónita.

—A mi hija no la atropelló un conductor borracho —comentó Quincy con total naturalidad—. Ella era la conductora ebria. Se emborrachó en casa de una amiga e intentó volver a casa a las cinco y media de la mañana. Y mató a un anciano que paseaba a su perro antes de estrellar su coche contra un poste de teléfono. Mi hija está muerta. El hombre está muerto. El perro está muerto. Y sí, una llamada telefónica a una habitación de hospital es del todo inadecuada.

—Quincy, lo siento.

Él esbozó una sonrisa dura.

—Yo también lo siento. Tampoco soy perfecto, Rainie. Hay ciertas cosas, como lo que realmente importa en la vida, que todos aprendemos por las malas.

Ella asintió, aunque su rostro seguía denotando preocupación. Tenía más cosas que decir; Quincy podía sentir las palabras bullendo bajo la superficie. Se inclinó hacia delante como si pudiera sonsacarle la verdad. No le había mentido la noche anterior. Ella le fascinaba, se había abierto camino en su mente, y en ese instante quería acariciar su mejilla con la mano, rozar sus labios con la punta de los dedos... Era una luchadora, y él respetaba mucho eso.

El rostro de Rainie se relajó un poco. Un anhelo afloró en sus suaves ojos grises, una necesidad de compartir, una necesidad de conexión. Él deseaba poder alcanzarla y tocarla, pero tenía demasiado miedo de que echase a correr al primer indicio de movimiento.

—Rainie...

—Debería irme.

—Te escucharé.

—¡No tengo nada que decir! Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Otros catorce años? ¿O tal vez solo cinco, hasta que se produzca el próximo homicidio? Te está comiendo por dentro. Sácalo. ¿Qué pasó con tu madre? ¿Qué hiciste con esa escopeta?

Ella se levantó de golpe. A Quincy le aguijoneó el fuego de sus ojos, la repentina dureza de su barbilla.

—No vuelvas a sacar el tema de mi madre.

—Sin comentarios.

—No es asunto tuyo...

—Demasiado tarde. Deberías haber seguido saliendo con paletos, Rainie, porque ahora tienes un hombre de verdad y no me iré a ninguna parte.

—¡Arrogante hijo de puta!

—Sí. Ahora, háblame de tu madre, Rainie.

—La típica frase de la que más abusan los psicólogos. Eso es lo que soy para ti, ¿no, Quincy? Un estudio de caso muy interesante. Algo sobre lo que puedes escribir para la Asociación Norteamericana de «Sicoloqueros», también conocida como ANOS, dentro de unos meses.

—Cállate, Rainie.

—Oh, buena respuesta.

Quincy frunció el ceño con enfado. Entonces los sorprendió a ambos dando una zancada hacia delante y agarrándola por los brazos.

—¿Fuerza bruta? —susurró ella, y sus labios se entreabrieron.

Él vio que algo oscuro aparecía en los ojos de Rainie.

—Es lo que quieres, ¿no? —replicó él con ecuanimidad—. Un patrón que reconoces, una forma de bajarme al nivel que crees merecer. Si te limitas a lo físico, entonces nunca tendrás que sentir. ¿Verdad?

Rainie lo miró con gesto desafiante. Él se la acercó aún más, hasta que los labios de ella quedaron a escasos centímetros de los suyos.

—Suéltame —murmuró.

—Solo vas a salir de aquí para pasearte por tu casa toda la noche. Te aterroriza el sueño. Te aterrorizan las pesadillas. Quieres que terminen, pero aun así no haces lo necesario para que desaparezcan.

—Suéltame los brazos o no volverás a cantar de barítono en el coro de la iglesia.

—Habla conmigo, Rainie. Quiero escucharte. Puede que incluso te entienda.

Ella se estremeció en sus brazos, Quincy volvió a ver el conflicto en sus ojos. Una parte de ella quería hablar. Una parte fuerte y feroz de Rainie se cuidaba bien a sí misma incluso a pesar de ella misma, pero él podía ver también las capas de miedo, duda y confusión. Años de problemas acumulados cada vez que su madre abría una nueva botella y se volvía contra su hija con el puño abierto.

El rostro de ella se tornó inexpresivo. En un momento pensó que estaba a punto de descubrirla y al siguiente se había cerrado. Su

mandíbula se asentó, sus ojos se apagaron y él supo que la batalla había terminado. La soltó. Ella dio un paso atrás, sacudiendo los brazos.

—No está mal —comentó ella con un claro tono de voz—. No te habría tomado por un tipo duro, AES.

Quincy no se molestó en responder. Ella se había replegado tras su frágil caparazón. De ahí en adelante, todo lo que obtendría de ella sería una actitud provocadora. Su madre le había enseñado bien.

—Me voy —dijo en tono desafiante.

—Buenas noches, Rainie.

—No puedes detenerme —añadió titubeando y frunciendo el ceño.

—Que tengas dulces sueños, Rainie.

—Hijo de puta —le dijo con rotundidad, y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

La abrió con más fuerza de la necesaria. Él no interfirió. Rainie cerró dando un portazo tras de sí y él no se movió.

Mucho después de que el sonido dejara de hacer eco en la habitación, seguía de pie junto a la cama, pensando en Rainie Conner y en todas las cosas que podían haber ocurrido catorce años atrás. Pensó en escopetas, en Danny O'Grady y en su propia hija, a la que amaba con todo su corazón.

«El mundo necesita más bondad», pensó, no por primera vez. El mundo necesitaba más fe.

—El aislamiento no es protección —murmuró. Pero a veces se preguntaba si su epifanía no había llegado demasiado tarde.

Al llegar, la casa de Rainie estaba a oscuras. Nunca se acordaba de encender las luces de la terraza antes de irse a trabajar, y después era difícil ver la casita, que estaba situada en medio del bosque. Aparcó en el camino de tierra y buscó las llaves.

Cuando por fin entró, nadie acudió a recibirla. Así quería ella su vida, pero esa noche el vacío profundizó su mal humor.

Recorrió su casa de una planta con dos dormitorios encendiendo lámparas. El espacio seguía pareciendo opresivo. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Quincy ni el aroma de su colonia de la piel.

—¿Por qué no me dijiste lo de la escopeta, Rainie? ¿Por qué no me dijiste que desapareció de las pruebas?

Entró en la cocina y abrió la nevera. Era la orgullosa propietaria de doce botellas de Bud Light, casi medio kilo de queso Tillamook y un litro de leche caducado. Cerró el frigorífico y salió a su terraza.

El bosque estaba oscuro a su alrededor. La luna estaba en fase menguante y era difícil ver dónde terminaban las copas de los pinos y dónde empezaba el aterciopelado cielo nocturno. El aire fresco le puso la piel de gallina y se rodeó con los brazos para entrar en calor.

Caminó alrededor de su terraza, luego volvió a caminar alrededor de

su terraza.

—¿Por qué no me dijiste lo de la escopeta, Rainie? ¿Por qué no me dijiste que desapareció de las pruebas?

No podía. Para empezar, había sido una idiota al ir a ver a Quincy, pero él irradiaba tanta fuerza, con todas esas líneas de su rostro... Eso la hacía creer que no había nada que ella pudiera decirle que él no pudiera gestionar. Y se sentía muy cansada esos días.

Pero había cosas que no podía contarle. Había sido ingenua al pensar que bastaría con hablar del tema. Había olvidado que Quincy no era el tipo de hombre que se conformaría con menos. Maldito fuera por agarrarla así, haciendo que se le trabara la respiración en la garganta y que el estómago le diera pequeños vuelcos. Un centímetro más, y su cuerpo se habría presionado contra el de él. Rainie podría haber pasado las manos por las líneas de su rostro. Podría haber sentido la musculatura de sus brazos y piernas, firme como una banda de acero. Podría haberse limitado a ser solo una mujer, y él solo un hombre, y tal vez eso habría sido más fácil al final.

Podría haberse escabullido de la habitación en cuanto él se hubiera dormido. Algunos hábitos eran difíciles de romper.

Rainie volvió dentro. Buscó todas las fotos de su madre que tenía. Las puso todas bocabajo. Aun así, no fue suficiente. Esa noche no creía que nada pudiera ser suficiente.

Más tarde se acurrucó en el sofá, vestida por completo y con una desesperada necesidad de sueño. Volvió a pensar en Quincy y en su intensa mirada. Pensó en Charlie Kenyon, en Danny O'Grady y en todas las cosas que no le aportaban paz.

Por fin se quedó dormida.

Y una hora después se despertó gritando. Estaba en el suelo y el cuerpo de su madre estaba despatarrado frente a ella, y había alguien de pie en su terraza trasera mirándola fijamente. ¡El hombre de negro! ¡El hombre de negro!

Rainie salió corriendo hacia su dormitorio. Necesitaba una pistola. Los de la UEC se habían llevado su Glock del 40. Revolvió el armario hasta que encontró su vieja 9 milímetros en una caja de zapatos y salió furiosa hacia la noche. Pero el porche estaba despejado y el aire era frío, y todo estaba en su mente al fin y al cabo. No había ningún hombre, ningún intruso. Solo los efectos persistentes de una terrible pesadilla.

Volvió a entrar temblando. Continuó agarrando su 9 milímetros y se acurrucó con una manta. Se quedó mirando el techo blanco de su sala de estar, deseando con todas sus fuerzas que la sangre se alejara.

«Eres demasiado inteligente para hacerte esto, Rainie».

Pero al parecer no lo era, porque la noche seguía y seguía. Al final se durmió sobre las cinco de la madrugada. A las seis y media, el

teléfono la despertó con un timbre estridente. Sandy O'Grady sonó frenética al otro lado.

—Tengo que hablar con el agente del FBI —declaró Sandy de inmediato—. Oh, Dios, Rainie, no sé qué más hacer.

Rainie se levantó para afrontar otro día.

Veinte minutos más tarde, cuando se dirigía a su coche patrulla, encontró una nota metida bajo el limpiaparabrisas. Decía: «Muere, zorra».

La arrugó y la tiró.

VEINTIUNO

Viernes, 18 de mayo, 7:18 a. m.

Ed Flanders había sido camarero durante treinta y cinco años. No era lo que había pensado hacer. Al principio fue solo algo esporádico, un trabajo de verano sin sentido que le permitía ligar con chicas a la vez que ganaba un montón de dinero en propinas. Estaba de paso por la costa de Oregón camino a Los Ángeles, donde iba a triunfar. Pasando el rato en Seaside para ver una obra de teatro de la comunidad, vio por primera vez el cartel de «Se busca ayuda» y pensó: «¿Por qué no?».

Había transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Al principio, se decía a sí mismo que se quedaba por el arte. Seaside tenía un programa de teatro local decente y suficientes turistas de paso como para que mereciera la pena. Cada verano se presentaba a una prueba para un papel protagonista y trabajaba en su currículum. Luego, cuando nunca pasó de papeles como el de campesino, se dijo a sí mismo que se quedaba por el dinero. Un camarero podía ganar algo de pasta durante los fieros meses estivales. Luego se dijo a sí mismo que se quedaba por las prestaciones, porque por fin había cumplido los treinta y se había dado cuenta de la verdadera dicha de tener un buen seguro médico. La verdad era que para entonces había conocido a Jenny y no había vuelta de hoja, estaba enganchado.

Lo siguiente que supo Ed Flanders fue que habían pasado varias décadas, que ya era abuelo y que la pequeña y guapa Jenny seguía siendo el amor de su vida.

Ed Flanders no tenía ninguna queja. Hasta hacía dos días, cuando ese hombre entró así en el bar, pidiendo alitas al estilo Búfalo. Ese hombre, que sacó de quicio a Darren, aunque Dios sabía que ya no hacía falta mucho. Ese hombre, que estuvo hablando de esas pobres niñas y todas las cosas que habían ido mal en Bakersville.

Ed Flanders había conocido a mucha gente en su vida, y aquel tipo le molestaba.

No eran sus preguntas, concluyó al cabo de un rato. Todo el mundo en la ciudad hablaba del tiroteo que había ocurrido a hora y media de distancia. Algunas personas afirmaban conocer a Shep en persona. Mucha gente tenía algún tipo de familia involucrada.

¡Oh!, la gente hablaba del tiroteo, claro. En los bares, en las iglesias, en las calles...

Pero no muchos lugareños, y mucho menos desconocidos, iban por ahí soltando el nombre de una suboficial. Lori... Liz... Lorraine. Lorraine Conner. Ni siquiera fue quien salió en la televisión. Fueron el alcalde y un estatal llamado Sanders.

Entonces, ¿de qué sabía ese tipo el nombre de Conner?

Y lo que era peor, ¿por qué Ed Flanders creía haberlo visto antes? Había algo en sus ojos, o tal vez era la nariz. Si le quitaba años, tal vez con el pelo más suave...

¡Mierda!, no podía ubicar el rostro.

Ese hombre extraño e incómodo que había entrado en su bar y lo había hecho todo mal. A Ed no le cayó bien. No confiaba en él. Pero aún no sabía qué hacer al respecto.

De vuelta en la habitación del hotel, el hombre por fin se permitió descansar. ¡Joder!, qué cansado estaba. El ritmo de los últimos días, las cosas que le quedaban por hacer... Estaba claro que la gente que pensaba que asesinar era fácil nunca lo había intentado.

El hombre rebuscó en sus bolsillos hasta que sacó un envoltorio de celofán con pastillas. Lo abrió con las manos y se tomó cuatro pastillas para adelgazar a base de hierbas, una tras otra, y luego se sirvió un vaso de agua. La cafeína le mareó un poco, pero necesitaba un estimulante.

Había hecho mucho, pero quedaba mucho por hacer.

La noche anterior casi estropeó todo el asunto. Lorraine Conner parecía tan agotada cuando por fin regresó a casa que no se le ocurrió que pudiera despertarse. En un momento pensó que había llegado a salvo desde el armario de su dormitorio hasta la terraza trasera, y al siguiente estaba volando del sofá como una especie de espíritu banshee.

¡Mierda!, casi no alcanzó la barandilla del porche a tiempo. Incluso entonces estuvo a punto de lanzarse por el bosque como un loco, cuando algo en los movimientos de ella le hizo detenerse en seco. Actuaba de forma rebuscada, surrealista, mirando cosas que ni siquiera estaban ahí. Un segundo después se dio cuenta. Seguía dormida, persiguiendo a algún fantasma en sus retorcidos sueños.

Tal vez él había desatado algo. Tal vez la noche la convertía en una lunática. ¡Qué demonios sabía él! Se puso a cubierto en su lugar habitual y se limitó a esperar. Al cabo de otro rato, ella volvió a entrar en la casa y él quedó libre.

Aquello lo había puesto algo eufórico. Incluso recordaba haberse reído, emitiendo uno de esos sonidos agudos como los que se oían en las películas. Debía tener cuidado con eso. No podía perder el control. Todavía no.

Después de todo, ese día era el funeral. Y luego...

Era un hombre muy inteligente. Algún día, en breve, Lorraine Conner llegaría a apreciar todo eso.

Lorraine Conner, Pierce Quincy, Shep O'Grady y la pequeña Becky.

—Así... —le dijo a su viejo en silencio—, así es como uno se divierte.

VEINTIDÓS

Viernes, 18 de mayo, 7:53 a. m.

—Danny me ha llamado esta mañana. Sé que era él. —Sandy O'Grady estaba sentada en una silla plegable de metal en el cuartel general de la unidad especial, retorciéndose las manos sobre el regazo e intentando con todas sus fuerzas parecer tranquila—. Oía ruidos metálicos de fondo y gente hablando, sonidos de una institución. Pero quien llamaba permaneció en silencio. Le dije: «Danny, sé que eres tú. Por favor, dime algo, Danny. Te quiero».

—¿Qué dijo Danny? —preguntó Quincy.

Él estaba sentado en una silla a su lado, vestido de forma impecable, lo que a ella le hizo pensar de inmediato en Mitch, su jefe. Se lo quitó de la cabeza.

—No dijo ni una palabra. Solo suspiró. Muy hondo. Como... Como alguien que no tiene esperanza. Luego colgó.

—¿Estás segura de que era Danny? —Rainie habló por primera vez. Estaba apoyada en el alféizar de la ventana, al otro lado de la sala. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sus mejillas estaban demacradas. A decir verdad, tenía el peor aspecto que Sandy había visto nunca.

Aunque no es que Sandy estuviera en condiciones de hablar. Había cogido a toda prisa una sudadera que tenía a mano de la Universidad de Oregón después de recibir la llamada de Danny, y resultó que tenía manchas amarillas de vómito viejo de bebé y otras blancas de pintura de patio más reciente. Su cabello rubio, brillante por lo general, estaba apagado y revuelto después de haber dormido. No se había duchado, y mucho menos maquillado. Ya no tenía energía para preocuparse por esas cosas.

—Era Danny —le dijo a Rainie con firmeza—. Shep cambió nuestro número a un número privado hace dos días. Ahora solo los familiares y el abogado de Danny saben cómo localizarnos. No hemos recibido ninguna de esas llamadas desde entonces.

—¿Están recibiendo mucha presión de sus vecinos? —presionó Quincy en tono amable.

—Un poco. —Sandy mantuvo la barbilla alta—. Otros, nuestros buenos amigos, siguen estando a nuestro lado. Una pareja de nuestra manzana, a la que ni siquiera conozco bien, vino anoche con un plato de brownies y se sentó con nosotros. Hay... malos momentos, pero también los hay buenos. Danny es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

Sin poder evitarlo, se volvió una vez más hacia Rainie.

—Es un asunto oficial de la policía —manifestó Rainie de forma

cortante—. No puedo hablar de ello.

—Rainie, es mi hijo. Está angustiado, tiene pensamientos suicidas. Ayer mismo intentó cortarse la muñeca con un tenedor, ¡por el amor de Dios! No estoy segura de cuánto tiempo más podrá soportar estar encerrado en el centro de detención, y no sé qué hacer. Shep me dice que hay pruebas de que alguien más estuvo involucrado, casquillos misteriosos, no lo sé. ¿No puedes hacer algo con eso? ¿Retirar los cargos? ¿Traer a Danny a casa? Por favor... —La voz de Sandy se quebró, suplicante. No conocía bien a Rainie. Se habría referido a ella como amiga, pero más porque tenían a Shep en común que porque hubieran hablado mucho. Aun así, Rainie había ido a cenar a su casa al menos una vez cada pocos meses. Jugaba con Danny y Becky. Parecía disfrutar de verdad de pasar tiempo con los niños. Seguro que ahora no olvidaría esos momentos. Seguro que no era del todo inmune a la difícil situación de Danny.

La mujer en cuestión, sin embargo, permanecía impasible. De repente, su uniforme se alzó como un muro entre ellas y, por primera vez, Sandy lo entendió. Rainie no la veía como la mujer del sheriff. Esa mañana Sandy estaba en el cuartel de la unidad especial como madre de un asesino en masa.

—Quizá Shep pueda ayudar a averiguar quién lo hizo —lanzó Sandy, desesperada.

—No queremos a Shep —contestó Rainie con rotundidad—. Queremos a Becky.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sigue durmiendo dentro de los armarios, Sandy?

—Eso no es asunto de nadie...

—Ella vio algo, todos lo sabemos. Tú y Shep seguís diciendo que queréis la verdad. Podemos preguntársela.

—Avery Johnson nunca lo permitiría.

—No es su decisión.

—¡Sí, lo es! Es nuestro abogado. Dios mío, vamos a tener que hipotecar nuestra casa solo para pagar sus honorarios. Después de todo eso, ¿cómo no escuchar lo que dice? Actúa en nuestro interés.

—¿Qué pasa con el bienestar de Becky? —presionó Rainie de manera implacable—. La niña solo se siente segura en espacios cerrados. Tiene pesadillas y Luke dice que está pálida como un papel. ¿Cuánto tiempo vas a dejar que siga así?

—El doctor ha dicho que se le pasará con el tiempo...

—Podemos hacerlo más pronto que tarde.

—¡No os dejaré a Becky! ¡Maldita sea, Rainie, es todo lo que me queda!

Rainie apretó los labios hasta formar una delgada línea. Miró a Sandy con desaprobación. Sandy le devolvió la mirada. Rainie no entendía lo

que le estaba pidiendo. No era madre.

—Podemos probar que Danny no disparó a la señorita Avalon —expuso Rainie de repente—. Por la bala que se recuperó y la trayectoria del disparo, podemos decir que lo hizo alguien que no era Danny.

—¡Oh!, gracias a Dios. —Sandy se sentó de nuevo en la silla de metal. Por primera vez en tres días, sintió que se le quitaba un peso de encima—. Entonces, había un hombre de negro en la escena. Es el asesino, y Danny está confundido y traumatizado por lo que vio. ¿No pueden retirar los cargos ahora?

—Señora O'Grady —argumentó Quincy en voz baja—, creo que hay algunas cosas sobre Danny que necesita saber. Sospecho que usted también está empezando a preguntárselas, o no habría llamado esta mañana.

—No estamos seguros de que no matara a Sally y Alice —agregó Rainie sin rodeos.

—Pero el hombre, el hombre de negro...

—Balística comparó las balas que mataron a esas dos niñas con el revólver del calibre 38 que Danny llevó al colegio. Y tenemos sus huellas en los otros casquillos del 38 recuperados en la escena.

—Eso solo significa que cargó las armas —replicó Sandy—. Shep me lo explicó. Las huellas no prueban nada.

—Las huellas de Danny están en más de cincuenta casquillos. Eso significa que también recargó las armas durante el tiroteo.

—Shep me dijo que se usaron cargadores rápidos. Así que Danny preparó las armas y los cargadores rápidos. Esa otra persona realizó todos los disparos.

Al final, Rainie se apartó de la ventana y sacudió la cabeza con impaciencia.

—¡Escúchate! Danny llevó al colegio un revólver y un arma semiautomática. Las cargó y preparó munición adicional. ¿Eso te suena a espectador inocente?

—Solo tiene trece años...

—No hace falta ser mayor para apretar un gatillo.

—Está confundido...

—¡Ha confesado varias veces!

—¡Está asustado! Está enfadado, no entiende...

—¡Le dijo a Charlie Kenyon que quería cortar a Shep en veinte pedazos y pasarlo por una licuadora! ¡Jesús!, Sandy, esto va más allá de un simple acto de rebeldía. No has pillado a Danny fumando un cigarrillo o saltándose el límite de hora para regresar a casa. Está involucrado en un triple homicidio. Como mínimo, suministró las armas homicidas. Como mucho, puede haber masacrado a dos niñas de ocho años. ¡Por el amor de Dios, despierta!

—¡Mi hijo no es un asesino!

—¡Pero puede que lo sea! Ahora, ¿qué demonios vamos a hacer al respecto?

Rainie se paró en seco. Respiraba agitada. Sandy también respiraba con fuerza. Miró con furia a la agente de más alto rango de su marido y pensó que nunca había odiado tanto a nadie. ¿Cómo se atrevía a hablar así de Danny? Después de todas esas cenas en su casa. Todas esas veces que Danny había pedido sentarse a su lado, dulce y adorable. Esa fría, insensible...

Y entonces se dio cuenta de que los ojos de Rainie estaban demasiado brillantes. Y entonces se dio cuenta de que Rainie Conner había afinado los labios para no llorar.

El aire abandonó los pulmones de Sandy en un suspiro. En la mirada frustrada de Rainie vio todas esas verdades que había estado intentando negar con diligencia, y de repente ya no le quedaban defensas.

Su hijo era un chico solitario y propenso a ataques de ira. Y se peleaba con Shep y luchaba por encajar en el colegio y, ¡Dios santo!, era bueno con las armas. Aprendió todo directamente de su padre.

El mundo empezó a girar. Sandy se agarró a su silla y se sujetó con fuerza.

—¿Señora O'Grady? —preguntó Quincy.

—Deme un momento.

Fijó la mirada en los tablones del suelo, concentrándose en mantenerlos enfocados. Pasaron unos minutos, no supo cuántos. El tiempo se había ralentizado, y, sobre todo, era consciente de un frío opresivo que se apoderaba de su cuerpo y la hacía temblar.

—No sé qué hacer —susurró Sandy—. No... Ya no sé qué creer.

Quincy habló primero:

—Imagino que su abogado ha dispuesto que un psicólogo forense examine a Danny, ¿no?

—Sí. Y el tribunal ha designado un segundo. Aún no han empezado. Dijo que pasarían meses antes de que entregaran sus informes. Tal vez incluso seis meses antes de que supiéramos algo.

—Es su hijo, señora O'Grady. ¿Qué cree que hizo Danny y qué cree que necesita ahora?

—No puedo decírselo. —Sandy soltó una carcajada sorda—. Esa es la verdad. Tengo órdenes de mi abogado y de mi marido de no hablar con usted, un experto en estas cosas, porque también forma parte de las fuerzas del orden y podría testificar en el juicio. Y a mi hijo suicida tampoco se le permite hablar con nadie. El testimonio podría ser usado en su contra, mejor no decir nada. Dios mío. ¿Qué se supone que debo hacer?

Quincy no dijo nada. Tampoco Rainie.

A Sandy se le empañaron los ojos.

—No entiendo cómo esto puede ser legal —se lamentó entre lágrimas —. Me han quitado a mi hijo. Lo han encerrado por asesinato, pero con las vistas de exención y las mociones previas al juicio podrían pasar años antes de que lo juzguen. Mientras tanto, Danny tiene que permanecer en un lugar donde se supone que no puede hablar con nadie y está rodeado de otros delincuentes juveniles condenados. Aunque se le declare inocente uno o dos años después, ¿cómo podrá estar mejor? Me preocupa que el condado esté estropeando a un niño inocente. Y me aterra que hayan encarcelado a un culpable. Dios mío, Rainie, ¿y si lo hizo? ¿Qué haremos entonces?

Quincy se puso en cuclillas frente a ella, que se fijó en sus irresistibles ojos. Profundos y con muchas arrugas en las comisuras, como si hubieran visto unas cuantas cosas. Sandy no esperaba que el hombre le cayera bien. Shep lo había presentado como un enemigo en sus vidas al que debían evitar a toda costa. Pero Sandy descubrió que su presencia la reconfortaba. El agente especial de supervisión Quincy parecía seguro de sí mismo y de la situación, mientras que ella se sentía como si el mundo entero estuviera hecho de arenas movedizas y se hundiera más y más abajo.

Le cogió la mano y se la puso entre las suyas. Tenía las palmas calientes y ásperas.

—Hay esperanza —apuntó él.

—¿Cómo? Nuestro abogado ya dijo que, si Danny es declarado culpable en un tribunal de adultos, lo encerrarán y tirarán la llave. A nadie le importa que solo tenga trece años.

—Pero el hecho de que tenga trece años lo sitúa por debajo de la exención y remisión automática de Oregón al tribunal de adultos. Va a tener una vista diseñada para estudiar su caso concreto, y menos mal, porque el caso de Danny tiene algunos elementos dignos de consideración.

Sandy se quedó mirándolo. Quincy marcó los puntos con los dedos.

—Primero, tenemos pruebas de que alguien más estuvo involucrado. Si podemos identificar a esa persona, tal vez podamos probar que Danny fue manipulado, tal vez incluso amenazado, para que actuara.

Sandy asintió con levedad.

—Segundo, tenemos que mirar al propio Danny. El hecho de que ahora esté bajo observación por riesgo de suicidio puede ser una señal positiva. Podría indicar que Danny siente remordimientos por sus actos, que es un niño con problemas pero no un psicópata en potencia.

—O podría significar que está traumatizado —añadió Sandy al cabo de un rato, con una voz que ganaba fuerza—. Hay alguien más involucrado. Todos están de acuerdo en eso. Así que tal vez Danny solo estaba haciendo lo que le dijeron al llevar las armas. Tal vez no

entendía lo que de verdad iba a ocurrir, y cuando todo terminó, ya no había nada que pudiera hacer.

—Excepto confesar —agregó Rainie con voz seca.

—Esa es la buena noticia, señora O'Grady —expuso Quincy, ecuánime—. Ahora tiene que afrontar los otros hechos.

Sandy vaciló. Se mordió el labio inferior. Sabía a dónde quería llegar, pero deseaba que no lo hiciera. En el fondo de su corazón, ella ya lo había considerado. Danny tenía problemas, y era culpa de ella como madre por no haber hecho algo al respecto antes. Eso es lo que todo el mundo decía cuando ocurrían esos tiroteos. ¿Dónde estaban los padres?

«Lo siento. Estaba en el trabajo».

—Danny es propenso a sufrir cambios de humor, ¿no? —señaló Quincy con naturalidad—. Pasa largos periodos de tiempo sin reaccionar y luego explota de rabia.

—Se refiere al incidente con las taquillas del colegio.

—Pasa mucho tiempo solo.

—No hay muchos chicos de la misma edad en nuestra zona.

—No tiene muchos amigos en el colegio.

—Le gustan mucho los ordenadores.

—Señora O'Grady, Danny tiene problemas para soportar presión. Su ira está demasiado controlada, de lo que creo que usted es consciente. Tampoco tiene una buena red de apoyo y, dados los problemas de su matrimonio, está muy estresado. Luego llegamos a los problemas entre él y su padre. Danny está enfadado con Shep, pero también intimidado por él. Eso prepara el terreno para la agresión desplazada, en la que Danny toma toda esa emoción y la vuelca en otra persona, alguien que no le asusta.

—¿Quiere decir, por ejemplo, en dos niñas pequeñas? —murmuró Sandy.

—O un gato o un perro.

—Danny nunca ha hecho daño a los animales —repuso Sandy de inmediato—. Becky nunca toleraría algo así, y él es muy protector con su hermana.

—Es bueno que los síntomas de Danny no sean tan extremos. Sin embargo, sigue mostrando algunas de las señales de advertencia que vemos en los chicos propensos a llevar a cabo este tipo de tiroteos. Por su bien, tenemos que ocuparnos de eso.

—¿Cómo? —preguntó Sandy, vacilante.

—Empecemos por la rabia excesivamente controlada de Danny. Tiene que aprender a descargar su ira de forma constante y constructiva, en lugar de dejar que se desarrolle hasta límites peligrosos. La mayoría de los expertos recomendarían ejercicio físico diario como punto de partida.

—No es deportista.

—¿Qué tal un paseo familiar, señora O'Grady? O a algunos adolescentes les gustan las artes marciales.

—Podría... Podría investigarlo.

El agente asintió con gesto alentador.

—Además —continuó—, para un chico como Danny, los libros, videojuegos y películas violentos no son apropiados. Solo alimentan pensamientos de ira.

—A Danny nunca le han gustado las películas violentas. Pero, a decir verdad, no sé qué hace por la red.

—Si tiene un hijo problemático, tiene que saber lo que lee o dónde entra en Internet, señora O'Grady. Puede marcar la diferencia.

Sandy agachó la cabeza.

—El problema de Danny con su padre es más complicado —añadió Quincy en voz baja—. Él y Shep necesitan orientación familiar, o Danny necesita un psicólogo, o ambas cosas. También es posible que desee encontrar relaciones familiares adicionales para Danny con un abuelo, tía o tío. Así, si las cosas se ponen tensas en casa, el niño seguirá teniendo otras fuentes de consuelo y apoyo.

—Nunca lo había pensado —admitió Sandy con sinceridad—. Nuestra familia no es muy grande. Los padres de Shep fallecieron hace años. Los míos... Dios sabe que quieren a mis hijos, pero no son las personas más cariñosas del mundo. No es su forma de ser. —Se detuvo —. ¿Cree...? ¿Cree que los problemas de Danny los ha causado el hecho de que yo haya vuelto a trabajar?

Quincy le sonrió con amabilidad.

—No, señora. O'Grady. Ser madre trabajadora no significa ser una madre horrible. Los padres que no trabajan fuera también tienen hijos problemáticos.

Sandy asintió. Nunca lo admitiría en voz alta, pero se sintió aliviada. Vaciló y después preguntó:

—Mi hijo ya tenía problemas. Ahora, como mínimo, ha presenciado tres asesinatos violentos. ¿Cómo le influirá eso?

—Tendrá que sacarlo. Mantener la experiencia reprimida solo empeorará las cosas. —La mirada de Quincy se desvió hacia Rainie.

—¿Y si... hizo algo malo?

Quincy permaneció callado un instante.

—Va a necesitar mucha ayuda —dijo al final—. Lo más probable es que esté experimentando un gran sentimiento de culpa y autodesprecio. Alguien tiene que ayudarlo a aceptarlo. De lo contrario, existe el peligro de que se limite a cerrar esa parte de sí mismo. Empezará a considerarse de manera activa un asesino despiadado, y se convertirá en uno.

Llamaron a la puerta. Luke Hayes asomó la cabeza. Su mirada se

dirigió a Sandy.

—Ya es hora —anunció.

—¿Ya?

Sandy miró el reloj. Tardó un instante en leer la esfera, porque la mano aún le temblaba con violencia. Eran las nueve de la mañana. El funeral conjunto de Alice y Sally no empezaba hasta la una, pero era muy probable que acudiera todo el municipio, y la gente quería conseguir buenos asientos.

No tuvo más remedio que irse a casa. Por orden del alcalde, ella y su familia pasarían casi todo el día bajo arresto domiciliario. No quería que alteraran la pequeña ciudad, y eso le dolía a Sandy casi más que las llamadas telefónicas amenazadoras, los mensajes y los guisos juntos.

Se levantó despacio y cogió su bolso. Había albergado la esperanza de obtener respuestas fáciles esa mañana. Claro que de esas ya quedaban muy pocas, solo surgían más preguntas. Y más dudas que la atormentarían durante todos los largos días venideros.

Amaba a Danny con desesperación. ¿Era correcto preguntarse de manera activa si su hijo era un asesino y seguir amándolo? ¿Era correcto llorar por Alice Bensen y Sally Walker, pero seguir queriendo lo mejor para su hijo?

De repente, se sintió tan agotada que no estaba segura de cómo iba a bajar las escaleras.

Se volvió hacia Rainie por última vez.

—¿Sabes ya quién es esa otra persona? ¿Tienes alguna pista sobre quién nos ha hecho esto?

Rainie pareció dudar.

—¿Alguna vez Danny te mencionó a alguien llamado No Lava?

Sandy la miró con curiosidad.

—Por supuesto que sí, no_lava@aol.com. Era la cuenta de su profesora. Es Avalon escrito al revés.

VEINTITRÉS

Viernes, 18 de mayo, 10:05 a. m.

Rainie y Quincy subieron al coche patrulla de Luke poco después de las diez. Como Luke y Chuckie iban en el asiento delantero, se sentaron atrás. Chuckie se mostró cohibido de inmediato por tener detrás a una oficial al mando y a un agente federal. No dejaba de mirar nervioso por encima del hombro, como si pensara que Quincy iba a pegarle un susto en cualquier momento. Después de la segunda vez, Quincy pegó la cara contra la malla divisoria del coche patrulla. Cuando Chuckie se volvió de nuevo, se topó de cerca con la nariz de Quincy. Literalmente, el novato lanzó un grito.

Luke suspiró hondo, Rainie sacudió la cabeza y Quincy se echó para atrás, satisfecho.

—Estás sacando de quicio a mi compañero —protestó Luke al final. Estaba encorvado detrás del volante, estudiando el pintoresco vecindario de Sandy y Shep con una mirada despreocupada pero vigilante. Tenía el sombrero en el asiento de al lado; el ala limitaba su campo de visión. La parte superior de su cabeza quedaba justo por encima del salpicadero; el punto de vista más bajo ampliaba su campo de visión. Sobre todo observaba la calle residencial en busca de cualquier indicio de tráfico anormal, pero de vez en cuando también examinaba los tejados de las casas circundantes con los ojos entrecerrados. Luke era un gran francotirador.

—¿Ves algo de actividad? —cuestionó Rainie.

—Todo tranquilo como una iglesia.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Rainie a Chuckie. Tenía la porra sobre el regazo y acariciaba el mango como si fuera su mascota favorita.

—Bien —murmuró Chuckie.

Fijó la vista en el regazo, negándose a encontrarse con la mirada de ella. Su rostro ancho estaba demacrado y su cabello, despeinado de manera inusual. Rainie no había pensado en el novato inexperto en los últimos tres días. En ese momento lo observó con atención.

—¡Cunningham! —pronunció con más severidad.

La mirada de Chuckie se alzó a regañadientes para encontrarse con la suya. La sostuvo durante un instante. Chuckie estaba hecho un desastre. Tenía ojeras y un tic nervioso en la mano. Al parecer, ver la acción real era diferente a presumir de ella, y había sido un error por su parte no haber pensado en él antes.

—Hiciste un buen trabajo el martes —apuntó sin más.

—Me cargué una maldita puerta —musitó Cunningham—. Dejé huellas por todas partes. Los técnicos estatales me regañaron. Ese tal

Sanders dijo que yo era una calamidad.

—Sanders no dice más que tonterías. Actuaste con el corazón, Chuckie. El resto lo aprenderás con el tiempo.

La mirada de Chuckie se posó en sus rodillas. Seguía pareciendo preocupado. Cuando se presentó voluntario para ese trabajo, se imaginó sin duda salvando vidas y protegiendo a su comunidad. No había esperado la debilitante frustración de llegar demasiado tarde ni la dura verdad de que ese día su trabajo sería solo procesar el daño. Rainie lo comprendía. Sabía que una de las razones por las que George Walker la odiaba era que no le había mostrado el respeto de visitar en persona a su familia. Debería haberlo hecho el primer día, pero fue incapaz de ir a sentarse en un sofá desgastado y hablar de trivialidades mientras un padre tenía los ojos hundidos y una madre lloraba. Simplemente no pudo hacerlo.

Rainie se volvió hacia Luke. Todavía estaba estudiando la casa de Shep. Era una ordenada casa de una planta con tres dormitorios y un garaje anexo para dos coches. Estaba pintada de un gris claro con molduras de blanco nítido. Una de las puertas del garaje se veía de un blanco más brillante que la otra, estaba claro que era la que vandalizaron el miércoles. Rainie se preguntó si Shep y Sandy podrían mirar esa brillante pintura blanca sin recordar lo que estaba escrito debajo.

—Tenemos que hablar —le dijo a Luke.

Él asintió con la cabeza. Parecía cansado de su largo viaje del día anterior, no tenía las mejillas tan recién afeitadas como de costumbre y el uniforme se veía arrugado. Aunque sus ojos se veían agudos y sus manos, firmes. Siempre podías contar con Luke.

—¿Cómo te fue en Portland? —preguntó Rainie.

—Pensé que íbamos a tener una reunión informativa después del funeral —repuso él con el ceño fruncido.

—Ha surgido algo. Puedes observar y hablar a la vez.

—Eso parece. —Luke le dio a Chuckie unos golpecitos con la mano en la pierna—. Ve a traernos café, Cunningham.

—¿Otra vez?

—Tres tazas. Esta vez de las buenas. Tenemos que impresionar a los federales. —Luke miró a Quincy por el retrovisor.

—El mío solo —menciono Quincy.

Chuckie refunfuñó, pero sabía cuándo no lo querían. Salió del coche patrulla y empezó a caminar hacia la tienda de comestibles que había a la vuelta de la esquina.

—Chuckie necesita algo de tiempo personal —añadió Luke en cuanto el novato desapareció de su vista.

—Me he dado cuenta.

—Es un buen chico, Rainie. Es solo que vio demasiado.

—¿Qué sugieres?

Luke se encogió de hombros.

—¿Para un chico de esa edad? Deberíamos llevarlo a disparar unas cuantas veces y, después de eso, a beber. Se le pasará.

—Estrés, armas y alcohol —señaló Quincy con voz seca—. Me hace preguntarme por qué la Administración de Veteranos no habrá pensado en ello.

Luke le sonrió.

—Estás pensando en tiempo de calidad en el sofá del psiquiatra, ¿eh? Ya, sí, sí. Chuckie se abrirá a un tipo de traje a cien dólares la hora el día que los cerdos vuelen. Lo siento, querido federal, pero a veces los lugareños sabemos más.

—Vale, vale. —Rainie levantó una mano—. Quiero saber qué tal fue tu reunión de ayer con los Avalon en Portland. Cuéntanoslo todo.

La cara de Luke se desencajó de inmediato. Soltó el aliento en un suspiro, su mirada volvió a la casa de Shep con gesto preocupado.

—¡Jesús!, Rainie, ¿por qué no empiezas por las preguntas fáciles?

—¿Te gusta el señor Avalon como sospechoso?

—Pasé tres horas en compañía del hombre, y qué sé yo. En primer lugar, la señora Avalon no es la madre de Melissa. Creo que murió en el parto. Así que me reuní con Daniel Avalon y la madrastra de Melissa, Angelina.

—¿Daniel Avalon? —preguntó Rainie de repente.

—Sí —respondió Luke, sombrío—. Extraño, Rainie. Extraño de veras. El señor Avalon procede de una familia adinerada. Invirtió mucho en propiedades en el centro de Oregón y se forró en el reciente boom. Él y la señora Avalon viven en una antigua casa victoriana en Lake Oswego. Una casa bonita, supongo. Estaba tan llena de trastos que me daba miedo romper algo si estornudaba. Me sirvieron un té en porcelana de verdad. La señora Avalon iba emperifollada con un traje de botones con cuello de encaje y un camafeo que me imagino que compró en el rastrillo de Jane Austen. El señor Avalon prefiere el tweed y no permite que su mujer hable a menos que se lo pidan. ¿Necesito decir más?

—Ser estúpido y pretencioso no era un crimen la última vez que lo comprobé.

—¿Puedo? —intervino Quincy.

—Por supuesto —afirmó Rainie. Estaba sentada lo más lejos posible de él en el asiento trasero. Ambos fingían no darse cuenta.

—¿Esperó el señor Avalon muchos años antes de volver a casarse? ¿Digamos entre doce y quince años?

—Trece —respondió Luke. Miró a Quincy con curiosidad.

—¿Hablaba de su hija con elogios, pero siempre de cuando era una niña? «Cuando Melissa tenía ocho años era la mejor bailarina...». «Oh,

la pequeña Melissa siempre tenía la sonrisa más dulce. Solía encantar a todo el mundo en el colegio». ¿Mostraba poco reconocimiento de su vida actual?

—Sí, de hecho, tenía fotos de ella por todas partes, pero eran sobre todo cosas de cuando era pequeña. Primera clase de ballet, recital de piano a los diez años, ese tipo de cosas.

—¿No había fotos de su madre?

—No que yo viera.

—¿Su habitación seguía siendo la de una niña? ¿Muchos volantes rosas y ositos de peluche?

—Y payasos —agregó Luke con un escalofrío.

Quincy asintió con la cabeza.

—Deduzco que el señor Avalon tuvo relaciones inapropiadas con su hija.

—¿Incesto? —Rainie miró a Quincy con incredulidad—. ¡Santo cielo! AES, ¿cómo puedes dormir con esa mente?

—No tengo certeza —repuso Quincy con modestia—, pero tiene todos los signos clásicos. Padre dominante a solas con su joven hija durante los trece primeros años de su vida. Parece muy cariñoso por fuera. Estoy seguro de que si llevásemos a cabo más entrevistas encontraríamos a muchos vecinos y profesores que hablarían de lo «unidos» que estaban el señor Avalon y su hija. Lo «involucrado» que él estaba en su vida. Pero entonces, cuando ella alcanza la pubertad, se acabó. Si continúa, corre el riesgo de quedarse embarazada. Además, está empezando a tener cuerpo de mujer, y a muchos de esos hombres no les interesa. Así que el señor Avalon sigue adelante y se casa con una pobre mujer pasiva que le sirve de escaparate y lo ayuda a parecer apropiado al mundo exterior. Ahora se aferra a la fantasía de lo que una vez tuvo, y la protege con celo.

—¿Tiene el señor Avalon acceso a algún ordenador? —preguntó Rainie a Luke.

—En su despacho.

Ella se volvió hacia Quincy.

—Si el señor Avalon tenía una relación con su hija, ¿le costaría aceptar su relación con VanderZanden?

—Le costará aceptar cualquiera de sus relaciones. En su cabeza, ella le pertenece.

—Ahí lo tenemos, entonces. Se enteró, se enfadó...

—Y tiene coartada —interrumpió Luke con rotundidad.

Lo miraron con dureza. Él casi se disculpó.

—Lo intenté, Rainie. Me quedé en la ciudad anoche, hasta las once, tratando de desmontar la historia de este tipo. Es muy probable que cabrease a todos los de sangre azul de la ciudad, y sigue sosteniéndose. El señor Avalon estuvo en una reunión de negocios

durante todo el martes. Su secretaria lo jura, y dos arrogantes de alto copete coincidieron. Estuvieron trabajando en un acuerdo sobre un complejo vacacional desde el mediodía hasta casi las siete de la tarde.

Rainie se mordió el interior del labio.

—¿Has tenido tiempo de comprobar los antecedentes de los testigos de apoyo?

—¿Quieres decir entre la medianoche y las seis de la mañana?

—Podrían haberlo hecho por dinero —elucubró Rainie—. Parece que el señor Avalon tiene mucho. Si hacen negocios con él de forma habitual... Tal vez estarían dispuestos a justificar su tiempo a cambio de algunos favores.

—Es posible. Aunque no sé cómo podemos probarlo. Hay otra cosa. Le pregunté al señor Avalon si había estado alguna vez en Bakersville. Dijo que en absoluto. Pero investigué sus antecedentes antes de entrevistarlo y, según los registros fiscales del estado, posee una cabaña en el condado de Cabot, a solo treinta minutos de distancia. Cuando le insistí, me dijo que era una mera cabaña de caza. Que nunca la utilizaba él, sino que la mantenía para sus socios. Su mujer asintió, como si eso significara algo. No lo sé. Algo no encaja ahí, Rainie, en absoluto, pero todavía no sé qué pensar.

La mirada de Luke volvió a la calle, donde apareció un adolescente en bicicleta. Con unos vaqueros caídos y una camiseta holgada, el chico parecía bastante anodino. Pero llevaba una mochila de lona verde y se quedó mirando la casa de los O'Grady.

—Esta es mi pregunta —murmuró Luke, golpeando con un dedo el volante mientras seguía al chico con la mirada—. ¿Por qué ahora? Melissa Avalon tenía veintiocho años. Si Quincy tiene razón y «papi» iba a colapsar, ¿no habría ocurrido hace años?

—No necesariamente —respondió Quincy, que también se había fijado en el ciclista. Entonces apareció Chuckie, que llevaba una caja de cartón con cuatro tazas de café—. ¿Era la primera vez que Melissa se alejaba de casa?

—Sí —confirmó Luke.

—Con eso bastaría.

—Me pregunto si no lo estamos complicando demasiado —murmuró Rainie en voz alta, moviéndose en el asiento trasero para ver mejor—. El señor Avalon tiene un motivo. El señor Avalon tiene dinero. Resulta que su hija acaba de morir por un único disparo en la cabeza...

—Asesinato —completó Quincy.

—¿Y si no estaba previsto que fuese un tiroteo escolar? ¿Y si captaron a Danny para crear una distracción, algo que pareciese un tiroteo para disfrazar la muerte de Melissa Avalon? Salvo...

—Salvo que mató por accidente a dos niñas —añadió Luke con voz seca. Abrió la boca para seguir argumentando, pero de repente

exclamó—: ¡Mierda!

El chico estaba frente a la casa de Shep. Su bicicleta había aminorado la velocidad. Su cuerpo se movió. La mochila se deslizó hacia abajo...

Luke buscó a tientas el tirador de la puerta del coche. La abrió de un empujón con el hombro justo cuando Rainie intentaba salir corriendo, dándose cuenta demasiado tarde de que las puertas se habían cerrado y ella y Quincy estaban atrapados en la parte trasera del coche patrulla. Calle abajo, Chuckie vio el alboroto y dejó caer su café. Rainie lo vio ir a sacar de inmediato su pistola.

—¡No! —gritó en vano, y aporreó la ventana irrompible—. ¡Maldita sea, Chuckie, no!

El chico vio que Luke se le echaba encima. Se giró un poco y vio a Chuckie tanteando su pistolera. Su expresión cambió deprisa de resuelta a petrificada.

—¡Alto! —ordenó Luke.

Y el chico empujó su mochila hacia Luke con todas sus fuerzas y se largó, mientras el agente retrocedía tambaleándose, sorprendido. Calle abajo, Chuckie seguía haciendo malabarismos con su pistola. Rainie no podía estar segura desde esa distancia, pero parecía que el novato tenía lágrimas en las mejillas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Luke. Recuperó el equilibrio y dejó caer la mochila al suelo, pero el chico salió corriendo de la calle para escabullirse entre la multitud de casas. Un segundo después se perdió de vista. Con otro suspiro de disgusto, Luke volvió al coche patrulla y se conformó con sacar a Quincy y Rainie del asiento trasero. Se reunieron alrededor de la mochila en la acera justo cuando Cunningham se acercó corriendo, jadeando con dificultad.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Cunningham sin aliento. Se frotó las mejillas—. ¿Qué hay en la bolsa? ¿Qué ha pasado? ¿Ha intentado hacer algo?

—Una cosa a la vez, Cunningham —gruñó Rainie. Miró a Luke. Se encogió de hombros, se agachó y colocó la oreja sobre la bolsa de lona verde.

—No oigo ningún tictac. —Levantó la mochila y frunció el ceño—. No tintinea. Joder, parecen libros.

Con decisión, abrió la cremallera del compartimento principal. Salieron dos pesados volúmenes con encuadernación de cuero fino y elegantes bordes dorados. Era la Biblia, el Antiguo y Nuevo Testamento. La nota adjunta a la portada decía: «Para los O'Grady. Jesús perdona».

—¡Oh, Dios mío! —expresó Chuckie con desesperación—. Casi disparo a ese chico.

—Creo que es hora de respirar hondo —declaró Quincy con suavidad.

Luke cogió los dos volúmenes. Los llevó con cuidado hasta el porche y los colocó delante de la puerta. Luego, sin decir palabra, volvió al volante de su coche patrulla, se encorvó hasta la altura del salpicadero, toqueteó el sombrero que tenía en el asiento de al lado y reanudó la guardia.

VEINTICUATRO

Viernes, 18 de mayo, 11:27 a. m.

Becky O'Grady colocó el dedo con cuidado sobre la boca de Gran Oso, cosida con hilo negro. Él la miraba fijamente con sus grandes ojos dorados.

—Shhh —le ordenó ella—. Tenemos que estar muy quietos.

Gran Oso la ayudó. Becky sabía que a él no le gustaba el armario. Siempre le había dado miedo la oscuridad. Pero ahora era un oso pardo muy valiente. No hizo ni un solo ruido cuando ella giró con suavidad el pomo de la puerta del armario y la abrió despacio.

Se produjo una pausa en la discusión de la sala de estar. Becky se congeló al instante. Su mamá y su papá llevaban mucho tiempo peleándose. Algo sobre un hombre con el que su madre había hablado esa mañana. El papá de Becky le dijo que no debía haber hecho eso. ¿Por qué no confiaba en él para que se ocupara de las cosas?

La mamá de Becky no estaba contenta. Le reprochó al papá de Becky que estaba negando la realidad. Becky no sabía lo que eso significaba, pero le entristecía que enfadara tanto a su madre, porque Becky también estaba negando la realidad. Los médicos lo habían dicho.

Tal vez era una enfermedad grave. Eso explicaría por qué la mejor amiga de Becky, Jenny, ya no iba a jugar. Como cuando Becky tuvo varicela. Tampoco entonces podía nadie ir a jugar con ella. Y le picaba mucho la piel. Ella quería rascarse y rascarse, pero su mami la hacía sentarse en una bañera llena de agua caliente y avena. Becky odiaba la varicela. Por supuesto, la abuela Surmon le había hecho su propia tarta. Era de crema de plátano, y a Danny no se le había permitido comer nada a menos que Becky dijera que podía. Eso le gustó.

Ahora pensar en Danny hacía que a Becky le doliera el pecho. Sostuvo a Gran Oso más cerca.

La pelea comenzó de nuevo. Papá gritaba que mamá no se preocupaba lo suficiente por Danny. Mamá gritaba que todo era culpa de papá.

—¿Cómo consiguió Danny las armas, Shep? Dime cómo consiguió Danny las armas.

Becky se deslizó dentro del oscuro armario del pasillo. Cerró la puerta. La luz y las voces desaparecieron. Se acurrucó en la vieja manta que su madre le había puesto y abrazó a Gran Oso.

A veces, cuando estaba sola en la oscuridad, ella sola con Gran Oso, casi podía volver a respirar. El extraño peso abandonaba su pecho y ya no se sentía tan mal. Estaba a salvo. Estaba bien. Ahí, en la oscuridad, nadie podía hacerle daño.

Podía cerrar los ojos y lo malo desaparecía. Podía flotar, tranquila,

pensando en gatitos y nubes y en todas las cosas que más le gustaban.

Ese día probó el truco, cerró los ojos y apretó la mejilla contra la cabeza lanuda de Gran Oso. Pero no ocurrió nada. No flotó. No era más que una niña sentada en un suelo duro dentro de un armario que olía a zapatos viejos.

Seguía viendo a Sally y Alice. Las veía en el suelo. Luego veía a la guapa señorita Avalon.

Y entonces levantó los ojos...

Becky gimoteó dentro del armario. Volvió la cara hacia el cuello de Gran Oso

—Sé valiente —le pidió—. Sé valiente. Sé valiente. No hagas ruido.

Gran Oso era un oso pardo muy valiente. No hizo ningún ruido mientras ella se mecía con él en el suelo, mientras sus padres se peleaban en el salón. No hizo ningún ruido mientras ella gemía y batallaba con monstruos malignos. Y no hizo ningún ruido mientras ella lloraba y seguía imaginando demasiadas cosas, como lo que le había ocurrido a la guapa señorita Avalon.

A Becky le dolía la boca por la ensalada de gelatina. Tenía los hombros caídos de tantas noches sin dormir lo suficiente. Sin embargo, no se rendía, era dura. A su padre le gustaba decir que era como él, una auténtica luchadora.

Becky no sabía lo que era una luchadora, pero quería ser como su papá, grande, fuerte y valiente. Necesitaba ser como él. Tenía que ser dura. Tenía que mantener a Danny a salvo.

El funeral de Sally Walker y Alice Bensen estaba previsto en un principio para la una de la tarde en la pequeña iglesia episcopal de color blanco que había en Fourth Street. Al mediodía, sin embargo, cuando los bancos, el vestíbulo, el césped exterior y el aparcamiento se llenaron hasta la bandera de vecinos vestidos de oscuro, el reverendo Albright lo trasladó todo a la zona del cementerio. Los jardineros montaron de forma apresurada carpas de lona. Una feroz brisa marina azotaba con frenesí los toldos azules sobre las cabezas de todos.

Nadie se quejaba. Seguían llegando vehículos. Curtidos granjeros vestidos con sus mejores galas de domingo escoltaban a sus esposas despacio colina arriba, inclinando la cabeza contra el viento. El equipo de baloncesto del instituto de Bakersville, que contaba con el hermano de Alice Bensen como delantero estrella y con el tío de Sally Walker como entrenador, se reunió con su uniforme completo para servir de guardia de honor. Los miembros de la Orden de los Elks, a la que pertenecía George Walker, también iban ataviados con sus trajes de gala, y permanecieron de pie a un lado con formalidad, esperando a que terminara el servicio, momento en el que se encargarían de transportar la montaña de flores de vuelta a los hogares de las

familias.

Las damas de la iglesia episcopal repartían programas. Los vecinos iban entregando un flujo constante de tarjetas de condolencia y tartas caseras para el almuerzo posterior.

Rainie observaba desde la distancia. Incluso a doscientos metros, la visión de dos tumbas recién cavadas, una al lado de la otra, en una ladera de color verde esmeralda, enmarcadas por montañas de flores rojas y blancas, la atormentaba. Se dio cuenta de que Quincy también se mantenía en el perímetro. Le sorprendió que incluso asistiera. Dados los recientes acontecimientos con su propia hija, no podía imaginarse que la siguiente hora no le arrancara el corazón y lo exprimiera hasta dejarlo seco.

Por otra parte, parecía que al agente federal le gustaba esforzarse por soportar lo insoportable.

Sanders también estaba presente. Había tomado posición en el lado este de la colina, donde una calle lateral ofrecía acceso al cementerio. De pie, con un traje azul oscuro y las manos juntas delante de él, se mezcló con la multitud de dolientes congregados.

De mutuo acuerdo, Rainie era la única uniformada. Sanders y los hombres del condado se paseaban entre la multitud vestidos de luto tradicional. Así podrían controlar el sepelio sin importunar innecesariamente a las familias.

Nadie esperaba problemas durante la ceremonia. Rainie y el alcalde, sin embargo, estaban preocupados por las horas posteriores, cuando la gente saliera del servicio con las emociones a flor de piel, buscase un bar para tomar unas copas con sus colegas y se dejara llevar por un estado de pura testosterona. El alcohol y las armas nunca eran una buena mezcla, y Dios sabía que en Bakersville abundaban ambas cosas.

Los hombres del condado tenían órdenes de trabajar con la multitud y escuchar con atención. Más tarde, por la noche, deberían controlar a los asistentes más ruidosos. El alcalde no quería correr riesgos, no después de la reciente demanda de rifles en la tienda de artículos deportivos.

A sugerencia de Quincy, los hombres también buscaban a «alguien fuera de lugar». Tal vez un hombre blanco de mediana edad que pareciese distante de un modo extraño de la reunión de familiares y amigos. Tal vez un hombre que pareciera disfrutar demasiado de los funerales. Cualquier hombre lo bastante estúpido como para contemplar dos ataúdes y sonreír.

Rainie no creía que tuvieran tanta suerte, pero Quincy insistió. Si se trataba de un delito de desconocido a desconocido, había muchas posibilidades de que el hombre asistiera.

Rainie se encontró pensando en el sueño que había tenido la noche

anterior cuando se despertó sobresaltada, con aquella sombra alta e imponente en su terraza trasera... Esos últimos días había estado inquieta.

De repente, se hizo el silencio entre la multitud. Rainie volvió a centrar su atención en el verde y ondulado cementerio a tiempo para darse cuenta de que acababa de llegar una caravana de automóviles. Las familias, con sus hijas, estaban ahí.

George Walker salió primero. Un hombre corpulento, de ancho rostro enrojecido y ojos inyectados en sangre se acercó para abrir la puerta a su mujer. Jean Walker era tan menuda como grande era su marido y se tambaleaba contra su grueso brazo mientras él la conducía hacia el césped. Esperaron juntos a los Bensen, que tardaron mucho más en bajar de su vehículo. Rainie no conocía a los padres de Alice, Joseph y Virginia. Solo conocía a su hijo, Frederick, de quien Frank y Doug decían con avidez que era el mejor jugador de baloncesto que jamás había pisado las canchas del instituto de Bakersville. La mayor parte de la localidad seguía sus aspiraciones profesionales y universitarias.

A Rainie le llamó de inmediato la atención el marcado aspecto nórdico de los Bensen. Llevaban la cabeza alta mientras se acercaban a los Walker. Mantuvieron la mirada fija mientras observaban cómo se adelantaba la guardia de honor. Permanecieron impasibles mientras su hijo doblaba sus desgarbadas piernas para llevar a su hermana de ocho años a su última morada.

Diez minutos más tarde, ambos féretros fueron colocados en la parte delantera de la carpa y el ministro dio comienzo de manera oficial al servicio funerario.

Rainie echó un vistazo a Quincy. Él ya no estaba mirando. Su mirada estaba lejos, donde unos árboles lejanos enmarcaban el horizonte azul. No sabía lo que estaría pensando, pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

El ministro concluyó su introducción. Un joven que Rainie no reconoció se levantó y ayudó a una mujer mayor a abrirse paso hasta el micrófono. El viento soplaba con fuerza, aplastando el vestido de seda negra de la mujer contra su redondeado cuerpo, pero ella luchaba por avanzar. Delante, abrió un libro y se aclaró la garganta. Se presentó como la tía de Alice Bensen. Luego leyó un pasaje en memoria de Alice y Sally. Era una selección de Winnie the Pooh sobre el significado de la amistad.

Rainie ya no pudo más. También se dio la vuelta hasta que VanderZanden se levantó para pronunciar el panegírico.

Apareció sombrío ante casi ochocientas personas. Llevaba escrito su discurso y el trozo de papel le temblaba en las manos. Rainie se dio cuenta, sin embargo, de que no podía sentir ninguna simpatía por el hombre. Estaba muy concentrada mirando a la esposa de él, que había

estado dándole palmaditas de apoyo en la mano durante cuarenta y cinco minutos. Abigail VanderZanden, algo rellenita por la edad, iba un poco desaliñada, con un vestido azul marino, de forma cuadrada, de JCPenney, pero tenía una sonrisa generosa y unos ojos azules chispeantes. También parecía muy orgullosa de su marido, y eso hizo que a Rainie le cayera aún peor VanderZanden.

Ese día no había ganadores, pensó Rainie, y esa constatación la deprimió un poco más. Había albergado la esperanza de hacer grandes descubrimientos. Había fantaseado con hallarse delante de su comunidad y contarles con exactitud lo que había ocurrido el martes por la tarde y por qué, con que se acabase el pasar en coche por delante del colegio con dolor y desconcierto. Que se acabase el mirar los niños mientras desayunaban sus cereales, preguntándose qué les podía pasar ese día. Que acabasen las preguntas horribles, como por qué de repente los jóvenes eran propensos a asesinar a sus compañeros de clase.

En lugar de ello, Rainie permaneció de pie en la ladera esmeralda del único cementerio de Bakersville, sintiendo el viento tempestuoso contra su rostro y escuchando el inquietante eco de Amazing Grace cantado por catorce adultos mientras Frederick Bensen rompía a sollozar contra su madre, que lo acunaba en sus brazos.

Mucho después de que se desvaneciera la última nota, la gente seguía de pie. El reverendo Albright volvió a subir, se aclaró la garganta y dijo que con eso concluía el funeral. La gente seguía sin moverse.

Danny tenía que haber estado ahí, se dio cuenta Rainie. Danny y Shep y Sandy y Becky, y, demonios, Charlie Kenyon y el misterioso segundo tirador, y cualquier chico que alguna vez hubiera cogido una pistola y pensado en apretar un gatillo. Eso era la muerte, eso era la pérdida. Ese fue el momento en el que todo se hizo real. ¿Y por qué no había más niños en ese funeral? La mayoría de los chicos de Bakersville tenían el poder de arrancar una vida. ¿Por qué a sus padres, propietarios de armas, no se les había ocurrido enseñarles lo que eso significaba?

Por fin se rompió la quietud. Las primeras personas salieron de la carpa a regañadientes. Entonces, como si se hubiera roto una presa, los demás siguieron su ejemplo.

Rainie miró a su alrededor, tratando de distinguir a los agentes estatales. Seguía sin ver nada sospechoso ni fuera de lugar. Se acercó sigilosa a Quincy, que tenía las mejillas secas y la cara compuesta a conciencia.

—¿Preparada? —preguntó.

Ella supuso que ambos sabían que no lo estaba.

—Mann primero. Luego VanderZanden.

—Trato hecho.

Rainie dudó un último momento. Su mirada seguía escrutando a la multitud. Al final se dio cuenta de que estaba examinando los perfiles de los diversos hombres. Estaba estudiando sus siluetas. En mitad de la noche. La figura de negro en su terraza trasera...

Sacudió la cabeza y apartó la imagen de su mente. Sin embargo, mientras ella y Quincy bajaban por la ladera, su mirada seguía observando a la multitud.

Encontraron a Richard Mann a un lado de la carpa, apiñado junto a otros cuatro miembros de la facultad, todas mujeres. Sin que nadie se lo pidiera, se alejó con discreción de sus compañeros y se unió a Quincy y Rainie detrás de un grupo de pinos.

—Me alegro de volver a verlo, señor Mann —saludó Rainie de forma educada. Su papel de poli malo era tal vez demasiado para un funeral.

—¿Habló con Charlie Kenyon? —preguntó Mann con curiosidad—. ¿Estaba Charlie involucrado?

—Hablamos con él. —Rainie lo miró con frialdad. Cuanto más intentaba estudiar al orientador, menos sabía qué pensar—. Me temo que es un callejón sin salida, sin embargo, señor Mann, Charlie no parece estar involucrado.

—¿De verdad? Estaba tan seguro... —El rostro de Mann se descompuso. Suspiró hondo y se frotó la cara. Así de pronto, pareció demacrado, y Rainie se sorprendió al darse cuenta de que estaba mucho más afectado de lo que ella creía—. Esto me está causando verdaderos problemas —manifestó de repente.

—¿Qué tipo de problemas, señor Mann? —preguntó Quincy.

—He estado dándole vueltas y vueltas a todo en mi cabeza, y simplemente no puedo imaginarme a Danny instigando un asesinato. Y no solo porque sea su orientador y me sienta culpable. Es más... Sí, Danny tenía problemas de control de ira. —El orientador hizo un movimiento de tanteo con las manos, como si estuviera buscando mejores palabras—. Pero la acción física no es su estilo. Danny es un friki de los ordenadores, no un matón de patio de colegio. Si estuviera enfadado con el colegio o incluso con las figuras de autoridad en general, podría imaginármelo haciendo algo sofisticado. Podría tal vez hackear las bases de datos del colegio y darles a todos sobresalientes. O entrar en los ordenadores de la Dirección General de Tráfico y revocarle el permiso de conducir al director VanderZanden. Algo inteligente. Es que... Es que no me lo imagino recurriendo al asesinato.

—Danny se crio con armas —argumentó Rainie—. Se siente tan cómodo con ellas como con los ordenadores.

—Supongo. —Sin embargo, Mann no parecía convencido—. ¿Y el señor Avalon?

—Reclamó el cuerpo —comentó Rainie—. Parece que está organizando un funeral para su hija.

—¡Oh! —Mann volvió a mostrarse sorprendido—. Supongo que lo entendí mal. ¿No es Melissa hija única? Qué horrible para sus padres.

Rainie asintió, pero su atención ya empezaba a desviarse. Richard Mann sabía tan poco como ella sospechó al principio. Sin duda había pensado en compensar su culpa o, qué demonios, su juventud, aparentando ser una especie de experto. Pero al final era solo otro funcionario público abrumado al que pillaron con los pantalones bajados. En esencia, era igual que ella.

—Tenemos razones para creer que alguien más estuvo implicado en el tiroteo —declaró Quincy de repente.

—¿En serio? —Las cejas de Mann se arquearon, justo cuando Rainie le dirigía una mirada asesina a Quincy. No veía la necesidad de que le revelara ese tipo de información.

—¡Así que yo tenía razón! Danny no haría tal cosa. Pero ¿quién fue, entonces? ¿Otro estudiante? No recuerdo que Danny hablara de nadie en particular. No tenía muchos amigos en el colegio. Pero bueno, ya saben que todavía está esa persona, ese «Volcano» de la red. Las relaciones por Internet pueden tener mucha fuerza.

—Creemos que el contacto podría haber sido más que a través de Internet, señor Mann. Creemos que Danny también podría haber conocido a No Lava en persona. ¿Sabe usted algo de eso?

Rainie casi le pisó el pie a Quincy para que se callara. ¿Qué demonios estaba haciendo? Pero la mirada de Quincy seguía clavada en la de Richard Mann. Parecía un perro sabueso olfateando un rastro.

—¡Ah!, no —respondió con rapidez el orientador escolar, bajando la mirada—. Nunca me contó nada de eso.

—¿En serio? Qué raro —reflexionó Quincy en voz alta—. Usted ve a este niño dos veces por semana. Sabe que recibe correos electrónicos de alguien, pero... ¿jamás menciona haberlo visto en persona? ¿Y usted nunca intentó sonsacarle?

Richard Mann empezó a retorcerse.

—¿Posee usted algún arma? —preguntó Rainie, que por fin se había dado cuenta—. ¿Cuánto mide, Richard? ¿Un metro setenta y ocho, un metro ochenta? Sí, eso encajaría.

—¿Eso encajaría? ¿Qué?

Rainie se volvió hacia Quincy con gesto despreocupado.

—¿No dijo que era de Los Ángeles? Es probable que sepa más de armas que tú y yo juntos.

—¡No sé nada de armas! En serio, todo lo que Los Ángeles me enseñó fue a mantenerme atento a los sonidos fuertes. ¿Por qué me miran así? ¿De qué va esto?

—Fue otra persona la que disparó a la señorita Avalon —afirmó Rainie con determinación—. Tenemos pruebas contundentes de que fue asesinada por alguien que mide al menos un metro setenta.

¿Dónde estaba usted el martes por la tarde? ¿Y cuál era la naturaleza exacta de su relación con Melissa?

—¿Creen que yo...?

—Pensé que le alegraría. Dijo que le partía el corazón pensar que uno de sus alumnos hubiera cometido un asesinato. Bueno, ahora puede estar tranquilo. —La voz de Rainie se volvió dura—. El martes por la tarde... ¿dónde se encontraba, Richard?

—En mi despacho, como les dije. ¡Esto es una locura! Cada vez que intento ayudar...

—¿Alguna vez le comentó Danny que quedara con alguien en persona? —continuó Quincy, implacable—. Un nuevo amigo, alguien de fuera de la ciudad.

—No recuerdo...

—No Lava, señor Mann. Sabía que Danny estaba recibiendo correos electrónicos. Y usted sospechaba más, ¿verdad? Danny dijo algo que le hizo dudar, pero usted nunca se lo comentó a nadie. Nunca se lo comentó a nadie y ahora tiene miedo. Metió la pata. Era su orientador y le falló.

Richard Mann había empezado a jadear. Sudaba, y las gotas le resbalaban por el labio superior.

—Yo... Yo...

Quincy se inclinó hacia delante. Llevaba las riendas con firmeza.

—Está usted de pie a treinta metros de las sepulturas de dos niñas asesinadas, señor Mann —expresó al instante con un atisbo de determinación—. Hoy ha ayudado a enterrarlas. Hoy ha rezado por ellas. Ayúdenos a resolver sus asesinatos. Díganos por fin la verdad.

El orientador escolar se estremeció. Su mirada iba de un lado a otro, buscando una escapatoria, pero no la había. Solo estaban él, dos agentes de la ley y la verdad secreta que Quincy había desenterrado por fin de los oscuros rincones de la conciencia de Mann. Richard Mann alzó la vista. Era evidente que se sentía avergonzado.

—No me contó lo suficiente como para que yo hiciera algo al respecto —murmuró—. Lo juro, si hubiera sabido lo que iba a pasar...

—Escúpalo —ordenó Rainie.

—Una vez le pregunté a Danny qué sabía en realidad de No Lava. Le dije que me preocupaba que se hiciera amigo de alguien que solo era una dirección de correo electrónico. ¿Y si resultaba ser un niño de seis años o un viejo verde? Aunque no lo manifesté de forma tan franca.

—¿Qué respondió, Richard?

—Dijo que ella no era nada de eso. Y cuando traté de explicarle que eso era justo a lo que me refería, que tal vez ni siquiera fuera una mujer, sino un hombre, Danny puso una cara rara. Me ignoró. En ese momento pensé que era solo una actitud provocadora. Pero después del martes empecé a preguntarme. ¿Y si no era mera actitud? ¿Y si

solo estaba seguro de que sabía la verdad, por ejemplo, si había conocido a No Lava en persona y había comprobado con sus propios ojos que era una mujer?

—¿Por qué demonios no nos ha informado de esto antes?

—¡Era solo una teoría! —protestó Mann.

—Nos contó todas sus otras teorías.

—No Lava no es una teoría... ¡Vi los correos electrónicos! Y les estaba contando de veras lo que había oído sobre Melissa y su padre. ¿Cómo iba a saber que era un rumor?

Rainie soltó una exasperada bocanada de aire. ¡Dejar que un psiquiatra aficionado jodiese una investigación crítica! Le clavó una mirada implacable. Él inclinó la cabeza.

—¿Algo más que quiera contarnos, Richard?

—No —respondió con sumisión—. Eso es todo.

—¿Sabe cuándo pudo Danny haberse visto con esta persona? ¿O cuándo empezaron a hablar?

Negó con la cabeza, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Es usted activo en Internet, Richard? ¿Recibió alguna vez un correo electrónico de la señorita Avalon?

—Acabo de comprar mi primer ordenador. Me manejo bastante bien con algunos programas, pero aún no me siento muy cómodo en la web. De hecho, estuve pensando que tal vez Danny podría darme lecciones alguna tarde. Podría ser una forma de estrechar lazos.

—¿Nunca recibió ningún un correo electrónico de la señorita Avalon? —insistió Rainie.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso es todo. Hemos terminado con usted. —Rainie hizo un leve gesto con las manos para que se largara.

Richard Mann asintió agradecido, dudó un momento más, como si pensara que ella iba a cambiar de opinión, y luego regresó con sus compañeros. Sin duda, les diría que acababa de ser una fuente de ayuda inestimable para la investigación policial de ese horrendo crimen. Sin duda, tratarían de apaciguar al niño bonito, inflándolo de nuevo hasta que recuperase la imagen del hombre que quería ser. Por su parte, Rainie estaba harta de su incompetencia.

Se volvió hacia Quincy. Se frotó las sienes por donde empezaba a dolerle la cabeza.

—Así que una «mujer», ¿eh? Influencia femenina, utilizando la propia dirección de correo electrónico de Melissa Avalon para contactar con Danny. No estaremos pensando en que la señorita Avalon ayudó a planificar su propia muerte con una bala sin marcas, ¿verdad?

—No. Estamos pensando en que las direcciones de correo electrónico son algo muy fácil de piratear, y qué mejor manera de impresionar a un joven hacker en potencia como Danny.

—¡Oh!, bien. Esperaba que eso fuera lo que estábamos pensando. Ahora, solo por curiosidad, ¿quién creemos que lo hizo?

—No tenemos ni idea.

—Pero ¿podría ser una mujer? No sé, los niños denunciaron a un misterioso hombre de negro, no a una mujer, y hasta los niños de siete años deberían notar la diferencia.

—A menos que se disfrazara de hombre. —A Quincy se le dibujó una extraña sonrisa en la cara—. Los psicópatas travestidos no son tan poco frecuentes como podría pensarse.

—Genial, más ambigüedad. Eso es justo lo que este caso necesita. ¿VanderZanden es el siguiente? ¿Tal vez la señora VanderZanden?

—Por favor. Tú diriges.

Rainie apenas se había girado hacia la multitud cuando se chocó con un hombre. Acababa de empezar a disculparse cuando levantó la vista y se dio cuenta de quién era. George Walker estaba ante ella. Su cara rolliza estaba enrojecida. Sus mejillas estaban cubiertas de sudor. Levantó la mano para señalar a Rainie, y a ella le llamó la atención lo mucho que temblaba su fornido cuerpo.

A Rainie se le secó la garganta. Intentó tragar saliva, improvisar un saludo coherente. Se quedó paralizada por la mirada desolada de George Walker.

—¿Qué... ha... hecho... por mi... hija? —espetó.

—Estamos... Estamos trabajando muy duro, señor.

—¡Jodió todas las pruebas! —rugió George Walker. La gente miró hacia ellos ante las repentinas voces. Su mujer los vio, se puso colorada y se acercó a toda prisa.

—Lo siento, señor Walker. Sé que esto es muy difícil...

—Ese pequeño cabrón mató a mi hija y ni siquiera intenta encerrarlo. ¿Cree que no lo sé? ¿Cree que no nos hemos enterado? Mató a nuestras niñas y lo está protegiendo. Masacró a nuestras niñas y usted está intentando limpiar su nombre.

—George, George. —Su esposa había llegado. Le puso su pequeña mano en el brazo como si pudiera retenerlo. Le dirigió a Rainie una mirada suplicante.

—Lo siento —susurró Rainie.

—¡Lo siento! Ni siquiera ha venido a nuestra casa. Han asesinado a nuestras hijas a sangre fría ¡y ni siquiera se ha dignado a presentar sus respetos!

—George, tu corazón. George...

—Señor Walker... —intentó Quincy.

—¿Cuántas veces ha ido a casa de los O'Grady? ¿Cuántas veces ha visitado a ese pequeño cabrón asesino? Mi niña, mi niña. Mi pequeña niña. Él la mató y a usted no te importa.

—Estamos trabajando... mucho, señor Walker...

—Simpatiza con él, ¿verdad, Rainie Conner? ¡Usted también es una asesina!

—¡George! —La señora Walker parecía afectada de veras.

Rainie se limitó a quedarse ahí plantada aguantando. Ya no tenía una buena respuesta. Y no tenía fuerzas para moverse.

—Voy a demandarla —sentenció George Walker—. Voy a demandarla a usted, al colegio y a Shep O'Grady. Han albergado a un asesino entre ustedes, y ya ha pasado demasiado tiempo. ¡Bakersville merece justicia! ¡Mi niña merece justicia! Sally, Alice y la señorita Avalon. Sally y Alice y la señorita Avalon. Sally, Alice y la señorita Avalon... —Se le quebró la voz. Sus hombros empezaron a temblar. Se volvió hacia su esposa, rodeó sus frágiles hombros con sus gigantescos brazos y lloró.

Y Rainie se limitó a quedarse ahí plantada aguantando.

Era consciente de que todo el mundo los miraba. Cientos de personas devorando una escena escandalosa, buscando cada matiz, pensando ya en cómo repetirían la historia después a sus vecinos. Y era consciente de que Quincy también la observaba. Su mirada era amable, comprensiva. De alguna manera, le dolía más.

—Tienes que irte —murmuró.

—No puedo.

—Rainie, no le estás haciendo ningún favor.

Rainie asintió con lentitud. George Walker seguía sollozando en los brazos de su mujer. Jean Walker miró directamente a Rainie, intentando secundar con la mirada la propuesta de Quincy: «Váyanse, váyanse de aquí, antes de que empeoren las cosas».

Rainie se dio la vuelta y bajó la colina con Quincy a su lado. La gente continuaba mirando. Por primera vez en su vida, no les devolvió la mirada.

Siguió caminando y, por razones que no podía explicar, se sintió avergonzada.

VEINTICINCO

Viernes, 18 de mayo, 5:04 p. m.

Rainie, Luke Hayes, Sanders y Quincy se congregaron en el ático del ayuntamiento para la reunión de la unidad especial. Rainie llevaba ya treinta minutos en la sede, recopilando papeles y rompiendo cualquier lápiz del dos que encontraba. El suelo de madera estaba ya cubierto de virutas amarillas, lo que provocó miradas de preocupación tanto en Sanders como en Quincy. Luke, por su parte, apenas se dio cuenta del desorden. Llevaba años trabajando con Rainie.

Rainie tomó asiento detrás de su escritorio de caballete y barajó con energía sus notas.

—¿Preparada?

Los tres hombres desplegaron sus sillas metálicas y asintieron.

—Empecemos primero con las novedades sobre los sospechosos, ya que sé que hemos avanzado en eso. Después pasaremos a las pruebas y luego revisaremos nuestras teorías del caso. ¿Entendido?

Todos asintieron y Rainie comenzó:

—En nuestra anterior reunión me fueron asignados Charlie Kenyon y Richard Mann como posibles sospechosos. Charlie es un desastre. El martes estaba fuera de la ciudad, visitando a su novia en Portland, lo que corroboraron los padres de la chica. Como indico en mis notas —repartió tres copias de su entrevista manuscrita con Charlie—, salía con Danny O'Grady de vez en cuando, pero estoy dispuesta a creer que no sabía nada de los planes para atacar el colegio. Más que nada porque ahora mismo tenemos a Charlie procesado por cargos de posesión y, si supiera algo concreto, estaría traficando con esa información para salvar el pellejo.

—Charlie, Charlie, Charlie —murmuró Luke.

—Exacto. Así que descartemos a Charlie. Eso nos deja a Richard Mann. He hecho un informe básico de antecedentes. —Rainie pasó más copias—. Mann no tiene antecedentes penales ni armas registradas a su nombre en Oregón ni en California. Llamé al colegio de Los Ángeles en el que trabajó como profesor en prácticas el año pasado y hablan maravillas de él. Me van a enviar una copia de su expediente personal, pero no estoy segura de que lleve a ninguna parte. Al final, la secretaria del colegio, Marge, ha confirmado su coartada: lo vio entrar en su despacho con un bocadillo al principio del descanso. Y ella estuvo allí, justo delante de su despacho y del del director VanderZanden, hasta que se produjeron los disparos. También dijo que, por lo que se sabe, no había nada entre el orientador escolar y la señorita Avalon.

—¿Y es eso extraño? —Sanders tomó la palabra—. Ambos son

jóvenes, ambos nuevos en la ciudad. Parece que en todo caso serían amigos.

—Claro, ¿por qué no? —coincidió Rainie—. O tal vez VanderZanden entró en escena enseguida, y después de eso Avalon no estuvo interesada en ampliar su círculo social. No lo sé. Seguiré preguntando, pero no soy optimista. En una escala del uno al diez, siendo diez el hijo de puta al que vamos a encerrar de por vida, le doy un tres a Richard Mann, pero es un tres con alto nivel de sospecha, basado más en el hecho de que nos ha ocultado información que en algo concreto. —Rainie se encogió de hombros. Lo había intentado, pero de momento sus perspectivas no parecían buenas—. ¿Y el director VanderZanden? ¿Sanders?

—Todavía no es concluyente —informó Sanders, abriendo una carpeta codificada por colores y dispensando también copias. Rainie se dio cuenta de que sus notas estaban mecanografiadas y de que había elegido un tipo de letra bonito—. La coartada de VanderZanden para el tiroteo es también la secretaria del colegio, Marge. Comentó que vio a VanderZanden entrar en su despacho y cerrar la puerta al final del almuerzo. Minutos después, cuando se produjeron los disparos, salió corriendo de su despacho y se reunió con ella en el pasillo.

—Me suena a coartada —coincidió Luke.

Sanders sacudió la cabeza.

—Sí y no. Cuando revisé los despachos —Sanders le dirigió a Rainie una mirada aguda—, me di cuenta de que tanto la oficina de Richard Mann como la del director VanderZanden tienen ventanas lo bastante grandes como para que cupiese un hombre adulto. Eso plantea la posibilidad de que cualquiera de los dos hombres pudiera haber salido de su despacho por la ventana, vuelto a entrar en el colegio por la puerta lateral y sorprendido a la señorita Avalon en su clase. En teoría, podría haber utilizado a Danny para crear una gran distracción continuando el tiroteo mientras él salía corriendo del colegio y volvía a entrar en su despacho por la ventana.

«La buena noticia de este escenario es que explicaría por qué algunos niños creyeron ver a un hombre de negro, pero ninguno de los vecinos vio a nadie huir por sus patios. La mala es que las ventanas de la oficina dan al aparcamiento del colegio. ¿Qué posibilidades hay de que un hombre adulto entre y salga por esa ventana sin que nadie se dé cuenta?

—Cosas más raras han ocurrido —repuso Luke encogiéndose de hombros, pero nadie lo respaldó. Las posibilidades eran muy escasas.

—En aras del argumento —continuó Sanders—, tenemos un motivo. Según el diario de Avalon, empezaba a dudar de su relación con VanderZanden. En su última entrada habla de que quiere encontrar un terapeuta. Ya saben, para resolver sus problemas con la figura paterna.

—¿Le había dicho esto a VanderZanden? —preguntó Quincy.

—No lo sé. No hemos encontrado ninguna correspondencia entre ellos. Además, no encuentro amigos íntimos ni confidentes que nos puedan contar más sobre el estado de ánimo de Avalon. Según sus compañeros, era simpática pero reservada. Sus facturas de teléfono son un desastre. Ni siquiera encuentro constancia de que llamara a VanderZanden, así que, o se comunicaban solo en persona, o lo hacía todo por ordenador. Por supuesto, han borrado toda la información de los ordenadores.

—Entonces, tenemos un escenario posible —resumió Rainie—. Avalon quería terminar las cosas con VanderZanden. Él se vengó organizando su asesinato, que disfrazó de tiroteo en el colegio. Para ello, intimidó a Danny para que fuera su tapadera, limpió todos los ordenadores del aula de informática para borrar su rastro y entró y salió a hurtadillas de su despacho para cometer el crimen. —Frunció el ceño—. Es rebuscado, pero no imposible.

—Démosle un seis —agregó Sanders—. Tiene un motivo y oportunidad. Los VanderZanden solo tienen un rifle del calibre 22 registrado a su nombre, pero no es imposible hacerse con un arma no registrada. Quiero decir, mientras salgas por la ventana de tu oficina, ¿por qué no parar en la esquina de la calle a comprar una semiautomática en el mercado negro?

—Entendido —observó Rainie con voz seca. Estaba a punto de volverse hacia Luke cuando Quincy la interrumpió.

—¿Y la señora VanderZanden?

—¿Qué le pasa? —cuestionó Sanders.

—¿Hay alguna prueba de que ella supiera de la aventura? ¿Han hablado los vecinos de que hubiera alguna tensión en el matrimonio?

—Mmm... —Por una vez habían pillado desprevenido al supereficiente detective—. Tendría que responder a eso más tarde.

Rainie se quedó impresionada. Así que Sanders no era omnisciente, después de todo. Quién lo hubiera dicho.

Volvió a su lista de sospechosos actuales.

—Luke, pon a Sanders al día sobre Daniel y Angelina Avalon.

Luke se volvió hacia Sanders. No llevaba notas ni folletos, y su expresión dejaba claro que pensaba que las carpetas codificadas por colores de Sanders eran una profunda llamada de socorro.

—Angelina Avalon es la madrastra de Melissa —informó Luke de memoria—. Su verdadera madre murió durante el parto. Daniel esperó trece años para volver a casarse, y Quincy cree que tenía «relaciones inapropiadas» con su hija.

—¿Incesto? —preguntó Sanders con incredulidad.

—¡Bingo! —exclamó Luke—. Daniel Avalon tiene un nivel de sospecha de quince, en mi opinión. Por desgracia, en este momento

cuenta con una coartada.

—¿Qué clase de coartada?

—Una importante reunión de negocios. Dos clientes confirman su paradero durante ese tiempo. Una posibilidad es que hubiera contratado a alguien para llevarlo a cabo, pero no lo sé. El señor Avalon tiene una cabaña de caza en la zona y, para que conste, los Avalon tienen cinco armas registradas a su nombre, aunque ninguna de ellas es del calibre 22. —Luke recitó con facilidad—: Una Smith & Wesson 357, una Glock 40, una Beretta de 9 milímetros y dos escopetas Mossberg del calibre 12.

—¡Santo cielo!, ¿para qué se están preparando?

—Efecto 2000. Las armas se compraron en otoño del 99. Es probable que la señora Avalon temiera por su vajilla. O tal vez tuviera miedo de todos esos payasos del dormitorio de Melissa Avalon. —A Luke volvieron a entrarle escalofríos.

—En otras palabras, aún no podemos descartar a los Avalon —concluyó Rainie—. ¿Vas a presionar más, Luke?

—Mañana a primera hora haré una visita a la cabaña de caza, luego volveré a Portland y veré si puedo conseguir algunos extractos bancarios.

Rainie asintió. Luke tenía la intención de pasar el resto de la tarde vigilando la casa de Shep. No se tomaba sus amistades a la ligera.

—Eso nos lleva a ti, Quincy. ¿Dónde nos encontramos respecto a No Lava y Shep?

—¡¿Qué?! —Luke se incorporó tenso. Había estado ausente durante la última discusión que tuvieron, en la que se cuestionaron las acciones de Shep.

—No hay problema —informó Quincy, levantando una mano tranquilizadora—. No salió nada de ahí...

—¡Pues claro! —escupió Luke.

—Según el personal del colegio —prosiguió Quincy en tono uniforme —, nadie vio a Shep entrar en el edificio antes del tiroteo. Además, su registro de patrulla lo sitúa en la ferretería de Hank poco después de la una, lo que Hank confirmó. En ese punto, podría cuestionarse si tuvo tiempo de conducir hasta el colegio y cometer el asesinato antes de la una y media.

—¡¿Examinaste su registro de patrulla?! —Luke seguía ofendido.

Quincy lo ignoró.

—Así que podemos descartar a Shep. Eso me lleva a la persona que escribe correos electrónicos a Danny desde la dirección no_lava@aol.com. He averiguado algunas cosas acerca de eso. Primero, según Sandy O'Grady, la dirección de No Lava era en realidad la cuenta de Melissa Avalon.

—¿Melissa Avalon era la que escribía los correos electrónicos a

Danny? —interrumpió Sanders.

Quincy sacudió la cabeza.

—No creo. Melissa veía a Danny todos los días, así que no tendría necesidad de enviarle muchos correos. Además, el jueves intenté consultar el directorio de miembros de AOL para ver si encontraba información sobre algún No Lava, y no apareció nada. Esta tarde he hablado con un técnico de AOL. Según los registros del servicio, No Lava figuraba en su directorio hasta el lunes a las seis de la tarde, momento en el que se canceló la cuenta y la persona que llamó ordenó que se eliminara todo rastro del nombre del miembro. Apuesto a que nuestra tiradora efectuó esa llamada al mismo tiempo que vaciaba los discos duros de los ordenadores del colegio.

—¿Una mujer? —preguntó Luke.

Quincy frunció los labios.

—Según Richard Mann, Danny insinuó que su contacto por correspondencia era una mujer. Es una posibilidad interesante. Es solo que no me gusta Mann como única fuente de información. Por otro lado, eso podría explicar algunas cosas. No cabe duda de que hemos examinado a muchos sospechosos sin dar con ningún candidato sólido. Quizá nos estemos equivocando de género. Dios sabe que Danny se siente más atraído hacia las mujeres, tanto a su madre como a Melissa Avalon. En muchos sentidos, sería más vulnerable a una mujer manipuladora que a un hombre.

—Quizá la señora VanderZanden descubrió lo que hacía su marido —razonó Sanders con lentitud, comprendiendo por fin la anterior línea de interrogatorio de Quincy.

—Y tal vez Angelina se dio cuenta por fin de su verdadero papel en la vida de su marido —completó Luke—. No puede ser divertido descubrir que no eres más que una sustituta de una hija que se ha hecho demasiado mayor.

Todos se giraron y se quedaron mirando a Rainie.

—¿Qué? ¿Por tener cromosomas XX voy a saber por arte de magia qué es lo que lleva a las mujeres a matar?

Luke pareció avergonzado. Sanders, por su parte, asintió con naturalidad. Rainie puso los ojos en blanco.

—Vamos a recopilar todo esto —manifestó ella con energía—. Hecho número uno: alguien más estuvo involucrado en los tiroteos del martes.

Todos asintieron.

—Esta persona mide al menos un metro setenta, domina los ordenadores y también sabe de armas.

—¡Y cómo! —Sanders pasó a una pestaña de color gris. ¿Gris para las armas? ¡Dios santo!, a esos chicos del Estado les sobraba el tiempo libre—. Tengo una actualización de la información balística. Les

gustará, al menos el departamento de balística está muy satisfecho consigo mismo. Quieren utilizarlo como estudio de caso. Bien, el forense identifica una bala calibre 22 sin evidencia de estriado pero que contiene un residuo de polímero. También se encontró un casquillo del calibre 38 con restos de polímero. Por último, después de indicar a los técnicos de la escena del crimen que los buscaran en las bolsas de escombros, también descubrieron tres diminutos trozos de plástico que encajaban entre sí formando una sola unidad del tamaño y la forma de un capuchón de bolígrafo. ¿Alguien sabe, alguien sabe...? ¿Qué tenemos?

—Odio las adivinanzas —soltó Rainie con rotundidad.

Pero Luke Hayes dijo, con casi reverencia:

—Un sabot.

—Buen trabajo, agente.

—¿Qué demonios hace un sabot en un tiroteo escolar? —cuestionó Luke con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos es un sabot? —preguntó Rainie.

Sanders miró a Luke, que hizo los honores.

—He oído que se utilizan para la caza. En esencia, se coge un plástico y se envuelve alrededor de un proyectil de menor calibre para que quepa en un arma de mayor calibre. De esa forma, un arma grande puede disparar balas más pequeñas con mayor velocidad y capacidad de expansión. Ya sabéis, para caza mayor.

—¡Oh, Dios! —Rainie los miró a todos como si se hubieran vuelto locos—. ¿Quieres decir que alguien está aplicando técnicas de caza mayor en recintos escolares?

—No creemos que esto tenga nada que ver con las técnicas de caza —agregó Sanders—. La forense es la primera que pensó en esa posibilidad, y fue porque ya había leído que había ocurrido una vez, en un tiroteo de la mafia en Nueva Jersey. La otra ventaja de hacer un sabot es que hace que la bala sea difícil de rastrear. Sin marcas de estriado, sin coincidencia con el arma homicida. Además, esto responde a la pregunta de Rainie sobre por qué solo se efectuó un disparo en la frente, sería difícil conseguir una muerte segura con una 22. Bien, la bala fue disparada con un arma más grande, lo que significa mayor velocidad, más fuerza. Quienquiera que estemos buscando no es tonto.

Rainie reflexionó sobre ello, tratando de ver cómo pudo realizarse. Le dedicó una mirada a Quincy, que tenía una expresión curiosa en el rostro, como si muchas cosas se estuvieran aclarando por arte de magia. Se alegró por él. En cuanto a ella, entre la pequeña escena con George Walker y luego eso, las sienes le latían con fuerza y su mano tenía un temblor que esperaba que nadie notara.

—¿Cómo se fabrica un sabot? —le preguntó a Sanders.

—Es complicado. En este caso, balística ha determinado que la bala del calibre 22 recuperada del cuerpo de Avalon fue disparada en realidad con un arma del calibre 38.

—El revólver del 38 de Danny.

—No. El estriado no coincide. Dame un minuto, llegaremos a eso. Bien, tenemos a alguien, el sudes de Quincy, que quiere cubrir sus huellas. Se le ocurre una gran idea. Disparará una bala del calibre 22 con un revólver del 38. Dado el orificio de entrada y el peso del proyectil recuperado, todos buscarán una semiautomática del 22. Nunca lo relacionarán a él con el crimen.

—Pero ¿cómo hacer que un arma del 38 dispare una bala de calibre 22? Ahí es donde entra en juego el sabot. El sudes coge una varilla de plástico y la gira hasta que tiene el diámetro de una bala de calibre 38. A continuación, corta la varilla a la misma longitud que una bala del 38 y, esto no es un juego de niños, realiza un orificio del tamaño del calibre 22 en el centro del trozo de plástico. Corta el trozo de plástico a lo largo, en tres partes iguales y luego pega las piezas por la base. ¡Ya está!, ha hecho un sabot. Ahora saca una bala del calibre 22 de su casquillo. A continuación, solo presiona la bala hacia el centro del sabot desde la parte superior, inserta todo el conjunto en un casquillo del calibre 38 y carga una bala del tamaño del calibre 38 en su revólver. Al salir disparado por el cañón de la pistola, las tres piezas del sabot se deshacen, dejando que el proyectil del calibre 22 siga su camino y alcance a la víctima. Y el sudes expulsa el cartucho y se marcha con su revólver del 38, sin que nadie se entere.

—Estamos hablando de planificación meticulosa —apuntó Rainie.

—Y conocimiento de armas. Los sabots existen desde las primeras armas de fuego, pero no todo el mundo los usa.

—Ahora que sabemos lo que es, ¿podemos rastrear la bala?

—No la munición —respondió Sanders, y se percibió un brillo malvado en sus ojos—. Pero seguro que se puede rastrear el plástico. Balística ya ha vuelto a ensamblar las tres piezas y forman un modelo perfecto de un proyectil del 38, hasta las marcas de estriado.

—No sea cabrón, Sanders. Díganos lo que tenemos.

El rostro del detective estatal se descompuso.

—Sí, bueno, eso me lleva a las malas noticias. Hasta ahora, el sabot no coincide con nada que tengamos. Ni con el revólver del 38 recuperado de Danny ni con ningún otro revólver o bala cuyas marcas de estriado tengamos archivadas.

—El sistema informático DRUGFIRE —mencionó Quincy.

—¡Noooo! —gimió Sanders—. ¡Otra vez no!

—Desde luego que sí —le anuló Rainie—. Acéptelo, Sanders, solo puede investigar a nivel estatal. A través de las bases de datos de DRUGFIRE, Quincy puede abarcar todo el país en busca de una

coincidencia con otra bala del 38 usada en un crimen. Del sabot se ocupará el agente federal.

—¿Y qué ha hecho él últimamente con mis ordenadores?

—Solo han pasado veinticuatro horas —replicó Quincy, tranquilo.

—Yo le habría proporcionado actualizaciones en veinticuatro horas. ¡Demonios, pero si acabo de entregarles un sabot en cincuenta y seis!

—Déjelo, Sanders —pidió Rainie con amabilidad—. Los federales tienen mejores juguetes. Es una realidad.

El rostro de Luke mostraba una expresión perpleja. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y miró con atención a Sanders.

—¿Está insinuando que este hombre, o mujer, supongo, se desvió de su camino para fabricar una bala especial para matar a Melissa Avalon? ¿Una bala que no pudiera rastrearse y relacionarse con... esa persona?

—Una bala que en teoría no podría relacionarse con él o ella, sí.

—¿Por qué? —preguntó Luke sin rodeos—. Danny está allí. Danny lleva dos pistolas cubiertas con sus huellas y registradas a nombre del padre de Danny. ¿Qué hay de la tercera arma? ¿No es eso más peligroso? Alguien podría ver a esta persona armada y mencionarlo más tarde. O puede que algo salga mal y a esa persona se le acabe cayendo el arma, o se le caiga el sabot, o Dios sabe qué. Me parece que el margen de error es mayor con el 38 adicional.

Todos se estudiaron entre sí. Sanders ya había planteado la cuestión con anterioridad. Seguían sin tener una respuesta.

—¿Simbolismo? —intentó Rainie al cabo de un momento. Miró a Quincy, el experto residente en comportamiento delictivo—. Tal vez había una razón personal detrás de la bala del 22, y una razón práctica. La persona tenía una razón para matar a Melissa Avalon, y la elección de la bala está ligada a eso.

—¡Dios!, ni que fuera una mujer lobo y hubiera que matarla con una bala de plata — murmuró Sanders—. Una bala del 22 es lo más común que hay.

—¿Y la pistola? Puede que el revólver del 38 fuera un regalo especial de su marido, con el cañón grabado con un «Para la mujer que amo», que le llegó al corazón... hasta que descubrió que se lo había regalado por un sentimiento de culpa después de haber tonteado con otra mujer.

—¿Tonteado? —insistió Sanders, arqueando una ceja.

—Vale, poniéndole los cuernos. Estaba tirándose a otra mujer. ¿Funciona eso mejor...?

—Creo que nos estamos perdiendo algo —opinó Quincy en voz baja.

Rainie y Sanders se callaron. Todos se volvieron hacia él. Su rostro estaba bien sereno, pero había una luz en los ojos de Quincy que

Rainie nunca había visto antes. Estaba emocionado. Había descifrado parte del enigma y estaba contentísimo.

—Veamos los elementos de este crimen —comenzó Quincy con calma —. En primer lugar, nuestro sudes utiliza la manipulación. Identifica a un joven con problemas, Danny O'Grady, y se acerca a él, lo más seguro que primero a través de Internet, pero luego se reúne con él en persona para consolidar la relación. Esta persona necesita a alguien como Danny. Se aprende sus botones, y comienza a apretarlos.

«El sudes disfruta también de la complejidad. Creo que Luke y Sanders tienen razón. ¿Por qué usar un sabot cuando el 38 de Danny habría servido? Tal vez porque él, o ella, podía. Con toda probabilidad, la bala del 22 se deformaría, lo que imposibilitaría la prueba y nos dejaría sin saberlo. Pero, en caso de que no lo hiciera, el sudes dejaría otro pequeño acertijo para que la policía lo resolviera. Otra forma de que las fuerzas del orden quedaran impresionadas por sus habilidades.

«Lo que también nos lleva a los ordenadores. Parece que el sudes ha estado utilizando la cuenta de correo electrónico de Melissa Avalon para contactar con Danny. Entonces, ¿por qué borrar los ordenadores del colegio? Cualquier correspondencia, descargas, etcétera, solo mostraría a Danny hablando con su profesora. Aunque el contenido de los correos fuera cuestionable, Melissa Avalon está muerta. ¿Cómo va a defenderse? Pero, de nuevo, un nivel de diversión no es suficiente para nuestro SUDES. Además manipula los ordenadores del colegio. Ahora estoy casi seguro de que cuando los agentes de recuperación de datos analicen los discos duros, encontrarán todo sobrescrito con ceros. Nuestro sudes parece obsesionado con ser minucioso.

—Pero ¿qué pasa con Danny? —objetó Rainie—. Una vez que has involucrado a otra persona en un crimen, ya no es eficiente. Ahora está asustado, claro, pero tarde o temprano hablará. Eso parece un enorme cabo suelto. Si el sudes quería que de verdad fuera imposible rastrearlo, debería haber actuado solo.

—No. —Quincy sacudió la cabeza con vehemencia—. Este sudes no quería en absoluto hacerlo todo él solo. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tendría ser tan sumamente inteligente si nadie se entera de ello.

Rainie se quedó quieta. Vio que la comprensión se iba extendiendo despacio por los rostros de Luke y Sanders, y supo que habían llegado a la misma conclusión que ella cuando sus ojos se abrieron de repente con horror.

—¿Quieres decir que esta persona quería que alguien admirara sus esfuerzos?

—Sí.

—¿Y si Danny estalla y un día lo cuenta todo...?

—¿Cuál es uno de los principales factores que ya estamos viendo en

los tiroteos escolares? El ego. Chicos que intentan afirmar su identidad en un mundo abarrotado. Niños confundidos que equiparan el ser infame con ser famoso. ¿Lo preguntas en serio? El sudes espera que algún día Danny estalle. No de inmediato. Nuestro tirador necesita tiempo para largarse. Pero un día espera coger el periódico y leer sobre un chico de trece años cuya única línea de defensa en un caso de triple homicidio es que el hombre del saco lo obligó a hacerlo. Y todos los expertos en delincuencia dirán que esto demuestra cómo los jóvenes de hoy en día se niegan a asumir la responsabilidad de sus actos, y los expertos legales dirán que esto demuestra cómo los abogados defensores de hoy en día se esfuerzan por confundir a los jurados con teorías conspirativas, y nuestro sudes se reirá a carcajadas. Nuestro sudes recortará todos los artículos sobre el juicio de Danny O'Grady y se lo pasará en grande.

—Ya no estamos hablando de un crimen pasional, ¿verdad? —preguntó Rainie con voz débil.

—No. En absoluto.

—Pero ¿por qué Melissa Avalon, entonces? Esa bala especial. El único disparo en la frente. Todos esos son signos de que no fue una víctima al azar.

—No fue al azar. El proceso de selección fue tan solo diferente a lo que pensábamos. Debería haberlo visto antes, cuando todos decían lo cercano que era Danny a la señorita Avalon y lo paciente que era con él.

—No lo entiendo...

—Danny la quería, Rainie. Por eso el sudes la eligió. Porque qué mejor manera de demostrar tu control sobre un niño problemático que hacerle colaborar en el asesinato de la única persona que ha sido buena con él. La única persona en la que confiaba.

—Pero eso no tiene ningún sentido —prorrumpió Sanders—. Nadie va a volverse contra alguien que le gusta. Si quiere llevarse a un chico al lado oscuro, juega con algo que ya odia. Ya sabe: «¿Crees que tu padre es un gilipollas? Pues el mío también lo era. Ahora, déjame decirte lo que hice al respecto, pequeño».

Quincy sacudió la cabeza.

—Puede hacerse así, detective, pero el vínculo no es tan fuerte, no tanto como necesita nuestro sudes. En la clásica técnica de adoctrinamiento, se induce al iniciado a volverse en contra de las cosas que más ama. Ahí es cuando sabes que lo tienes. De hecho, un asesino en serie canadiense consolidó su asociación homicida con su esposa haciéndola participar en la violación y asesinato de su propia hermana. Después de eso, no pudo volverse contra él. Eso habría significado tener que enfrentarse a lo que había hecho. El sentimiento de culpa es demasiado elevado.

—Danny —susurró Rainie— ya está bajo observación por riesgo de suicidio. Dios mío, las cosas que deben estar pasando por su mente.

—¿Lo hizo? ¿Danny lo hizo? —Luke se balanceaba ligeramente hacia delante y hacia atrás. Su rostro mostraba líneas recién marcadas, y miraba a Quincy casi con agonía—. Está diciendo que el hijo de Shep mató a esas niñas. Y que ese hijo de puta lo incitó.

—Sí. Creo que es probable que así ocurriera.

—¿Quién es ese cabrón? ¿No puedes decírnoslo? ¿No puedes meter los datos en alguna base de datos de los federales y darnos algo práctico con lo que trabajar? —Luke se puso en pie de un salto. Los tendones del cuello le sobresalían como cuerdas, y los miraba a todos casi con gesto salvaje.

Ninguno de ellos dijo nada. Rainie pensó en Luke, noche tras noche, sentado en su coche patrulla frente a la casa de Shep, decidido a proteger el honor de los O'Grady. En el pequeño Danny, jugando en su oficina después del colegio. En el pequeño Danny, jugando a policías y ladrones con lo mejor de Bakersville. «¡Bang, bang, bang! Buen disparo, Danny. Así se hace, chico».

—Otra idea —señaló Quincy en el ático lleno de tensión.

Se quedaron mirándolo, preguntándose cómo podría empeorar la situación, y sabiendo que así sería.

—El asesinato es como cualquier otra cosa: hay que aprenderlo. La primera vez es algo desordenado, la segunda más sistemático. Estos homicidios son muy sofisticados.

—¡Oh, mierda! —exclamó Sanders.

Rainie cerró los ojos.

—No es la primera vez que esta persona lo hace —concluyó Quincy en voz baja—. Apostaría mi carrera por ello. Y si el sudes está sirviéndose de Internet para identificar a adolescentes vulnerables... El mundo es muy muy extenso, señoras y señores. Dios sabe dónde atacará la próxima vez.

Sonó el teléfono. Sanders se estremeció en el inquietante silencio de la habitación. Luke se recuperó primero y descolgó el auricular. Dijo que sí, asintió con la cabeza, volvió a decir que sí y tomó algunas notas.

Colgó el teléfono, y ya había algo en su cara que a Rainie le producía escalofríos.

—Era un camarero de Seaside —informó Luke con brevedad—. Un tipo acaba de entrar en su garito. Está haciendo muchas preguntas sobre el tiroteo. Y está diciendo de todo sobre ti, Rainie. Habla de ti y de cómo sabe de primera mano que mataste a tu madre hace catorce años.

—Tenemos acción —afirmó Sanders con voz tajante. Luke y Quincy asintieron, con los músculos en tensión, sin duda listos para actuar.

La reacción de Rainie fue algo más lenta.

—Sí —respondió con un leve suspiro, asintiendo con la cabeza, pensando en Danny, pensando en psicópatas, pensando en aquella noche, hacía muchos años—. Sí. Allá vamos —añadió con resignación.

VEINTISÉIS

Viernes, 18 de mayo, 7:12 p. m.

El atardecer cubrió Bakersville. Los vecinos encendieron las luces de sus porches, esparciendo pinceladas de iluminación plateada contra las laderas cada vez más oscuras. Las vacas lecheras se agrupaban bajo los árboles para calentarse, dibujando contornos redondeados cuando se acurrucaban para dormir.

En algunas casas, los padres abrazaban a sus hijos, pensando en los colegios a los que habían acudido en sus tiempos y en los aparentes campos de batalla a los que sus hijos asistían en la actualidad. «No queremos educar a nuestros hijos para que tengan miedo. Todo el mundo va al colegio. No tiene sentido darle importancia. Pero abrigarlos cada mañana, darles un beso en el suave borde de plumas de sus capuchas y enviarlos a su jornada, desarmados, indefensos, aterrorizados del niño del asiento de al lado... ¡Oh, Dios, oh, Dios!, ¿qué ha pasado con nuestros colegios?».

En algunos bares, los jóvenes tomaban algunas copas de más, hablando de los putos abogados que podían hacer que cualquiera quedara libre y de los estúpidos jurados que lloraban más por los asesinos que por sus víctimas. «No hay justicia en el mundo. Nadie intenta mantener a salvo a nuestras familias. Lo más probable es que ese niño salga libre cuando cumpla veintiuno, como esos chicos de Arkansas No Parece Justo. Como si, por arte de magia, esas dos niñas pudieran arrastrarse de sus tumbas cuando alcanzasen la mayoría de edad. ¿Por qué le iba a ir a él mejor que a ellas solo porque también es un niño? Un asesino es un asesino. Que no hubiera cometido el delito si no podía cumplir la condena. Sí, así es. El chico es un asesino, ¡debemos hacerle pagar!».

En Seaside, Ed Flanders secaba nervioso una jarra de cerveza tras otra con un paño, esperando que la policía apareciera pronto.

La jarra del hombre llevaba tiempo vacía. Ed le preguntó si quería otra. El hombre la rechazó. Ed le sugirió unas alitas al estilo Búfalo. El hombre dijo que no. Luego se quedó viendo la televisión, un reportaje informativo sobre cómo un grupo de voluntarios, los Cyber Angels, trabajaba para proteger a los internautas desprevenidos de los acosadores cibernéticos. El hombre esbozó una extraña sonrisa.

Ed frotó la jarra de cerveza con más fuerza. Aunque no era de los que rezaban, estaba aprendiendo a hacerlo.

A más de cien kilómetros de distancia, Rainie conducía a toda prisa por la ruta 101 con las luces policiales encendidas. Quincy se agarraba al salpicadero, pero no decía ni una palabra. A veces la miraba. Ella siempre miraba hacia otro lado. Sanders y Luke iban en otro coche

detrás de ellos, con Luke al volante y sin ningún problema para igualar el ritmo de Rainie.

A veces hacían ese recorrido por la sinuosa ruta costera solo por placer. Para mantenerse alerta, le decían a Shep. Para practicar su destreza. En ese momento, aquellos días parecían muy lejanos.

La radio crepitó.

—El sospechoso está en movimiento —transmitió la central—. Dígannos cómo proceder.

Rainie tuvo que pensárselo un instante. Un bar abarrotado, un sospechoso del que no sabían nada...

—No entablen contacto. Limítense a seguirlo —ordenó con brevedad, y luego se sintió molesta consigo misma porque miró a Quincy en espera de confirmación. El agente del FBI asintió. Ella frunció el ceño, colgó el auricular y aceleró.

Una hora más tarde estaban en la ciudad. La central los guio hasta un pequeño hotel y, justo a la vuelta de la esquina, escondidos detrás de una arboleda, se encontraron con un grupo de coches patrulla.

—Parece que hemos encontrado la fiesta —murmuró.

Quincy asintió con la cabeza. Su rostro parecía tranquilo, pero seguía teniendo ese brillo en los ojos. Se bajó del vehículo policial de Rainie como un boxeador a punto de subir al ring, de puntillas y con pies ligeros. Rainie lo observó un instante demasiado largo. La esbelta línea de su cuerpo y su desenvoltura elegante.

Sintió un presagio de fatalidad que no pudo quitarse de encima. La noche se cernía sobre ella mientras los demás se preparaban para la persecución. «Vamos a por el desconocido, vamos a por el malvado hombre de negro».

—Está diciendo de todo sobre ti... sabe de primera mano que mataste a tu madre hace catorce años.

¿Un desconocido? Ya no tenía nada claro. Le venían malos pensamientos sobre cosas malas que habían ocurrido hacía mucho.

Quincy la miró con curiosidad. Ella se obligó a centrar su atención en desabrocharse el cinturón de seguridad.

Sanders ya había localizado al oficial al mando. Ella y Quincy se acercaron justo a tiempo para escuchar:

—El sospechoso parece tener unos cuarenta años, pelo castaño canoso, alrededor de un metro ochenta de estatura y unos ochenta kilos de peso. Lleva una gabardina larga, por lo que podría llevar armas. El dueño del motel dice que se llama Dave Duncan, y se supone que es una especie de vendedor ambulante. Ha comentado que el hombre es tranquilo y no fuma, por si eso sirve de algo. —El agente puso los ojos en blanco.

—¿A qué hora regresó a su habitación? —preguntó Sanders.

—Hace cuarenta y cinco minutos. Tenemos un par de oficiales

entrevistando al camarero, Ed Flanders, ahora mismo. Supongo que el tipo ha estado ahí un par de veces. La primera vez dio la impresión estar buscando pelea con algunos lugareños sobre si Danny O'Grady había sido el autor de los disparos. Ayer recibimos un aviso de que estuviéramos alerta ante desconocidos que parecieran estar haciendo seguimiento del tiroteo, por lo que ya habíamos contactado con los camareros. Luego, esta noche, alrededor de las siete, ha aparecido este tipo y ha vuelto a empezar igual. Excepto que hoy parecía centrarse en la agente Conner. —La mirada del oficial se deslizó hacia Rainie—. Eh..., disculpe, señora, pero el señor Duncan estuvo comentando que sabía a ciencia cierta que usted había matado a su ma..., mmm..., que usted había matado a la señora Conner —el agente pareció considerar que esa era una forma más educada de decirlo— hace algunos años. Dijo que tenía pruebas, pero, cuando Ed trató de hacer más preguntas, el tipo lo ignoró.

«Todavía no hemos podido verlo bien, porque lo hemos seguido en la oscuridad, pero Ed jura que lo conoce de algún sitio, solo que no se acuerda de dónde.

—¿Es un hombre mayor? —sondeó Quincy—. ¿Corpulento?

—Sí, señor.

Quincy miró a Rainie. Ella se encogió de hombros. Por «hombre mayor» teníamos varias posibilidades: el director VanderZanden, el padre de Melissa Avalon o, ¡qué demonios!, quizá incluso la señora VanderZanden o la señora Avalon disfrazadas. El sudes era lo bastante inteligente como para camuflar una bala. Dios sabía lo que él o ella podría hacer con su apariencia física.

—¿Por qué no acabamos de una vez con esto? —sugirió con rigidez, y todos asintieron. Algunos de los jóvenes sacaron sus porras. Tenían mucha experiencia disolviendo peleas de bar durante los calurosos meses de verano, y en ese momento ya estaban listos.

El agente Carr los guiaría a través del plan. El encargado del hotel llamaría a la habitación, diría que había problemas con la factura y pediría al señor Duncan que, por favor, acudiera al vestíbulo. En cuanto Duncan saliera de su habitación, los agentes bajarían. Todos llevaban chalecos antibalas y estaban preparados para utilizar la fuerza necesaria. El objetivo era ser tan rápidos que Duncan no tuviera tiempo de reaccionar. Una vez que lo tuvieran esposado, podrían empezar a interrogarlo.

Rainie dio su consentimiento con un gesto de cabeza y fingió no darse cuenta de que Sanders había hecho lo mismo. Se notaba que el agente Carr estaba orgulloso de su papel en la caza de un sospechoso clave. Años después, esta sería una de esas historias repetidas una y otra vez en todos los bares de polis buenos.

Se colocaron detrás de los árboles y se prepararon para ver el

espectáculo.

El encargado del hotel cogió nervioso el teléfono y marcó el número de la habitación. Rainie podía verlo todo a través de las ventanas descubiertas del vestíbulo y se alegró de que el señor Duncan no pudiera decir lo mismo, porque el encargado estaba sudando la gota gorda. Al pobre hombre parecía que le iba a dar un infarto mientras, a su lado, un joven y sombrío agente se había puesto en cuclillas y apuntaba con su arma hacia la puerta principal. Rainie comprendió que era solo por precaución. No estaba tan segura de que el encargado del hotel lo apreciara.

El encargado colgó el teléfono. Tenía el ceño fruncido. Le dijo algo al agente y entonces la radio de Carr se activó.

—Nadie contesta —murmuró Carr—. El encargado no consigue contactar con Duncan. —Parecía preocupado. Miró al cuarteto de Bakersville en espera de consejo.

—¿Creen que lo ha descubierto? —murmuró Sanders.

—¡Cielos, no sé cómo! —exclamó Rainie contemplando la media docena de coches y los dieciséis hombres que pululaban por ahí.

—¿Qué tal si el encargado se acerca a la habitación en persona y llama a la puerta? —preguntó Sanders—. En cuanto abra, lo apartaremos y entraremos por la fuerza.

Quincy miró al encargado del hotel, que había sudado a través de su camisa blanca y en ese instante estaba tambaleándose sobre sus pies.

—No lo creo.

—Yo lo haré —se ofreció Rainie.

Todos se quedaron mirándola. Ella se encogió de hombros.

—Juro por Dios que no tengo ningún verdadero deseo de que me disparen. Pero ¿ves a alguna otra camarera de piso por aquí? —Señaló a la multitud masculina—. Ya me parecía.

Cinco minutos después, Rainie intentaba ponerse una blusa gris deshilachada demasiado pequeña sobre el chaleco antibalas. La falda le llegaba a media pantorrilla y, a decir verdad, no favorecía nada sus piernas. Entonces pensó en su madre, que murió con tacones de siete centímetros.

¡Dios santo!, su cabeza estaba hecha un lío esa noche. ¿Podría alguien llevarle una cerveza?

Al final se abrochó la blusa, metió estómago y se dirigió hacia los hombres.

—¿Estás bien? —preguntó Quincy enseguida. A esos agentes federales no se les escapaba nada.

—Muy bien. —Hizo una pirueta, buscando un lugar donde meter su 9 milímetros.

—En la cinturilla trasera —sugirió Sanders.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque la falda está demasiado apretada, ¡joder!

—Vale. —Sanders levantó las manos y se alejó. Quincy formó una pila con seis toallas blancas limpias y metió su pistola en medio, con la empuñadura asomando por detrás para facilitar el acceso. Se la entregó con la mirada tranquila.

—Si él hace cualquier mínimo movimiento... —ordenó Quincy.

—No puedo dispararle.

—Si echa mano de una pistola, haz lo que tengas que hacer.

—No puedo dispararle —repitió con más fuerza—. Quincy, si termino matándolo...

No hizo falta decir el resto. Simplemente quedó flotando entre ellos. Las dudas, las sospechas, los rumores que catorce años después aún no habían desaparecido.

—Lo más probable es que sepa que estamos aquí —formuló Quincy en voz baja.

—Entonces, acabemos de una vez. Estoy cansada de sus juegos.

Hizo un gesto con la cabeza a Sanders, que parecía sentir mucha curiosidad por lo que iba a ocurrir a continuación, y luego al ansioso agente Carr. Todos asumieron sus posiciones.

Rainie no se permitió pensar más. Levantó las toallas lo suficiente para taparse la cara y siguió adelante.

Marcha un, dos, tres. Ya estaba en la puerta. Pausa. Respiró hondo. «Oiga, señor, ¿quiere unas toallas?». O tal vez disparar primero y preguntar después...

Llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

«¿Sabía usted de qué hablaba en ese bar? ¿O estaba inventándoselo solo para mí?».

Volvió a llamar a la puerta.

No hubo respuesta.

El resto sucedió muy despacio. Dejó las toallas, cogió su 9 milímetros, giró el pomo de la puerta, sin sorprenderse al ver que no estaba cerrada, y entró con el hombro por delante en la habitación.

—¡Abajo, abajo, abajo! —vocearon los hombres detrás de ella.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritaron otros.

Rainie entró dando tumbos en la habitación, sacando su pistola, aunque no sabía qué esperaba encontrar... o tal vez sí. Quizá alguna parte de ella sabía qué cuerpo encontraría allí, sobre aquella cama. Salvo que... Estaba vacía, vacía, vacía.

Los agentes la empujaron a un lado. Los mejores de Seaside irrumpieron en la habitación.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Policía!

Todavía nada. Más voces dispersas.

—¡¿Cómo que nada?! ¿A dónde diablos ha podido ir? Pensé que habían dicho que estaban vigilando esta habitación.

—No lo sé, señor. Lo juro por Dios, no lo sé.

Rainie no miró a ninguno de ellos. Estaba contemplando el espejo del cuarto de baño, situado sobre los dos lavabos, y las grandes palabras garabateadas en él: «Demasiado poco, demasiado tarde».

Debajo de las palabras rojas había un mechón de pelo pegado con cinta adhesiva. Era largo, negro, algo ondulado. Rainie no necesitó un informe de laboratorio para adivinar de quién era. Cuando Melissa Avalon murió, yacía sobre un charco de sangre y pelo.

—»Demasiado poco, demasiado tarde» —leyó Rainie en voz alta, con voz temblorosa. Al final miró a los hombres que estaban en la habitación—. ¿Podría alguien, cualquiera, explicarme esto?

Nadie respondió.

Al cabo de un momento, Sanders cogió su teléfono móvil. Llamó a la UEC.

—¡Escuchen! —anunció con brevedad—. Tenemos otra escena del crimen.

VEINTISIETE

Viernes, 18 de mayo, 10:38 p. m.

Dos horas más tarde, Rainie y Quincy regresaron a Bakersville. Por fin habían descubierto cómo Dave Duncan desalojó la habitación. Hizo un agujero en la parte trasera del armario, creando una pequeña trampilla de escape que se abría por detrás de un arbusto de rododendros en el lateral del hotel. Mientras la policía se acercaba, él se escabullía, llevándose consigo su mínimo equipaje.

Quincy tenía razón: al sudes le gustaba tener planes de contingencia.

Mientras los técnicos buscaban huellas dactilares, embolsaban el cabello y documentaban las palabras escritas con lápiz labial, Quincy les proporcionó un perfil más detallado de la persona que estaban buscando. Según su experiencia, lo más probable era que un sujeto desconocido de ese tipo fuese varón, de mediana edad y soltero. El delito estaba muy organizado, lo que indicaba un coeficiente intelectual y unas aptitudes profesionales superiores a la media. El sudes también utilizaba la manipulación, lo que significaba que se sentía cómodo con los demás e incluso podía tener una relación seria, aunque lo más probable era que su pareja a menudo sintiera que no entendía muy bien a su hombre.

Según las estadísticas de perfiles, era muy posible que el sudes hubiera intentado ingresar en la policía o en el ejército en algún momento, pero lo hubieran rechazado o le hubieran dado una baja deshonrosa. Era evidente que disponía de movilidad y continuaría siguiendo el caso muy de cerca.

El sentido común sostenía que el nombre del sudes no era Dave Duncan: había pagado la habitación en efectivo y había mostrado un carné de conducir apenas legible. Tal vez incluso estaba buscando un nuevo motel en ese mismo momento, en algún lugar un poco más poblado, donde un «vendedor ambulante» sería difícil de localizar. Sabía que la red estaba cerrándose y, sin embargo —todos compartían la corazonada—, el hombre no había terminado. El hombre no huiría.

Seaside trabajaría para redactar toda la información que pudieran encontrar sobre la visita de David Duncan a su ciudad: descripción, lugares en los que había estado, cosas que había dicho. Sanders volvería a coordinar el procesamiento de las pruebas con la Unidad de la Escena del Crimen.

Luke todavía tenía pensado vigilar la casa de Shep durante el resto de la noche. Luego se dirigiría a Portland para terminar de entrevistar al señor y la señora Avalon. Esa vez llevaría consigo un retrato robot. Tal vez se sentaría frente al señor Avalon. Tal vez le pondría el retrato robot delante de las narices del hombre para ver qué tipo de reacción

afloraba.

Rainie heredaría la divertida tarea de elaborar listas de hoteles por toda la costa. Algún lugar que no estuviera muy lejos de Bakersville. Algún lugar que no estuviera muy lejos de Seaside. Quizá incluso una habitación de alquiler en una casa regentada por una ancianita. O una cabaña de caza poco utilizada.

Nunca se había dado cuenta de cuántos lugares había para esconderse en su pequeña localidad. No le desearía a nadie su tarea.

Había sido un día largo. Todos estaban agotados hasta decir basta. Sanders y Luke se pusieron en marcha. Rainie y Quincy regresaron en silencio.

Ya dentro de los límites de la ciudad, Rainie se detuvo en una pequeña tienda para comprar un paquete de seis cervezas. Luego, por tácito acuerdo, ambos se fueron al hotel de Quincy.

Hubo un momento incómodo. Rainie estaba en la puerta con la Bud Light. Quincy estaba de pie en su habitación, observando el espacio como si se diera cuenta por primera vez de lo pequeño e íntimo que era.

Retiró dos sillas de la desvencijada mesa. Rainie pasó de largo deliberadamente y se dirigió directa a la cama. Él no dijo nada. Al cabo de un momento, Quincy se despojó de la chaqueta, se quitó la corbata, se desabrochó la camisa y se sentó en el colchón, no lejos de ella.

A Rainie le resultaba difícil leerle el rostro desde su ángulo. Una mitad estaba iluminada por la lámpara que había junto a la cama, la otra quedaba oculta en la oscuridad. No sabía qué pasaba por la cabeza de él después de días así. ¿Seguía emocionado, entusiasmado por la caza? ¿O estaba desapareciendo ya la adrenalina, dejando atrás la sombría conclusión de que otro monstruo vagaba por el mundo? Un depredador más que se sumaba al del mes anterior y al del anterior.

¿Se cansaba? Ella estaba cansada. Estaba intranquila y había vuelto a ese estado de ánimo en el que no confiaba en sí misma. Las palabras de George Walker resonaban en su cabeza. También la mirada nerviosa del agente Carr cuando intentaba determinar cómo mencionar la acusación de que ella había matado a su propia madre. Debía tener más aguante, pero esa noche no lo tenía. Se sentía vulnerable y cansada, harta de fingir que sabía lo que hacía, cuando hacía días que no lo sabía y el caso iba cada vez peor.

Esa noche se encontraba sensible y algo dolorida. Miró la dura superficie del pecho de Quincy, la franja de vello oscuro que quedaba al descubierto, y quiso recostar la cabeza en su hombro. Era un hombre fuerte y capaz. Se preguntaba cómo sonarían los latidos de su corazón contra su oído. Se preguntaba si él la rodearía con sus brazos y la abrazaría como hacen los protagonistas de las películas con las

actrices.

Nunca la habían abrazado. Había recibido alguna palmada en el hombro como un gesto de broma bien intencionada, incluso golpecitos en el trasero en partidos de baloncesto. La falta de caricias reconfortantes no era algo que le preocupara. Pero esa noche la inquietaba.

Rainie sacó una cerveza. Le tiró una botella a Quincy, apoyó la suya en el borde superior de la mesilla de noche y la golpeó una vez con la base de la palma de la mano para destaparla. Una fresca bruma emergió de inmediato del cuello. Respiró hondo, transportando el aroma del lúpulo al interior de la boca y haciéndolo rodar sobre la lengua. ¡Joder! ¡Cuánto daría ella por un solo trago! Un trago largo, calmante y adormecedor. En lugar de eso, se recostó contra el viejo cabecero de madera y acunó la botella contra su vientre.

La botella de Quincy seguía sin abrir en su mano. La observaba con una mirada tensa y oscura.

—Habla conmigo —murmuró ella.

—Rainie, esa demostración no tenía nada que ver con una conversación.

—Déjate de tonterías y habla conmigo.

Él arqueó una ceja de manera significativa ante esa clara afirmación.

—¿Cómo es tu exmujer?

—¡Dios santo!, estás tratando de matarme.

Rainie se incorporó. Lo miró con más franqueza.

—Lo pregunto en serio. ¿Cómo es tu exmujer?

Quincy suspiró. Al parecer, consideró que sí hablaba en serio, porque en ese instante destapó su botella de cerveza y bebió un largo trago. Luego se recostó sobre los codos en medio de la cama de matrimonio. Los pies enroscados de Rainie se aflojaron lo suficiente como para acurrucarse contra el costado de la cadera de él. Ella admiró la línea de su garganta contra el cuello abierto de su camisa blanca.

—Bethie es una buena madre —comentó al final—. Cuida de una forma maravillosa a nuestras hijas... hija. Hijas.

—¿Cómo os conocisteis?

—En la universidad, cuando estaba haciendo mi doctorado en Psicología.

—¿Es psicóloga?

—No. Bethie proviene de una familia rica. La universidad era un medio para conocer a un marido apropiado. Es una pena, tiene una cabeza privilegiada.

—¿Es guapa? —preguntó Rainie.

Quincy fue más cauto con su respuesta.

—Ha envejecido bien —respondió por fin, con voz neutra.

—Guapa, inteligente y buena madre. ¿La echas de menos?

—No —contestó con firmeza.

—¿Por qué no?

—Mi matrimonio es cosa del pasado, Rainie. Cuando nos conocimos, Bethie admiraba mi trayectoria como policía de Chicago, aunque esperaba que me estableciera en un estilo de vida de mayor estatus, como psicólogo, con consulta privada. Diablos, yo esperaba lo mismo. Pero entonces el Buró vino a reclutarme. No dije que no. Y la pobre Bethie acabó con un agente armado del FBI por marido. Si quería ser justo con ella, debería haber seguido siendo psicólogo. Pero fui fiel a mí mismo. Me metí en esto y luego mi matrimonio se desvaneció.

—¿Por qué no dices nada malo de ella?

—Porque es la madre de mis hijas y respeto eso.

—Eres un caballero, ¿verdad? —Su voz adquirió de repente un tono cortante.

No tenía intención de parecer resentida ni de buscar pelea, pero de todos modos dio un paso en esa dirección. Luchar era lo que mejor se le daba, el conflicto era más natural para ella que la amabilidad. Volvió a pensar en George Walker y los ojos empezaron a arderle. Deseó que pararan.

—Creo en la importancia del civismo —manifestó Quincy en voz baja —. Ya veo suficiente inhumanidad en mi trabajo como para que sea necesario añadir más.

—Yo no soy civilizada.

—No —respondió él con una sonrisa irónica—. Pero de algún modo te funciona.

Rainie dejó su cerveza en la mesita de noche. Sus movimientos eran inquietos. Él le había dado una salida diplomática. Ella no podía soportarlo. En ese momento, el estado de ánimo la dominaba, y solo sabía ir hacia lugares oscuros y peligrosos.

—Tú también provienes de familia rica, ¿verdad, Quincy? Esos trajes elegantes, la colonia cara. Estas cosas no son nuevas para ti.

—No vengo de familia adinerada. Mi padre es un yanqui nacido y criado en el campo. Posee cientos de hectáreas de tierra bendecida por Dios en Rhode Island, la trabaja con el sudor de su frente y se la llevará consigo a la tumba. Me enseñó la importancia de los buenos modales. Me enseñó a amar el otoño, cuando las hojas cambian y las manzanas se vuelven crujientes. Y me enseñó a no decirles nunca que te importan a las personas cercanas. —La comisura de sus labios se torció con ironía—. Los trajes los elegí yo mismo.

Rainie se puso a cuatro patas sobre la cama. Su mirada se clavó en la de él. Se acercó más.

—Soy chusma blanca.

—No te degrades —aconsejó sin apartar los ojos de ella.

—No lo hago. Te estoy diciendo quién soy ahora, para que no me lo

puedas echar en cara después. —Siguió avanzando. Él no se retiró—. No soy civilizada, odio disculparme, tengo mal genio, pesadillas y mal humor, y no debería estar haciendo esto, pero ¡maldita sea!, voy a hacerlo de todos modos.

—Mentirosa —replicó él en voz baja. Luego levantó su ancha mano y, agarrando a Rainie por la nuca, la acercó hasta su boca.

Ella lo había invitado al beso, pero, aun así, el primer contacto la sorprendió. Sintió unos labios fríos y fuertes contra su boca caliente e impetuosa. Saboreó el lúpulo, un lúpulo dorado y suave, y abrió los labios con avidez, como si hubiera querido embriagarse de él. Entonces la lengua de Quincy se introdujo en su boca, fuerte y dominante, y a pesar de sus mejores intenciones, el viejo pánico surgió con fuerza.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Hizo todo lo posible por controlar su mente. Pensó en campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. Había aprendido muchas técnicas a lo largo de los años. Hacerlo sencillo, hacerlo rápido y no perder nunca el control. Nadie se daba cuenta nunca.

Sentía la palma de Quincy áspera contra su mejilla. Le cosquilleó y le provocó una oleada de calor inesperado en su interior. Se detuvo, un poco asustada. Los labios de él le susurraban en el cuello. Rainie dejó caer la cabeza hacia atrás, exponiéndole su garganta. El aliento de él se percibía cálido y seductor en la clavícula.

«Continuará más abajo —pensó Rainie—. Debo acordarme de gemir». Campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. Rainie podía sentir sus labios, firmes y hábiles. Pero también podía sentir esos rincones oscuros acechando justo alrededor de su vista. Campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas. Él le tocaría el pecho, ella arquearía la espalda. Quería que acabase de una vez. «Termina ya».

De pronto, se sintió indescriptiblemente triste. Ella había empezado todo, pero al final no era lo que necesitaba. Y se había equivocado al hacer eso con Quincy. Él no era como los otros hombres. Con ellos, había sido algo barato y sin sentido. Con ese hombre, sería una blasfemia.

Bajó la cabeza para no permitirle que viera sus ojos, no permitirle que la viera triste y gris y pensando con fuerza en campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas, y en Danny O'Grady sosteniendo la escopeta que había volado la cabeza de su madre.

Sentía dolor. De repente, sintió tanto dolor que ya no sabía dónde acababa el dolor y dónde empezaba Rainie Conner.

Quincy levantó las manos. Le echó el pelo hacia atrás con los dedos. Le apartó los largos y finos mechones de la cara. Y luego le besó el rabillo del ojo, donde se había acumulado la primera de sus lágrimas.

Rainie se levantó de la cama.

—Por el amor de Dios, no seas tan bueno.

Se detuvo frente a la desvencijada mesa, sujetándose el cuello de la camisa con la mano y respirando con mucha dificultad.

En la cama, Quincy se incorporó despacio. Tenía revuelto su cabello oscuro, aunque ella no recordaba haberlo hecho. Las mejillas de Quincy estaban ásperas por la barba incipiente. Ella se llevó una mano al cuello y entonces sintió el cálido enrojecimiento provocado por el roce de la barba.

¡Mierda! Era una idiota. Así de sencillo. Y encima iba a ponerse a llorar, y eso sería empeorar la situación. ¿Cómo podía una persona ser tan tonta? Ya estaba bien. Cogió su abrigo y se dirigió a la puerta.

—¡Alto!

Quincy pronunció la palabra con una fuerza sorprendente en la silenciosa habitación. Rainie se quedó petrificada.

—Por favor, siéntate —añadió con más calma.

—No. —Tenía la mano en el pomo de la puerta y no lo soltaba.

—¡Maldita sea, siéntate!

Ella se sentó en la dura silla de madera que había junto a la puerta.

—Lo siento —se disculpó Quincy de forma breve—. No quería gritarte. No era mi intención permitir que las cosas llegaran tan lejos. No era mi intención que ocurriesen muchas de estas cosas esta noche.

Eso la hizo sentirse mejor. Rainie esbozó una sonrisa que podría haber hecho añicos un cristal y dijo:

—¡Ah!, gracias, agente. Ahora, si me disculpa, me voy.

—Cállate, Rainie. Y deja ya esa actitud.

Quincy se levantó con cansancio de la cama. Por primera vez, Rainie notó que a él le temblaban las manos. Las líneas de alrededor de sus ojos estaban más pronunciadas. Su boca tenía una expresión diferente y sombría. Verlo así le dolía. Ella le había hecho eso, y sabía que había sido un error por su parte.

Deseaba ser el tipo de persona que... Deseaba poder borrar la tristeza del rostro de él.

En lugar de eso, se sentó, como una mala alumna a la que han pillado con las manos en la masa, esperando después a que le cayera el golpe.

—No me mires así —manifestó él con impaciencia—. No soy tu madre, no soy un marido maltratador. A veces tengo ganas de retorcerte el pescuezo, pero no voy a pegarte.

—¿Demasiado bien educado para eso, Quincy? ¿No sabes cómo rebajarte y ensuciarte?

Un músculo se tensó en su mandíbula. Creyó que tal vez lo había llevado al límite y, de hecho, se sintió triunfante. «¿Qué diablos estás haciendo, Rainie? ¿Por qué no te callas?».

No podía evitarlo. Se levantó de su silla, impulsada por demonios que

ella comprendía lo bastante como para explicar, pero estaba demasiado agotada para controlar. Caminó hacia Quincy con lentitud, viendo cómo sus ojos se entrecerraban de nuevo, sintiéndose poderosa por la forma en que la mirada de él se posaba en sus labios. Se desabrochó el botón de la parte superior de sus pechos.

—Se acabaron los preliminares —susurró—. Hagámoslo. ¿Cómo follan los yanquis bien educados? ¿Misionero? ¿Encima? ¿Debajo? ¿Estilo perrito? ¿Sesenta y nueve? ¡Oh!, ¿qué diría tu papá?

Se desabrochó otro botón, dejando al descubierto su sujetador de algodón blanco desgastado. Ya no le temblaban las manos. Se sentía aturdida, no parte de su cuerpo, sino lejos, muy lejos, donde podía ver cómo se desarrollaba todo como si fueran meros personajes de una obra de teatro. ¿Cuántas veces antes...? No importaba. Siempre quedaba la mañana para el arrepentimiento.

Quincy le cogió la mano con fuerza. Ella sonrió y apretó su cuerpo contra el de él, contoneando de forma sugerente la pelvis contra su erección.

—Fóllame, Quincy —murmuró con una voz que apenas reconoció—. Fóllame bien.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó con dureza—. ¿Qué edad tenías? ¿Lo sabía tu madre o estaba demasiado borracha para preocuparse? ¡Maldita sea!

Interrumpió el contacto, apartándola de un empujón, y atravesó la habitación como si apenas pudiera contenerse. En un momento Rainie estaba junto a su miembro duro y al siguiente él se había apartado. Tuvo que extender las manos para mantener el equilibrio.

—Nunca se lo has dicho a nadie, ¿verdad? —cuestionó—. Y aquí estoy yo ahora, y necesito ser imparcial para ayudarte, pero no tengo un ápice de imparcial. Quiero cazarlo. ¡Dios santo!, quiero romperle cada hueso de su cuerpo. A cuántos de estos gilipollas puedo encerrar, ¡y aun así no es suficiente!

—No sé de qué estás hablando.

—Mentira.

—¿Tratas así a todas tus mujeres? No me extraña que tu vida sea todo trabajo y nada de diversión.

—Rainie, ¿qué pasó hace catorce años?

—Mira la hora. El reloj ha dado la medianoche. Tengo que irme.

—Hace catorce años. Ha pasado mucho tiempo, pero no el suficiente, ¿verdad, Rainie?

—¿Vas a estar por aquí por la mañana? Tenemos mucho trabajo que hacer, pero, bueno, en realidad no formas parte de este equipo de investigación, ¿verdad? Una llamada y te vas, y los dos lo sabemos.

—Rainie...

—¡Suéltalo, maldita sea! ¿Por qué coño no puedes dejarlo pasar?

—¡Porque yo soy yo! ¡Porque no soy estúpido y, que Dios me ayude, pero estoy interesado en ti! Y porque alguna parte de ti también está interesada, o no seguirías viniendo a mi habitación noche tras noche, buscando conversación. Ahora, aquí estamos. Tengamos la conversación, Rainie. Tienes que hablar. Necesito escuchar. Vamos. ¡Hagámoslo de una vez!

—No me creo esta mierda.

—Y yo no me creo que hayas olvidado el nombre del tipo que se supone que mató a tu propia madre.

Pronunció las palabras con una fuerza brutal. Rainie se paró en seco. Por un momento pensó que lo había oído mal. Él no podía... Nadie... ¿Cómo...?

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho.

Pero era Quincy, por supuesto. Por eso lo sabía. Porque era Quincy, lo mejor de lo mejor de Quantico, y ella seguía acudiendo a él noche tras noche, alimentándolo con fragmentos.

—No sabes de qué estás hablando —repuso con voz débil.

Quincy se limitó a mirarla.

—No voy a quedarme aquí a aceptar esto —volvió a intentar ella.

Quincy apretó los labios.

—¡Esto es una gilipollez! Me voy a casa. —Se dirigió a la puerta.

Él seguía sin decir una palabra.

Consiguió abrir la puerta. Se echó el abrigo sobre el brazo con más fuerza de la necesaria. Y se dio cuenta por primera vez de que no estaba mirando hacia la noche. A pesar de sus atrevidas palabras, su atención se centraba detrás de ella, en la habitación, en Quincy, que seguía quieto e inmóvil ahí en medio.

—Que Dios me ayude, estoy interesado en ti... y alguna parte de ti también está interesada.

«Pídeme que vuelva —pensó ella de repente, con un impulso incontrolable—. Eso es lo que necesitaba oír; solo que yo no lo sabía en ese instante. Así que pídeme que vuelva. Una vez más. No puedo hacerlo sola. He pasado demasiado tiempo manteniendo todo bajo control. Y estoy cansada, y había un hombre en mi terraza anoche, de negro, y no sabes lo que eso ha provocado en mí».

Los campos de flores amarillas. Los arroyos de corrientes tranquilas. Estaba llorando. Sintió las lágrimas resbalar por sus mejillas, y eso la avergonzó. Odiaba las lágrimas. Su madre le dijo hacía años que llorar era inútil, y tenía razón. Las lágrimas no cambiaban nada. ¡Oh, Dios!, no cambiaban nada.

Los campos de flores amarillas. Los arroyos de corrientes tranquilas.

«Pídeme que vuelva...».

Quincy permaneció en silencio. Y entonces se dio cuenta de que ya no se encontraba en el umbral de la puerta. Estaba sola en el

aparcamiento. Llevaba el abrigo puesto y la puerta del hotel estaba cerrada. Una vez más, su subconsciente había trabajado más rápido que ella.

La noche era densa y fría a su alrededor. Miró hacia arriba y contó las estrellas hasta que las lágrimas se secaron en sus mejillas.

La vasta noche en el vasto mundo. Seguro que ella era una de las pocas personas del planeta a las que le reconfortaba sentirse pequeña.

«Pídeme que vuelva...».

Rainie se metió en su coche patrulla. Se dio cuenta de que había basura por toda su ventana. Alguien había pegado papel de periódico por el lado del conductor y había escrito: «¡Te mostraremos justicia, puta!».

Rainie salió del coche. Utilizó sus llaves para arrancar la carta de amor del parabrisas. La noche continuó en silencio. No se veía movimiento en la habitación de Quincy.

Se fue a casa.

VEINTIOCHO

Sábado, 19 de mayo, 1:44 a. m.

El camino de tierra que conducía a la casa de Rainie serpenteaba oscuro a través de un río de noche. Se había vuelto a olvidar de encender las luces exteriores y con el parabrisas embadurnado de pegamento no podía ver nada en absoluto. Quizá se había equivocado de camino y moriría calcinada en un accidente de coche a veinte metros de la puerta de su casa. O chocaría con un árbol y se quedaría paralítica. Podría ser la siguiente Ironside.

¡Dios!, necesitaba dormir.

Al llegar a su casa, cogió una linterna de la guantera y la utilizó para buscar entre la maleza hasta que encontró la manguera. Había que cortar el césped. A los bordes les vendría bien una buena desbrozadora. En su cocina seguía sin haber comida. Algún día tendría que volver a los asuntos más mundanos de la vida.

En ese momento estaba ahí fuera, a las dos de la madrugada, limpiando la cola pegajosa y el periódico viejo de su coche patrulla, hasta que brilló ligeramente bajo el escrutinio de su linterna.

Una vez que terminó, el cansancio la golpeó con fuerza. Soltó la manguera con lentitud, dejó caer la bobina suelta contra la tierra y se arrastró hasta los escalones de su casa.

En los últimos días había permitido que el síndrome de estrés postraumático se apoderara de ella. Se había dado cuenta durante el trayecto de vuelta a casa. Llevaba demasiado tiempo con demasiadas pesadillas y sin dormir lo suficiente. Había dejado de comer bien y empezaba a recurrir a Quincy como si él pudiera hacer que todo desapareciera por arte de magia. Gran error. Pero lo hecho, hecho estaba.

Esa noche había tocado fondo. Al día siguiente volvería a ponerse en pie. Había estado ahí antes y sabía cómo funcionaban esos ciclos.

Subió los escalones de la entrada y, tras buscar un poco a tientas con las llaves, consiguió abrir la puerta. De repente, una brisa cruzada le golpeó en la cara. Pero ¿qué co...?

Encendió la luz del pasillo y, mientras buscaba otros indicios de peligro, su mano fue a sacar de forma automática el arma, pero no la encontró. Había guardado la 9 milímetros y su arma de reserva, una calibre 22, en el maletero de su coche patrulla. Ya no podía hacer nada al respecto. Apagó la luz y esperó a que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Seguía sin haber ningún sonido fuera de lugar. Solo la brisa que le azotaba el rostro. Por fin localizó su origen: la puerta corredera de cristal estaba abierta de par en par. Podía ver hasta su terraza trasera.

¿Sería Shep?

Él habría encendido alguna luz y se habría sentado a la vista de todos. Sabría que no debía arriesgarse a que le dispararan como a un intruso.

Dave Duncan.

Rainie se deslizó por la pared hasta llegar al espacio abierto de su cocina y la sala de estar contigua. Dos dormitorios y un baño a su izquierda, un gran espacio a su derecha. No había señales de vida.

Y entonces su mirada se posó en el sofá, y todo en su interior se desmoronó.

No podía ser. Desde luego que no. Y justo después de esa conversación con Quincy...

¿Quién sabría meter la mano en su pesadilla más profunda y oscura y arrancarle el corazón?

Corrió hacia la luz. Raspó la pared de yeso con las uñas y siguió sin encontrar el maldito interruptor. La luz, la luz, tenía que ver, tenía que saber. No podía ser...

Y entonces lo encontró. La única luz del techo inundó la sala de estar. Su antigua mesa redonda de cocina con base de pedestal, su mullido sillón, su descolorido y cómodo sofá azul... y la escopeta. Estaba apoyada contra los cojines del respaldo del sofá. Cinco largos arañazos seguían marcando la vieja culata de madera.

El tiempo retrocedió. No podía pararlo. Corrió a la cocina, buscó a tientas los cuchillos, pero en su cabeza tenía diecisiete años y acababa de llegar del instituto.

¡Ya bastaba, ya bastaba! No podía ser... El arma había ido a parar a un almacén de pruebas de Portland. Estaba segura. Lo había investigado. Se había consolado sabiendo que no tendría que volver a ver esa maldita cosa nunca más.

Agarró el primer cuchillo que encontró, un pequeño cuchillo de pelar, y gritó de forma salvaje:

—¡Sal, sal, cabrón!

Pero nadie respondió. Incluso los búhos estaban en silencio mientras el cadáver de su madre yacía decapitado en la sala de estar y, ¡oh, Dios!, ¿qué era eso del techo? «¡Oh, Dios!, ¿qué es esto que está goteándome desde arriba?».

—¿Quién eres? ¿Quién coño eres? ¡Sal donde pueda verte!

Recorrió el pasillo hasta los dos dormitorios. No había nadie. Abrió de un tirón la puerta del baño. Estaba vacío. Corrió hacia su terraza, esforzándose por no fijarse en la escopeta, pero, por supuesto, sin dejar de mirarla, mientras el tiempo pasado la agarraba por el cuello y la arrastraba hacia abajo con saña.

—Te gustó, ¿verdad? ¡Maldita puta! —gritaba su madre.

—Yo solo quería que él parara —gimoteaba ella.

«Cállate, cállate». Ya no tenía diecisiete años. No estaba indefensa. Era agente de policía. Era fuerte. Se cuadró contra los imponentes pinos, echó los hombros hacia atrás y rugió:

—Sé que estás ahí fuera. Sé que estás mirando, señor Dave Duncan o como coño te llames. ¿Me quieres a mí? ¡Enfréntate a mí como un hombre, miserable pedazo de mierda!

—Mentirosa. Debería haber sabido que una hija mía no saldría mejor —volvió a resonar su madre.

—¡Me violó!

—Estás embarazada, ¿verdad? Pues no me busques para que te ayude. No voy a pagar por tus errores.

—Solo quiero que pare...

—Entonces, frótale las pelotas, cariño. A mí eso siempre me funciona.

Tenía que estar ahí fuera. Podía sentirlo. El maldito hombre de su terraza, ese bocazas desconocido que andaba reviviendo viejos rumores en el bar. El estúpido hombre de negro que había pasado de manipular a simples escolares a pensar que podía meterse con gente como ella.

Rainie corrió dentro. Agarró el cañón de la escopeta con ambas manos, como si fuera una serpiente lista para atacar. Pero ya estaba lista, preparada. Volvió a salir. Levantó el arma por encima de su cabeza. La elevó hacia el cielo de terciopelo negro.

—¿Es esta es tu idea de una broma? ¿Crees que puedes intimidarme? Vete a la mierda. Sé lo que estás tramando, hijo de puta. Sé lo que estás tramando, ¡así que jódete!

Lanzó la escopeta al aire. La vio dar vueltas y vueltas. La oyó chocar con el tronco de un árbol. Su respiración estaba agitada. Podía escuchar un débil zumbido en los oídos. Nunca pasaba nada bueno cuando oía ese zumbido en los oídos.

Pasó un rato. Luego otro rato. Había silencio entre los árboles, aunque ella sabía que tenía que estar allí. Había conducido a un niño con problemas al asesinato, y ahora, al parecer, buscaba una nueva fuente de diversión. ¿Qué era lo que Quincy había dicho? El sudes intentaría manipular a las fuerzas del orden por diversión. Se enorgullecía de sus actos inteligentes.

Ya le enseñaría Rainie. ¡Demonios!, acababa de lanzarle una escopeta y ahora solo le quedaban sus puños y su rabia como protección. ¡Ah!, y un pequeño cuchillo de pelar.

Se echó a reír. No sabía cómo había ocurrido. Estaba de pie con las piernas separadas y las manos cerradas en puños, preparada para una pelea, y luego se rio y pensó en lo que su madre le había gritado catorce años atrás.

—Entonces, frótale las pelotas, cariño. A mí eso siempre me funciona.

Lo entendió. Catorce años después, por fin comprendió el crudo

consejo de su madre. Y tuvo que darse palmadas en los muslos y agarrarse la cintura mientras la risa se le escapaba en violentos jadeos.

Estaba llorando. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Segunda vez en una noche. ¡Jesús!, era un asco ser ella.

Estaba bajando de la terraza. Sabiendo que no debía hacerlo. Era justo lo que el cabrón quería. Tenía que hacerlo de todos modos.

Se adentró bajo las tablas en el espacio de rastreo, donde la tierra era densa y oscura y excavó en ella con sus propias manos. Más y más y más hondo. Todavía estaba ahí. Seguía siendo horrible. Todo estaba en orden. Todavía estaba ahí.

¡Oh, Dios!, no tenía ni idea de que reír pudiera doler tanto. ¡Oh, Dios!, ¿era esa su cara en el espejo, con las mejillas hundidas y salpicaduras de barro en forma de lágrimas?

Una hora más tarde tenía su 9 milímetros y su linterna. Se adentró en el bosque. Empezó a cazar. No se hacía ilusiones sobre lo que haría si encontraba al hombre, y eso la aterrorizaba y la tranquilizaba a la vez.

A unos sesenta metros de su casa, descubrió el hueco. Estaba detrás de unos arbustos bajos donde esconderse, con hojas aplastadas por la larga vigilia. El suelo ya estaba frío, pero sabía que él había estado allí. Observando. Rainie vio todo muy claro. Era un hombre que disfrutaba manipulando niños para matar. Un hombre que, sin lugar a duda, estaba resentido, pero que no tenía agallas para hacer nada al respecto. ¿Quién le atraería más que una agente de policía de la que se rumoreaba que había matado a su propia madre?

De eso se trataba esa noche. Primero había preparado la escena en el bar, luego aportó el atrezo de su salón. La estaba invitando a la fiesta.

—Vuelve una vez más —murmuró Rainie—. Déjame mostrarte lo que puedo hacer, retorcido hijo de puta. Déjame mostrarte todo.

Recogió la maltrecha escopeta antes de volver a entrar.

Quince minutos más tarde, los árboles crujieron cuando una figura saltó al suelo no muy lejos de donde Rainie había estado. El hombre tocó la tierra que aún conservaba las huellas de Rainie. Luego se llevó la punta de los dedos a la boca y se los lamió.

Y entonces sonrió.

«Perfecto».

VEINTINUEVE

Sábado, 19 de mayo, 6:01 a. m.

Sandy O'Grady no estaba dormida cuando sonó el teléfono. Estaba tumbada de espaldas en la cama, mirando las sombras grises que se movían en el techo. Había estado soñando que volvía a ser una niña. Se encontraba en el campo, tumbada sobre la espesa hierba con su mejor amiga, Melinda. Estaban identificando las formas de las nubes.

—Mira, esa es un dragón.

—¡Oh, oh, un elefante!

—¡Un perro de dos cabezas!

Sandy despertó con lágrimas en las mejillas y la necesidad casi insoportable de llamar a Melinda. Excepto que ella sabía que en realidad no era eso. Melinda se había trasladado a Portland hacía casi quince años. Se casó —Sandy asistió a la ceremonia embarazada de siete meses de Danny— y ella y Sandy no habían vuelto a hablar desde entonces. Sus vidas siguieron adelante, como lo hacían las vidas. Ambas tenían nuevos amigos que vivían más cerca, tenían más cosas en común y requerían menos esfuerzo para mantener el contacto.

A decir verdad, no echaba tanto de menos a su amiga de la infancia. Supuso, sin embargo, que sí echaba de menos su infancia. Ser joven y despreocupada. Estar muy segura de tener todas las respuestas.

Se oyeron ronquidos procedentes del salón, donde Shep dormía en el sofá. Se oyeron crujidos en el armario de la entrada, donde Becky dormía en el suelo. Y del dormitorio donde solía estar Danny, llegaba silencio.

Eran las seis de la mañana. Estaba mirando al techo, preguntándose dónde había ido a parar su vida. Preguntándose cómo darles sentido a las cosas. Ya era madre, y su trabajo era saber el camino.

Sonó el teléfono.

Sandy lo cogió antes de que terminara el primer timbre agudo.

—Hola, Danny —saludó.

Él no respondió. Oyó los ya familiares ruidos de fondo. Ruidos metálicos, un murmullo distante de voces. Sandy vio algunas de las instalaciones del condado de Cabot la primera vez que intentó visitar a Danny. Eran nuevas y modernas, en realidad, no estaban tan mal comparado con lo que podían ser algunos pabellones de detención de menores. En la imaginación de Sandy, sin embargo, el centro juvenil seguía siendo una prisión sombría y gris, y esos ruidos encajaban en aquel lugar.

—¿Cómo estás, Danny? —preguntó, manteniendo un tono de voz ligero. Se movió para ponerse más cómoda en la cama. Lo tenía al

teléfono. Más le valía mantenerlo en línea, porque parecía que eso sería lo más cerca que iba a estar de su hijo.

—Nosotros estamos bien —informó con tono distendido—. Te echamos de menos. Tu padre está trabajando muy duro para ayudarte. Hemos contratado a un abogado, Avery Johnson. Ya sé que has estado con él. Es muy bueno, lo mejor de lo mejor. Tu padre y yo estamos encantados de que aceptara tu caso.

Seguía sin decir nada. Ella volvió a respirar hondo.

—Becky está empezando a mejorar. Ayer le regalaron un peluche nuevo. Un gatito blanco y gris. Ya sabes cuánto le gustan los gatos. De hecho, puede que pronto tengamos un gato de verdad. ¿Te gustaría tener uno? Tu padre está pensando que tal vez podría aceptar una mascota después de todo, y Becky ha jurado con todas sus fuerzas que ella se ocupará de todo, que él nunca tendrá que saber ni que está cerca. Por supuesto, ahora tenemos que ir al refugio de animales a elegir un gatito, y no estoy segura de cómo lo va a llevar Becky. Echará un vistazo y querrá llevarse a casa todos los animales que tengan. Podríamos acabar en un zoo. ¿Te imaginas a tu padre hasta el cuello de cachorros y gatitos?

Silencio.

A Sandy empezaron a arderle los ojos. Parpadeó para contener las lágrimas.

—Ojalá pudiera verte, Danny —le dijo—. Te echo de menos. Mucho. Seré sincera. He... he estado mejor. Pero hay mucha gente por aquí que cree en ti. La iglesia ha iniciado una recaudación de fondos para ayudar con las facturas legales. Tus abuelos han venido todos los días para ayudarnos y no paran de decir lo mucho que están deseando que dejemos atrás todo este malentendido. Los vecinos han traído comida. Ayer incluso recibimos unos tomos nuevos de la Biblia.

—¿Danny?

Aún no había respuesta. Ella suspiró en voz baja.

—Te echo de menos. Ojalá pudiera darte un gran abrazo ahora mismo. Ojalá pudiera darte un beso en la cabeza. Ojalá... —Su voz se había vuelto espesa—. Desearía poder hacer que todo se solucionase. Porque sé que, pasara lo que pasara, no lo hiciste a propósito. Eres un buen chico, Danny. Eres mi niño y te quiero mucho.

Más silencio. Sandy no podía soportarlo más; su hijo le estaba rompiendo el corazón. Fue a colgar y Danny habló por fin.

—Hizo mucho ruido —expresó con voz apagada—. Y ese olor horrible... No era como en las películas. Apreté el gatillo. Hizo tanto ruido...

—¿Danny?

—Pegaron una sacudida. Las taquillas estallaron. La gente se cayó. Hizo mucho ruido. Hice algo muy malo, mami. —Su voz se elevó de

repente—. ¡Hice algo muy malo!

A Sandy se le encogió el pecho. Había sospechado que esto pasaría, y aun así, escuchar esas palabras tan temidas en voz alta casi la partió en dos.

—Lo siento, cariño —susurró, impotente—. Siento mucho que todo haya llegado a esto.

—Ese ruido. Hizo mucho ruido...

—Danny...

—Me va a matar.

—¿Quién, Danny? Queremos ayudarte...

—Quiero morir, mamá. Me gustaría poder recostar la cabeza y solo... morir.

—¡No hables así! Eres joven, cometiste un error. Es culpa de la otra persona. Te engañó, Danny. ¿No lo ves? Te manipuló. Ahora dinos quién es. Por favor, Danny.

Pero Danny se había recompuesto. Ella podía oír su respiración entrecortada, luego un largo resoplido mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

—No puedo —se lamentó al fin, y en su voz se percibió una sorprendente madurez, una sorprendente resolución—. No puedo decirte nada, mami. Soy demasiado inteligente.

TREINTA

Sábado, 19 de mayo, 6:35 a. m.

Quincy ya estaba levantado y en marcha cuando el antiguo teléfono de disco chirrió al lado de su cama. Al principio se asustó por el sonido, luego se sintió confuso. Nadie lo llamaba por ahí. La oficina utilizaba su teléfono móvil y los locales, en concreto, Rainie, parecían preferir sencillamente presentarse. Entonces un nuevo pensamiento golpeó a Quincy. Se quedó inmóvil ante el lavabo, con una mitad de la cara todavía con espuma y la otra afeitada.

El teléfono volvió a sonar.

Resultaba curioso, pero no podía mover los pies.

Había estado muy seguro de que cuando llegara la llamada sería a su móvil. Dios sabía que vivía y respiraba a través de sus líneas de vida digitales. Pero también había dado a la oficina el número del hotel, y si Bethie había pedido a algún asistente del hospital que por favor lo localizara...

El teléfono no paraba de sonar. Se obligó a moverse.

Treinta segundos después, todo había terminado. Y fue tan horrible como temía y tan sencillo como se había imaginado. Querían que fuera al hospital. Iban a desconectar las máquinas y a retirar los tubos de ventilación. Podía acabar muy rápido o muy despacio. Nunca se sabía.

Empezó a hacer las maletas. Cuando la espuma blanca salpicó su equipaje de mano, se acordó de que no había terminado de afeitarse y volvió al lavabo.

Tenía llamadas que hacer. Las primeras, a Quantico, eran fáciles. La última, a Rainie, se dio cuenta de que no sabía cómo hacerla. Él tenía experiencia en el mundo profesional, pero, en cuanto a su vida personal, aún le quedaba mucho por aprender.

Ahí lo necesitaban en el caso. Las cosas ya avanzaban rápido y, con un asesino sofisticado, solían empeorar antes de mejorar. Se encontró pensando en Jim Beckett y en otra joven y guapa agente de la ley cuyo intento de detener al asesino en serie ni siquiera interrumpió su paso. ¡Oh, Dios!, esperaba que no llegara hasta ese punto.

Rainie lo necesitaba. Era resistente, pero estaba pasando por cosas por las que nadie debería pasar en soledad. La noche anterior, justo antes de que se volviera contra él, percibió el dolor en sus ojos. Un momento más, una última resistencia, y estaría lista para abrirse por completo. Él quería estar allí para esa ocasión. Pensó que era el comienzo de algo extraordinario y especial. Dios sabía que no se topaba con suficientes personas en su vida que lo desafiaran y cautivaran a la vez.

Pero su familia también lo necesitaba y, como solía sucederle en la vida, no podía estar en dos sitios a la vez. No era superagente ni superpadre. Solo era una persona que llevaba una vida complicada, y a veces fallaba a las personas que quería.

Rainie era más fuerte que Bethie, pensó. Y tenía experiencia en el terreno. Era un débil consuelo, pero aceptaría cualquier alivio disponible.

Cogió el teléfono y llamó. Rainie contestó a la quinta señal, justo cuando empezaba a darse por vencido. Su voz sonó distante y nada propia de ella.

—¿Rainie? Lo siento, ¿te he despertado?

Murmuró algo que podría haber sido un sí.

Esperó, y cuando ella no ofreció nada más, mantuvo la conversación simple, porque no había forma de hacerla agradable.

—Rainie, tengo que volver a Virginia ahora.

Silencio atónito. Él ya se lo esperaba. Continuó con más calma de la que sentía.

—Acaban de llamarme del hospital. Al parecer, Bethie ha accedido a desconectar el soporte vital. Ya ha firmado los formularios para donar los órganos de Mandy, y hay personas que están esperando... Ha... ha llegado el momento.

Rainie no dijo nada.

—Volveré —añadió enseguida—. Hice que enviaran el sabot al laboratorio criminal ayer y moví algunos hilos para que lo gestionaran como proyecto prioritario. Podré presionar aún más mientras esté allí.

Quincy permaneció en silencio.

—Y me gustaría llevar a cabo alguna investigación adicional mientras estoy allí —agregó con voz enérgica—. Estuve pensando en ello esta mañana temprano. Apuesto a que la persona que buscamos es lo que denominamos un asesino con complejo de autoridad. El ejemplo más famoso es Charles Manson, por supuesto.

Pensó que tal vez estaba parloteando. Ella seguía sin hablar y él parecía no poder parar.

—Un asesino con complejo de autoridad suele proceder de una familia con una figura paterna muy dominante —se escuchó decir a sí mismo—. Este progenitor lo maltrata de manera física o verbal en la infancia. El niño crece fantaseando con enfrentarse a su progenitor, pero nunca tiene la capacidad de hacerlo. En cambio, su ira se centra en otras personas que tienen poder. Salvo que, en lugar de buscar la violencia directa contra ellas, el asesino manipula a otros para que actúen. Esto, por supuesto, lo hace sentirse poderoso y omnipotente.

«Tengo que buscar más estudios de casos, pero los asesinos con complejo de autoridad suelen ser carismáticos, verbales y poseen excelentes habilidades de socialización. Lo interesante de ellos es que

se centran en la mente. Incluso más que la violencia, disfrutan jugando con quienes tienen autoridad, creando elaboradas artimañas como las que hemos visto. Esta persona no quiere las cosas rápidas ni fáciles. Quiere ver a la policía sudar y regodearse de nuestra aparente estupidez. En otras palabras, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que Dave Duncan sigue en la zona.

—Existe la posibilidad de que todavía esté en la zona —expuso Rainie con voz apagada.

—Pero no lo subestimes —se apresuró a añadir Quincy—. Matará directamente si tiene que hacerlo. Sobre todo a figuras de autoridad respetadas, como policías.

Se oyó un ruido a través del teléfono, como si Rainie arrastrara algo pesado por la cama.

Quincy frunció el ceño. Se quedó en silencio y por primera vez oyó el abismo que se abría entre ellos. De repente, tuvo una imagen de ella sentada sola en su cama en la oscuridad, acunando su pistola para consolarse. Las cosas habían acabado mal la noche anterior, y en ese momento no podía quedarse para arreglarlas.

—¿Rainie? —preguntó.

No hubo respuesta.

—Voy a volver.

No hubo contestación.

—No te voy a abandonar y no voy a abandonar este caso. El aislamiento no es protección —señaló con firmeza, aunque en ese momento estaba hablando sin sentido y no esperaba que ella entendiera lo que quería decir—. ¡Maldita sea!, Rainie...

—Que tengas un buen vuelo —le deseó en voz baja, con frialdad.

Abe Sanders se sentó a comer una suculenta tortilla de tres huevos en la mesa del fondo de Martha's Diner. Una gran ventaja de trabajar en el medio de «Villa Paleto», EE. UU., era que había productos frescos. Su tortilla rezumaba enormes champiñones, queso Tillamook de primera calidad y, lo mejor de todo, espinacas frescas. En la ciudad, había demasiados lugares que las estropeaban. Vendían espinacas de lata o, peor aún, espinacas a la crema. A Abe le entró un escalofrío. Ni siquiera Popeye tocaría esa cosa.

No, desde luego, Bakersville ofrecía buena comida, incluyendo tortitas hechas desde cero. A Abe le encantaban las tortitas del todo caseras. Esa mañana, sin embargo, había elegido de buen grado lo que consideraba la opción sana y rica en proteínas. El caso avanzaba bien, aunque en una dirección distinta a la que había supuesto en un principio, y no quería bajar el ritmo hinchándose a carbohidratos.

Terminó su tortilla, dio una generosa propina a la simpática camarera y recorrió la corta distancia que le separaba del ayuntamiento.

El ático sonaba tranquilo mientras subía la estrecha escalera de madera. Eso le sorprendió. Eran casi las ocho de la mañana, tarde para los estándares de los últimos días, y había supuesto que al menos Rainie ya estaría en el cuartel de la unidad especial. Parecía que siempre era la primera en llegar y la última en irse. Desde luego, no podía criticar su ética laboral. Si tan solo dejase ya de atormentar a los lápices del número dos. Sanders había comprado tres cajas antes de darse cuenta de que debía guardarlas en la guantera del coche.

Abrió la puerta del ático y barrió el pequeño espacio con una mirada rápida. Al parecer, era el primero en llegar.

Se dispuso a preparar café y recogió una pila de correo atado que le había entregado el encargado de la correspondencia a primera hora de la mañana. Un sobre para Rainie, con matasellos de California. Tal vez era el expediente de Recursos Humanos de Richard Mann del colegio de Los Ángeles. Había un mensaje telefónico en una nota de color rosa. Según un garabato difícil de leer, el agente Quincy tenía que marcharse por asuntos familiares urgentes y estaría fuera unos días. Con sincera compasión, Abe pensó que era muy posible que fuera por su hija. ¡Qué mala suerte! El agente no hablaba de ello, pero se había corrido la voz por todo el municipio. La hija de Quincy había resultado herida grave en un accidente causado por un conductor ebrio. Abe ya había oído la historia cuatro veces mientras comía en el restaurante.

El resto del correo parecía ser basura. Lo tiró en la esquina del escritorio de Rainie. Ya se ocuparía ella más tarde.

Como parecía tener un momento para sí mismo, sacó el móvil y llamó a su casa. Su mujer estaba alterada. El cachorro tenía problemas para hacer sus necesidades esa mañana. Quería llevarlo al veterinario.

—Por el amor de Dios, dale de comer cereales de salvado y ya está.

Ella se animó ante esa idea. Luego, por supuesto, insistió en poner al cachorro al teléfono.

—Sí, sí, sí —pronunció Abe.

El cachorro ladró con entusiasmo.

—No controlas la vejiga —le dijo Abe.

Se oyeron más ladridos vigorosos.

—Te estás meando por mis alfombras.

Ladridos muy alegres.

—Sí, vale. Yo también te quiero. Ahora devuélveme a mi mujer.

Su mujer volvió a la carga. Que el cielo lo ayudase, estaba sonrojándose.

—¿Cómo va todo? —preguntó ella.

—Ahí va.

—¿Vendrás pronto a casa? —Él sabía que ella se esforzaba al máximo, pero sonaba melancólica.

—Te quiero, cariño. Y también te echo de menos —declaró suavizando la voz.

Sanders colgó el teléfono. Lamentaba que Dave Duncan se les hubiera escapado la noche anterior, pero, ahora que sabían a quién buscaban, era solo cuestión de tiempo. El tipo era un fugitivo, después de todo. Probablemente había entrado en pánico y estaba asustado, pensando que ya no tenía donde esconderse.

Por supuesto que sí. Él mismo había emitido la orden de búsqueda en todo el estado a última hora la noche anterior. Si Duncan estaba en la zona, algún ansioso poli local lo pondría en su punto de mira.

Sanders se puso a trabajar en su informe. No volvió a levantar la vista hasta el mediodía. Entonces se sorprendió al ver la hora que era y que Rainie aún no había aparecido.

Algo le preocupaba. Algo que no le gustaba.

Abe Sanders intentó localizarla en su casa. Luego probó la radio de su coche patrulla. Y entonces empezó a entrar en pánico, porque no respondía en ninguna parte. A todos los efectos, la agente Lorraine Conner había desaparecido de la faz de la tierra. Y aunque a Abe no le gustaran los métodos de Rainie, sabía que no era típico de ella.

TREINTA Y UNO

Sábado, 19 de mayo, 12:16 p. m.

Becky estaba sentada en su estrecha cama, rodeada de peluches y abrazando a Gran Oso contra su barriguita. Sus padres hablaban con tristeza en la sala de estar. Intentaban bajar la voz, como hacían cuando estaban enfadados el uno con el otro, pero no querían que nadie lo supiera. A Becky le pareció que su mamá había estado llorando. Y su papá estaba de muy mal humor. Cuando Becky se levantó esa mañana, él había entablado el armario del pasillo. Le dijo que las niñas debían dormir en camas y que, ¡por Dios!, más le valía acostumbrarse a la suya.

Becky no creía que su mamá estuviera de acuerdo con eso. A Becky no le importó. También tenía un armario en esa habitación. Había elegido el armario del pasillo solo porque estaba más cerca de donde dormía su papá. Y, por mucho que a Becky le gustara Gran Oso, no sabía si le serviría de nada en una pelea. Al fin y al cabo, solo estaba hecho de relleno, con un botón como nariz.

Su mamá y su papá estaban discutiendo sobre Danny.

—¡Necesita ayuda, Shep! Una ayuda profesional que no va a conseguir en un centro de menores.

—¡Ya lo sé! Pero tenemos que ser pacientes, Sandy. Ya oíste lo que dijo el abogado. Si Danny habla con la persona equivocada, podría acabar en los tribunales. Entonces, ¿qué tipo de ayuda recibiría? Tenemos que esperar hasta que terminen los exámenes forenses. Entonces sabremos más.

—¿En seis meses o un año? ¡Por el amor de Dios!, ya está bajo observación por riesgo de suicidio...

—Lo están cuidando bien.

—No tiene a nadie con quien hablar. Tenías que haberlo escuchado esta mañana. Suplicaba morir. ¡Maldita sea, es nuestro hijo!

Becky se deslizó fuera de su cama con Gran Oso. Con cuidado de no hacer ruido, se acercó con sigilo a la sala de estar y se presionó contra la pared del pasillo.

—No podemos hacer nada más —afirmó su padre con brusquedad—. Solo tenemos que... confiar en que superará esto.

—No.

—Sandy...

—Hay otra opción.

—¡De ninguna manera!

—¡Él lo hizo, Shep! Por el amor de Dios, no te tapes los oídos como un niño. Se trata de Danny, y me llamó a las seis de la mañana para decirme que había apretado el gatillo y que no puede quitárselo de la

cabeza. Solo tiene trece años. No sé cómo hemos llegado a esto. Ojalá lo supiera. Pero de alguna manera... fue a ese colegio, Shep, e hizo lo que hizo, y ahora le está destrozando por dentro. Y podemos quedarnos aquí sentados negándolo o podemos saltar a las trincheras con él. Creo que... Creo que es todo lo que nos queda.

—¿Trincheras? No hay trincheras. Hay prisión. Y entra solo y muere allí solo. ¡Dios santo!, ¿no has estado siguiendo los otros casos? No hay segundas oportunidades para los asesinos en masa. Ni siquiera para un niño de trece años. Danny va a cumplir más cadenas perpetuas que años de vida le quedan. Fin de la historia.

—Avery Johnson dijo que si Danny estaba dispuesto a declararse culpable, era muy posible que el condado aceptara llegar a un acuerdo. Evitaría a todos la angustia del juicio.

—Mi hijo no es un asesino.

—Sí, lo es.

—Te lo advierto, Sandy.

—¡Danny disparó a dos niñas! Danny mató a Sally Walker y Alice Bensen. Esos padres tendrán que pasar por delante de unos dormitorios vacíos el resto de sus vidas. Por culpa de nuestro hijo. ¿Qué me dices de eso, Shep? ¿Qué me dices de eso?

—Maldita seas, Sandy...

La voz de Shep se interrumpió de golpe. Becky se asomó a la habitación y vio que la cara de su papá estaba hinchada y de un rojo muy feo. Tenía la mano levantada hacia atrás, como si fuera a golpear algo. Solo que era su mamá la que estaba frente a él. Ella tenía la barbilla levantada y lo miraba fijamente, como hacía Danny cuando retaba a alguien a hacer algo malo.

Becky estaba asustada. Quería gritar que pararan, pero, al igual que en el colegio, estaba tan asustada que no conseguía que las palabras salieran de su boca. No reconocía a esa gente, con sus rostros encendidos y manos malvadas. Deseaba que se fueran para que sus padres de verdad pudieran volver a casa. Echaba de menos cuando cenaban todos juntos, incluso a Danny, que ponía a escondidas sus guisantes en el plato de ella.

—Si pegas a tu esposa..., ¿te hará eso sentir mejor, Shep? —preguntó Sandy en voz baja—. ¿O tal vez, justo en este momento, te estás haciendo una idea de dónde nos equivocamos?

Shep se estremeció. Su mano bajó despacio.

—Yo lo estoy intentando —continuó Sandy en voz baja—. Me estoy esforzando más que nunca en mi vida por mantener esta familia entera. Pero ya no puedo más. Hemos fallado, Shep. En algún momento nos equivocamos, y Danny se equivocó, y la pobre Becky... Sabe Dios lo que le está pasando. Pero, tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones. Podemos hacer como si nunca hubiera ocurrido y no

sorprendernos demasiado cuando algún día recibamos la llamada de que nuestro hijo ha muerto, o podemos renunciar a lo que desearíamos que hubiera ocurrido y empezar a afrontar lo que sí sucedió.

«Danny estuvo involucrado en los asesinatos. Danny tiene problemas para lidiar con su rabia. Danny es un niño con muchos problemas. Pero también es un buen chico, si eso tiene algún sentido, y la culpa lo está destrozando por dentro. Si no lo dejamos hablar, y hablar pronto, no creo que pueda con ello. Encontrará por fin algún cubierto que sepa cómo utilizar o, peor aún, apagará sus emociones. Se volverá frío y despiadado.

«Solo tiene trece años, Shep. Quiero que tenga la oportunidad de convertirse en el hombre con el que soñamos, no en un titular de periódico. No sé tú, pero para mí eso hace que nuestra elección sea bastante clara.

—¿Qué opción, Sandy? —preguntó, cansado, el padre de Becky—. Danny ya no es nuestro. Pertenece al sistema legal, y conozco a esa bestia. En cuanto diga que es culpable, lo encerrarán de por vida. E incluso si recibe ayuda psicológica y vuelve a ser nuestro chico bueno, ¿qué demonios va a hacer nuestro chico bueno encerrado con delincuentes violentos el resto de su vida? ¿Por qué no le compramos una camiseta que diga «Viólame ahora» y dejamos que la lleve en el puto juicio?

—¡Shep!

—Sandy, ¿qué crees que va a pasar? ¿Por qué crees que tengo tanto miedo?

Su mamá se calló. A Becky le pareció que estaba a punto de llorar. Becky estaba llorando. Le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Tiene que haber otras opciones —añadió por fin su mamá, pero ya no sonaba tan segura—. Tenemos que hablar con Avery Johnson, plantear la posibilidad. Ver qué se puede arreglar...

—No puede ir a prisión, Sandy. No dejaré que eso ocurra. No lo permitiré.

Sandy se frotó los brazos.

—Ya no sé qué hacer —murmuró—. Siento... que lo peor está por venir.

—Pensaré en algo, Sandy. Es mi hijo. Dame tiempo y se me ocurrirá algo.

La mamá de Becky asintió al final. Becky agarró con fuerza a Gran Oso y se alejó de la puerta. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía la intensa sensación de que apenas podía respirar.

Quería correr a la sala de estar. Quería rodear las piernas de su padre con los brazos y rogarle que dejara en paz a Danny. Pero, al igual que en el colegio, estaba demasiado asustada. Su boca no respondía.

Volvió a su habitación. Empezó a tirar mantas y ropa en su armario para cubrirse. Gran Oso necesitaría un lugar para esconderse. Y la señora Escarabajo y Polly Poni y su nuevo gatito. Becky tenía mucho trabajo que hacer.

Iban a pasar cosas malas si la gente empujaba a Danny. Cosas muy malas. El monstruo seguía ahí fuera, y si Danny no era listo, si Becky no era lista, los mataría a todos. Lo había prometido.

Rainie comenzó sus preparativos en el momento en que colgó el teléfono con Quincy. Primero cortó el césped. Luego se encargó de los laterales. La hierba alta haría que las huellas fueran demasiado fáciles de ver para lo que tenía que pasar después.

Se puso una máscara, agarró una pala, dejó que el teléfono sonara y se puso a trabajar, sin permitirse pensar en lo que había que hacer. Después volvió a rastrillar la hierba para cubrir las marcas. Luego se dio una larga ducha caliente y se quitó la tierra densa y húmeda de las manos.

Otra hora, trabajando con la escopeta, por si acaso.

Poco después de las dos, cuando volvía del maletero de su coche patrulla con su 9 milímetros de repuesto y su calibre 22 de reserva, su teléfono empezó a sonar de nuevo. No contestó, pero entonces oyó la voz de Luke en el contestador.

Levantó el auricular mientras él seguía diciendo su nombre.

—Estoy aquí.

—¡Dios, Rainie!, ¿dónde demonios has estado? Sanders se está volviendo loco tratando de localizarte.

—Estaba cortando mi césped. ¿Cómo van las cosas en Portland?

—Confusas. —Luke sonaba desconcertado. Ella podía oír el ruido del tráfico, así que debía estar llamando desde el móvil—. ¿Te has cogido la mañana para trabajar en el jardín?

—La hierba no parecía darse cuenta de que el asesinato era una buena excusa para no crecer. ¿Por qué están las cosas tan confusas en Portland?

—Daniel Avalon ha desaparecido. Habíamos quedado esta mañana en su despacho, pero su secretaria me ha estado dando largas poniendo una excusa pobre tras otra. Al final lo intenté con su mujer. Parece que el señor Avalon no fue a casa anoche. Y, escucha esto, pasé por su cabaña de caza de camino a Portland. No cabe duda de que la han usado recientemente.

—Y crees que es Dave Duncan.

—Bueno, con el disfraz adecuado... ¡Demonios!, todo es posible. —Luke suspiró—. He emitido una orden de búsqueda con su descripción «normal», además de una descripción de su coche y de la cabaña. Es lo más que puedo hacer por ahora.

—Estoy segura de que aparecerá en breve —aseveró Rainie con

neutralidad. Su mirada ya se había dirigido a su terraza trasera.

—Rainie... Hice que Angelina me mostrara el armario de las armas. Falta una de las escopetas. No creo que eso sea bueno.

—Fuego con fuego —murmuró Rainie.

—Voy a volver a Bakersville, ¿vale? Ya no tengo nada que hacer aquí y me sentiría mejor si volviera a la ciudad.

—Lo que consideres mejor, Luke.

—Bien —respondió, dudoso. Podía oír las preguntas no formuladas todavía en la voz de él. Ella y Luke se conocían desde hacía mucho. Él acudiría si ella se lo pidiera. Moriría por ella si fuera necesario; era de esa clase de hombres.

Pero ella también era quien era y no podía pedirle a nadie que pagara por sus pecados.

—Rainie... —comenzó a decir.

—Soy mayorcita, Luke. Sé lo que estoy haciendo —afirmó ella.

Colgó el teléfono. Se hacía tarde y no tenía mucho tiempo que perder. Llevaba una sencilla camisa blanca de algodón, cubierta por una chaqueta ligera, perfecta para ocultar su pistola. La combinó con unos vaqueros largos acampanados por el tobillo. Perfecta para disfrazar su calibre 22 de reserva.

Cogió su identificación. La necesitaría para entrar en el centro de detención juvenil del condado de Cabot. Después de eso, sin embargo, se consideró sola en el asunto. No como la oficial Lorraine Conner, sino solo Rainie, haciendo lo que debió haber hecho hacía días.

Preparó una última sorpresa en la sala de estar, por si acaso. Luego miró el reloj. Estaba programado que trasladasen a Danny a las cinco de la tarde. Shep había decidido que quería que Danny fuera examinado en el hospital psiquiátrico cercano. Eso no le proporcionaba a ella mucho tiempo.

Rainie salió a la carretera en su propio Nissan destartalado. Una hora más tarde estaba sentada frente a Danny O'Grady, cuyo rostro delgado y demacrado se parecía mucho al de ella.

—Danny —dijo en voz baja—, creo que es hora de que hablemos.

No se fue hasta que él se lo contó todo.

Quincy caminaba cansado por el pasillo del hospital hacia la habitación que esperaba no volver a ver nunca más. Había tenido que pasar por Chicago de camino a Dulles, y su maldito vuelo desde Portland había aterrizado con cuarenta y cinco minutos de retraso, obligándolo a correr hacia su puerta de embarque. Le aterrorizaba perder su vuelo de conexión, le aterrorizaba quedarse tirado en O'Hare. Le aterrorizaba tener que llamar a Bethie y decirle que se perdía otra ocasión trascendental en la vida de su hija. Aunque esa sería sin duda la última. Ja, ja, ja.

Sus pensamientos eran crudos. Se sentía a la vez exhausto y excitado,

como cuando se acercaba a la escena de un crimen reciente, y eso le inquietaba aún más.

Algunas enfermeras lo vieron pasar y lo saludaron con un gesto de cabeza. Reconoció sus caras, pero no recordaba sus nombres.

Por fin estaba en la puerta. Percibió ese maldito olor otra vez y la abrumadora sensación de blancura. Lo habían educado para creer que la muerte vestía de negro. Se sintió traicionado sin necesidad.

Se armó de valor, pues no conocía otra forma de entrar en la habitación, y luego abrió la puerta con energía.

Bethie estaba acurrucada en una silla junto a la cama, profundamente dormida. Su cabello oscuro se había aclarado en los últimos años, pero se curvaba con gracia alrededor de sus hombros. Con sus pantalones de color topo y su fino jersey de seda, parecía demasiado elegante para estar pasando sus días en una habitación de hospital. Quincy se sintió culpable al instante, su emoción más habitual cuando se trataba de su exmujer.

Se aclaró la garganta. Ella se despertó despacio, parpadeó con sus ojos azules y pareció sobresaltarse al verlo.

—¿Pierce? ¿Ya has terminado de salvar el mundo? Creí que te llevaría al menos otra semana.

Quincy ignoró su sarcasmo y miró a su hija mayor. La cara de Amanda seguía cubierta de gasa blanca. Tubos y agujas sobresalían de su figura postrada y casi ocultaban un cuerpo que antaño había estado definido por una esbelta gracia. La violencia de mantenerla con vida lo conmocionó una vez más. Ralentizó sus pasos.

—He venido tan rápido como he podido —le comunicó a Bethie mientras cogía la mano de Mandy. La apretó con suavidad. No hubo respuesta. Estudió sus pequeños y pálidos dedos contra la palma de su mano. Se maravilló de sus uñas, que crecían largas y rosadas mientras el resto de su cuerpo se marchitaba. Parecía que fue ayer cuando aquellos dedos de bebé agarraban con fuerza su pulgar.

—No lo entiendo —comentó Bethie desde detrás de él—. Pensé que ya habías tenido suficiente.

—No iba a perderme esto, Bethie. Siempre he tenido la intención de estar aquí presente una vez que estuvieras lista.

—¿Cuando estuviera lista para qué?

Quincy se dio la vuelta. Seguía sosteniendo la mano de Mandy, pero ahora registraba el genuino desconcierto en el rostro de su exmujer. Se le encogió el estómago. Algún lugar profundo de su interior acababa de helarse.

—Alguien del personal del hospital me llamó. Estás preparada para apagar el soporte vital...

—¡Claro que no!

—Bethie...

—¿Es esto algún tipo de truco tuyo, Pierce? ¿Crees que este pequeño melodrama me va a obligar? Porque no funcionará. No voy a matar a mi hija solo para ajustarme a tu horario.

—Bethie... —Pero ya no dijo nada más. Ella no tenía ni idea de lo que él estaba diciendo. Le habían tendido una trampa y había caído en ella tan sumiso como un ratón.

«¡Oh, Dios!, Rainie».

Quincy volvió a colocar la mano de Mandy sobre la sábana. Le besó la sien. Sus manos habían empezado a temblar.

—¿No hay cambios?

—No hay cambios —respondió Bethie con rigidez.

—¿Y Kimberly?

—Instalada de nuevo en la universidad, supongo. No es que se moleste en llamar.

Quincy asintió e intentó no parecer demasiado precipitado mientras se dirigía a la puerta.

—Gracias por la visita —expresó Bethie con sarcasmo a su espalda—. Vuelve otra vez.

Quincy se detuvo un momento en la puerta.

—No es culpa tuya —declaró el con sinceridad—. Lo que le pasó a Mandy no fue tu culpa.

—No me culpo —replicó Bethie con voz espesa—. Te culpo a ti.

Quincy se dirigió al pasillo. En cuanto llegó al aparcamiento, abrió el móvil. Su primera llamada fue a su amigo del laboratorio criminalístico, que había recibido el sabot a última hora de la noche.

—¿Lo has introducido en DRUGFIRE?

—¡Caramba!, Quincy, yo también me alegro de saber de ti.

—No tengo tiempo, Kenny. ¿Hasta dónde has llegado con el sabot?

—Bueno, si te hubieras molestado en revisar tu buzón de voz, sabrías que he estado trabajando en ello toda la maldita noche. El estriado coincide con otros dos tiroteos, Quincy. Otros dos tiroteos en colegios. Y ambos casos se consideran cerrados, con dos chicos en la cárcel. Así que si estos crímenes siguen ocurriendo... Lleva tu trasero a Quantico, Quincy. Estás muy solicitado.

—Me vuelvo a Oregón. Envía todo por fax al número de Bakersville tan pronto como puedas.

—¿Estás loco? Tenemos la misma arma utilizada en tres tiroteos escolares distintos en tres ciudades distintas en un periodo de diez años. ¿Qué crees que va a pasar después?

—Va a matar a Rainie —se limitó a revelar Quincy—. Forma parte de su juego. Llevarla al límite, luego atacar cuando ella haya tocado fondo. Y no lo he visto venir. ¡Mierda!, no lo he visto venir, ¡y ahora estoy al otro lado del puto país!

Y entonces colgó el teléfono y se subió a un taxi, donde gritó al

conductor que fuera rápido, rápido, rápido, mientras pensaba en su hija y en todos esos momentos de su vida en los que no había hecho lo suficiente.

TREINTA Y DOS

Sábado, 19 de mayo, 4:48 p. m.

Danny estaba agotado. Mucho después de que Rainie se marchara, permaneció tumbado en su cama, hecho un ovillo, con la vista fija en el mismo punto del suelo. Se lo había contado todo. No debería haberlo hecho, pero lo hizo, y ahora estaba agotado.

Ella le dijo que los secretos empeoraban las cosas. Ella le dijo que los secretos le otorgaban a ese hombre poder sobre él. Danny ya no tenía nada claro. Por su cabeza pasaban muchas imágenes. Deseaba poder apagar su cerebro y hacer que todo desapareciese.

Esa mañana le habían empezado a temblar las manos, y ya no paraban. Esa mañana el frío lo había abandonado y ahora lo invadía un dolor ardiente. Odiaba sentir su propia piel. Odiaba contemplar su rostro en el espejo. Quería algo afilado para poder rebanarse los dedos. Así no tendría que verlos sosteniendo un arma o apretando un gatillo. Entonces le dolería por fuera igual que le dolía por dentro, y de algún modo eso sería más correcto.

Estaba cansado, pero no podía dormir. Estaba preocupado por Becky. Debería obligarse a moverse, hacer algo, aunque no sabía qué.

Resonaron pasos en el pasillo. Apareció uno de los guías. Sonreía contento, como un payaso.

—Ya es la hora —anunció con voz alegre.

Danny lo miró sin comprender.

—Se va de excursión, señor O'Grady. Sus padres lo mandan a la loquería. —El señor Contento se rio de su propia broma.

Danny se acurrucó más en la cama.

Dos hombres se materializaron detrás del señor Contento. Llevaban uniforme y a Danny le resultaron ligeramente conocidos. Levantaron unos grilletes en alto. Si salías de los muros del centro de detención, tenías que llevar grilletes. Ya no tenía sentido evitarlo. Se lo llevarían de una forma u otra.

Rumbo al manicomio. Le ardían las entrañas. Deseaba tener algo afilado.

Danny se levantó como le ordenaron. Levantó los brazos. El más joven empezó por los tobillos. No se los dejó muy apretados. No tan apretados como se los dejó el tipo anterior. Ese le hizo un corte y le dejó marcas. Danny supo por la expresión del rostro del hombre que esa era su intención.

Danny se quedó callado. El más joven le puso después el cinturón alrededor de la cintura. Sus manos estaban encadenadas por delante al cinturón. Estaba acabado.

El hombre mayor asintió.

—¡Danny! —pronunció de repente con familiaridad.

Danny supuso que debía conocer al hombre. Tal vez era algún amigo de su padre. Al bueno de Shep le encantaba la camaradería del uniforme. No debía resultar fácil ser policía en ese momento.

Los oficiales lo condujeron a un coche patrulla del condado de Cabot. Lo metieron en el asiento trasero y luego se montaron delante. Los dos hombres seguían mirándose entre ellos, pero no decían mucho.

Danny no hizo ninguna pregunta. No sabía por qué iba a la loquería ni por cuánto tiempo ni qué pasaría cuando llegase allí. Seguía sin hacer preguntas. Solo deseaba tener algo afilado, cortarse los dedos, no tener que mirarse las manos nunca más. «Señorita Avalon, señorita Avalon, señorita Avalon».

—¡Corre, Danny, corre!

El coche empezó a avanzar. El hombre mayor estudiaba a Danny por el retrovisor. A Danny no le gustaba su aspecto. Encogió los hombros y trató de parecer pequeño.

—¿Qué te parece? —preguntó el hombre mayor al más joven pasados diez minutos.

—Supongo que es un sitio tan bueno como cualquier otro.

—¡Eh, tú! —le dijo el hombre mayor a Danny—. Agárrate, chico.

De repente, el coche dio un volantazo. En un momento estaban en la carretera y al siguiente el coche iba dando botes por el terraplén. Danny se imaginó que el hombre intentaría frenar. En lugar de eso, pisó el acelerador. ¡Pum!

El impacto empujó a Danny contra el separador. Parpadeó un par de veces. El polvo tardó varios segundos más en disiparse. Cuando por fin recuperó la compostura, se dio cuenta de que el coche patrulla estaba aplastado contra un árbol. Salía vapor de debajo del capó. Los dos policías parecían aturdidos, y el más joven tenía sangre en la frente.

—¡Mierda! —murmuró el policía joven, tocándose el corte y haciendo una mueca de dolor—. ¡Mierda!, esto tiene que ser auténtico.

—Sal —ordenó el hombre mayor. Le sangraba el labio y su mejilla parecía magullada. Habló con más apremio—. Por el amor de Dios, chico, coge las llaves y sal del coche. ¿Tu padre no te dijo nada?

Danny se dio cuenta al final de que la puerta trasera se había abierto. ¿Lo había hecho uno de ellos o fue a causa del accidente? No recordaba cómo habían sucedido las cosas, y ya sus pies se movían, aunque sin voluntad propia.

Salió del coche. Ambos policías gemían. Alguien emitió un sonido repentino por la radio. Ellos fingieron gemir más fuerte mientras el mayor señalaba las llaves que colgaban de su cinturón multiusos.

Danny cogió las llaves y se quitó los grilletes. Entonces vio llegar otro coche de policía, salvo que ese no era del condado de Cabot. Era de

Bakersville, y Danny supo de inmediato quién salía del asiento delantero.

Danny tiró las llaves a la hierba. Saltó hacia delante, pillando al policía mayor por sorpresa, y agarró su arma.

Los ojos del hombre se volvieron blancos de miedo. Empezó a balbucear; Danny no se quedó a escuchar. La niebla se había disipado. Ya no le quedaba ninguna duda.

Corrió. Directo al barranco, estrellándose entre la maleza. Oyó gritar a los policías y a su padre.

—Espera, espera, solo intentamos ayudar. Hijo, por favor...

Danny corrió más rápido.

Ya tenía un arma y sabía exactamente lo que tenía que hacer a continuación. Era inteligente.

Poco después de las cinco y media de la tarde, el director Steven VanderZanden giró con el coche hacia la rotonda de entrada de su casa. Abigail estaba sentada a su lado, cogiéndole la mano. Desde el tiroteo, había sentido la necesidad de tocarlo. Le acariciaba la mejilla más a menudo, lo engatusaba para que se levantara de su sillón y se sentase con ella en el sofá, y dormía con su cuerpo pegado al de él.

Hacía años que no se mostraba tan cariñosa, y justo después del tiroteo Steven no supo cómo sentirse al respecto. Su tristeza y culpa por Melissa lo habían dejado necesitado, agradecido por el contacto. Y, sin embargo, cuanto más amable era su mujer, peor se sentía él.

Ese día se había dado cuenta de que tenía que contarle la verdad a su mujer. Limitarse a sacarlo todo a la luz. Después vería lo que ella le hacía.

Salvo que esa mañana su mujer le había sugerido que fueran a la playa, que se alejaran un poco. Los días se les habían hecho largos desde los tiroteos; había mucha gente que necesitaba sus consejos y muchas dudas que lo mantenían despierto hasta altas horas de la noche. Pasarían meses antes de que superara las secuelas, meses antes de volver a entender su papel como director y tutor de los alumnos.

Su mujer llevaba un vestido de verano nuevo que, al parecer, había comprado en Sears el día anterior. El azul brillante aportaba viveza a sus ojos, y él se encontró observándola, fijándose en cómo sonreía. Ella estaba coqueteando con él, por fin se había dado cuenta. De manera suave, sutil, para dejarle mucho espacio.

Y se encontró pensando en otros tiempos, cuando estaban recién casados y no les importaba pasarse las horas riéndose en el sofá. Pensó en cómo siempre había apreciado el sentido común de su mujer y en cómo le hacía sentirse fuerte, cuando se había pasado toda la vida siendo un enclenque de metro setenta que nunca fue el héroe del campo de fútbol. Recordaba cómo le gustaba su mujer, sobre todo en los días anteriores a la llegada de Melissa Avalon a Bakersville, que le

asombró con su sonrisa.

A las cinco de la tarde ya había tomado una decisión. Había cometido un error, un error de ego y de juicio. Esperaba que su mujer nunca tuviera que enterarse de cuánto daño le había hecho. Y ahora solo quería recuperar su antigua vida.

Se acercaron a la casa.

El primer indicio de problemas fue un destello de movimiento que Steven percibió por el rabillo del ojo. Al minuto siguiente, la luna trasera del coche estalló en una lluvia de cristales.

—¡Dios mío! —chilló Abigail.

—¡Agáchate! —gritó Steven.

Pisó a fondo el acelerador por instinto y rebasó la calzada. El coche cayó por la ladera de la colina y se detuvo en una maraña de maleza. Luchó por echar marcha atrás. No lo consiguió. Intentó ir hacia delante. Estaban atascados.

Otro disparo. La ventana lateral explotó.

Steven miró a la que había sido su esposa desde hacía quince años. Creyó saber lo que estaba sucediendo. No habría escapatoria. Melissa le había advertido.

—Corre, Abigail. Corre tan rápido como puedas —le dijo en voz baja.

Y entonces él salió y se preparó para enfrentarse a su destino.

En el ático del ayuntamiento, Sanders volvía a estar inquieto. Seis y media. ¡Por Dios!, ¿durante cuánto tiempo podía una mujer cuidar de su jardín? Típico de una lugareña. Todo iba a la perfección mientras el caso resultara emocionante. Una vez que llegaba el trabajo duro, saltaba por la ventana más cercana.

Refunfuñó un poco más, paseándose por el pequeño ático y masajeándose los nudos del cuello. Luke Hayes se había asomado un instante, pero ya estaba de vuelta en la oficina principal del departamento del sheriff, escribiendo el papeleo del día por orden de él. Sanders no sabía cómo se hacían las cosas por ahí, pero en las investigaciones interjurisdiccionales se necesitaban informes escritos actualizados, si no, las cosas caían en el olvido.

Hablando de eso.

Sanders recogió el correo de Rainie del colegio de California. Como ella no estaba, tendría que tomar cartas en el asunto.

Abrió el sobre plano y empezó a hojear el contenido.

—¡Oh, mierda! —exclamó treinta segundos después—. ¡Oh, mierda!

Y entonces, en un rincón de la sala, la radio de la policía cobró vida y emitió los primeros informes de disparos.

TREINTA Y TRES

Sábado, 19 de mayo, 7:51 p. m.

—¡Hola, Richard!

Rainie estaba de pie en su terraza trasera en la creciente penumbra. Era tarde, casi las ocho. Se había detenido a la vuelta de Cabot para tomarse un sándwich y darle una vuelta a todo en su cabeza. No había comido mucho, pero las cosas le habían quedado más claras. ¿Por qué vio la figura sombría de un hombre en su terraza trasera? ¿Por qué había un extraño hablando de su madre en un bar de Seaside? ¿Por qué estaba la escopeta en su sofá? Porque, en algún momento, ese asunto había empezado a girar en torno a ella.

Y después de haberla encontrado, el asesino no desaparecería por arte de magia. Quincy tenía razón. Aún no había terminado.

Rainie había aparcado el coche al final de la calle. Ya sabía a quién buscaba. Cuando Danny, con voz entrecortada, por fin pronunció el nombre, se dio cuenta de que ni siquiera le sorprendió.

Subió con cuidado por el bosque hasta la parte trasera de su casa. Sus esfuerzos no se vieron defraudados. Mann se encontraba tranquilamente sentado en su terraza trasera con la escopeta de su madre entre los brazos.

Subió las escaleras y le apuntó al pecho con su 9 milímetros.

—¡Hola, Lorraine! —saludó en tono de conversación—. Espero que no te importe, pero estoy cansado de preliminares.

—Bien. Levántate y te disparo.

—Lorraine. —Le dirigió una mirada burlona—. ¿No aprendiste nada hace catorce años?

—Sí —respondió con sinceridad—. A no esperar tanto. Y confesar antes hace bien al cuerpo.

Richard Mann le dedicó una sonrisa encantadora. Llevaba unos vaqueros y un jersey negros de cuello alto, lo que le hacía que resultase más difícil distinguirlo mientras la noche iba cayendo. Su pelo castaño estaba diferente. Se lo había teñido de rubio y se había retocado las cejas y las pestañas. El efecto era sorprendente: de joven profesional conservador a aspirante a estrella del rock. Rainie comprendió lo que eso significaba. Richard no pensaba continuar su papel protagonista como orientador escolar de Bakersville. De hecho, solo estaba ocupándose de un último cabo suelto antes de alejarse hacia una nueva vida.

—Me metí debajo de tu porche —señaló Richard—. ¿Por qué lo cambiaste de sitio?

—Tenía mis razones.

—Fuiste a ver a Danny hoy, ¿no? Seguro que a estas alturas ya sabes

que puedes hablar conmigo. De hecho, lo más seguro es que sea la única persona en la ciudad que puede entenderte de veras.

—Eres un cabrón enfermo y retorcido, Richard. Soy policía. No hay nada que entiendas.

Él lanzó una carcajada con sincera diversión.

—De verdad lo crees, ¿no, Rainie? Qué inteligente. Has manipulado tu conciencia para permitirte vivir. Pero siento curiosidad. Esto de la cerveza. Llevo meses observándote y tengo que saberlo. Cuando tiras la cerveza por encima de la barandilla de tu terraza, ¿qué dices?

—No es asunto tuyo.

—Y una vez más me decepcionas. Tenía tantas aspiraciones contigo al principio, pero luego te volviste quisquillosa y aburrida. Ya no estoy seguro de que me gustes.

—Es muy probable que sea por la pistola —le aclaró—. Levántate y ríndete. Veremos si eso mejora en algo tus sentimientos.

—No, gracias —contestó él sonriendo—, me siento más cómodo dejando las cosas como están. Soy bueno en mi trabajo, tienes que admitirlo. Un buen orientador escolar debe ser capaz de liderar e inspirar. Y vaya si lideré e inspiré. Tendrías que haber visto la cara de Melissa al final. De verdad no tenía ni idea.

—¿Para eso has venido? ¿Para regodearte?

—Ya sabes por qué he venido.

—A mí no puedes manipularme con tanta facilidad como a un niño de trece años —manifestó Rainie con aspereza.

Richard se levantó de golpe.

—No. Tú eres aún más fácil.

Él dio un paso adelante.

—Detente o disparo.

—Pero, Lorraine, soy un hombre desarmado —replicó después de tirar la escopeta a un lado.

—¡No me llames así!

Dio otro paso adelante.

—Sabes que quieres hacerlo. Matar se te mete en la sangre. Resulta difícil la primera vez, pero es mucho más fácil después. He leído que libera potentes sustancias químicas en el cerebro. No existe otro subidón igual. Créeme, lo sé.

—¡Quieto!

—Vamos, Lorraine, solo aprieta el gatillo. Has estado hablando con Danny, sabes lo bien que se siente. Me odias. Me odias por manipular al chico. Me odias por ayudarlo a matar a esas niñas. Me odias por meterlo en tus sueños. Sí, te he observado mientras duermes. Sé que todo vuelve a estar en tu cabeza. Así que aprieta el gatillo, Lorraine. Hazlo una vez más, disfrutando de la dulzura y la satisfacción. Recuerda el poder. Celebra tu rabia.

—¡Maldita sea! —Bajó la pistola hacia su rodilla y, cuando él dio otro paso hacia ella, disparó.

Y el arma automática emitió un pequeño chasquido hueco.

Richard se rio y recogió la escopeta de la madre de Rainie, sosteniéndola con un agarre relajado en sus brazos.

—¿Guardas un arma en una caja de zapatos en tu armario? Ni siquiera me complicas mucho la vida.

Rainie seguía mirando su Beretta.

—¿Cómo? Acabo de limpiarla, cargarla...

—El percutor. Lo limé unos milímetros, lo suficiente para que no pudiera golpear el pistón. Eso fue la noche que te despertaste, pero yo ya estaba fuera para entonces. —Levantó la escopeta ante la mirada de ella—. Quitaste el percutor. Lo sé, lo comprobé. Hazme caso... eres demasiado obvia. Nunca hagas mucho, Lorraine, si con un poco te arreglas. Son las grandes decepciones las que siempre vuelven para perseguirte.

—Yo no sacaría brillo a tus lecciones todavía —contraatacó Rainie. Dejó que la 9 milímetros cayera de sus dedos y luego retrocedió, tratando de darse más tiempo para su siguiente movimiento. La pistolera del tobillo. Había guardado la calibre 22 bajo llave en una caja dentro del maletero de su coche patrulla. Le costaba creer que él hubiera sido capaz de acceder a ella—. No lo estás haciendo muy bien esta vez. Ese tiro limpio en la frente a Melissa Avalon...

—Ya lo he hecho tres veces. Siempre el profesor de informática, siempre de un solo disparo en la frente. Nadie ha encajado nunca las piezas. Una vez que un asesino en masa es detenido, ¿quién empieza a comparar su trabajo con el de otros homicidas? Pregúntale a tu amigo Quincy. Los tiroteos se consideran crímenes puntuales.

—Pero sabíamos que estabas involucrado...

—Por favor, el sabot era una tarjeta de visita. Tarde o temprano necesitaba que alguien me prestara atención para poder divertirme. Por el amor de Dios, os proporcioné No Lava. Incluso te invité a visitar en persona mi despacho para que pudieras ver la ventana que utilizaba para salir del edificio y encontrarme con Danny fuera. Al menos, podríais haber considerado la posibilidad.

—Lo hicimos. Parecía descabellado.

—Sí, bueno, los polis tenéis mentes singularmente lineales —concedió Richard, encogiéndose de hombros—. Es donde os equivocáis. La violencia es un acto creativo. Requiere paciencia y cuidado. Llevo más de un año prestando atención a Danny O'Grady. Haciendo que fuera sintiéndose cómodo en las redes poco a poco. Haciéndole saber que sus sentimientos de rabia e inadecuación son comunes y aceptables. Después resultó fácil. Lo conocí en persona. Le mostré que soy un tipo legítimo..., su orientador escolar privado, de

hecho. ¿Cómo vas a dudar de lo que te dice el orientador del colegio? «Tienes que defenderte, Danny. Demuéstrales a todos, incluyendo a tu padre, quién manda».

«Por supuesto, nunca mencioné a Melissa Avalon. Lo dejé como una sorpresa de última hora. Él solo tenía que llevar las armas y sus agallas; yo lo ayudaría a adoptar una postura. Cuando entramos por la puerta lateral del colegio, el chico temblaba como un flan. Pero deberías haber visto la mirada de determinación en su cara. ¡Caray!, cómo me enorgullecí. Aunque parezca irónico, me sentí como un padre. Y entonces entré en el aula de informática y apunté a la guapa Melissa Avalon.

Richard bajó la voz. Se inclinó hacia delante con aire conspirador.

—El truco está en la duda —le confió—. Dejas que el chico valore la situación. Que entienda que tiene la posibilidad de intervenir. Y entonces, mientras aún está conmocionado y aturdido, tratando de encontrar su conciencia, ¡pum!, aprietas el gatillo. La adorable profesorcilla cae abatida. Y el niño es todo tuyo. No defendió lo que era correcto. Ahora tenía que ser malo. Le dije al chico que se dejara llevar, y lloró como un bebé, pero no defraudó. No dispara nada mal, la verdad, teniendo en cuenta que estaba demasiado asustado como para cruzar la puerta de la sala de ordenadores. Puede que Shep sea un profesor decente después de todo, al menos en lo que a armas respecta.

Mann se balanceó sobre sus talones. Suspiró y terminó satisfecho:

—Danny se cargó a dos niñas pequeñas, y en cuanto todo el mundo abandonó el edificio en una oleada de confusión masiva, yo salí tan campante por la derecha del escenario. Pan comido, como las veces anteriores.

—No del todo. Becky te vio.

Mann se limitó a encogerse de hombros.

—Supongo que intentó hacerse la heroína y encontrar a su hermano. Mala suerte para ella, al correr por el pasillo y descubrir a su propio hermano y al orientador escolar sosteniendo las armas todavía echando humo, como suele decirse. Pero no fue tan malo para mí. Me limité a amenazar con matar a Danny si Becky hablaba, y con matar a Becky si Danny hablaba. Voilà. Si la gente criara hijos más insensibles, mi trabajo sería muy difícil. Sin remordimientos de conciencia, por supuesto, hay muy poco que manipular.

—¿Y por eso creaste a Dave Duncan, un extraño rondando por Seaside? ¿Más necesidad de manipular?

Mann sonrió con gesto depredador.

—Vamos, Rainie. Se ha cometido un asesinato..., ¿qué hacen los brillantes policías? Convocan a los vecinos. Antes, esa era toda mi ventaja. No tenía ninguna relación aparente con lo sucedido, así que a

nadie se le ocurría siquiera interrogarme. Pero se volvió aburrido. Esta vez me hice pasar por lugareño... Y se me dio bastante bien, si se me permite decirlo. Pero entonces podrían someterme a algún interrogatorio, y como más o menos robé una identidad, podría descubrirse si alguien presionara demasiado. ¿Cómo cubrirlo? Lo sabía. Me inventaría algún forastero ajeno a la ciudad para que lo persiguierais. Inteligente e irónico. Algún día tendré que escribir un libro.

—No es por reventar tu burbuja, Richard, pero, si eres tan bueno, ¿por qué sé que eres el tirador? Y Danny ha admitido que lo eres. A propósito, ya he llamado a los demás y les he dejado mensajes sobre ti. Acéptalo, la fiesta se ha acabado. —Rainie estaba mintiendo al decir que les había dejado mensajes a Sanders y Luke, pero a Mann no pareció importarle.

—No van a venir, Lorraine. ¿Aún no lo entiendes? Tu héroe Quincy se ha ido corriendo a los brazos de su exmujer. Y tus amigos el detective Sanders y el agente Hayes están lidiando con otro tiroteo al otro lado de la ciudad. ¿O no te has enterado? Parece que alguien envió a Daniel Avalon una copia de una cinta privada que su hija grabó de ella y su nuevo amante en flagrante delito. Supongo que fue demasiado para el señor Avalon. Buscó al bueno del director VanderZanden y llevó su escopeta favorita. —Richard se cubrió los labios con delicadeza—. ¡Uy! Solo quedamos tú y yo, Lorraine. Hablemos.

—¿Por qué? Ya te divertiste. ¿Qué tengo yo que ver?

—Dime cómo te sentiste aquella tarde. Dime cuánto disfrutaste matando al hombre que disparó a tu madre.

—Vete al infierno.

—Te sentiste genial, ¿verdad? No te gusta admitirlo, pero te entró una emoción secreta. Y te gusta revivirlo, ¿verdad, Lorraine? Cada vez que pisas tu terraza trasera. Cada vez que levantas tu cerveza en un brindis silencioso por el hombre al que te cargaste.

—Richard, he cambiado de opinión. —Rainie se sentó en un banco cercano. Lo seguía observando—. Te diré lo que digo cada vez que tiro una cerveza.

—¿Qué? —preguntó de veras sin aliento.

—Brindo por mi madre. —Sus dedos bajaron hasta el tobillo.

—¿La regañas? ¿Le envías un gigantesco «Vete a la mierda» post mortem? ¡Oh!, eso me gusta. Yo hago lo mismo una vez al año.

—No. —Su mano se cerró alrededor de la pequeña empuñadura de su pistola—. No le digo que se vaya a la mierda. Ella trató de detenerlo, imbécil. Tardó en creer, pero al final le dijo al tipo unas cuantas cosas. Y entonces él le voló la cabeza. Así que no, no le digo «Vete a la mierda». Le digo que lo siento. Le digo que debería haberlo matado

antes. Y luego le digo que espero que haga bastante calor ahí abajo en el infierno.

Ella sacó su calibre 22.

—Adiós, Richard.

—Demasiado tarde, Rainie. Danny está justo detrás de ti.

Rainie oyó crujir una tabla. Se giró por reflejo y vio la cara pálida y sorprendida de Danny. Se dio cuenta de su error demasiado tarde. Intentó darse la vuelta. Lanzó un disparo salvaje y desesperado.

Entonces Richard golpeó con furia el costado de su cabeza con la escopeta de su madre.

Richard se adelantó con rapidez. Apuntó a Danny con la escopeta inservible y le dijo:

—Dame el arma.

Danny miró la figura desplomada de Rainie. El chico le entregó su arma de fuego. Richard sonrió. Era como quitarle un caramelo a un niño. Metió la pistola en la cinturilla trasera de sus vaqueros y dejó la escopeta de Rainie en el suelo del porche.

—Te liberó tu padre, ¿no?

El chico no dijo ni una palabra. Se limitó a mirar hambriento la pistola de Richard. Sin embargo, Richard no estaba preocupado. Danny estaba demasiado acobardado por su padre para hacer algo audaz. Esa había sido la mitad de la diversión.

Richard se agachó y, con cierta dificultad, se subió a Rainie al hombro.

—Me delataste, ¿verdad, Danny? ¿No te dije que los chicos listos no se chivan? Los chicos listos se callan si quieren mantener a salvo a sus familias.

Danny se quedó sin palabras.

—Bueno, ahora solo queda una cosa por hacer —anunció Richard con un suspiro—. Vamos a tener que matar a tu hermana. Reglas, Danny. Pregúntale a mi viejo. Tienes que atenerte a las reglas.

El vuelo de Quincy no aterrizó en Portland hasta las nueve de la noche. Luke se reunió con él en la puerta y empezó a informarlo mientras ambos caminaban medio a pie, medio trotando, hasta su coche aparcado de forma ilegal.

—Su vecino informó haber oído un disparo poco después de las ocho de la tarde —notificó Luke—. A decir verdad, no recibimos esa llamada hasta casi las nueve.

—¿Por qué tan tarde?

—Porque estábamos ocupados con otro tiroteo, y la central se confundió. Daniel Avalon desapareció ayer por la tarde. Hoy ha aparecido en Bakersville, tratando de volarle la cabeza a Steven VanderZanden.

—¿Hay víctimas?

—Todavía no. VanderZanden terminó magullado y golpeado, pero por fortuna Avalon es un pésimo tirador. Por otra parte, la mujer de VanderZanden se dio cuenta de qué iba el asunto por todos los insultos e improperios. Aún no sé cómo le irá a VanderZanden con ella.

—No hay furia en el infierno como la de una mujer despechada —murmuró Quincy.

Alguien se acercaba hacia ellos a toda velocidad con un carro lleno de equipaje. Ambos se desviaron de golpe y siguieron corriendo.

—¿Cuándo llegaron los oficiales a la casa de Rainie?

—Hace quince minutos. Hasta ahora no hay señales de ella, pero hay salpicaduras de sangre en la terraza. Sanders cree que él la tiene.

—¿Ha habido alguna llamada, alguna muestra de vanagloria? Le encantan los juegos. Todo esto ha supuesto una gran aventura para él.

—Sí, bueno, estamos tratando de cortarle la diversión. La buena noticia es que Sanders abrió el expediente de personal de Richard Mann sobre las seis y media. Lo primero que vio fue una foto en blanco y negro del verdadero Richard Mann, que desde luego no coincidía con nuestro orientador favorito. Ya había llamado a un par de uniformados para que acudieran a casa de Mann cuando comenzó el tiroteo en la residencia de los VanderZanden.

Llegaron al coche patrulla de Luke. Quincy tiró sus maletas en el suelo del vehículo y subió. Luke encendió las sirenas. Se pusieron en marcha.

—¿Qué encontraron en la casa de Mann? —preguntó Quincy, agarrándose al salpicadero mientras Luke tomaba una curva brusca.

—Encontramos un ordenador. Un policía pulsó la barra espaciadora y en el monitor apareció una pantalla que decía: «Yo también te quiero, baby». Entonces explotó todo. Por suerte, fue una carga pequeña y nadie resultó herido.

—¡Joder! —Quincy golpeó el salpicadero—. Hemos estado bailando todo el rato dos pasos por detrás.

—Sí, y ahora la pista de baile se está llenando. Cambiando de tema, Danny desapareció a las cinco y media de esta tarde. Dos policías del condado de Cabot lo trasladaban a un centro psiquiátrico cuando se salieron de la carretera. Supuestamente, cuando recuperaron el conocimiento, él ya había robado las llaves de sus grilletes y había desaparecido en la niebla.

Quincy miró a Luke.

—Shep —puntualizó.

Luke no dijo nada, lo que viniendo de él era un sí.

—¿Está detenido?

—Todavía lo están interrogando. Pero no hay señales de Danny, y conozco a Shep. Haría cualquier cosa por su hijo, es muy probable que

incluso esto. Pero algo ha salido mal. Está hecho un enorme flan. Si no lo conociera, diría que está muerto de miedo.

—¿Crees que Danny se escapó por su cuenta?

—No lo sé.

—¿Crees que fue a casa de Rainie?

—Estamos buscando huellas. Pregúntame cuando lleguen los informes.

—¿Danny conoce bien la zona?

—Ha cazado aquí toda su vida. Debería arreglárselas bien.

—Ponle las manos encima a Shep. Haz que se reúna con nosotros en casa de Rainie.

Luke ni se inmutó.

—Bien.

—Pídele a Sanders que envíe dos policías estatales a casa de los O'Grady. Quiero a Sandy y Becky bajo protección policial absoluta. Según la información preliminar, Richard Mann, o quienquiera que sea, ha hecho esto tres veces. En todas las ocasiones se ha producido un tiroteo masivo. Y en ninguna de las ocasiones ha habido testigos. No creo que vaya a empezar ahora.

Luke palideció, pero asintió con sobriedad.

—Luke, ¿tienes chaleco?

—Sí.

—Póntelo. Asegúrate de que todos se pongan el suyo.

—No creerás que se ha ido de la ciudad.

—Sé que no ha dejado la ciudad. Es la naturaleza de la bestia. Cada vez tiene que ir aumentando la apuesta para conseguir la misma emoción. Y, que el cielo nos ayude, está cansado de aburrirse.

TREINTA Y CUATRO

Sábado, 19 de mayo, 10:05 p. m.

Abe Sanders corrió a recibir a Quincy en cuanto llegó a casa de Rainie. La UEC estaba arrancando tablas del suelo, diseccionando el porche en busca de rastros. Unos focos gigantes iluminaban el recinto mientras unos hombres vestidos con cortavientos azul marino barrían las instalaciones palmo a palmo con linternas que iban y venían. Quincy ya había visto esa escena cientos de veces, pero seguía pareciéndole surrealista.

Ni siquiera había estado en casa de Rainie. Ahí no debería haber nada que lo relacionara con ella en su mente. Pero, cuando vio la terraza trasera enmarcada por esos árboles inmensos, pudo imaginársela de inmediato, y el dolor lo golpeó en el estómago. Recordó sus ojos vulnerables y su barbilla obstinada. Tenían tantos asuntos pendientes...

Tuvo que extender una mano para estabilizarse. Luego continuó con el asunto en cuestión.

—¿Qué han encontrado? —preguntó a Sanders.

—Está debajo de la cubierta.

Quincy siguió a Sanders. Shep también estaba allí, encorvado, con la barbilla hundida en el cuello de su abrigo, resguardándose del frío de la noche. Luke tenía razón. Shep parecía estar a punto de ponerse enfermo. Si había estado detrás de la fuga, las cosas no habían salido como estaba previsto.

Entonces Quincy se dio cuenta de que había hombres trabajando de forma frenética en la tierra que había debajo del porche, como si se tratara de un prometedor yacimiento arqueológico. Desempolvaban, iluminaban con sus lámparas fluorescentes y categorizaban. Se llevaban montones de tierra.

—Parece una tumba reciente —indicó Sanders—. Justo debajo del suelo de la terraza. Pero todo lo que hemos encontrado hasta ahora son algunos hilos viejos y grava. Todavía están trabajando en ello.

Quincy miró a Shep. El sheriff había afinado los labios. Quincy comprendió. Estaban contemplando el lugar de descanso final del hombre que mató a la madre de Rainie. Y también comprendió quién lo había puesto allí.

—¿Algo más? —preguntó Quincy.

—Encontramos una vieja escopeta —respondió Sanders—. Shep ya la identificó como el arma que se usó para matar a Molly Conner hace catorce años. En teoría, es un caso abierto, por lo que todas las pruebas materiales han estado guardadas en el almacén de la policía estatal, en Portland. Pero hace dos días, un joven que dijo ser del

departamento del sheriff de Bakersville fue a revisarlas. Proporcionó el número de placa de Rainie, que el incompetente policía a cargo nunca comprobó. Y resulta que ese nuevo agente de policía de Bakersville coincide con la descripción de Richard Mann.

—Ha ideado esto muy bien.

—Ni que lo diga. Tenemos un montón de huellas dactilares de su casa, pero va a llevar un tiempo comprobarlas en el sistema. Lo hemos estado llamando Mann, aunque al parecer el verdadero Mann está dando clases en algún pueblo remoto de Alaska y no tiene ni idea de que alguien le ha robado la identidad. Cuando vuelva a la civilización, se llevará una sorpresita.

—Mann continua por aquí —agregó Quincy.

—Sería un idiota si se quedase en la zona. Tenemos hombres por todas partes.

—Es un adicto a la adrenalina. Ha llegado hasta aquí. Lo llevará hasta el final.

—¿Qué cree que pretendía?

—Ya no estoy seguro. Al principio, creo que pensaba actuar como siempre. Identificó a un chico con problemas y encontró una identidad que podía usar como artimaña. No se ha precipitado. Ha ejecutado tres crímenes complicados en el espacio de diez años. Se toma su tiempo, es cauto. Piense en lo que acabamos de estar comentando: actúa con un doble plan de contingencia. Así que, incluso si atravesamos el primer muro, simplemente nos encontramos con la siguiente capa de defensa.

«Mi opinión es que era demasiado bueno. Cometió dos crímenes espectaculares y nadie estuvo ni siquiera cerca de descubrirlos. ¿Dónde está la emoción en eso? ¿Dónde está el subidón? Así que esta vez empezó a arriesgarse más. Se quedó después del tiroteo. Nos proporcionó más pistas, pero yo no las vi. Toda su perorata sobre en qué consiste ser un buen padre. Se refería a sus propios problemas con su padre, por supuesto. Luego ese discursillo en el funeral sobre cómo había llegado a la conclusión de que Danny no podía ser el tirador. Danny era demasiado inteligente, demasiado sofisticado para usar la fuerza con descaro. No estaba hablando de Danny. Hablaba de sí mismo.

«Y luego llegamos a Rainie. Le trajo la escopeta, el arma que la mayoría del municipio cree que ella misma utilizó para matar a su propia madre. Eso debió cautivarlo. He aquí una mujer de la que se rumorea que hizo justo lo que él fantaseó con hacer todos los días de su infancia. Seguro que le pareció gloriosa.

—¿Cree que quería que huyera con él? ¿Que se convirtiera en su compañera? —preguntó Sanders con incredulidad.

Quincy sacudió la cabeza.

—No. Creo que cometió el mismo error que todos en esta localidad. Ella no disparó a su madre, y eso lo decepcionó sobremanera.

Sanders pudo completar el resto.

—Y si está decepcionado...

—Si no los encontramos pronto —manifestó Quincy en voz baja—, dudo que sobreviva más allá de esta noche.

De repente, se oyó una voz en lo profundo del bosque.

—¡Por aquí, por aquí! —gritó un técnico—. ¡Tengo algo!

Corrieron. Allí, en el suelo, había un trocito de algodón blanco, como arrancado de una camiseta.

—Se adentraron en el bosque —señaló Sanders con gesto triunfal—. Rápido, que alguien traiga unos perros.

—Carreteras limítrofes —puntualizó Quincy de inmediato—. Caminos forestales, rutas rurales, caminos de tierra, lo que sea. Ponga a sus hombres en ellos, porque no llegó hasta aquí a pie.

Abe, entusiasmado, empezó a hacer las llamadas, y luego se sumergieron en la maleza, desesperados por encontrar un rastro, desesperados por encontrar a Rainie.

—¡Mierda! —soltó Richard Mann por quinta vez en otros tantos minutos. Se detuvo tambaleándose, secándose el sudor de la frente y dirigiendo a Rainie una mirada que se tornaba cada vez más áspera.

Ella fingió ignorar su odio mientras se agachaba con cuidado, cosa nada fácil de hacer con las manos atadas a la espalda. Le dolía la cabeza. Había recuperado el conocimiento deprisa, pero eso no le hizo ningún favor. Richard realizó un buen trabajo cuando la golpeó con la escopeta. Le palpitaba la mandíbula; sospechaba que estaba rota. Se le había hinchado el ojo y pensó que podría tener la cuenca fracturada. Empezaba a ver doble con lo que le quedaba de visión, y el dolor era cada vez menos constante pero más agudo. ¿Una hemorragia, tal vez? ¿Un coágulo de sangre? Las posibilidades eran infinitas.

Al menos, ella reía la última. Su disparo salvaje alcanzó a Richard Mann en la nalga derecha cuando él se giró para coger fuerza con la escopeta. La había considerado una simple herida superficial, pero, al subir la empinada montaña durante un rato y empezar a apoyar más la pierna derecha, su andar ya no era firme y su rostro se había enrojecido. Cada vez hacían más pausas y paraban durante más tiempo. Resultaba difícil verlo en la oscuridad, pero ella sospechaba que estaba sangrando mucho. Se había metido el cortavientos por los pantalones para cubrirse la herida, pero debió empezar a dudar de ese sistema, porque se iba deteniendo de manera constante para comprobar si había señales de sangre en el suelo.

«Si te metes conmigo, te pego un tiro en el culo», pensó Rainie. Sonrió ante su propio humor negro y, acto seguido, hizo una mueca de dolor.

Danny seguía con ellos, en ese instante estaba sentado en silencio junto a Rainie. Aún no había dicho ni una palabra. Se había limitado a caminar, con la cabeza agachada y las manos metidas en los bolsillos de su uniforme azul. La noche era fría. No paraba de juguetear con su camiseta blanca de algodón, como si intentara entrar en calor. Rainie deseaba poder hacer algo más por él.

¡Diablos!, en ese momento, con los árboles balanceándose de manera perturbadora ante sus ojos, deseaba poder hacer algo más por sí misma.

¿Cómo salió Danny del centro de detención? ¿Y por qué se dirigió a su porche trasero? ¿Sospechó que Richard Mann podría aparecer por allí? ¿Quería ayudarla?

¿O seguía siendo cómplice de Richard? Pensó en lo que Quincy le había dicho el día anterior. Una vez que la pareja dominante conseguía que la otra matara, al más débil le resultaba demasiado difícil alejarse. Y Danny había matado. Se lo había contado a ella ese mismo día con una voz débil y aguda que sonaba tan frágil como un junco.

Ya no tenía nada claro. Intentaba mantener los pensamientos unidos en su cabeza, ordenarlos, idear un plan. Le ardía la cara y el dolor era cada vez más intenso.

Mann se puso en pie tambaleándose. Su linterna osciló de forma violenta. Iluminó dos manchas oscuras en el polvoriento sendero que le hicieron maldecir. El hombre sangraba bastante. Echo tierra con los pies sobre la sangre, agarró la rama de un árbol para borrar el rastro que dejaban y le lanzó a Rainie una mirada feroz.

—Arriba —gruñó.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Rainie.

—¡Arriba!

—Vale —respondió. Se inclinó hacia delante y vomitó sobre los zapatos de él.

—¡No me jodas! —Mann retrocedió medio metro de un salto, pateando de forma frenética arbustos y agujas en un vano intento de quitarse el vómito de los zapatos. Sus brazos se agitaban y su rostro se había puesto pálido. Rainie no lo dudó. Quizá no era un plan bonito, pero era el mejor escenario posible.

—¡Corre! —le gritó a Danny—. ¡Corre!

Y luego se lanzó contra Mann.

Cayeron en una maraña de cuerpos, la pistola salió volando de las manos de él. Oyó a Mann retorcerse y maldecir. Parecía que sus piernas y pies estaban por todas partes, y ella de manera instintiva trató de protegerse la cabeza. ¡El ojo, el ojo! ¡Oh, Dios!, la mejilla le iba a explotar, pero no podía levantar las manos. Las llevaba atadas a la espalda, haciendo que se revolcara en el suelo como un gusano

indefenso.

Richard fue tras ella y le propinó una patada brutal. Ella a duras penas logró apartarse rodando; entonces él retrocedió de repente.

¡Mierda! Iba a buscar la pistola. Rodó hacia atrás y le dio una patada lo más fuerte que pudo en la parte posterior de la rodilla. Las piernas se le doblaron bajo el cuerpo. Ella empezó a darle patadas en la cadera herida.

No podía ver ninguna señal de Danny. «Por favor, que haya logrado escapar». Si ella pudiera ganar tiempo, darle la oportunidad de alejarse más...

Richard estaba intentando ponerse en pie de nuevo. Rainie vio que su mirada se dirigía a la pistola que debía haber arrebatado a Danny y que ahora se encontraba sobre el polvo, a poco más de un metro. Él apretó los dientes y se lanzó. Ella rodó hacia la derecha tan rápido como pudo y consiguió darle una patada en un lado de la cabeza.

—¡Maldita zorra! —escupió. Entonces, de repente, se le dibujó una curiosa sonrisa en la cara.

Extendió la mano y la enroscó alrededor de un gran puñado de agujas de pino y tierra. Rainie agachó la cabeza. Cerró los ojos para protegerse, pero no tenía manos para ocultar su rostro ensangrentado mientras él le lanzaba el polvo y las agujas a la cabeza.

Escupió, parpadeó por reflejo y se clavó ocho pequeñas agujas en su único ojo bueno.

—¡Maldita sea!

Le dolió. Le dolió más que cualquier dolor que se hubiera podido imaginar. Sintió un dolor más intenso incluso del que sintió en aquellos años tan lejanos, cuando era pequeña e indefensa. A la mierda. No se achantaría. No estaría indefensa.

Se lanzó a por Richard Mann lanzando patadas y se dio cuenta por primera vez de que él estaba riéndose. Richard estaba de pie, y ni siquiera iba a buscar la pistola. Se quedó allí, viendo cómo ella se retorcía en el suelo, y le pareció divertido.

—¿Vas a algún sitio, Lorraine?

—¡Hijo de puta!

Volvió a reírse.

Ella rodó hacia Richard Mann con un grito kamikaze, y él, tranquilo, le propinó una patada en el lado herido de la cara.

Vio una explosión de luces. Vio colores llameantes y fantásticos, seguidos de una mancha blanca. Y entonces la agonía correspondiente arrancó un grito de sus labios.

—¿Ya has tenido suficiente, Lorraine? ¿Quieres probar un poco más?

Ella empezó a rodar de nuevo. No podía ver. Lo sintió ir tras ella y supo qué tipo de dolor le gustaría infligirle a continuación. Quería ser feroz y valiente, pero el dolor era demasiado intenso, y entonces huyó

por el suelo. Rodando, rodando, rodando, buscando alguna salida desesperada.

Su rótula chocó con el tronco de un árbol. Aulló. Mann se rio. Los pasos se acercaban, rápido y más rápido. Ella cambió de dirección de repente, utilizando solo la memoria, y consiguió abrirse paso por la tierra. La pistola, la pistola, la pistola. En algún lugar a su alrededor estaba la pistola.

—¡No —gritó Richard Mann de pronto.

Y entonces supo que ya era suyo. Ella rodó por encima de la 9 milímetros y la agarró con la punta de los dedos ensangrentados.

—¿Qué vas a hacer, Lorraine? —se burló Mann sin aliento—. ¿Dispararla con las rodillas?

—¡Alto! ¡Policía! —dijo ella con voz ronca, dándole la espalda.

—Dámela, Lorraine. Sé una buena chica y te prometo que te mataré rápido.

Los pasos se acercaban, sus dedos húmedos y resbaladizos intentaban frenéticamente orientar la pesada pistola, encontrar el gatillo.

Oía el sonido de la respiración entrecortada de Mann acercándose a ella. No podía verlo, tenía pocas esperanzas de apuntar. Intentaba encontrar el gatillo, tirar hacia atrás... Hacer algo, aunque solo acabara rozando su dedo gordo del pie. El arma se le volvió a resbalar. Estaba condenada.

Mann estaba inclinándose sobre ella. Él levantó la pierna para asestarle una patada en la cara...

—¡Alto! ¡Policía!

De repente, la zona se inundó de linternas. Rainie intentó enfocar sus ojos llenos de tierra. Las luces eran demasiado brillantes; las voces, demasiado lejanas. Sus dedos recuperaron la pistola mientras giraba la cabeza para ver a Richard Mann, que miraba hacia las luces. Respiraba con dificultad. Ella también. Su semblante se veía desagradable y marcado por la rabia. ¿Y el de ella?

—¡Que se jodan! —gruñó Richard Mann. Se echó hacia atrás para golpearla en la cabeza...

Y Rainie apretó el gatillo.

Richard Mann cayó al suelo, justo cuando otros tres agentes abrían fuego. Rainie se dio la vuelta. Permaneció tumbada a un metro del cuerpo de Mann y observó cómo el odio se atenuaba y extinguía despacio en los ojos del hombre.

Un instante después, Quincy se acercó. Rainie lo reconoció por su olor cuando se agachó y la acunó contra su pecho.

—He venido tan rápido como he podido —murmuró—. Te dije que lo haría.

Ahora podía ver a los demás. Abe Sanders. Luke Hayes. Shep O'Grady. Y Danny, de pie, con el brazo de su padre alrededor de sus

delgados hombros y lágrimas en las mejillas.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó ella.

—Danny nos ha dejado un reguero de trozos de camiseta. Se los ha ido arrancando y los dejaba caer por la pernera de su pantalón.

—Soy inteligente —se limitó a decir Danny.

Rainie volvió entonces la cara hacia el abrazo de Quincy. Sus brazos estaban calientes. Su corazón latía con fuerza. Era un sensación reconfortante.

«Por fin me abrazan», pensó.

Y entonces empezó a sollozar. Lloró por Danny, que había causado tanta muerte, y lloró por sí misma y por lo que sabía que debía hacer a continuación.

EPÍLOGO

Dos semanas después

Había salido el sol cuando Rainie bajaba las escaleras del juzgado del condado de Cabot. Llevaba vaqueros y una sencilla camiseta blanca, metida por dentro y ceñida en la cintura. Los días ya eran cálidos, con la promesa del verano, y después de cuatro horas en la oficina, disfrutó de la sensación de la primavera en su rostro aún en proceso de curación. La buena noticia era que la inflamación de la mandíbula y la cuenca del ojo había remitido. La mala era que su rostro lucía en ese momento alrededor de dieciocho tonos diferentes de amarillo y verde. Al menos, Richard Mann no infligió tanto daño como ella creyó en un principio. Su médico le aseguró que se recuperaría en unas semanas, después de murmurar que eso demostraba de una vez por todas que era una persona de cabeza dura. Era un sabelotodo.

La unidad especial de Bakersville había estado muy ocupada en los días que habían transcurrido desde el tiroteo de Richard Mann. Abe Sanders consiguió su deseo: la jurisdicción formal sobre el caso. También le asignaron más agentes acechándolo de los que un solo hombre podría soportar.

Los resultados de las huellas dactilares fueron sorprendentes. Richard Mann era en realidad Henry Hawkins, de Minneapolis, Minnesota. Hijo de un dominante teniente del ejército y de su mansa esposa bibliotecaria, Hawkins se mudó una docena de veces durante su infancia. Creció con dureza, según su diario, rodeado de armas y de los rápidos puños de su padre. Adquirió una personalidad camaleónica al trasladarse de una ciudad a otra, de un colegio a otro. Y perfeccionó su ira hacia los ásperos modos de su padre, hacia los otros niños, que siempre lo miraban como a un extraño, y hacia su madre, que nunca se defendió a sí misma ni lo defendió a él.

A la edad de veinte años, los padres de Hawkins murieron de manera inesperada en un accidente de coche, privándolo de cualquier posibilidad de venganza ni perdón. Ahí comenzó su conducta homicida.

Después de lo ocurrido, el FBI lo relacionó con otros dos tiroteos en colegios. En ese momento estaban revisando los casos y entrevistando a esos chicos que ansiaron la notoriedad de tal manera que acabaron en la cárcel antes que reconocer que alguien más estuvo implicado. Los federales también estaban investigando unos cuantos tiroteos más, en los que algunos chicos habían atacado de forma inesperada durante la época en que Hawkins vivía en su ciudad. No cabía duda de que algunos casos eran coincidencias, sin embargo, no estaban seguros de que eso fuera cierto para todos ellos.

Hawkins aún poseía la casa de sus padres en Minnesota. La había armado con varias bombas de tubo y trampas explosivas para hacer más interesante la vida de los investigadores. Ralentizó los esfuerzos, pero no los detuvo. Sanders dirigió esa redada, y Hawkins había encontrado su digno oponente en la naturaleza meticulosa del detective estatal.

Sin duda, pasarían meses, tal vez incluso un año, antes de que se procesaran las últimas pruebas. No es que a Henry Hawkins le importara ya. Sin nadie que reclamara su cuerpo, lo enterraron en una fosa común.

También estaba revisándose el caso de Danny. Shep y Sandy estaban trabajando en ese momento con Charles Rodríguez en un acuerdo. A Danny le quedaba todavía un largo camino por delante. Mató a dos niñas, y ni siquiera el hecho de comprender que había sido influenciado por un intruso inteligente cambiaba ese hecho.

—Todos deberíamos tener barreras en nuestro interior —argumentó el fiscal esa mañana—, límites que deberíamos saber que no debemos cruzar. Y una de esas barreras debía ser la resistencia a quitar vidas humanas. Danny no la poseía, y eso había que abordarlo.

Al final, parecía que Danny iba a admitir el cargo de homicidio con agravantes a cambio de una garantía de permanecer bajo la jurisdicción del tribunal de menores. Allí recibiría la disposición de cumplir condena en un correccional de menores hasta que cumpliera los veinticinco años como máximo. La Autoridad Juvenil de Oregón asumiría su custodia de forma oficial, realizaría una nueva evaluación de su salud mental y proporcionaría recursos para su tratamiento. Correspondería a la Autoridad Juvenil determinar cuándo estaría listo para la libertad condicional.

Sandy y Shep pusieron su casa en venta. Lo más probable era que Danny acabara en las instalaciones de Hillcrest, en Salem, por lo que estaban pensando en trasladarse allí. Shep estaba realizando entrevistas en varias empresas de seguridad. Aunque la mayoría sospechaban que él maquinó el «accidente de coche» que permitió a Danny escapar, no había pruebas de que hubiese actuado mal, por lo que su expediente seguía limpio. Sandy quería centrarse en sus hijos y participar más en la reforma de la ley de menores. En teoría, seguían casados, aunque la última vez que Rainie los vio, presenció pocos momentos de intimidad. Tenía la sensación de que habían llegado al punto de vivir juntos pero separados. Tal vez pensaban que era mejor así, por Becky.

Rainie llegó al pie de las escaleras del juzgado. Estaba intentando decidir si dirigirse a su coche o pasar el resto de la soleada tarde paseando por la ciudad cuando oyó una voz detrás de ella.

—Hola, Rainie.

Rainie se giró y lo vio de inmediato. Sonrió antes de pensar en contenerse, y ya era demasiado tarde para retractarse.

Quincy estaba apoyado en el muro de piedra, y llevaba uno de esos trajes de corte caro, con una conservadora corbata azul. Hacía dos semanas que no lo veía. Tras la escena en la ladera de la montaña, voló de inmediato a las localidades de los otros tiroteos en los colegios en los que Hawkins estuvo trabajando para ocuparse de la reapertura de esos casos. Rainie supuso que desde entonces había estado volando por todo el país, entrevistando a jóvenes y barajando más fotos de escenas del crimen.

En ese instante lo tenía delante, y nada más mirarlo se dio cuenta de que lo había echado de menos. Él le estaba sonriendo. Quizá también la había echado de menos.

—¡Hola! —saludó Rainie.

—Shep me dijo que estarías aquí.

—No sabía que hablaba con agentes federales.

—Tampoco él.

Quincy le hizo un gesto para que se pusiera a su lado. Hizo ademán de acercarse, intentando no moverse demasiado deprisa. Olía bien. Algún día tendría que preguntarle por su colonia, porque, maldita sea, le gustaba ese aroma.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Rainie.

—Esa iba a ser mi pregunta.

—A Danny le está yendo todo mejor —comentó—. Mucha gente ha salido a apoyarlo. No es que aprueben sus acciones, pero Henry Hawkins, Richard Mann, Dave Duncan o como se llame engañó a toda la ciudad, incluido el distrito escolar. Después de eso, es más fácil entender su influencia en un niño con problemas.

—¿Y Becky?

—Mejor. En cuanto Sandy le dijo que Richard Mann había muerto, se quitó un peso de encima. Al parecer, en la confusión del tiroteo, corrió a buscar a su hermano. Por desgracia, los vio a él y a Richard juntos en el aula de informática, no lejos del cadáver de la señorita Avalon. Richard le dijo que, si hablaba, mataría a Danny. Y, si Danny hablaba, Richard mataría a Becky. Tenía razón. Las estrategias sencillas pueden ser muy eficaces.

—Bueno, ahora él y el diablo pueden debatir el asunto a su gusto. — La sonrisa de Quincy levantó la comisura de su boca.

Esa familiar expresión la conmovió. Ojalá no se sintiera tan incómoda. Ojalá pudiera tocarlo.

—Rainie —pronunció él en voz baja—, ¿tú cómo estás?

Ella se encogió de hombros. Ya no tenía sentido continuar mintiendo. Esa era la nueva y mejorada Lorraine Conner, la que decía la verdad hasta que doliera.

—He estado mejor.

—¿El fiscal va a presentar cargos?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza mirando hacia el juzgado—. Mi abogado y yo acabamos de tener una reunión para escuchar nuestras opciones. Las leyes de Oregón son bastante peculiares. Creía que como disparé a Lucas cuando tenía diecisiete años, caería bajo jurisdicción juvenil. Pues no. En Oregón, lo que importa es la edad que tienes cuando llega a conocimiento del tribunal, no la edad que tenía cuando cometí el delito. Eso significa homicidio en primer grado, hasta cinco años de cárcel. El fiscal dijo que «dada la naturaleza de las circunstancias atenuantes», podría estar dispuesto a llegar a un acuerdo de menos de un año, cumplida de forma local. Todo lo que tengo que hacer es declararme culpable de un delito de asesinato. Yo no... no me esperaba eso.

Rainie no tuvo que decir nada más. Quincy comprendió. Una acusación de delito grave le impediría trabajar para la policía el resto de su vida. No podría conseguir un trabajo en seguridad. Ni siquiera tendría derecho a llevar arma.

—¿No puedes impugnarlo? —preguntó Quincy al rato—. ¿Declararte inocente debido a una capacidad mental disminuida o argumentar que actuaste en un estado disociativo provocado por el trauma del asesinato de tu madre?

—Suenas como mi abogada. No cree que el Estado tenga una base sólida. Una chica de diecisiete años asustada y un sospechoso de asesinato con más tatuajes que moral... Considera que este caso es pan comido.

—Así que te vas a declarar inocente —añadió Quincy.

Rainie se limitó a sonreír. Miró al cielo azul, dándole vueltas a hechos que aún le resultaban nuevos y preocupantes.

—Creo que quiero declararme culpable y dar una confesión detallada —respondió en voz baja.

—¿Por qué? ¿Sientes la necesidad de comer comida de la cárcel?

—Creo que necesito contarlo, Quincy. Necesito sacarlo a la luz. Lo que hice hace catorce años fue horrible. Y tenías razón: no importa cuánto tiempo haya pasado, nunca será suficiente.

—Te violó, Rainie.

—Sí.

—¿Intentaste acudir a tu madre?

—Sí.

—Pero no te creyó.

—No. Y entonces acudí a Shep.

Por primera vez, Quincy se sorprendió.

—¿Él lo sabía?

—Quise presentar cargos, pero Shep no me creyó. Él estaba

empezando, y yo era una chica de diecisiete años del lado equivocado de la ciudad. Todos nos arrepentimos de algo en nuestra vida.

—Así que volviste donde tu madre —dedujo Quincy.

—No. Solo me fui a casa. No sabía qué más hacer. Pero supongo que necesitaba tiempo para pensarlo. No estoy segura. Más tarde esa noche llegó Lucas. Borracho... ¡Cómo no! Tuvieron una gran pelea y ella lo echó, gritándole que apartara sus apestosas manos de su hija. Creo que fue la primera vez que me sentí orgullosa de mi madre. La primera vez que tuve la esperanza de que las cosas podrían ir mejor.

—Entonces llegué a casa al día siguiente, y Lucas le había volado la cabeza.

—¿Y Shep tuvo remordimientos?

—No cuando me arrestó. Pero Bakersville no tenía agentes femeninas, así que tuvo que llevarme al condado de Cabot para procesarme. Allí, una mujer me obligó a desnudarme para poder embolsar mi ropa ensangrentada como prueba. Y yo... Y yo estaba bastante traumatizada por lo que había pasado. Cuando ella salió de la sala, oí que le dijo a Shep que, o a mi novio le gustaba mucho darme duro, o yo había pasado una larga noche con los Ángeles del Infierno. Pobre Shep. No debió ser divertido darse cuenta del error que había cometido.

—¿Te dio la escopeta, Rainie?

—No. En aquel momento, creo que solo se dio cuenta del error de sus acciones. Entre mi estado y el informe del vecino sobre la hora del disparo, pusieron una orden de búsqueda para Lucas. Pensaron que huiría de la escena, pero yo no estaba convencida. No tenía mucho dinero, su especialidad era ser un malvado hijo de puta. Creo... Creo que yo sencillamente sabía que volvería. Esa fue la cuestión. Mi madre estaba muerta. Ya podía hacer lo que quisiera.

«Yo no tenía más armas. No tenía edad para comprar un arma de forma legal. La escopeta era la única arma que conocía. Así que me fui al centro. Esperé hasta las seis, cuando el sheriff cerraba la oficina por la noche. Sabía que los agentes voluntarios estaban patrullando. Si surgía cualquier otro asunto, el contestador automático del departamento te decía cómo contactar con el sheriff en casa, así que todo estaba desierto y seguro. Entré en la oficina del sheriff.

—¿No había alarma?

Rainie arqueó una ceja.

—¿En Bakersville? ¿Quién es tan tonto como para entrar en la oficina del sheriff? Incluso ahora, alguno de nosotros se olvida de cerrar con llave la mitad de las veces. Ni que tuviéramos una cafetera decente que proteger.

—Pero tenéis pruebas.

—Están en un armario de pruebas separado en la parte de atrás. Hoy

en día usamos una caja fuerte. Muy sólida, difícil de penetrar. Hace catorce años, sin embargo, era un armario de seguridad básico. Lo abrí con una horquilla y me llevé mi escopeta a casa.

Quincy suspiró y se frotó el puente de la nariz. No cabía duda de que sabía cómo se desarrollaron las cosas a partir de ahí.

—Lucas apareció —precisó.

—Se acercó a la puerta corredera de cristal antes de verme. Y entonces... sonrió, como si eso fuera a ser aún más divertido de lo que había pensado. Corrió la puerta. Le disparé a quemarropa en el pecho. ¿Y te lo puedes creer? Murió con esa misma maldita sonrisa en el rostro.

—¿Por qué no llamaste a la policía, Rainie? Podrías haber alegado defensa propia.

—Era una cría. No conocía el sistema legal. Solo conocía mi corazón, y en mi corazón no fue en defensa propia. Me había hecho daño. Se había llevado a mi madre. Y lo quería muerto. Quería borrarlo de la faz de la tierra. Y me había llevado la escopeta de mi madre a casa solo para eso.

—Lo enterraste bajo el porche.

—Me llevó toda la noche.

—Y luego huiste —concluyó Quincy.

—Me fui a Portland —continuó, después de asentir con un gesto—. Pasé los cuatro años siguientes intentando ahogar todas las imágenes que tenía en la cabeza.

—¿Qué pasó con su coche, Rainie? ¿Y los vecinos que informaron del sonido de un disparo...?

—Mi vecino se había ido a pescar. No había nadie.

—Vale, ¿y qué pasa con el hecho de que un minuto Lucas estaba en Bakersville y al siguiente se había esfumado? ¿Qué pasa con el hecho de que la escopeta de tu madre desapareció del armario de pruebas una noche, para reaparecer como por arte de magia un tiempo después? A mí esto no me suena a ciencia exacta. Shep debió haber estado registrando tu casa a finales de semana, como mucho. Ni siquiera escondiste bien el cuerpo.

Rainie no dijo nada.

Al cabo de un momento, Quincy suspiró.

—Lo dejó pasar, ¿no? No hay daño, no hay falta. Recuérdame que nunca deje que Shep sienta que me debe un favor.

—Quincy, esto es una ciudad pequeña. Y la policía de localidades pequeñas... A veces, las normas son diferentes. Lo que va, vuelve. No siempre es justo, pero puede ser correcto. Que conste que hasta hoy Shep y yo nunca hemos hablado de ello.

—Por supuesto que no. Eso lo convertiría en conspiración.

—Yo estaba dispuesta a pagar por lo que había hecho —contraatacó

Rainie de inmediato—. En muchos sentidos, eso habría sido mejor. Podría haberlo sacado a la luz. Podría haberme enfrentado a ello, haberlo visto desde otra perspectiva, haber pagado mis deudas. En lugar de eso... —titubeó por primera vez—, Lucas tenía mujer y un hijo. Yo se lo quité. Durante catorce años, ni siquiera han sabido qué le pasó. Yo debería haberlo sabido. Aunque lo odiara, no debería haber olvidado que era humano. Rodríguez tiene razón: hay ciertas barreras que no debemos cruzar, y una de ellas es la disposición para quitar una vida.

—Él habría ido a por ti esa noche —agregó Quincy con suavidad.

—Pero esa es la cuestión, Quincy. Nunca lo sabré. Yo lo maté primero, y eso no me hace mejor.

—Rainie...

Levantó una mano.

—Déjate de palabras vacías. Hice lo que hice. Ahora voy a tener que pagar por ello. Responsabilidad y obligación de rendir de cuentas. No son cosas tan malas. ¿Sabes por qué lo desenterré esa noche?

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo de que Richard Mann me lo quitara. Cuando recibimos la primera llamada sobre un hombre que había estado alardeando de que tenía pruebas de que yo había matado a mi madre... No lo sé. Me acordé de Lucas, debajo de mi porche, y de ese extraño sueño que había tenido la noche anterior con un hombre de pie allí, el hombre de negro. De repente, me entró mucho miedo. De que hubiera sido el asesino el que había estado en mi terraza trasera. De que hubiera descubierto el cuerpo, y cuando entrara en la habitación de hotel de Dave Duncan, eso sería lo primero que vería, el cadáver de Lucas esperándome para saludarme. Pero entonces entré, y la habitación estaba vacía, y... Me di cuenta de que no me sentía aliviada. De hecho, sentía aún más ansiedad. Y si de todas formas lo sabía, y si se había llevado el cuerpo, y entonces... entonces yo no tendría pruebas de lo que hice, y necesitaba esas pruebas. Necesitaba confesar lo que había pasado. Danny me lo dejó claro.

—¿Y qué pasa ahora, Rainie?

Tuvo que tomarse un instante. A pesar de sus mejores intenciones, la respuesta a esa pregunta hizo que se le cerrara la garganta. Se esforzó en despejarla. Todavía sonaba ronca cuando dijo:

—El alcalde me pidió que dimitiera la semana pasada.

Quincy pareció afligido de inmediato.

—¿Sabes? —prosiguió con más energía—, hay algo en un policía con un cadáver bajo su porche que a la gente no le gusta. Y eso que por fin había conseguido impresionar a un estirado como Sanders. Pero Luke se queda a cargo ahora. Hará un buen trabajo.

—Podrías mudarte, empezar de nuevo en otro lugar.

—No si me declaro culpable. Cosas así son difíciles de explicar en una entrevista de trabajo. «¿Cuál crees que es tu mayor debilidad? Mmm, la última vez que me cabreé y estuve estresada, disparé a un hombre». —Sacudió la cabeza con disgusto.

—¿Es por eso por lo que quieres declararte culpable? —preguntó Quincy, ecuánime—. ¿Para castigarte más?

—¡Maté a una persona!

—Que te violó y disparó a tu madre, todo en cuarenta y ocho horas. Síndrome de estrés postraumático. Estado disociativo. No son términos mágicos que los psicólogos han inventado para confundir a los jurados, Rainie. Son auténticos síndromes, bien documentados y conocidos, como podrá decirte tu abogada. Tenías diecisiete años. Estabas asustada. Y Lucas volvió a por ti. Tu abogada tiene razón: no hay jurado en el mundo que te declare culpable. Ahora, ¿cómo pueden doce extraños tener más fe en ti, Rainie, que tú?

Rainie no pudo responder. Se le había vuelto a cerrar la garganta. Bajó la mirada y estudió con decisión las grietas de la acera.

—Si de verdad quieres seguir adelante con tu vida, Rainie —aconsejó Quincy con voz suave—, sigue adelante. Perdónate a ti misma. Ve a juicio y dale al jurado la oportunidad de perdonarte también. Eres una buena persona. Eres una gran agente de policía. Pregúntale a cualquiera en Bakersville. Pregúntale a Sanders. Pregúntale a Luke. Pregúntame a mí. Soy un arrogante agente federal, y sería un honor volver a trabajar contigo.

—¡Oh!, cállate, Quincy. Ahora me estás haciendo llorar. —Lo estaba. Se secó las comisuras de los ojos y resolló con fuerza. Maldito federal.

—¿Qué vas a hacer?

—Puede que tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón. Soy el experto.

—Aún me queda mucho por aprender.

—Rainie...

—No, no lo digas.

—¿Cómo sabes lo que voy a decir? —Estiró la mano hacia ella, que se zafó de su agarre, negando ya con la cabeza.

—¡Porque lo sé! Porque para un hombre que ha estado en tantas escenas del crimen, todavía tienes una visión romántica de la vida. Pero nunca funcionará, así que no lo digas. —Hizo un gesto firme de «hasta aquí» con las manos.

—Quiero llevarte a cenar —agregó con calma.

—¡Pero qué imbécil eres!

—Te prometo lo mein con té verde. Espero que esta vez comamos los dos.

—¡Por Dios!, no te vas a quedar aquí, Quincy. Eres un agente federal. Te encanta tu trabajo. Eres bueno en ello. Yo solo soy una parada en

el camino.

—Podría hacer muchas paradas. Es la ventaja de ser un pez gordo.

—¿Por qué? ¿Para verme cobrar mis cheques del paro?

—Rainie...

—¡Es verdad y los dos lo sabemos! Tú eres... tú, Quincy. Sabes quién eres y a dónde vas, y eso es genial. Pero yo soy yo, y soy un desastre. Me gustaba ser poli. ¡Dios!, me gustaba ser poli. No sé... No sé qué va a ser lo siguiente. Tengo que averiguarlo. Y supongo que tendré que pasar por un juicio. Y no puedo hacerlo contigo mirando. Me gustaba ser tu compañera de trabajo. No seré tu obra de caridad.

—Rainie... —Sonó exasperado. Luego simplemente sonó sincero—. Te he echado de menos estas dos últimas semanas. Me he vuelto loco pensando en ti. La gente solo me decía cosas civilizadas, y, a decir verdad, me molestaban. En lugar de eso, te quería a ti.

Rainie volvió a negar con la cabeza. No se lo estaba poniendo fácil. Sentía anhelo. Con toda franqueza, sentía dolor. El aroma de su colonia la perseguía. Le entraban ganas de apoyarse sobre su fuerte constitución. Él la abrazaría. Lo había hecho aquella noche, y era uno de los pocos recuerdos preciosos que ella tenía.

Pero continuaba sabiendo que no debía. Él tenía complejo de héroe, y ella era demasiado orgullosa para ser una damisela en apuros.

Pasó otro minuto. Al final, los hombros de Quincy se desplomaron. Sacudió la cabeza, y en ese instante le tocó a él mirar al suelo. Rainie se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Tengo que irme —anunció ella después de un rato, mirándolo todo menos a él.

Quincy no dijo nada, y ella supuso que eso era todo. Empezó a caminar de vuelta por la alegre calle, y el sol brillaba tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se giró en el último momento. No debía hacerlo, pero lo hizo de todos modos.

—¡Quincy!

Enseguida, esperanzado, él levantó la vista.

—Tal vez... Tal vez algún día, cuando las cosas vayan un poco mejor... Tal vez pueda ir a visitarte.

—Lo estoy deseando —respondió el con sinceridad.

Red de mentiras

Marsons, Angela
9788742813225
418 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sentada en una habitación sin ventanas, se le revuelve el estómago. El tipo le ha quitado el teléfono y lo ha destrozado con el tacón del zapato. Ahora baja la cara y se la pone a pocos centímetros. Para ella, ya no hay vuelta atrás. Su

vida, tal y como la conocía, se ha acabado.

La **detective Kim Stone** acude a un establecimiento de la localidad y lo que ve la deja atónita. Del hombre que tiene delante ha quedado muy poco como para identificarlo con la foto del carné de conducir. Ahora sabe que se enfrenta al asesino más enfermo con el que se haya topado nunca.

Pero, mientras comunica la devastadora noticia a Diane Phipps, la esposa de la víctima, **Kim** nota que algo no encaja en la reacción de la mujer.

Veinticuatro horas más tarde, Diane se ha esfumado con toda su familia.

Aparece un segundo cadáver. En una reserva natural de la localidad, han clavado a un hombre al suelo.

Desesperados por encontrar una rápida solución, **Kim** y su equipo desentrañan una pista vital, un secreto ferozmente guardado que no solo vincula a ambas víctimas, sino que podría costar aún más vidas.

Y es un secreto que también protegen algunos policías.

Enfrentada a las mentiras de aquellos en quienes debería confiar, así como de familiares que no quieren

revelar nada, **Kim** navega en las aguas más profundas de su carrera. Y, por si eso fuera poco, Tracy Frost, la reportera local, abre la caja de Pandora en el caso de una mujer asesinada por su marido un año antes.

¿Qué motiva a este homicida sanguinario, que se ensaña con sus víctimas de una manera tan metódica?

Para atraparlo, Kim debe ahondar en sus motivaciones. Pero ¿conseguirá desvelar la terrible verdad y detenerlo antes de que ataque de nuevo?

«**La sota, la reina, el rey y el as de la novela negra** […] No puedes dejar de leerla hasta el fantástico final […] ¡Otra lectura fascinante e hipnótica! Incluso me parece un insulto darle entre una y cinco estrellas, porque ¿**cuántas estrellas le darías al sol**?» - *The World Is Ours To Read* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Debo de haber gritado "¡Qué coño!" un montón de veces** […] La mejor de la serie, hasta ahora. La leí en una sola tarde… **Devoré las páginas sin descanso**». - *Rachel's Random Reads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Escalofriante […] Te revuelve el estómago** […] Me

encontré leyéndola con la boca abierta desde el momento que la la trama empezaba a desarrollarse […] Hará que tu corazón lata más rápido y te mantendrá enganchado desde la primera página […] ¡¡¡**Angela Marsons es, sin duda, la reina del Crimen!!! Fabulosa, fabulosa, fabulosa, ¿qué más puedo decir**?». - *Stardust Book Reviews* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**¡Guau! ¡Guau! Este libro me ha provocado una montaña rusa emocional […] Definitivamente, le doy un 6 de** 5.» - *John's Book Shelf* ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La hospedería de Lobster Bay

Robertson, Annie
9788742813508
350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un lugar pintoresco, un inquilino inesperado y un enigmático vecino.
¿Será este el nuevo comienzo que necesita?

Cuando en una página web Emma Jenkins ve que la hospedería de Lobster Bay está a la venta, sabe que

es el refugio costero que necesita para recuperarse de un trauma reciente. Pero, nada más recoger las llaves, su sueño de tener un hostal de éxito se complica. La casa está muy deteriorada y los primeros huéspedes llegarán en un mes. Además, descubre que en la venta se incluía un perro enorme…

Después de un preocupante incidente, se ve obligada a pedir ayuda a su poco amable vecino Aidan. A medida que trabajan juntos, se da cuenta de que su impresión inicial de él no ha sido del todo acertada y comienzan a estrechar lazos. Pero cuando a Aidan lo reclaman fuera del pueblo y deja el trabajo a medias, Emma tiene que apañárselas sola.

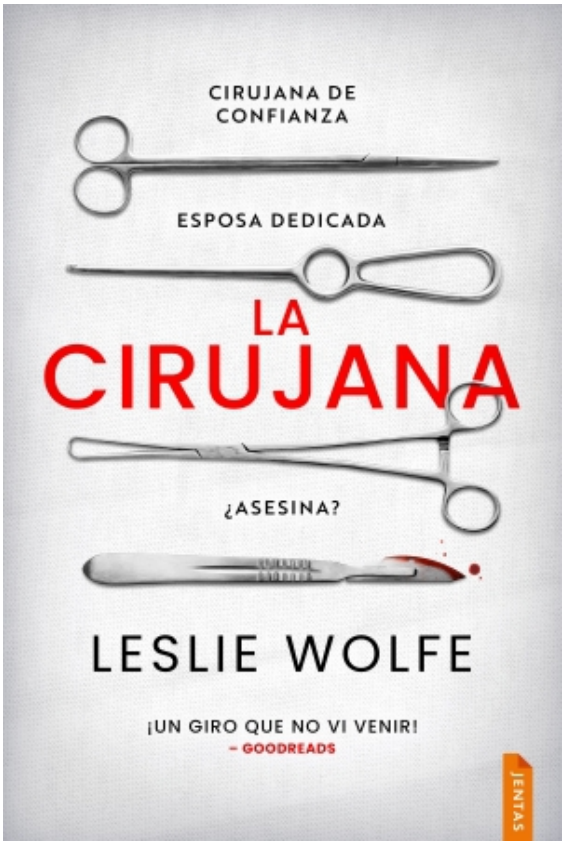
Durante el verano, al tiempo que se enamora cada vez un poco más de Lobster Bay y sus habitantes, aprenderá a sortear imprevistos para mantener su negocio a flote. Pero ¿qué hay de Aidan? ¿Se estará enamorando también de él?

«**Es un libro tan envolvente y conmovedor que me hizo desear hacer una reserva en el hostal de Emma**». *Sue Moorcroft* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Una maravillosa novela de romance contemporáneo, un soplo de aire fresco y una escapada fantástica.** Me gustó muchísimo». *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Buen ritmo, personajes adorables y algunos giros imprevistos.** Una lectura perfecta para cualquier momento». *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa,

donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura. Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!… ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!… ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!… Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ☆☆☆☆☆

«**Me estaba aferrando a cada palabra**… **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y**

algunos giros inesperados… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El marido perfecto

Gardner, Lisa
9788742813034
430 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué harías si el hombre de tus sueños resulta ser un asesino? El condecorado policía Jim Beckett era todo lo que Tess había soñado… Pero dos años después de que casarse con él y dar a luz a su hija, descubrió que su marido ocultaba un oscuro secreto y ayudó a

meterlo entre rejas por asesinar de forma salvaje a diez mujeres. Incluso encerrado en una prisión de máxima seguridad, él juró que iría a por ella y se lo haría pagar. Ahora, Jim ha escapado, y comienza el juego más peligroso de todos… Después de toda una vida de temor, Tess hará todo para proteger a su hija y defenderse. Para ello, contratará a un exmarine hundido. A medida que la mayor cacería humana que se haya visto jamás en cuatro estados se moviliza para atrapar a Beckett, el tiempo avanza hacia el aterrador reencuentro entre marido y mujer. Y Tess sabe que, esta vez, sus únicas opciones son morir… o matar. --- «Un personaje malévolo e inolvidable y un clímax que te deja sin aliento convierten a El marido perfecto en una lectura cautivadora». Tess Gerritsen «Un oscuro y poderoso relato de suspense que te mantiene en tensión». Tami Hoag «Una escalofriante historia de venganza y traición, con uno de los criminales más espeluznantes sobre los que he leído». Iris Johansen «Una pulida y destacada incorporación a las obras de Tami Hoag, Karen Robards, Elizabeth Powell y, actualmente, incluso de Nora Roberts». Publishers Weekly «¡Me ha encantado este libro! No pude soltarlo hasta que lo terminé a las dos de la mañana». Karen Robards «Un suspense que hace que te muerdas las uñas… Una historia vertiginosa y llena de tensión que me mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada». Kay Hooper «Una lectura superlativa, con personajes intensos, una ejecución impecable y un malvado que te susurrará en la oscuridad cada vez que apagues la luz». Eileen Dreyer «¡Lisa Gardner es un genio! Una intensa y apasionante historia de thriller y suspense con un toque romántico… me produjo escalofríos desde el

principio». Reseña de Goodreads «¡Dios mío, qué lectura tan fantástica, emocionante y sobrecogedora!». Reseña de Goodreads «¡Lisa Gardner tiene la habilidad de escribir los relatos de terror psicopático más intensos y aterradores que existen! Muy recomendable». Reseña de Goodreads

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Grito del silencio

Marsons, Angela
9788742812167
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura

poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre… Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

«**La inspectora detective Kim Stone es el personaje más cautivador** que ha llegado **desde que Val McDermid nos trajo a Tony Hill**.»
Mark Edwards ☆☆☆☆☆

«**Grito del silencio (el primer libro) es brillante. Juegos del mal (el segundo) es ¡excepcional!** Está claro que las calificaciones convencionales no sirven, puesto que no nos permiten acomodar libros de este

calibre. Así que **doy un seis sobre cinco.**»
Little Bookness Lane ☆☆☆☆☆

«**Una vez más, Angela Marsons ha escrito una novela policíaca de cinco estrellas**. Me encantó Grito del silencio … Juegos del mal es, sin duda, tan buena como la primera, si no es que mejor, y **me encantaría calificarla con una puntuación superior a cinco sobre cinco.**»
Off the Shelf Book Reviews ☆☆☆☆☆

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)